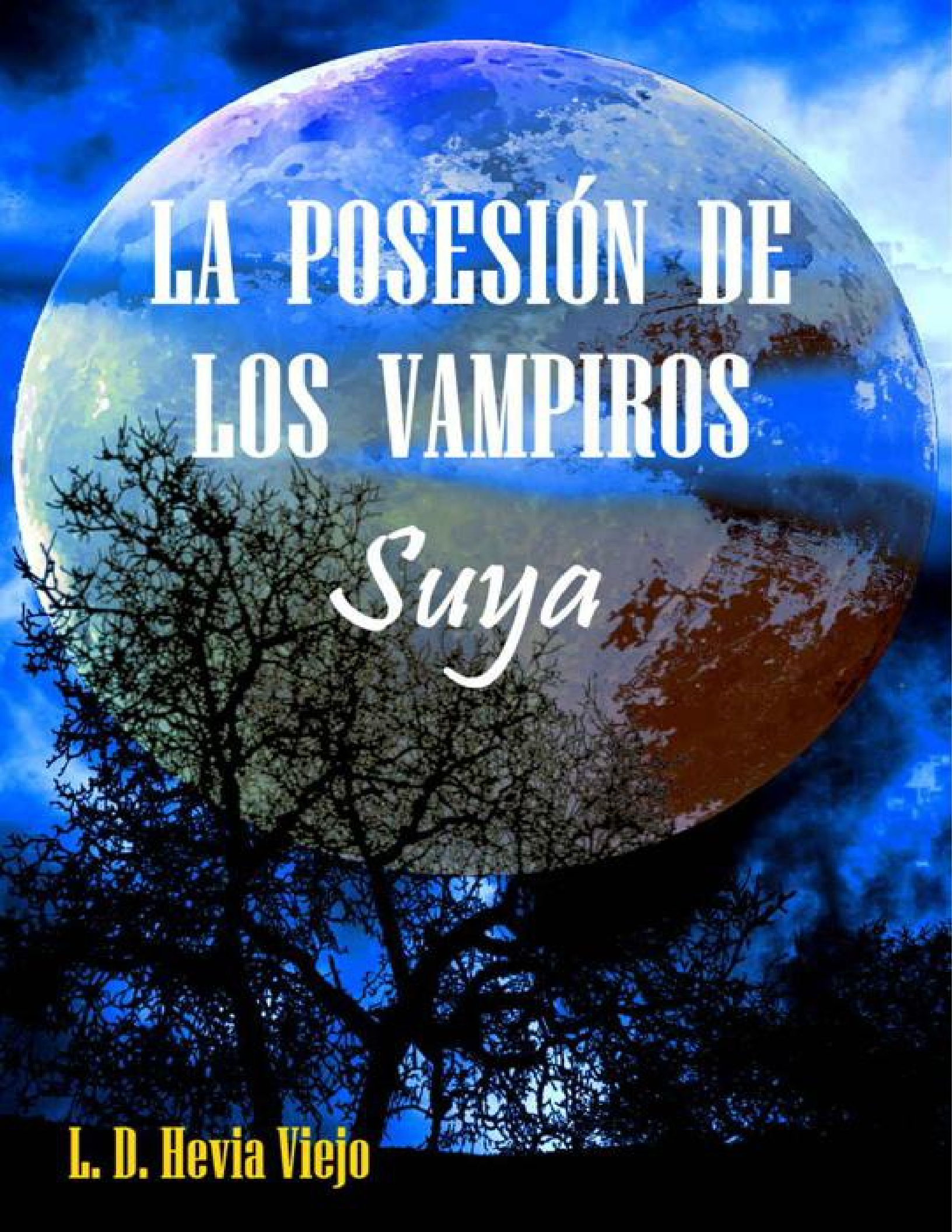




LA POSESIÓN DE LOS VAMPIROS

Suya

L. D. Hevia Viejo

LA POSESIÓN DE LOS VAMPIROS: SUYA

Una historia de L. D. Hevia Viejo.

© 2024. Todos los derechos reservados.

Índice:

[I.](#)

[II.](#)

[III.](#)

[IV.](#)

[V.](#)

[VI.](#)

[VII.](#)

[VIII.](#)

[IX.](#)

[X.](#)

[XI.](#)

[XII.](#)

[XIII.](#)

[XIV.](#)

[XV.](#)

[XVI.](#)

[XVII.](#)

[XVIII.](#)

[XIX.](#)

[XX.](#)

[XXI.](#)

[XXII.](#)

[XXIII.](#)

[XXIV.](#)

[XXV.](#)

[XXVI.](#)

[XXVII.](#)

[XXVIII.](#)

[XXIX.](#)

[XXX.](#)

[XXXI.](#)

[XXXII.](#)

[XXXIII.](#)

[XXXIV.](#)

[XXXV.](#)

[XXXVI.](#)

[XXXVII.](#)

[XXXVIII.](#)

[XXXIX.](#)

[XL.](#)

[XLI.](#)

[XLII.](#)

[XLIII.](#)

[XLIV.](#)

[XLV.](#)

[XLVI.](#)

[XLVII.](#)

[XLVIII.](#)

[XLIX.](#)

[L.](#)

[LI.](#)

[Epílogo.](#)

I.

Suspiró cuando lo vio entrar en el Palacio. Desde su posición, sentada en el banco estratégicamente situado en su camino, esperó pacientemente su oportunidad. Sonrió para sí, su hermana y su mejor amiga la habían ayudado a moverlo ante la mirada desconcertada de los guardias siempre presentes en cada esquina del amplio jardín.

–No vas a agazaparte detrás de un rosal como una niña jugando al escondite...

–Pero... los sirvientes... y los guardias...

–No me preocupan, que tú te caigas sobre el rosal cuando, al verlo llegar, te dominen los nervios... sí.

Negó con la cabeza... Su hermana la conocía demasiado bien. Por eso, ella había sido la que la había avisado de su inminente llegada. Su día había cambiado cuando se había enterado que acudiría al Palacio... De la tristeza al no poder verlo durante días había pasado a la ansiedad ante su llegada y más tarde, por desgracia estaba segura de ello, caería en la autocompasión. Siempre pasaba por el mismo carrusel de emociones y ese día, lo sabía demasiado bien, no sería una excepción.

Escuchó sus pasos seguros y se tensó. Rápidamente se pasó revista.

Repasó su túnica, no tenía manchas... Era un milagro porque había estado tiñendo el último paño que había tejido.

Sus piernas... esa parte de su cuerpo siempre la traía de cabeza. ¿Debía cruzarlas o mantener una postura más recatada?

Otro asunto era su cabello, se pasó la mano tratando de comprobar que no tuviera ningún mechón fuera de sitio. A menudo pensaba que su pelo demasiado rubio tenía vida propia y

tomaba decisiones por sí mismo. Por eso hacía mucho tiempo había decidido mantenerlo a raya recogíendoselo. El moño todavía le tiraba.

Cuando bajó las manos, una nueva duda la asaltó. ¿Qué podía hacer con ellas?

—¡Chis! —A su espalda, escuchó el aviso de su hermana y levantó la cabeza. Allí estaba. Como siempre que le ocurría cuando lo veía se quedó deslumbrada. Como si el mismo sol se hubiera presentado ante ella.

—Aulo...

—Principessa... estás aquí...

Cada vez que Galla escuchaba esa palabra... Principessa... algo le ocurría a su cuerpo, algo que la dejaba sin aliento. Incapaz de pensar con claridad, recorrió su enorme figura, su pelo castaño, sus ojos azules y esos labios... esos labios con los que soñaba despierta y que le sonreían cada vez que la veía. Era tan hermoso como un dios... mientras que ella era tan insignificante... Era dolorosamente consciente de ello.

—Sí... yo...

Tartamudeó. Tenía que pensar rápido. Evitar quedarse callada como una idiota. Debía decirle algo... Alguna cosa que le hiciese comprender que ya no era una niña sino una adulta con necesidades muy concretas...

«Tengo ganas de lamer todo tu cuerpo, de la cabeza a los pies».

Sería sincero, pero demasiado directo y no sabía qué opinarían los guardias de ella y, sobre todo, qué harían si se le ocurría pasar de las palabras a la acción.

Enrojeció... ¿Había pensado eso? Estaba loca.

«¿Cómo puedes oler tan bien?».

Algo completamente cierto, pero bastante inapropiado salvo para los animales en celo... ¡Y ella era una vampira, la hija del Dux de Nastea! Tenía que mantener las formas. Además, la sinceridad estaba demasiado sobrevalorada.

«Mírame, estoy aquí y estoy loca por ti».

¿Sería posible que no lo supiese todavía? Lo dudaba. De hecho estaba convencida de que

siempre lo había sabido. Desde niña no había podido apartar los ojos de él, ni su atención, ni sus sueños...

¡Mejor no pensaba en los sueños! En los últimos meses estaban repletos de imágenes muy explícitas sobre lo que le gustaría hacer... con él y que él... le hiciese a ella.

Enrojeció aún más... De hecho sintió un súbito sofoco. La cúpula que rodeaba la ciudad y que permitía a los ciudadanos de Nastea disfrutar de una temperatura agradable todo el año no estaba preparada para adaptarse al acaloramiento que la asaltaba cada vez que se encontraba con Aulo.

—Tengo prisa, tu padre nos ha citado...

El poderoso General, como siempre, fue más rápido. Cuando no estaba cerca ensayaba todo tipo de conversaciones imaginarias con él. En ellas, era locuaz y sofisticada... tanto que indefectiblemente, caía rendido a sus pies ante su ingenio. Pero cuando estaba cerca... cuando estaba cerca volvía a ser una niña balbuceante incapaz de hilar dos frases seguidas.

—Sí... ya lo sé...

¿Cómo no lo iba a saber si ella era hija del todopoderoso Dux de Nastea?

Nastea, la ciudad de los jardines, la ciudad de los vampiros más próspera de la Tierra donde Cayo, su padre, era su Dux. Dirigir una ciudad tan grande y poderosa requería de todo su tiempo... y de la ayuda de sus consejeros más cercanos con los que se reunía cada poco tiempo en el Minor Consiglio.

Galla había crecido rodeada de los vampiros que su padre consideraba algo así como sus hermanos y entre los que Aulo se encontraba. Él era el General de la Cernide, el poderoso ejército de vampiros de la ciudad y, por supuesto, había acudido a la llamada de su Dux. Por eso estaba en el Palacio... por eso estaba ante ella mirándola con expresión desconcertada... y por eso había estado esperándolo toda la mañana con ansiedad.

—Aulo...

La voz de su hermana la sacó de su bloqueo. Menos mal que siempre podía contar con Licinia. Su hermana era completamente diferente a ella. Lici era decidida, valiente, audaz...

Siempre tenía la frase adecuada, el comentario sutil... Nada se interponía entre ella y lo que quería. Licinia era una criatura magnífica mientras que ella era la hermana apocada y pusilánime.

Eran mellizas, pero no podían ser más diferentes. Su hermana se había llevado todo el valor... y a ella le había dejado las migajas...

—Aulo, no te hemos visto desde nuestro cumpleaños —Licinia la salvó—. Ya sabes... nuestro décimo octavo cumpleaños.

Galla le dirigió a su hermana una mirada agradecida. Había esperado toda su vida a cumplir dieciocho años, la edad en la que su madre, por algún motivo que no entendía, consideraba que un vampiro había alcanzado la edad adulta. La fiesta había sido grandiosa, el número de invitados había superado el centenar y las celebraciones habían durado más de una semana. ¿Cómo no? Ellas eran las primeras hembras que nacían dentro de su raza y, por eso, incluso habían acudido invitados de otras ciudades deseosos de presentar sus respetos a las cumpleañeras.

El orgullo de Nastea, así era como las llamaban. Tras el nacimiento de la pequeña Atia, su madre había dado a luz a una nueva vampiresa hacía poco más de tres años, en la tierra de los vampiros solo había tres como ellas; eran, por tanto, una auténtica rareza. Algo así como una piedra preciosa que el resto de las ciudades de los vampiros envidiaban como lo hacían con el resto de tesoros de Nastea.

¡Tonterías!, pensó... No era una joya que lucir, ni un tesoro que guardar bajo llave... ¿Una piedra preciosa? ¿De qué le servía si no había logrado lo que tanto tiempo había ansiado?

Ella había esperado que, tras su cumpleaños, Aulo comenzase a verla de otra forma... pero nada parecía haber cambiado.

—Sí... he estado muy ocupado...

Seguramente con la mujeres de su harén... La idea cruzó su cerebro y Galla notó el dolor en sus entrañas. Todavía recordaba cuando su madre, Lili, le había explicado lo que era la Oblatio y los harenes de sangre.

—Las mujeres se ofrecen a los vampiros...

–¿Se ofrecen? –Lo recordaba con claridad, tenía doce años y nunca había escuchado hablar de tal cosa.

–Su cuerpo y su sangre, cariño... Papá y yo os alimentamos, pero lo normal es que ocurra de otra forma. –No quiso darle más detalles–. Y las mujeres... pasan a formar parte de sus harenes...

–Pero papá no tiene ningún harén.

–No... –Negó con la cabeza–. Cuando un vampiro encuentra a su Vitadantis ya solo tiene ojos para ella. La convierte en vampiresa y solo se alimenta de ella.

–¿Aulo tiene...? –La pregunta salió de su boca sin pensar.

–¡Por supuesto! –A su madre se le escapó una carcajada y por eso probablemente no fue consciente de cómo el rostro de su hija se ensombrecía al escuchar su respuesta. Su madre nunca había sospechado de su enamoramiento... Galla había hecho todo lo posible para que así fuera. Tenía miedo de que su padre se enterase–. El General tiene un extenso harén...

–Un extenso harén... –repitió las palabras pesarosa.

–Tengo ganas de que encuentre a su Vitadantis. Estoy convencida de que cuando eso ocurra perderá la cabeza aún más de lo habitual.

Galla no había entendido del todo a su madre, pero sí había comprendido que el vampiro al que amaba desde que tenía uso de razón vivía con mujeres en su casa... Mujeres con las que compartía su tiempo y algo más y a las que no tardó en odiar con todas sus fuerzas. ¿Por qué no podía ser una de ellas?

–Porque son intercambiables. Disfruta de sus cuerpos y su sangre y, cuando se aburre, las sustituye cada luna llena en la Oblatio.

–Eso es... asqueroso.

–¡No seas infantil! Es algo normal... Aulo necesita un flujo continuo de mujeres. Pero nosotras somos las hijas del Dux. Somos únicas. –Licina, como siempre, lo sabía todo. Incluso algo que aumentó su dolor.

–Muchas veces preferiría no serlo...

–No seas tonta... ¿Tú te ofrecerías a Aulo?

Y la respuesta era no. ¿Ofrecer su cuerpo y su sangre? Lo desearía con todo su corazón, pero pensar en hacer algo así... Eso lo haría Licinia, no ella.

Lo que ella podía hacer, de momento, no era más que pasar de un tartamudeo... El que acompañó a Aulo en su camino a una nueva reunión con su padre.

–Aulo... Yo... –Pensó en preguntarle dónde había estado todos aquellos días o por qué apenas había hablado con ella durante su cumpleaños... pero se había entretenido demasiado...

–Mi pequeña Principessa. –De forma inesperada, se detuvo un instante y le sonrió... lo que casi provocó que se le parase el corazón—. Después hablamos... ¿Te parece?

Y ella solo pudo asentir en silencio mientras el vampiro del que había estado enamorada toda su vida desaparecía camino de la reunión.

¿Desde cuándo lo amaba?

Quizás desde que había nacido...

¿O sería desde aquel día que la había ayudado a recoger flores en el jardín?

¿A lo mejor desde que la había comenzado a llamar Principessa?

¿O desde que la había consolado tras hacerse daño mientras aprendía a caminar?

No lo sabía. ¿Acaso importaba? Era el dueño de su corazón y no podía hacer nada al respecto.

Ariadna la tomó de la mano. Su amiga había permanecido apartada mientras Aulo había estado hablando con ella y Licinia. Después de cuatro años todavía le costaba relacionarse con los vampiros... al menos con los machos. Con Galla y Licinia se había vuelto inseparable.

–Lo has visto... ¿No estás contenta?

–¿Contenta? Me he comportado como una niña asustada.

–No ha estado mal.

–¡Ni me ha mirado!

–¡Eso no es cierto! Se ha parado a hablarte.

–¡Soy una idiota!

—No... es que estaba muy ocupado.

Ariadna era humana, pero a pesar de ello, era su amiga. La entendía, a veces pensaba que era la única que lo hacía. Ella había perdido a su compañero y sabía lo que era no tener a aquel al que amaba.

Negó con la cabeza. Al menos ella había estado con su compañero durante unos años. Ella ni siquiera había tenido eso y, al paso que iba, nunca lo tendría.

II.

Aulo avanzó con paso rápido, su Principessa siempre tan adorable. ¡Era tan hermosa! Su cabello de un rubio casi imposible, sus ojos tan dulces e inocentes...

Negó con la cabeza... Su Principessa era una criatura demasiado preciosa... Una gema de valor incalculable que no estaba hecha para el mundo mezquino que se extendía más allá de las murallas de su hermosa ciudad. Cuando recién nacida su padre, el Dux, le había enseñado su hermosa carita, había sabido que haría cualquier cosa para alejarla de todas las miserias que se escondían agazapadas en las sombras y que él conocía demasiado bien porque las había combatido durante su larguísima vida.

Galla no era como su hermana Licinia, una criatura incontrolable y de lengua afilada. Ella era demasiado buena, demasiado amable, demasiado cariñosa... La Tierra no estaba preparada para que una criatura como ella hoyase su suelo. Nadie la merecía.

Tenía cientos de años y él sabía... conocía demasiado bien lo que se escondía más allá de los muros del palacio del Dux, más allá de la cúpula que protegía a Nastea del mundo yermo que se extendía a su alrededor.

Hacía millones de años, los antiguos habían destruido la Tierra en una guerra cuyos motivos ya nadie recordaba. Sobre sus ruinas había aparecido una nueva raza, la suya; la raza de los vampiros. Ellos eran ahora los amos y señores de lo poco que había quedado tras el apocalipsis de destrucción que lo había arrasado todo.

La nueva raza había instaurado nuevas costumbres. Los vampiros habían construido ciudades en las que se habían instalado. Muy pronto habían prosperado y decenas de ciudades habían proliferado sobre el enorme desierto en el que se había convertido la superficie de la Tierra.

Nastea era la ciudad más rica de todas ellas y, por ello, la que todos codiciaban. ¿Cómo no lo iban a hacer? Era la única que disponía de una cúpula que la protegía del calor asfixiante del exterior. Allí las temperaturas eran agradables y las lluvias regulares. Los vampiros de Nastea estaban orgullosos de la belleza de su ciudad; de sus hermosos jardines y palacios y, sobre todo, de las hijas de su Dux. Por eso a Galla, su Principessa, al igual que a sus hermanas Licinia y la pequeña Atia, las llamaban el orgullo de Nastea. No era para menos. Eras las primeras hembras que habían nacido de su raza.

Cayo, el Dux de Nastea, y Lili, su Vitadantis, habían recibido a sus hijas como un inesperado regalo de los dioses. Pero, secretamente, Aulo sabía que Galla era la más preciosa de las tres. Licinia y Atia eran distintas a Galla. Licinia tenía dieciocho años como Galla, pero no era tan delicada como ella y en cuanto a Atia, con tres años, ya volvía loca a sus padres. Sin embargo su Principessa siempre había sido diferente; su forma de moverse, de mirar o de hablar, su afición a trabajar en el telar como su madre... había algo intangible y casi etéreo en todo lo que hacía. Algo que él protegería a toda costa.

Aulo, el General de Nastea, sabía lo que costaba mantener a todas las demás ciudades a raya. Había dedicado su vida a la Cernide. No recordaba todas las batallas en las que había participado, ni sabía a cuántos enemigos había eliminado. Su mundo era la guerra y su hogar el campo de batalla y estaba orgulloso de ello porque era su forma de proteger a Nastea y sus tesoros, como Galla. Él sabía demasiado bien de qué estaba hecho el mundo y los oscuros deseos que albergaban sus enemigos. Conocía la envidia que despertaban las riquezas de Nastea y, en especial, las hijas de su Dux.

Lo sabía él, el resto del Minor Consiglio y su Dux. Atravesó la puerta que le conducía a las habitaciones privadas de Cayo, su Dux, donde a buen seguro le esperarían el resto de sus hermanos que no lo serían de sangre, pero sí de corazón. Cayo, el Dux, dirigía junto a ellos la ciudad. Tito era su Gobernador. Cneo, su Taumaturgo; jefe científico y del espionaje. Y él era el General de su ejército.

Siempre habían sido inseparables y, aunque él era el único que todavía no había encontrado

a su compañera, su Vitadantis, seguían tan unidos como siempre. Quizás ya no compartiese con ellos sus aventuras con las mujeres o el festival de sexo y sangre que eran las Oblatios; pero nada había cambiado. Confiaría su vida a aquellos vampiros y daría su vida por ellos. Eso era lo único importante.

Sonrió para sí, últimamente todos parecían haber encontrado compañera. Incluso su segundo en la Cernide y jefe de la guardia del Dux, Aurelio, lo había hecho; pero eso no le preocupaba. Él estaba convencido de que no encontraría a su Vitadantis y, siendo completamente sincero, lo prefería. Observaba con cierta ironía como sus amigos se desvivían por sus compañeras y no quería verse arrastrado a algo así.

Se conocía demasiado bien. Era demasiado arrogante para supeditar su vida a alguien más.

¿Pasarse los días complaciéndola?

¿No volver a probar la sangre de ninguna otra?

¿No poder follarse a toda hembra que se cruzase por su lado?

No, no y no... Él no era así. Sus amigos parecían felices, pero él era muy diferente. No podría conformarse con una sola mujer por el resto de su vida. Él quería una o varias mujeres distintas cada noche. Se aburría con facilidad y cada vez con mayor rapidez.

—No estoy hecho para una sola. —Una vez se lo había dicho a Cayo después de que este le hubiese preguntado si deseaba encontrar a su Vitadantis.

—Algún día, Aulo, caerás...

—¿Caer? ¿De qué estás hablando?

—Conocerás a tu Vitadantis y enloquecerás por ella.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque yo era como tú, ¿recuerdas? Y ahora no me imagino como podía vivir sin Lili.

La declaración de su hermano lo había sorprendido, pero no le había hecho cambiar de opinión. No uniría su vida y su destino a una compañera, una Vitadantis. Él prefería su harén, la Cernide, como llamaban al ejército de vampiros de la ciudad, y... sus antigüedades.

En su extensa biblioteca guardaba decenas de libros de los antiguos. Muy pocos sabían de su

afición. Ya nadie guardaba palabras en un papel... Era demasiado engorroso y ocupaba demasiado espacio. Los vampiros preferían los visores electrónicos donde las imágenes eran nítidas y los colores llamativos. Sin embargo, Aulo amaba la sensación de las hojas ajadas, las palabras grabadas y el olor del cuero de las solapas. Por eso había atesorado aquellas antiguallas toda su vida.

Después de en el campo de batalla, en su biblioteca era donde encontraba más tranquilidad. Las mujeres le proporcionaban un placer efímero que desaparecía en cuanto se apartaba de sus cuerpos. Sin embargo, sus libros... era algo completamente distinto. La forma en la que los antiguos hablaban de un mundo que nadie recordaba le tenía cautivado. En uno de esos libros había sido donde había leído un poema sobre su Principessa y había comprendido que ese era su nombre, porque Galla pertenecía a otro mundo, como lo hacían aquellos libros...

«La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?

Los suspiros se escapan de su boca de fresa,

que ha perdido la risa, que ha perdido el color».

Cerró los ojos un instante y repitió los versos en su cabeza. Rubén... Darío., paladeó el nombre de su autor, se lo había dedicado también a una princesa... una Principessa como Galla. Cuando los abrió, una sonrisa se dibujó en su rostro.

Viviría para su ciudad y todos sus tesoros, entre los que Licinia, Atia y, sobre todo, Galla eran los más valiosos.

Suspiró, Licinia era una criatura indómita que estaba empeñada en aprender a pelear y correr aventuras. Él mismo estaba entrenando con ella cada día. De madrugada, a escondidas, la enseñaba a pelear. No quería ni imaginarse el escándalo que se formaría si alguno de los jefes de las familias de vampiros, las Gens, vampiros conservadores guardianes de las sagradas costumbres, se enteraba... Sonrió para sí. Aunque Cayo nunca lo reconocería, a Licinia no había que protegerla, más bien, los demás tenían que protegerse de ella. Y Atia, el pequeño diablillo

iba a dar más de un disgusto a sus padres... Pero Galla, volvió a recordar su conversación en el jardín, su pequeña Principessa debía ser protegida a toda costa.

Entró a paso rápido en la pequeña sala donde todos ya lo estaban esperando. Se había entretenido en el campo de entrenamiento y llegaba tarde.

Cayo se giró hacia él con una sonrisa en la cara.

—Aulo... ¿Qué ha sido esta vez... mujeres o dagas?

III.

—**A** ver si lo entiendo...

Todos miraron al Dux. En la pequeña sala donde se reunía el Minor Consiglio la tensión flotaba en el ambiente. Cuando había aparecido Aulo, habían bromeado un rato, pero tras escuchar el informe de Cneo las bromas se habían acabado.

—Hemos sufrido cinco ataques en el último mes... ¿Qué nos han robado esta vez?

Cneo se aclaró la voz antes de responder.

—Joyas y muebles...

—¡Nuestros productos más valiosos! —Cayo parecía más que molesto.

—Al menos no era vino... —aventuró Aulo. Los vampiros se alimentaban de sangre, pero muchos de ellos eran aficionados al buen vino... tinto, por supuesto.

—Los salteadores tuvieron mucha suerte... —continuó Cneo—. En sus anteriores ataques, habían robado productos de menor valor.

—¿Cuánto hemos perdido?

—No sabría decirlo con exactitud... —El Taumaturgo pareció dudar.

—Seguro que tienes idea de cuánto ha sido. Dame una cifra. —La voz del Dux sonó imperiosa.

—Mis estimaciones rondan los... —Se aclaró la voz—. Creemos que han sido unos cien mil ducados.

—Mierda... —Cayo golpeó con el puño la mesa más cercana y se rompió en mil pedazos.

—Ya sé que puede parecer mucho; pero, en realidad, supone menos del uno por ciento de todo nuestro comercio —explicó Tito. De todos ellos el Gobernador siempre era el que mantenía la mente más fría.

—Eso no me sirve de mucho consuelo... —El rostro del Dux mostraba su enfado.

–Será menos de un uno por ciento, pero... ¡era nuestro dinero! ¡Dinero de Nastea! Dinero que nos han robado unos ladrones. –Aulo elevó la voz. Al General le gustaba llamar a las cosas por su nombre.

–¡Maldita sea! ¿Y se sabe quién es el responsable? –Cayo trató de calmarse. Como Dux en muy raras ocasiones se permitía dejar traslucir sus emociones, pero en aquella pequeña sala no era el líder de la ciudad sino uno más. Solo delante de su familia y sus hermanos dejaba a un lado su papel de Dux y se comportaba como realmente era. Nadie podía ni siquiera sospechar los sentimientos que dominaban al poderoso Dux de Nastea. Eso podía hacerlo parecer débil a los ojos de las demás ciudades y no podía permitírselo. No cuando todas ellas ambicionaban su ciudad–. No me creo que hayan sido unos oportunistas con suerte los que nos están golpeando una y otra vez.

A lo largo de los últimos dos años las caravanas de Nastea cada vez sufrían más ataques. Las ciudades comerciaban entre sí, era su principal fuente de ingresos. A los vampiros les gustaba presumir de su riqueza y, por eso, atesoraban en sus palacios y casas todo tipo de bienes; muebles, alfombras, cuadros, vidrieras o tapices. O bien lucían los más fastuosos ropajes o joyas. Su forma de vestir o el lugar donde vivían era símbolo de su estatus; de la importancia que tenían en su ciudad. Además, aunque solo se alimentaban de sangre, les encantaba el vino y no dudaban en adquirir grandes cantidades a los precios más altos. A todo eso se añadían los alimentos que importaban con destino a los humanos. Aunque, al igual que Nastea, muchas de ellas habían desarrollado complejos vitamínicos que los mantenían con buena salud, los humanos eran criaturas de costumbres que añoraban su forma de alimentación tradicional.

El resultado de todo ello era que las ciudades estaban ávidas por nuevos productos y las manufacturas de Nastea eran las más deseadas. No era extraño. Disponían de la mejor tecnología y la mano de obra más cualificada. Los humanos vivían cómodamente en la ciudad de los jardines, el sobrenombre por el que era conocida, y por eso siempre había un flujo continuo de hombres y mujeres atravesando sus puertas.

¿Cómo no iban a estar deseosos de instalarse en Nastea?

Allí se respetaba su sangre. Ningún vampiro podía tomarla sin su consentimiento. Desgraciadamente no todas las ciudades tenían las mismas normas. Aunque existía un acuerdo no escrito para respetar la sangre de los humanos, cada ciudad lo interpretaba a su manera.

Además, eran generosamente recompensados por su trabajo. El padre de Cayo había comprendido que si quería que Nastea prosperase, era necesario que los humanos prosperasen también. Unos salarios justos aseguraron a la ciudad una mano de obra cualificada y numerosa. Pero no era solo eso, además, la cúpula con la que contaba la ciudad les aseguraba una vida agradable. No necesitaban de una casa lujosa para vivir de forma confortable a salvo del clima hostil que hacía de la Tierra un enorme desierto sin vida.

Gracias a todo ello Nastea podía producir mucho y de muy alta calidad, justo lo que demandaba el resto de las ciudades de los vampiros.

—Esa es la pregunta... Yo tampoco creo que sea fruto de la casualidad. —Aulo se unió a las sospechas de Cayo—. ¿Ya sabemos quién es el responsable?

Cneo se aclaró la voz antes de responder.

—Seguimos sin saberlo con seguridad. Solo tenemos ligeros indicios. —El Taumaturgo los miró apenado. Disponía de una extensa red de espías; pero, aun así, había cosas que se le escapaban.

—¿Y los indicios qué señalan?

—Las sospechas... —Cneo pareció dudar mientras respondía a la pregunta de Cayo—. Todas las sospechas apuntan en la misma dirección.

—¿Baste?

Cneo no tuvo falta de confirmar las sospechas de su Dux. Por supuesto, Baste. Hacía cuatro años habían eliminado a Cornelio Minor, el traidor que había conspirado contra ellos como segundo del Dux de Baste; pero, a la vista de lo que estaba ocurriendo, no había sido suficiente.

La familia de los Cornelios, la Gens Cornelia, había vivido siempre en Nastea; pero, tras atentar contra la vida de Lili, la Vitadantis de su Dux, los Cornelios habían sido expulsados.

Contra todo pronóstico, habían encontrado refugio en la ciudad de Baste. Allí, el jefe de la familia, Cornelio Minor, había logrado convertirse en el principal Consiglierio de su Dux y desde su nueva posición había conspirado contra Nastea. La situación se había vuelto tan insostenible que Aurelio, el segundo de Aulo, había emprendido una misión para acabar con él. Al final había sido una humana, Ariadna, que ahora vivía en el palacio del Dux, la que lo había matado. En ese momento habían creído que el hostigamiento de Baste acabaría, una vez Cornelio había desaparecido. ¡Qué equivocados habían estado!

–Debíamos haber atacado a Baste cuando pudimos –se lamentó Aulo.

–Ya sabes por qué no lo hicimos... –El Dux se estiró en el triclinio y todos se callaron.

En otros tiempos, habrían estado rodeados de mujeres hermosas deseosas de complacerlos, pero ahora solo eran cuatro vampiros reclinados en sus triclinios tratando de averiguar qué podían hacer para mantener a su ciudad a salvo. Aulo suspiró al pensarlo. Afortunadamente, él tenía un harén esperándolo en su casa.

–Habría sido muy arriesgado. Teníamos que dejar desprotegida nuestra ciudad para atacar Baste y eso habría supuesto correr demasiados riesgos. –De nuevo la voz tranquila de Tito resonó en la sala. El Gobernador siempre aportaba la opinión mesurada que todos compartían; aunque muchas veces, en el fragor de una conversación apresurada, parecían olvidar.

–Sé que tienes razón pero... –comenzó Cayo.

–Con Tapares en nuestra retaguardia... –Tito ni ningún otro miembro del Minor Consiglio se atrevería a interrumpir a su Dux en público, pero en la pequeña sala solo eran cuatro amigos buscando una solución a los problemas de su ciudad—. Aunque tengamos un tratado de paz... No nos podemos fiar por completo.

Tapares era la ciudad más cercana a Nastea y durante cientos de años había sido su mayor enemigo. Afortunadamente, en los últimos tiempos habían establecido una frágil alianza.

–Si al menos pudiésemos asegurar de alguna forma su lealtad... –elucubró Cayo.

Todos se quedaron en silencio, hasta que Cneo volvió a hablar.

–No se trata solo de si podemos o no atacar a Baste... El problema es que tampoco sabemos

con seguridad que haya sido ella quien está detrás de los asaltos que están recibiendo nuestras caravanas.

–¿Quién si no? –Aulo lo miró fijamente.

–Puede ser cualquiera... Cualquier ciudad que envidie los tesoros de Nastea.

–Entonces puede ser cualquiera –sentenció Cayo.

–Podemos sospechar que es Baste, pero todavía estamos lejos de saberlo con seguridad y, antes de embarcarnos en una guerra, sería importante estar seguros de cuál es nuestro enemigo.

De nuevo se quedaron en silencio hasta que el Dux volvió a hablar.

–En todo caso... Lo que sabemos seguro es que Cian se ha vuelto alguien impredecible.

El Dux de Baste era una criatura apocada mientras Cornelio había sido su principal asesor, pero parecía haber madurado de golpe.

–Más que impredecible, se ha vuelto cruel y vengativo. –Cneo lo sabía gracias a su red de espías.

Tras las palabras de Cneo, el silencio se instaló otra vez en el pequeño salón. Cayo suspiró en su triclinio cuando comprendió que aquel día no iban a poder tomar ninguna decisión respecto a Baste.

–Entre esto y la interminable lista de pretendientes de Licinia y Galla.

–¿A qué te refieres? –Aulo se tensó.... ¿De qué estaba hablando? Galla era solo una niña. ¿Cómo iba a tener pretendientes?

–No es ningún secreto lo que opina mi mujer de cumplir dieciocho años. Todos saben que fue la edad a la que exigió esperar a Aurelio para poder cortejar a Vera...

–¿Y ahora que Licinia y Galla los han cumplido...? –La pregunta de Tito quedó flotando en el aire.

–Ahora a mis hijas no las dejan en paz.

Nadie sabía exactamente de qué tribu provenía Lili, la Vitadantis del Dux, pero todos sabían lo estricta que era respecto a la edad que debía tener una humana para ser asediada por un vampiro.

Para los vampiros todos los humanos eran demasiado jóvenes y nunca habían prestado atención a su edad. O al menos, no lo había hecho, hasta que Lili había aparecido en la vida del Dux. Ella había marcado los dieciocho años como un requisito imprescindible para que las humanas participaran en las Oblatios o fueran reclamadas como Vitadantis por algún vampiro. Eso último era lo que le había ocurrido a Aurelio con su Vitadantis. Lili lo había obligado a esperar hasta esa edad para reclamar a la hermana de Marcia, la compañera de Tito y Cneo, como su Vitadantis.

Hasta entonces nadie se había preocupado de cuántos años tenían las mujeres que ofrecían voluntariamente su sangre y su cuerpo a los vampiros cada luna llena en la Oblatio. Lo único que les había preocupado era que lo hiciesen por su propia voluntad.

Siempre había mujeres deseosas de hacerlo. No era extraño. Si eran muy afortunadas, algún vampiro las reclamaba como sus compañeras, sus Vitadantis, y eran convertidas en vampiresa... Y si no era así, se unían a los extensos harenes de sangre de los vampiros donde vivían rodeadas de lujos durante un tiempo hasta que los abandonaban con una generosa recompensa.

El hecho de que Licinia y Galla, mellizas, las hijas mayores del Dux, hubieran alcanzado esa edad suponía que todos los vampiros de la ciudad podían comenzar a cortejarlas. La posibilidad de emparentar con el Dux era demasiado tentadora... y novedosa. Eran las primeras hembras nacidas de su raza y nunca, en los siglos de historia de la ciudad, se había presentado una oportunidad como esa. Así que ninguna familia de vampiros iba a desaprovecharla.

–Lili estará de buen humor... –especuló Tito.

–Ni te lo imaginas.

Cayo no tuvo que explicar nada más. Lili, su Vitadantis, era una fuerza de la naturaleza, una guerrera que protegía a sus hijas hasta lo indecible. Todos en la sala se imaginaron como debía estar de molesta porque no dejasen en paz a sus hijas.

–Y menos mal que hemos mantenido en secreto quién es la primogénita.

Lili y Cayo lo habían discutido y habían preferido hacerlo así. La heredera del Dux era Licinia. Muy pocos lo sabían, solo quienes estaban en aquella sala y pocos más. Y esperaban

mantenerlo en secreto la mayor cantidad de tiempo posible.

Los vampiros tenían muy pocos hijos, así que había sido una sorpresa que tuviesen mellizas y, quince años después, una nueva niña volviese a llenar su corazón. Atia, al menos, no tendría esos problemas... durante unos cuantos años.

—¡Menos mal! Porque si no... —masculló Tito— pobre Licinia...

¿Licinia?

Aulo miró a Tito, a él solo le preocupaba Galla.

IV.

En la enésima fiesta a la que la habían invitado intentó sonreír a todos, articular las palabras más educadas, escuchar con atención cada una de las conversaciones, hacer los cumplidos apropiados y, sobre todo, disfrutar de la compañía de la infinidad de vampiros que la rodeaban a cada paso. Desgraciadamente sabía que era imposible, porque sabía que estaba perdiendo el tiempo.

Toda su vida había estado enamorada de él. No recordaba el momento en el que, por primera vez, su pequeño corazón de niña lo había reconocido, pero nunca había mirado a ningún otro como miraba a Aulo...

No anhelaba las sonrisas de aquellos extraños...

No deseaba escuchar las preguntas de nadie más...

No quería estar con ningún otro...

Porque sabía con una certeza que nacía en el fondo de su corazón que su amor no pertenecería nadie más que a él.

Tampoco es que los vampiros que la rodeaban fueran especialmente originales o sus sentimientos diesen la impresión de ser genuinos. Unirse a una de las hijas del Dux era una opción demasiado apetecible. Si además ella era la primogénita y heredera, cosa que no sabían con seguridad, de apetecible pasaba a irresistible.

Afortunadamente ellos no sabían... no sabían que Licinia era la primogénita así que las principales familias de la ciudad las invitaban a ambas a todas las fiestas o eventos que les permitiesen acceder a ellas. Tenían un cincuenta por ciento de posibilidades de cortejar a la heredera y en todo caso, si fallaban, habrían emparentado con la familia del Dux igualmente.

Hasta que había cumplido los dieciocho años, se habían contenido a duras penas; pero, desde su cumpleaños, todo se había descontrolado. La historia se repetía cada día. En cuanto abandonaba la seguridad del Palacio de su padre, la rodeaban decenas de pretendientes ansiosos por llamar su atención.

–Galla... ¿No te gustan mis rosas?

«Pues la verdad es que no... ¿O es que me estás diciendo que eres un capullo?».

–Tus ojos alumbran mi vida como las estrellas en la noche.

«Me extraña mucho que mis diminutos ojos marrones alumbren nada... Además no tengo complejo de farol».

–¿Qué prefieres las perlas o los diamantes?

«Prefiero las conversaciones inteligentes... así que me tendré que ir a otra parte».

–Tu sonrisa es tan radiante como el amanecer.

«Pues me extraña que lo sepas, porque todavía no te he sonreído y, con lo pesado que eres, no lo pienso hacer jamás».

–¿No prefieres las margaritas?

«Al paso que voy, me voy a decantar por los crisantemos, las flores de los funerales... donde voy a acabar yo porque me estás matando de aburrimiento».

–Tus cabellos son tan rubios que parecen los rayos del sol.

«Pues no deberías acercarte tanto... No sea que te quemen».

Sabía que era injusta con ellos y, por eso, las palabras que se formaban en su cerebro cuando los escuchaba no llegaban a su boca. En vez de eso, se limitaba a sonreír y responder con monosílabos tratando de no desairarlos, pero tampoco alentarlos

Eso último lo había aprendido con rapidez. Ya sabía lo que ocurría cuando era un poco más efusiva de lo normal. Al día siguiente, indefectiblemente, el afortunado se presentaba en el Palacio para asediarla con todo tipo de atenciones antes de solicitar audiencia ante el Dux para pedir su mano.

Desde que había cumplido dieciocho años ya le había ocurrido en tres ocasiones y no era nada agradable tener que sacar al pretendiente de su error.

–Me guiñaste un ojo.

–¡No! Es que me picaba.

–Me sonreíste.

–¡No! Es que Licinia me había hecho una broma

–Sostuviste mi mano durante más de tres segundos.

–¡No! Es que estaba apoyándome en ti después de que me resbalase con las nuevas sandalias.

Tras las oportunas aclaraciones, el pretendiente abandonaba cabizbajo el salón del trono y mis padres me sonreían felices.

–Ya me parecía a mí que este vampiro no era lo que tú estabas buscando.

Su hermana nunca tenía esos problemas. Su lengua afilada despachaba de forma eficiente a todos aquellos que osaban hablar con ella.

–¿No te dan pena? –Le preguntaba a menudo.

–Más pena les debería dar yo que tengo que escuchar todas sus estupideces.

–Pero...

–Eres demasiado buena...

Y Galla tenía la impresión de que lo que le quería decir Licinia era que era demasiado tonta.

Ahogó un suspiro en el amplio jardín donde se desarrollaba la fiesta con cuidado de que ninguno de los vampiros que la rodeaban sospechase que tenía que ver con alguno de ellos.

«Me dedicaste un suspiro enamorado».

La posibilidad de que algún pretendiente adujese algo así, le preocupaba demasiado. De forma imperceptible, trató de abrirse paso hasta su hermana. Ya no recordaba qué familia era la anfitriona, tampoco le importaba. Las palabras de los vampiros que la asediaban no le provocaban ninguna emoción. Sus gestos no le interesaban.

–Debes darles una oportunidad –Licina se le acercó de forma inesperada y le susurró las palabras al oído–. Quizás haya alguien que te sorprenda.

Licina no la comprendía. Se movía de un grupo a otro, riendo con todos y, ella sabía, burlándose con su agudo ingenio de todos ellos. Volvió a ahogar otro suspiro. A ella también le gustaría ser así, pero no podía... En las interminables horas, minutos y segundos que pasaba rodeada de pretendientes sentía que estaba siendo injusta con todos ellos, porque su corazón ya tenía dueño.

Solo latía por su General.

Solo latía por Aulo.

Lástima que él pareciera ignorarlo.

¿Cuándo la vería como la adulta que era y no como una niña desvalida con la que ir a recoger flores?

¿Cuándo la miraría como si la viese y no como una criaturita desvalida que debía proteger?

¿Cuándo se daría cuenta de que él lo era todo para ella?

Ariadna, a su lado, le apretó la mano. A pesar de su desconfianza hacia los vampiros, la humana no dudaba en acompañarla a la infinidad de fiestas con la que la atosigaban.

Siempre se mantenía un tanto apartada, pero sabía cuándo tenía que acercarse para proporcionarle un poco de apoyo moral.

No le importaba que su presencia a su lado sorprendiese al resto de los vampiros. Licinia era su hermana, pero Ariadna era su confidente.

V.

Miró a su alrededor... rubias, morenas, pelirrojas... todas bien dispuestas... todas listas para él, su polla y sus colmillos.

Reclinado sobre su triclinio, con un vaso de vino en la mano, rodeado de un par de decenas de hermosas mujeres que trataban de llamar su atención, se sentía como un rey en su trono.

Acababa de llegar de la reunión del Minor Consiglio. Los había dejado a todos en el jardín con sus compañeras y sus hijos, pero a él le esperaba algo más interesante y menos predecible.

—Aulo... ¿me elegirás hoy a mí?

—¿O será a mí?

—No... yo te haré sentir mucho mejor... Además mi sangre es mucho más sabrosa.

Sus cuerpos desnudos y sus ojos complacientes, podía oler su deseo, sus ganas de satisfacerlo... su sangre en sus venas lista para ser probada, todas compitiendo por sus atenciones. ¿Qué más podía desear?

Cerró los ojos y vio en su cabeza la expresión satisfecha en los ojos de sus amigos. Sí, ellos tendrían a sus Vitadantis, pero él tenía algo mejor; variedad. Podía tener a todas las mujeres que quería y, lo que era mejor, cada Oblatio podía reemplazarlas sin esfuerzo alguno. Ahora era el vampiro más importante de Nastea sin compañera así que todas las humanas se ofrecían en primer lugar a él.

¿Para qué necesitaba una Vitadantis? Todavía podía recordar a sus padres, la forma en la que se miraban, la sonrisa que se dibujaba en sus rostros cuando estaban solos y creían que nadie los veía. Desgraciadamente, su padre había muerto en la guerra y su madre le había seguido muy poco después. Las Vitadantis y sus vampiros no sobrevivían durante mucho tiempo cuando uno de los dos moría y se había quedado sin ambos en unos días.

¿Qué necesidad tenía de algo así? Ligar tu vida a otra criatura... Eso no era para él. Por eso era el más viejo de sus amigos y, sin embargo, seguía solo... Los dioses eran sabios y sabían que no necesitaba una Vitadantis a su lado.

El recuerdo de su madre trajo a su memoria unas palabras que casi ya había olvidado. Su madre había hecho una profecía sobre cómo sería su compañera hacía tantos años que apenas la recordaba:

«No la verás,
pero ella estará ahí.
No la querrás,
pero la probarás.
¡Qué los dioses se apiaden de ti!
Porque por ella enloquecerás».

¿Esas eran las palabras? Su madre se habría enfadado mucho si supiese que no las recordaba con precisión.

«No la verás,
pero ella estará ahí».

Sí, tenían que ser esas las palabras, porque después de tantos años, todavía no la había visto.

—¡Menudo problema! —Susurró para sí.

Sin dejar la copa de vino, se incorporó para sentarse en el triclinio e, inmediatamente, una rubia de pechos generosos se arrodilló entre sus piernas y, sin decir una palabra, tanteó su ropa y, tras encontrar lo que buscaba, comenzó a chupar su polla.

Cerró los ojos, aquello era agradable... pero necesitaba algo más. Cuando abrió los ojos y vio como una pelirroja acercaba su mano a su pecho, no lo dudó. Clavó sus colmillos en su brazo

y el sabor de la sangre en su boca le llevó casi hasta el éxtasis; pero... no supo muy bien por qué, no lo logró alcanzar.

Tras separar su boca de su brazo y limpiar sus labios con su túnica echó la cabeza hacia atrás tratando de alcanzar un éxtasis que le era esquivo, pero fue incapaz. Tenía una extraña sensación en su cabeza... Había algo que le molestaba y que no podía identificar y que los esfuerzos de la mujer arrodillada entre sus piernas no conseguían borrar.

¿La necesidad de fortalecer la alianza de Nastea con Tapares?

¿Quizás los ataques que habían sufrido los mercaderes de la ciudad?

¿La continua amenaza de Baste?

Nada que el cuerpo de la morena que tenía junto a él no pudiese resolver... Hizo un gesto con el dedo e, inmediatamente, se puso a cuatro patas delante del triclinio esperando... No tuvo que hacerlo durante mucho tiempo, tras apartar a la rubia y librarse de la ropa la ensartó sin dudar.

Comenzó a bombear con rapidez... La necesidad de tener el control lo dominó y agarró su pelo en un puño y tiró con fuerza de él. Los tatuajes en sus brazos le recordaron la historia de su vida; sus batallas, sus victorias y, también, sus derrotas...

Los tatuajes eran algo sagrado en su especie. El testimonio de los acontecimientos más importantes de toda una vida... Los soldados de la Cernide se los tatuaban unos a otros. Era la forma en la que un vampiro declaraba al mundo lo que era sagrado para él. Cuanto más a la vista estaban, más importantes eran. Por eso, el tatuaje que compartía con Cayo, Tito y Cneo estaba en su antebrazo, donde cualquiera podía verlo.

Desgraciadamente, ni aun bombeando dentro la morena la sensación en su cabeza desapareció... Algo que no reconocía y que lo acechaba de forma persistente... Una idea, un convencimiento, un recuerdo que no era capaz de borrar, porque tampoco tenía muy claro cuál era.

Quizás necesitaba otra mujer... otra humana más complaciente. Giró la cabeza a un lado y otra rubia lo besó con codicia mientras él seguía bombeando dentro de la morena...

No conocía sus nombres. ¿Era necesario? Cambiaba sus mujeres cada mes. Tras recibir una generosa recompensa siempre se iban contentas. Se aburría rápidamente y necesitaba novedades, alicientes. Todos lo sabían. Incluso muchas veces, ignorando la Oblatio, se presentaban a su puerta nuevas mujeres deseosas de unirse a su harén.

¿En serio sus amigos se contentaban con una sola?

¡Estúpidos!

¿Cómo no se aburrían?

¿Cómo podían estar siempre con la misma, día tras día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año... hasta el día de su muerte?

Siguió bombeando hasta que derramó su semilla... pero ni siquiera así encontró la paz que estaba buscando.

¿Su inquietud se debería a que necesitaba volver al campo de batalla?

Amaba la adrenalina de la lucha y llevaba varios años sin emprender una campaña. Cada día se ejercitaba en el campo de entrenamiento, pero no era lo mismo. ¿Cómo iba a serlo? Necesitaba doblegar a un enemigo, mancharse las manos con su sangre, conquistar y vencer... Necesitaba empuñar un neutralizador, la daga ceremonial que tenía a la cintura le quemaba... pero sabía que tampoco era eso lo que le molestaba...

—Aulo... yo también estoy dispuesta...

—Mi sangre hoy te está esperando...

—¿No quieres probarme?

Ese día no quería más mujeres. No le proporcionaban la calma que necesitaba. Se giró para salir de sus habitaciones. La ligera desazón seguía en su cerebro. ¿Qué le molestaba? Se fue a su biblioteca, aquella en la que atesoraba los libros de los antiguos. Si los vampiros de la Cernide descubrieran lo que amaba aquellas viejas reliquias del pasado seguramente se sorprenderían.

Amaba a sus compañeros de armas, eran algo esencial en su vida; pero, a su manera, también lo eran los libros. Los tesoros que a lo largo de su vida había ido coleccionando.

Como un autómatas, se dirigió a la amplia estantería y tomó su libro más preciado. En él tenía

un fragmento marcado, uno que, aunque lo sabía de memoria, leía cada noche y se repetía cuando necesitaba encontrar la paz.

«La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?

*Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.*

*La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave de oro;
y en un vaso olvidado se desmaya una flor.*

*¡Ay! La pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar,
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de mayo,
o perderse en el viento sobre el trueno del mar».*

Recitó en voz alta los versos del poema que tanto le gustaba... Lo había escrito un humano, Rubén Darío, cuando estos todavía no habían destruido la Tierra con sus absurdas disputas. ¿Por qué no habían dedicado su tiempo a la poesía en vez de a matarse entre ellos hasta llevar al planeta a la catástrofe?

Desgraciadamente, ya no había nadie que pudiera responder a esa pregunta; pero, al menos, había descubierto el motivo de su desazón.

Galla ya había cumplido dieciocho años y Cayo les había contado que tanto ella como Licinia tenían infinidad de pretendientes.

¿Cómo era posible? ¿Cuándo había pasado todo ese tiempo? Todavía recordaba sus pequeñas manitas, su sonrisa infantil, la forma en la que recogía flores del jardín del Palacio...

—¡Maldita sea!

Se pasó la mano por la frente. El tiempo había pasado demasiado deprisa.

¿Por qué no podía seguir siendo una niña?

La idea de que muy pronto abandonaría el Palacio y se uniría a un vampiro le resultó insoportable.

¿Acudir al Palacio y no encontrarla en el jardín? Era inaceptable.

¿Qué un estúpido vampiro se la llevase lejos? Era intolerable.

Pero... ¿No era acaso inevitable?

Negó con la cabeza.

No podría evitar que su Principessa conociese a un vampiro y se uniese a él, pero sería dentro de muchos años. Se convenció. La Vitadantis de su Dux, Lili, no permitiría que la pequeña Galla se uniese a un vampiro cualquiera.

Sería bueno y honorable... y la trataría como se merecía.

Él se aseguraría de ello.

Lili podía quedar deslumbrada por algún pretendiente y perder su sentido común, pero él velaría siempre por su Principessa.

Cerró los ojos e intentó tranquilizarse.

Pero ese vampiro aparecería dentro de muchos años.

La molestia en su cabeza remitió.

Decenas de años...

Se sintió mucho mejor.

¿Quizás siglos?

Una sonrisa apareció en su rostro.

¿Qué prisa había?

VI.

Galla estaba trabajando en el telar mientras Licinia estudiaba el visor en la salita que compartían. Eran mellizas y les costaba separarse. Aunque eran muy diferentes parecía que una proporcionaba a la otra el equilibrio que necesitaba.

Junto a ellas se encontraba Ariadna. La humana había llegado a Nastea hacía cuatro años y, desde entonces, se había convertido en su amiga inseparable a pesar de que no era una vampira. Galla todavía recordaba lo asustada y triste que estaba Ariadna cuando la conoció. Por fortuna, el miedo había ido remitiendo con el paso de los años, aunque seguía rehuyendo a los vampiros machos, pero el dolor seguía muy presente en sus ojos. Además de a su familia, había perdido a su compañero en Baste. Lo había asesinado un vampiro, y no parecía que nada ni nadie pudiese devolverle la alegría. Probablemente por eso Galla y ella estaban tan unidas. Compartían algo que la impetuosa Licinia no podía comprender del todo.

Cuando escucharon un tumulto en el jardín, salieron fuera. Lo que vieron les sorprendió. Alarico, el hermano del Dux de Tapares, acababa de llegar... o para cualquier observador que no supiese lo que estaba pasando y solo confiase en lo que le mostraban sus ojos; los mercaderes de alfombras habían llegado un poco pronto ese mes.

Sonrieron. Tapares y Nastea habían estado enfrentadas durante años; pero, tras el derrocamiento del anterior Dux de Tapares y el nombramiento de Eurico como su nuevo líder todo había cambiado. Se había establecido un acuerdo de paz que había desembocado en una especie de entendimiento entre ambas ciudades. Para asegurarse de que el acuerdo se mantuviese en el tiempo habían acordado que el hermano de Eurico se reuniese con el Dux de Nastea una vez al mes.

¿Y cómo entraba en el Palacio?

¿En una fastuosa comitiva? ¿Rodeado de guardias de Tapares engalanados para la ocasión?

¿Entre el sonido de fanfarrias?

No... Alarico visitaba Nastea... dentro de una alfombra.

Sus enemigos, les había explicado su padre, no necesitaban conocer los términos de su relación y, por eso, sus habituales visitas al Palacio debían ser un secreto... Uno que había provocado que su madre se convirtiese para el resto de las ciudades de los vampiros en la matrona de gustos más exquisitos de toda la Tierra. Esa era la única explicación que habían encontrado para que cambiase las alfombras del Palacio cada mes.

Galla sonrió para sí... ¡Todo por el bien de Nastea!

Su padre se lo había tenido que explicar a sus hijas después de que Licinia, como no podía ser de otra manera, hubiese descubierto a Alarico escondido en un par de ocasiones. Lo que su padre no sabía era que entre ambos se había establecido una especie de extraña relación en la que Galla no sabía con seguridad si se odiaban o eran amigos.

–¿Alarico? –Susurró la pregunta Galla al oído de su hermana.

–Sí... y parece que con prisa.

Licinia parecía molesta. Las conversaciones con Alarico siempre eran interesantes. Él no la trataba con la cautela casi servil a la que estaba habituada y eso le resultaba refrescante. Por desgracia, viendo como Aurelio, el jefe de la guardia del Dux, acompañaba a los porteadores seguido de media docena de guardias, supo que en aquella ocasión no tendría oportunidad de intercambiar ni una palabra con el hermano del Dux de Tapares.

–Algo ocurre... –musitó Ariadna. Por supuesto la mujer estaba al tanto de todo. Para Galla y Licinia era una más de la familia.

–Espero que no sean malas noticias. –Galla miró a los guardias preocupada.

–No sé qué pensar. Ha habido problemas con las caravanas de mercaderes...

Licinia, como siempre, parecía al tanto de todo...

Galla miró a su hermana. Era una suerte que fuera la primogénita. Ella nunca había

entendido muy bien los asuntos políticos de la ciudad; le resultaban demasiado aburridos.

–¿A qué te refieres? –Una cosa era que no lo entendiese y otra, que no tratase de hacerlo.

–Nuestras caravanas han estado sufriendo ataques últimamente –susurró en tono conspirativo.

Galla nunca había salido de Nastea; pero su madre, Ariadna y las Vitadantis de Tito, Cneo y Aurelio sí. Ellas eran las que le habían explicado cómo era el mundo que rodeaba las murallas de Nastea y, sobre todo, como de difícil era la vida fuera del amparo de la cúpula de la que disfrutaban en la ciudad.

–La Tierra es un inmenso desierto. Hasta donde alcanza la vista, el horizonte es una sucesión de dunas solo interrumpida por algunas montañas rocosas, colinas y desfiladeros... Únicamente las ciudades de los vampiros proliferan en ese desierto.

–¿Nada más?

–Existen algunas tribus de humanos, pero las condiciones de vida son tan difíciles... La falta de agua y las temperaturas hacen casi imposible su supervivencia.

–Entonces... ese desierto está vacío.

–¡Ojalá lo estuviera! Está lleno de peligros. Aunque caravanas de comerciantes lo recorren para llevar sus productos de unas ciudades a otras, existen salteadores, ladrones, que las asaltan y, además, todo tipo de pequeños animales venenosos que pueden acabar con la vida de cualquiera en un instante.

Las descripciones que había escuchado la habían disuadido de interesarse por el mundo que se extendía fuera de Nastea. La idea de que la ciudad de los jardines estuviera rodeada de un desierto se le hacía muy difícil de imaginar; pero lo que más le había sorprendido era que alguien pudiera tener algún interés en abandonar la comodidad de su ciudad.

¿A quién se le podía ocurrir algo así?

A su hermana, por supuesto. Licinia, en teoría, tampoco había salido nunca de la ciudad, pero Galla estaba segura de que eso no era cierto. ¿Quién podía retener a su hermana en un lugar?

–Papá está muy preocupado por los ataques que están sufriendo nuestras caravanas –volvió a repetir Licinia a su lado.

–Pero me imagino que eso es normal... –Galla buscó una respuesta en Ariadna.

–Cuando atravesé el desierto para venir aquí... me pareció aterrador... Me imagino que debe ser sencillo para esos ladrones atacar las caravanas.

–Sí... pero esto es distinto. –Licinia parecía segura–. Por lo que tengo entendido, siempre ha habido problemas con los salteadores, pero en los últimos años el problema se ha acentuado.

–No comprendo... –Era lo bueno de Licinia, Galla sabía que no le importaba explicarle las cosas las veces que fueran necesarias.

–Están atacando nuestras caravanas más que a las de ninguna otra ciudad. Es como si fuera algo planificado, no fruto de la casualidad.

Galla intentó asimilar la información, pero una idea se abrió paso en su cabeza con rapidez.

–¿Y eso no se deberá a que nuestros productos son mejores que los de las demás ciudades?

–Podría ser...

–Los salteadores buscan el mayor beneficio...

–Pero Cneo no opina lo mismo –explicó finalmente Licinia.

Galla sabía lo que significaba eso. Si el Taumaturgo con su extensa red de espionaje pensaba eso solo podía significar... que los ataques que estaban sufriendo no se debían a la calidad de los productos de Nastea.

–Pero entonces...

–Entonces alguien está atacando a nuestras caravanas a propósito.

–Eso no es nada bueno... ¿Quién...?

–Piensan en... Baste. –Licinia miró a Ariadna. Delante de ella trataban de no mencionar el nombre de la ciudad donde había nacido. Cuando escuchó su nombre, su rostro se llenó de una mezcla de dolor y rabia.

–Su Dux... –Su voz tembló.

–¡Es un vampiro sin honor! –Declaró Licinia mientras Galla tomaba de la mano a su amiga–. La forma en la que trata a los humanos...

En Baste los humanos no eran más que esclavos... de cuya sangre y vidas los vampiros que dirigían la ciudad disponían sin ningún respeto. Ariadna lo sabía de la peor manera posible.

–¿Estará relacionada la inesperada visita de Alarico con eso? –Se preguntó Galla.

Licinia le sonrió de una manera extraña. Una que Galla conocía muy bien. La sonrisa juguetona de su hermana solía ir acompañada de alguna travesura cuando eran niñas, pero ahora... ahora significaba algo más.

–¿Os gustaría saberlo? –La sonrisa de Licinia se amplió.

–¿Qué has hecho esta vez? –Galla no sabía sin reír o llorar.

La primera vez que había visto esa sonrisa en el rostro de su hermana, había sido cuando tenían diez años. Al día siguiente había desaparecido del Palacio. Durante diez horas, la guardia del Dux se había afanado buscando a Licinia hasta en el último rincón de la ciudad... con la mayor discreción posible... mientras en Palacio sus padres se habían vuelto locos de preocupación.

–Si no soy capaz de controlar a mis hijas... –Aun recordaba las palabras de su padre cuando su madre le había preguntado por qué no iban ellos mismos a buscarla–. Cómo voy a estar preparado para dirigir Nastea. No puedo arriesgarme a que los jefes de las Gens me cuestionen por eso.

Por fortuna, al final, había aparecido. Sus padres la habían reñido y se había reforzado la guardia, pero no había servido de nada. Había vuelto a desaparecer en menos de una semana.

Muy pronto comprendieron que Licinia iría donde ella quisiera independientemente de lo que los demás opinasen. La única diferencia era que, con el tiempo, había aprendido a evitar que descubriesen que se había escabullido y sus padres habían aprendido a comportarse como si no supiesen que lo hacía.

La segunda vez que había visto la misma sonrisa, había sido antes de hacerse con un neutralizador y una daga y comenzar a entrenar en el campo de entrenamiento. Aulo se había

apiadado de ella y cada mañana, a una hora en la que no había soldados, una Licinia embozada y vestida con la ropa de la Cernide entrenaba con él. A Galla le costaba imaginar por qué el General había cedido ante sus exigencias y, en silencio, sospechaba que su padre había estado detrás de todo, pero no pensaba compartir su convencimiento con su hermana. Estaba demasiado orgullosa de haber logrado disuadir a Aulo. Lo que nadie sabía era que Licinia no se había limitado a aprender, a escondidas le había enseñado a utilizar el neutralizador a ella y, sorprendentemente, no se le daba nada mal.

–Ya sé que la idea de utilizar una daga en un combate cuerpo a cuerpo te horroriza, pero el neutralizador... –Licinia sabía qué argumentos tenía que utilizar para convencerla de algo.

Después de eso, Galla no había vuelto a investigar lo que significaban sus enigmáticas sonrisas, pero esta vez tuvo la necesidad de hacerlo... La curiosidad pudo más que ella.

–¿Os gustaría saber a qué ha venido Alarico? –Licinia le dirigió una sonrisa conspirativa.

–No creo que podamos...

–Pues yo creo que... –Licinia dejó en suspenso sus últimas palabras antes de continuar–. Quizás haya una manera.

Ariadna y Galla la miraron. ¿Qué estaba tramando?

VII.

En la pequeña sala solo estaba el Minor Consiglio junto a su Dux y Alarico. Todos se miraron. La última vez que Alarico se había presentado antes de tiempo, sus visitas se repetían a principios de cada mes, había compartido con ellos una información que les había decidido a acabar con el último Cornelio. Nunca olvidarían esa visita. Había ocurrido hacía cuatro años y durante la misma les había informado de que Baste había ofrecido una alianza a Tapares para acabar con Nastea.

El recuerdo de lo que había ocurrido la última vez que Alarico había aparecido en el Palacio de forma inesperada, flotaba en el ambiente. Cuando Cayo había avisado a los miembros del Minor Consiglio de la llegada del hermano del Dux de Tapares, habían acudido con prontitud; no esperaban nada bueno de aquella visita.

¿De qué se trataría esta vez?

—¿Qué ha ocurrido? —El Dux miró fijamente a Alarico y se preparó para lo peor.

¿Una nueva conspiración de Nastea?

¿Una amenaza desconocida?

¿Un enemigo inesperado?

Todos contuvieron la respiración... hasta que escucharon las palabras del recién llegado.

—He venido a haceros una oferta...

—No comprendo... —Cayo lo miró desconcertado. ¿De qué estaba hablando?

—Mi Dux quiere proponeros algo que está seguro será beneficioso para ambas ciudades, pero... —En todas sus visitas, Alarico siempre se mostraba seguro. Jamás dudaba ni vacilaba.

Esta vez, sin embargo, parecía que le costaba hablar.

–¿Pero? –Alrededor de Cayo, los miembros del Minor Consiglio se revolvieron nerviosos. Todos habían notado la incomodidad de Alarico.

–Se trata de un asunto muy delicado. Por eso, antes de nada... mi Dux me ha encargado que os transmita que no desea que, en ningún caso, su oferta sea tomada como una ofensa. ¡Nada más lejos de la intención de mi señor! –Incluso la forma que tenía de referirse a su hermano era demasiado ceremoniosa.

–¿Una ofensa? –Cayo lo miró fijamente mientras se tensaba. ¿Qué tipo de oferta era esa?

–Se trata de algo que concierne directamente al Dux de Nastea...

–¡Todo lo que concierne a Nastea concierne directamente a su Dux! –Le recordó Aulo. El General no toleraba que nadie lo olvidase.

–Por supuesto, General. Pero en este caso especialmente...

–¿Puedes ser más claro? –El Dux estaba comenzando a perder la paciencia.

Alarico tragó saliva antes de seguir. Parecía necesitar reunir todo su valor para explicar el motivo de su visita.

–El Dux de Tapares me ha envidado para proponeros personalmente una oferta que si aceptáis... –Miró a Cayo—. Si estáis de acuerdo con ella, por supuesto, presentaremos a continuación de forma oficial de acuerdo a los cauces que Nastea estime oportunos.

–No estamos entendiendo de qué estás hablando –Cayo no parecía muy contento. ¿Qué podía concernirle a él directamente?

–Mi hermano, el Dux de Tapares cree que... –Alarico hablaba despacio, como si estuviese eligiendo con cuidado cada palabra que pronunciaba. En anteriores visitas parecía más despreocupado. ¿Por qué era tan cuidadoso?—. Cree que una firme alianza entre Nastea y Tapares sería muy provechosa para ambas ciudades.

El resto de los vampiros se miraron. Eso mismo pensaban ellos.

Alarico observó el efecto que habían tenido sus palabras antes de continuar. Al ver las expresiones que se dibujaron en los rostros de los miembros del Minor Consiglio y del Dux en

particular, pareció aliviado.

–Mentiría si dijera que no hemos pensado en esa posibilidad –explicó Cayo–. Nastea estaría muy interesada en algo así.

Estaba más que interesada. Cayo lo consideraba imprescindible antes de lanzarse a eliminar a su mayor enemigo; Baste. Sin la absoluta seguridad de que Tapares no aprovecharía un movimiento de Nastea contra Baste para atacarlos, no se arriesgaría a llevarlo a cabo. Y cada día que pasaba estaba más convencido de que aniquilar a Baste se volvía imprescindible.

–Ya nos imaginábamos que, al igual que nosotros, el Dux de Nastea y sus más cercanos consejeros habían valorado esa posibilidad.

–Compartimos enemigos y, me atrevería a afirmar que, intereses... –añadió Cayo. Al estar tan cerca, asegurar la vías comerciales de Nastea implicaba hacer lo mismo con las de Tapares y viceversa.

–El incidente de Cornelio fue una buena muestra de cómo trabajando juntos podemos lograr objetivos comunes. –Alarico parecía tener muy claro el mensaje que quería transmitir.

Cayo tuvo la impresión de que el hermano de Eurico había planeado minuciosamente lo que iba a decir. ¿Por qué se había tomado tantas molestias? Repentinamente, tuvo la impresión de que estaba preparando el terreno para soltar una bomba... en forma de oferta.

–Sí, ese es un buen ejemplo –afirmó Aulo.

–Mi Dux cree que ambas ciudades no pueden ni deben permanecer eternamente enfrentadas y que, si es posible, debemos forjar una alianza sólida.

–Estos últimos años de colaboración son buena prueba de ello... –Cneo lo miró fijamente. Cayo comprendió por su gesto que su Taumaturgo también estaba intrigado por la actitud de Alarico.

–Una alianza sólida nos haría más fuertes y en nuestro mundo... siempre hay algún enemigo agazapado esperando para lanzarse sobre nosotros.

–Sí... tu Dux es muy sabio... –Cayo parecía complacido por las palabras del enviado de Tapares.

–Dos ciudades sólidamente unidas... donde la confianza no fuera cuestionada... sería una ventaja crucial en el nido de víboras en el que vivimos.

–Nunca unas palabras fueron más acertadas... –Tito, al fin, había tomado la palabra. Decía en voz alta lo que todos pensaban.

–Nastea y Tapares tienen enemigos comunes... a los que nos podríamos enfrentar si estuviéramos aliados y nuestra lealtad mutua fuera incuestionable.

El nombre de la ciudad de Baste sobrevoló la reunión. No hacía falta mencionarla para saber de qué estaban hablando. Cayo lo desconocía, pero no le habría extrañado que los comerciantes de Tapares también estuvieran sufriendo ataques sospechosamente numerosos... y detrás de esos ataques estuviese Baste.

–Si queremos atacar a otra ciudad, es importante asegurar la retaguardia... –El General miró a Alarico complacido.

Alarico sonrió al General antes de hablar.

–¿Tiene el General de Nastea alguna ciudad en mente?

–Creo que ambos tenemos... –comenzó Aulo.

–A Baste en mente –terminó Cayo. No tenía sentido esconder lo evidente.

–¡Exacto! Ambos tenemos un enemigo común... Si nos aliáramos, si encontráramos la forma de que nuestra confianza mutua no estuviera expuesta a especulación... –Volvió a vacilar. Cayo intuyó que se estaba acercando a una parte especialmente delicada–. Baste sería historia en muy poco tiempo.

Todos se quedaron en silencio. El Minor Consiglio ya había hablado de ese tema en más de una ocasión.

–El problema es que tras siglos de enfrentamientos es muy difícil... –Cayo se aclaró la voz–. Es complicado que podamos confiar unos en otros de forma completa y sin recelos.

–Sí, lo es... pero eso no significa que sea imposible.

Todos lo miraron con atención. ¿A dónde quería ir a parar?

–¿Tapares ha encontrado una solución? –Tito le hizo la pregunta que flotaba en el ambiente

tras sus últimas palabras. ¿Qué solución estaban proponiendo?

–Sí... la ha encontrado... Por eso he venido aquí a hacer una oferta al glorioso Dux de Nastea... Una oferta delicada, pero necesaria.

A Cayo no le pasó inadvertida la nota aduladora de sus palabras. Fuera lo que fuera lo que le iba a proponer, Alarico sospechaba que podía no ser muy bienvenido... e intentaba congraciarse primero con él.

–¿Una oferta que nos permita establecer una alianza indestructible entre ambas ciudades? – Cayo lo miró confundido. ¿Qué podía ser?

–Te escuchamos... –Tito se adelantó a su Dux.

Alarico se aclaró la voz antes de hablar. Se notaba que temía como se interpretase lo que iba a decir a continuación.

–Tapares propone una unión.

Todos se miraron.

–¿Una unión? –El Dux no entendía nada. ¿A qué podía referirse con una unión?

–El Dux de Tapares, solicita formalmente su unión con una de las hijas del Dux de Nastea. – Cuando terminó de decir las palabras, pareció desinflarse. Se notaba que le había costado llegar a ese punto...

–¡Cómo!

El Dux se puso de pie de un salto mientras, a su alrededor, los rostros de sus consejeros se ensombrecían.

A pesar de todo, Alarico no se amilanó. Su hermano le había encargado que presentase su oferta y no se iría sin explicar sus ventajas. El Dux de Tapares había confiado en él y no lo decepcionaría.

–Eurico sabe que las hijas del Dux son sagradas y comprende que su oferta os habrá pillado desprevenidos, pero cree que es la única forma de asegurar una alianza duradera e inquebrantable.

–Desprevenidos no es la palabra... –Tito no pudo acabar la frase. Aulo se le adelantó.

–¡Es inaceptable!

–Eurico no plantea esta unión a la ligera... La hija del Dux de Nastea sería tratada en todo momento con el respeto y la consideración de una persona de su rango –les aseguró.

–¿Y quién garantizaría eso? ¿Crees que somos idiotas?

–Mi Dux no propondría algo así si no estuviese dispuesto a proporcionaros todas las garantías que consideraseis necesarias para aceptar su oferta. –Alarico parecía haber valorado todas las posibles reticencias que podrían surgir.

–¡Son el orgullo de Nastea! –Bramó Aulo–. No una moneda de cambio entre ciudades.

–Lo sabemos. Cualquier vampiro... cualquier criatura sería enormemente afortunada si tuviese el honor de unirse a una de vuestras hijas. –A pesar de que Cayo aún no había dicho nada y era Aulo quien se mostraba más en desacuerdo, era al Dux a quien Alarico dirigía sus palabras–. Os puedo asegurar que Eurico y yo mismo somos muy conscientes de ello.

–¡Solo faltaba!

–Comprendo vuestra molestia; pero, por favor, escuchadme.

–No creo que necesitemos escuchar más... –Aulo no pudo terminar la frase. Cayo se giró hacia él y el General comprendió que se debía callar. A duras penas se contuvo de seguir protestando.

–Continuad... –Fue la única palabra que pronunció el Dux, pero Alarico lo miró esperanzado. Por su reacción, todos comprendieron que había temido que su oferta fuese tomada como un insulto.

–Nosotros... sabemos que Licinia es la primogénita... –Los ojos de Alarico brillaron mientras Cayo entrecerraba los ojos. ¿Cómo lo había descubierto?–. Y Atia es solo una niña... Así que...

Un sonido ahogado brotó de la garganta de Aulo que, haciendo un supremo esfuerzo se contuvo. Su Dux le había exigido silencio y él debía obedecer, aunque le costase la misma vida lograrlo.

–Así que proponemos al Dux de Nastea la unión de su hija Galla con el Dux de Tapares.

Las palabras resonaron en la estancia como una sentencia.

Cayo se dejó caer de nuevo en el triclinio que había abandonado al escuchar la oferta mientras el silencio volvía a instalarse en la sala. Miró a su alrededor. Los rostros de sus consejeros oscilaban entre la furia de Aulo y las miradas cautelosas de Tito y Cneo.

Los labios de Alarico dibujaron una ligera sonrisa. Sabía que lo que les había propuesto les iba a hacer dudar... y si lo hacían, tendrían alguna oportunidad.

Era importante forjar una alianza indestructible y todos los que estaban en la sala lo sabían. Tapares había encontrado la forma de lograr ese objetivo. Ahora la decisión le correspondía a Nastea.

VIII.

—¡De ninguna manera!

Aulo parecía fuera de sí. Su Principessa no se vería obligada a unirse a Eurico para satisfacer el interés de la ciudad. ¿Cómo podían siquiera estar hablando de ello? Ella era perfecta. La criatura más exquisita de la faz de la Tierra. Hermosa, dulce, encantadora... mientras que Eurico... ¡Era un extranjero sin honor que osaba proponer que Galla lo aceptase como su compañero solo para afianzar la alianza entre las dos ciudades!

Apretó los puños tratando de contenerse y no salir corriendo tras Alarico después de lo que había propuesto. Si se apresuraba, seguramente todavía lo pillaría antes de traspasar las puertas de la ciudad. Tenía que haber cerrado la boca de ese extranjero de un certero puñetazo. Eso era lo que tenía que haber hecho.

—Ha sido completamente inesperado. —Cayo, hundido en su triclinio, parecía perplejo. Como si tratase de digerir lo que acababa de escuchar.

—La oferta nos ha pillado por sorpresa... —Tito movía la cabeza sin comprender muy bien qué acababa de ocurrir.

Tras exponer su oferta, Alarico había abandonado el Palacio con rapidez, dejando al Minor Consiglio reunido con su Dux.

—Pero... lo que no comprendo es... ¿en qué momento...? ¿Cuándo...? ¿Cómo...? —Cayo no sabía qué pensar.

—Nuestros espías no tenían ni idea —confesó Cneo— y puedo aseguraros que después de Baste, en Tapares es donde más espías tenemos desplegados. No me explico por qué no nos enteramos antes...

—Me imagino que... dada la naturaleza de la oferta se trata de algo que han planeado Eurico

y su hermano sin que nadie más en Tapares sea consciente de ello –especuló Tito.

–¡Dos insolentes! ¡Galla unida a un extranjero! –Aulo no podía pensar en ello sin tener ganas de pegarle un puñetazo a alguien, a ser posible a algún ciudadano de Tapares... como Alarico o su hermano.

Su Principessa había sido una presencia constante en su vida desde que Cayo le había enseñado su hermosa carita recién nacida... ¿Enviarla lejos? ¿No poder verla nunca más? ¿Atarla a un vampiro cuya honorabilidad no conocía? Alguien al que no podría vigilar estrechamente... Cuya idoneidad no podría valorar por adelantado de forma apropiada.

¡No! Era completamente inaceptable.

–¿Y cómo sabía cuál era la primogénita? –La pregunta de Cayo enmudeció a todos.

Muy pocos sabían quién era la heredera del Dux. Era la única forma que habían encontrado para que viviera sus primeros años de la forma más tranquila posible... pero se le estaba agotando el tiempo. Cayo se pasó la mano por la frente. Sus pobres hijas muy pronto serían arrastradas a la vorágine de las intrigas políticas y los intereses de unas y otras ciudades... sin olvidar a las propias Gens de Nastea. ¿Serían? Más bien ya estaban inmersas en todo ello. La oferta que había presentado Alarico era la prueba concluyente de sus temores.

Tras su décimo octavo cumpleaños todo había cambiado de forma irremediable. Sus vidas ya nunca volverían a ser iguales.

–Eso me pregunto yo también. –Cneo parecía confundido.

–Deben tener espías dentro del Palacio, es la única explicación... –Tito también se mostraba extrañado.

–En cuanto levantemos esta reunión, revisaré personalmente a todo el personal y encontraré al culpable –prometió el Taumaturgo. Él era el responsable del espionaje, pero también del contra espionaje.

Cayo levantó la mano mientras aparecía una sonrisa nerviosa en su rostro.

–No creo que haya que hacer eso.

–¡Hay un espía de Tapares en Palacio! –Protestó Cayo.

–¿Es necesario buscar un espía? –Se explicó Cayo–. Alarico viene al Palacio cada mes... No creo que haya tenido muchos problemas para averiguar quién es la primogénita.

Tito y Cneo se miraron sorprendidos.

–Ha hablado con ella... Yo los he visto en alguna ocasión –confesó Cneo.

–Y habrá observado la daga bajo la túnica de Licinia... –se imaginó Cayo.

Su hija mayor siempre había sido una criatura impulsiva deseosa de aprender. Cuando había comenzado a escabullirse del Palacio, Cayo se había sentido identificado con ella. Aunque habían simulado amonestarla, tanto Lili como él habían comprendido que esa era su naturaleza y era mejor asignarle un buen guardaespaldas antes que prohibirle que hiciera algo que no iba a cumplir.

Cuando más tarde había acudido a Aulo pidiéndole ayuda para recibir entrenamiento militar, Cayo le había pedido al General que aceptase con la condición de que no le revelase que él estaba al tanto. Las mentes más estrechas de la ciudad no entenderían que una hembra se dedicase a la guerra; pero, en secreto, se sentía complacido. La daga que llevaba bajo su túnica se la había proporcionado él mismo, era la de su padre. Cayo se la había dado a Aulo para que se la regalase a Licinia. Ese era el orden de las cosas. Él había recibido de manos de su padre la de su abuelo y él había hecho lo propio con su heredera.

Cuando llegase el momento, sería su digna sucesora, estaba seguro. Y todos los jefes de las Gens anclados en costumbres arcaicas tendrían que rendirse ante la evidencia. Ella sería una hembra, pero sería una guerrera mejor que todos ellos, mejor que él mismo, lo sabía con absoluta seguridad y no tardaría en proclamarlo ante todo Nastea.

El único problema de su decisión había sido el enfado de Lili. Su Vitadantis no entendía por qué permitía que su hija aprendiese a pelear, pero a ella le diese largas y nunca encontrase un buen momento para entrenarla.

–Mi Vita, porque de tu protección me encargo yo...

–Pero... ¿y si no estás? ¿Y si ocurre algo inesperado? ¿Y si...?

–Mi Vita... –Nunca se cansaba de llamarla así, ni de tocarla, ni de besarla, ni de...–. Es uno

de mis privilegios.

Cayo sonrió para sí. Licinia sería una gran Dux... No tenía ninguna duda, como tampoco la tenía de que no podía mantener su condición de heredera en secreto durante mucho más tiempo. Una vez que Tapares lo sabía, en poco tiempo se extendería el rumor que no tardaría en convertirse en certeza.

Tito se aclaró la voz antes de hablar y todos dirigieron su atención hacia él.

—Alguien tiene que decirlo en voz alta... —Tito pareció dudar.

—Todos los que estamos aquí somos amigos... hermanos en realidad. No temas decir lo que piensas —le animó Cayo.

—Muchas veces... —Los miró a todos con expresión grave—. Muchas veces hemos hablado de lo importante que sería poder contar con Tapares como nuestro aliado y...

Dejó la frase en suspenso.

—¿Y? —Cayo lo miró fijamente.

—Y odio decir esto pero... —Dudó—. Si Galla... Si ella se uniera a Eurico...

—¡No me lo puedo creer! ¿Lo estás diciendo en serio? —Aulo se puso de pie de un salto, incapaz de comprender por qué Tito quería aceptar la oferta de aquellos extranjeros.

—Simplemente estoy diciendo lo evidente —trató de explicarse—. A Nastea le vendría muy bien esa alianza.

—Sí... eso es cierto... —añadió Cneo tratando de evitar la mirada colérica de Aulo.

—Aunque, no obstante, tiene sus problemas... —especuló Tito.

—¿Tiene sus problemas? —Aulo imitó sus palabras—. ¡Estáis hablando de Galla! Por todos los dioses...

—¿A qué te refieres? —Cneo ignoró al General.

—¿Y si después de unirse a Galla encuentra a su Vitadantis? —Preguntó Tito.

—Alarico ya nos ha explicado que Eurico está convencido de que eso no va a ocurrir. Lleva decenas de años esperándola y está convencido de que es imposible. En su familia es muy raro

que encuentren a su Vitadantis... por eso son una Gens muy poco numerosa.

—¡Y vamos a resolver su problema proporcionándoles a nuestro tesoro más preciado! ¡Al orgullo de Nastea! ¡A Galla!

Aulo estaba rojo de ira y recorría la sala de un lado a otro tratando de mantener una calma que estaba muy lejos de tener.

—Sí, pero... —Tito continuó. Siempre había estado muy unido a Cneo y, desde que compartían Vitadantis, su unión se había intensificado—. Pero que sea poco probable no significa que sea imposible.

—Eso es cierto, pero... yo también comparto su opinión de que si se une a Galla, de alguna forma, no precisará de una Vitadantis.

—No sabemos cómo funciona eso con las hembras de nuestra especie. Licinia, Galla y Atia son las primeras...

—Seguramente será como entre los humanos; una mujer y un hombre se unen y tienen hijos. Por eso creo que Eurico y Galla no tendrían problemas para tener descendencia aunque no sea su Vitadantis.

—¡Os estáis escuchando! —Al fin Aulo estalló. La posibilidad de que tuviera los hijos de Eurico y todo lo que eso significaba había acabado con su capacidad de contención. De dos zancadas se situó frente a Tito y Cneo con expresión amenazante. Cualquier otro vampiro habría salido huyendo aterrado al ver su expresión, pero tanto el Gobernador como el Taumaturgo lo conocían lo suficiente como para saber que si quería atacarlos de nada iba a servir que huyeran.

—No es eso...

—Simplemente...

Tito y Cneo intentaron explicarse... sin éxito.

—Cayo... Galla es tu hija... —Se giró hacia el Dux—. ¿La vas a entregar sin más a un extraño?

—¡Nunca lo haría! —Lo miró indignado. Hasta ese momento no había dicho nada—. ¿Por quién me tomas?

–Pero es un buen punto de partida saber que Eurico está tan interesado como nosotros en una alianza –le explicó finalmente Tito.

Aulo entrecerró los ojos en su dirección tratando de averiguar si estaba siendo sincero.

–Solo tenemos que ver la forma de establecerla... sin que Galla sufra las consecuencias – terminó Cneo.

No pudieron añadir nada más. La puerta de la pequeña sala se abrió de repente y cuando vieron a Lili aparecer con una expresión en su rostro que no dejaba lugar a dudas de lo que estaba pasando por su cabeza, salieron huyendo. No era ningún secreto que los vampiros y sus compañeras compartían su mente así que todos intuían el motivo de su aparición.

–Mi Vita...

–¿En serio...?

La mirada que Lili dirigió a su compañero habría congelado el mismo infierno. El Minor Consiglio no se quedó a comprobarlo.

Licina y Galla conocían demasiado bien esa expresión, así que se retiraron rápidamente de la rendija. Licinia había utilizado su daga para, con cuidado, hacer una pequeña ranura en la pared que separaba la sala donde se reunía el Minor Consiglio de la habitación en la que estaban. Tras la aparición de su madre, no perdieron el tiempo y, con la ayuda de Ariadna, colocaron el armario en su lugar cubriendo el agujero.

Ariadna y Licinia observaron a Galla sin comprender muy bien por qué parecía feliz.

–¡Ese Alarico! –Licinia estaba indignada–. ¿Cómo se ha atrevido a venir aquí a proponer algo así? ¿No estás enfadada?

–No... –Negó con la cabeza incapaz de añadir nada más–. Yo...

–¿No? ¿En serio?

–Aulo... Aulo no ha querido... –Se pasó las manos por la boca con gesto nervioso–. Él no ha querido perderme.

–Galla... –Ariadna la miró sin entender.

–Él siente algo por mí. Ahora lo sé... Lo que pasa es que todavía no se ha dado cuenta.

IX.

En la soledad de su habitación, Galla se estiró feliz.

Tras tantos años...

Tras tantas decepciones...

Tras tantas lunas llenas y Oblatios en los que era dolorosamente consciente de lo que Aulo estaba haciendo en el Templo mientras colas de mujeres se presentaban ante él...

Tras escuchar a escondidas como alardeaba ante sus amigos e, incluso, su padre sobre las numerosas mujeres que poblaban su harén.

Por primera vez, después de haber mantenido la esperanza cuando nada la animaba a ello, tenía motivos para sonreír.

No podía evitar repasar mentalmente sus palabras, su expresión indignada, la forma en la que se había acercado a Tito y Cneo o cómo había recriminado incluso a su mismo padre, el todopoderoso Dux.

Aulo se había mostrado furioso con la posibilidad de que se uniese a Eurico y había reaccionado de una forma que habría aterrorizado a cualquiera. Sus amigos lo conocían demasiado bien y no habían movido un músculo, pero cualquier otro vampiro habría sufrido un ataque de pánico al ver su reacción.

¡Nunca les estaría suficientemente agradecida a Alarico y al Dux de Tapares por su inesperada oferta!

No necesitaba más pruebas. Solo había una explicación posible para su desmesurada reacción. Una que, horas después, todavía le costaba asimilar. Ella no le era indiferente.

¿Podía equivocarse?

¿Estaría cegada por sus sentimientos hacia él?

¿Lo habría entendido mal?

Cerró los ojos y, de nuevo, rememoró sus gestos, sus palabras... la forma en la que había reaccionado.

No se había equivocado, estaba segura.

Si no sintiese nada por ella, se habría mostrado cauteloso ante la oferta. Incluso, elucubró, tal y como habían hecho Cneo y Tito y su mismo padre, habría valorado la importancia del movimiento de Tapares. Pero Aulo no había hecho nada de eso, solo se había limitado a dejarse llevar por la indignación, la furia e, incluso, la coacción física. Cuando se había acercado a Tito y Cneo había llegado a temer que se lanzase sobre ellos.

Nunca lo había visto en ese estado... y ella nunca se había sentido más feliz.

Licinia y Ariadna no se habían mostrado tan complacidas como ella.

—¡Maldito Alarico! —Galla no sabía con seguridad si a su hermana le caía bien Alarico o no. Su opinión cambiaba a cada momento. Aquel día, sin duda, le caía mal—. ¿Cree que no eres más que una mercancía?

—Ha sido muy respetuoso planteando la oferta... —trató de tranquilizar a su hermana—. A mí no me ha parecido insultante.

—¿En serio? ¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo ese despreciable vampiro ha podido sugerir que te unirías a un vampiro que no conoces solo para asegurar una alianza? ¿Lo harías? —Licinia escupió las palabras. Pobre de la criatura que se enfrentase a ella. No tenía ninguna posibilidad de salir indemne. Su hermana podía llegar a ser despiadada.

—No... nunca lo haría, pero eso no significa que no comprenda que es una opción a tener en cuenta.

—¡Galla! —El rostro de su hermana se llenó de horror. Nunca la había visto así.

—Ya no somos unas niñas, Licinia. Somos las hijas del Dux. —Alguien lo tenía que decir—. ¿No has observado cómo nos miran los jefes de las familias de la ciudad? Para ellos somos un medio para un fin... Es inevitable que a nuestro padre le hagan ofertas de ese tipo.

—Lo que piensen los jefes de las Gens de la ciudad me es indiferente. Son una pandilla de

imbéciles ambiciosos– declaró Licinia con solemnidad.

–Comparto tu opinión, pero eso no nos pone a salvo de su ambición.

–¡Malditos! Si creen que vamos a prestarnos a sus absurdos juegos políticos...

–Tampoco es para tanto. Sabemos que nuestros padres nunca aceptarían una unión para nosotras así...

De esas ambas estaban seguras. El recuerdo de cómo su padre había rechazado la oferta que había presentado Tapares y la furia que dominaba a su madre cuando había irrumpido en la reunión del Minor Consiglio eran prueba de ello.

–Pero...

–Pero no podemos evitar que los demás especulen sobre ello.

–¡Son odiosos!

–Es el precio que tenemos que pagar por ser quienes somos.

–¡Yo no lo elegí!

–Ninguna de las dos lo hizo, pero es inevitable siendo el orgullo de Nastea. Los privilegios de los que disfrutamos no son gratis.

Licinia la miró fijamente antes de abrazarla. Su hermana no era muy aficionada a las expresiones de afecto así que su reacción la desconcertó.

–¿Cómo es que te has vuelto tan sabia?

–Porque tengo una hermana que lo es aún más que yo. –Galla le sonrió.

–¿No te referirás a Atia?

Ambas rieron. Las dos adoraban a su pequeña hermana de tres años. Atia todavía tenía muchos años por delante para enfrentarse a los problemas que ellas comenzaban a sufrir. ¡Lástima que no hubieran podido disfrutar de unos pocos años más de tranquilidad!

–Espero que cuando ella cumpla dieciocho años lo tenga todo más fácil.

Galla volvió a revolverse en la cama. No era capaz de dormirse. Su cabeza estaba llena de imágenes y palabras no pronunciadas. Comprendiendo que en ese estado no iba a conseguir

conciliar el sueño, se levantó. No tenía sentido intentar dormir. Estaba demasiado nerviosa, demasiado ansiosa... su cabeza bullía tratando de encontrarle un sentido a todo. Tras ponerse una túnica pensó en trabajar en el telar, pero descartó inmediatamente tejer. La afición que compartía con su madre, esta vez, no le iba a servir para tranquilizarse, así que salió al jardín. No le extrañó descubrir a Ariadna allí.

Sabía que, a pesar de los años transcurridos, Ari muchas veces se desvelaba recordando todo lo que había perdido en Baste y deambulaba por el enorme jardín del Palacio buscando un poco de paz.

—¿No puedes dormir? —Ariadna la miró sorprendida.

—Hoy... después de escuchar a Aulo... hay pocas cosas que pueda hacer además de recordar sus palabras...

Ariadna lo sabía todo sobre ella y nunca la juzgaba, solo estaba allí para apoyarla.

—Te conozco, Galla... Algo está rondando tu cabeza.

—Intento comprender por qué una vez que ya soy adulta... por qué no se ha decidido a reclamarme como Aurelio hizo con Vera...

El jefe de la guardia del Dux y segundo de Aulo había reclamado a su compañera el mismo día de su décimo octavo cumpleaños. El General, sin embargo, no había hecho nada así. Hasta que lo había escuchado esa tarde había estado convencida que se debía a que le era indiferente, pero ahora... ahora estaba convencida de que no era cierto.

—¿Qué piensas?

—Quizás el problema es que todavía me ve como una niña.

Ariadna la miró mientras se sentaban juntas en uno de los bancos del jardín a salvo de las miradas curiosas de la guardia del Dux que, como siempre, se mantenía atenta a cualquier peligro.

—No sé... quizás sea eso pero...

La humana siempre la apoyaba; pero, además, siempre le daba su opinión aunque supiese que no le iba a gustar.

–Si no es eso... ¿Qué otra explicación puede haber?

–Quizás lo que siente por ti no es lo que tú crees. –La tomó de la mano tratando de amortiguar el golpe que sus palabras le podían provocar–. Quizás simplemente te tiene cariño...

–¡No! Tú lo escuchaste como yo... –Se separó de ella negándose a considerar lo que le acababa de decir–. Se enfadó de una forma que yo nunca había visto antes

–A lo mejor tenía un mal día.

–¿Un mal día? ¿Lo crees en serio?

Se miraron un instante antes de que Ariadna se decidiese a volver a hablar.

–Compréndeme. Ojalá estés en lo cierto, pero... tengo miedo que te hagas ilusiones y te rompa el corazón. –Su rostro se llenó de dolor–. Créeme, Galla, no hay dolor como ese...

–Ya sé que quieres lo mejor para mí... –Se abrazaron. Ari lo había perdido todo en Baste y todavía, tras tantos años, continuaba inconsolable. ¿Algún día se recuperaría?–. Y te agradezco que me quieras proteger, pero estoy segura...

Ariadna se separó un instante de ella antes de volver a hablar.

–Si tú estás segura... entonces yo también lo estoy...

–El problema es que... no me ve como una adulta...

–¿Y qué vas a hacer?

–Solo tengo que encontrar la forma de que se de cuenta de que ya no soy una niña. Tengo que darle un empujoncito... uno que me acerque definitivamente a él.

X.

–**Yo** digo que lo mandemos a la mierda.

–Aulo... –Cayo lo miró sorprendido.

–Vino aquí a ofendernos con una oferta inaceptable... –Pegó un puñetazo en el respaldo del triclinio para reforzar su declaración... que a punto estuvo de romperlo en mil pedazos.

–¡Cuidado! ¿Quieres que Lili se enfade... aún más?

–Me imagino que no se tomó muy bien las novedades de Alarico... –musitó Cneo.

Cayo no tuvo tiempo de explicar cómo de mal se había tomado su Vitadantis la proposición de Tapares, Aulo estaba desatado.

–No, lo que quiero es que respondas ya a ese imbécil y le dejes claro que es imposible que Galla se una a ese patán.

–No sé si te estoy escuchando a ti o a Lili... –Cayo se pasó la mano por el pelo. A juzgar por su rostro cansado, estaba claro que su Vitadantis había mostrado su absoluto desacuerdo con la oferta de Tapares.

–Lili es muy inteligente y tiene toda la razón.

–Aulo, no debes ser tan impulsivo... –Tito trató de calmarlo... sin ningún éxito.

–¿Impulsivo?

No sabían lo equivocados que estaban. Nunca lo habían visto cuando perdía el control, cuando la furia nublaba su mente y acababa con todo aquello que tenía a mano. Eso era lo que le había ocurrido cuando, tras la propuesta de Alarico, había vuelto a su casa. Una vez había cruzado su umbral había destruido los muebles de dos de sus habitaciones. Nada había resistido su furia; mesas, triclinios, jarrones... todo había volado por los aires.

Las mujeres de su harén no lo habían calmado... Su mayordomo le había ofrecido vino para

intentar aplacarlo y tampoco lo había conseguido... Solo cuando se había encerrado en su biblioteca y había releído su poema favorito había logrado encontrar un poco de paz.

La propuesta de Tapares le había resultado profundamente ofensiva. Ningún extranjero se merecía a Galla; si por él fuera, no permitiría ni que pronunciase su nombre. ¿Cómo sus amigos... el padre de Galla no comprendían lo insultante que había sido su propuesta?

Afortunadamente Lili era su aliada. A juzgar por la cara que había puesto cuando se había presentado en la sala en su última reunión, seguro que se habría mostrado al menos tan molesta como él por la oferta. El rostro demacrado de Cayo era prueba de ello.

Sí, podía confiar en el buen juicio de Lili... La Vitadantis del Dux podía parecer inofensiva, pero quien lo hiciese cometería un enorme error.

–Solo digo que debemos valorar nuestras opciones... –Tito insistió. El maldito Gobernador... su amigo de la infancia... era un patán que seguía insistiendo en lo mismo. ¿Por qué tenía que ser siempre tan precavido? La propuesta de Tapares era absolutamente inaceptable y no había nada sobre lo que insistir.

–¿Llamas a Galla una opción? –Aulo abrió y cerró varias veces las manos tratando de controlarse. Su mayordomo iba a tener que redecorar la mitad de la casa como siguiesen insistiendo en contemplar la propuesta de Tapares. ¿Qué les pasaba a todos? ¿Por qué les costaba tanto comprender que aquella propuesta carecía de sentido? ¿Se habían vuelto locos?

–¡No estoy diciendo eso! –El Gobernador lo miró molesto—. Solo digo que, aprovechando su ofrecimiento, podemos proponerle otra forma de consolidar nuestra alianza...

–Sobre todo cuando al fin hemos descubierto quien está detrás de los ataques que están sufriendo nuestras caravanas.

El anuncio de Cneo pilló por sorpresa a Aulo y Cayo que dirigieron inmediatamente su atención hacia él. Tito y él compartían la misma Vitadantis, Marcia, así que sus mentes estaban conectadas y, por eso, el Gobernador de la ciudad ya sabía lo que Cneo estaba a punto de anunciar.

–Como sospechábamos... es Baste... –anunció triunfante... hasta que vio la reacción de

Aulo.

–¡Menuda sorpresa! –Rezongó.

–Déjalo explicarse... –Tito señaló a Cneo para que siguiese.

–¿Es necesario? –El malhumor de Aulo no iba a desaparecer por ese anuncio.

–¡Cállate! –Pero la orden de Cayo, al menos, lo enmudeció.

Cneo miró a todos antes de continuar.

–Cian, el Dux de Baste, paga a salteadores para que ataquen las caravanas.

–¡Bastardo! –Cayo se revolvió en su triclinio.

–Cian los llama Privateer... y ya no esconde que es él quien está detrás de ellos. De hecho, tras su último asalto, los recibió como héroes en Baste.

–Cuando el resto de las ciudades se enteren, comprenderán que Cian no es más que un ladrón sin honor, si es que no lo sabían ya –masculló Aulo antes de que una mirada de Cayo le cerrase la boca.

–Él no lo considera un robo sino algo legal –continuó con su explicación Cneo–, una manera de recuperar lo que, afirma, le hemos robado.

–¡Menuda desfachatez! –Cayo miraba a Cneo sin comprender como Cian había caído tan bajo.

–Les ha proporcionado lo que él llama una carta de marca que los habilita ante Baste para asaltar nuestras caravanas.

–Es una estupidez. ¿Cómo los va a habilitar? Eso es el eufemismo del año. –Por una vez Tito parecía alterado.

–Será una estupidez, pero ellos en eso se apoyan. Cian les ofrece refugio y ese amparo legal y, a cambio, ellos deben atacar nuestras caravanas. Es como si Baste los hubiera contratado para asaltarlas.

–¡Menudo amparo legal! –Explotó Cayo.

–¿Y qué hay del botín?

–Eso es lo mejor... –Cneo los miró antes de continuar–. Deben proporcionar al Dux de Baste

una cuarta parte del botín que obtengan en cada asalto.

—¡Es increíble!

—Hasta ahora lo mantenía en secreto, pero les ha proporcionado un desfile de la victoria a los Privateer que robaron a nuestra última caravana.

—¡Roban nuestros productos y encima alardean de ello! —Se quejó Aulo.

Todos se quedaron en silencio. Que Cian, el Dux de Baste, hubiera organizado un desfile para celebrar el asalto de una caravana de Nastea había rebasado todos los límites.

—Creo que es el momento de hacer algo... Baste no nos puede faltar al respeto de esta forma —anunció Cayo.

—No podemos permitir que haga algo así sin consecuencias —estuvo de acuerdo Tito.

—Sí, no podemos dejar pasar esto —Cneo asintió.

—La Cernide está lista, Cayo... —Aulo había sido el último en hablar. Como General del ejército de la ciudad tenía que atenerse a las órdenes de su Dux.

—Convocaré los Pregadi y anunciaré una ofensiva militar.

El General se puso de pie de un salto. Era lo que necesitaba, aquello para lo que vivía; la guerra, la batalla, la muerte y también la vida.

—Enseñaremos a esos estúpidos como tratamos a los ladrones en Nastea —anunció con gesto triunfante.

—Aulo... me gustaría acompañarte, pero... —Cayo lo miró con envidia. En otro tiempo, cuando su padre todavía era el Dux, había vivido para la batalla. Ahora todo había cambiado.

—Ni la ciudad ni tu Vitadantis te lo permitirán —se adelantó Tito con expresión seria—. No podemos arriesgarnos a perderte.

—No cuando Licinia, tu heredera, todavía es tan joven —añadió Cneo.

—No temas, Cayo, la Cernide está dispuesta a morir por su Dux y no regresará sin una victoria...

Aulo se acercó al General y apretó su antebrazo, el saludo secreto que solo los miembros de la Cernide compartían; pero que para los cuatro vampiros que estaban allí, era mucho más.

Todos ellos compartían el mismo tatuaje bajo el antebrazo... uno que mostraba al mundo que eran mucho más que amigos.

–¿Morir? No te atrevas a hacerlo sin mi permiso. ¡Cómo no vuelvas vivo...! Iré a buscarte al mismo infierno... –Los ojos de Cayo brillaron con una súbita ira.

–Y nosotros te ayudaremos –Tito y Cneo se unieron a las palabras de Cayo.

Aulo no pudo evitar sonreírles. No estarían de acuerdo en muchas cosas, pero seguían siendo sus hermanos aunque no lo fuesen de sangre.

–¿Qué quiere mi Dux? –Susurró la pregunta–. ¿Aplastar a Baste?

–De momento no... No mientras no nos aseguremos una alianza con Tapares.

–Pero... –Aulo lo miró contrariado.

–Eliminaremos a esos Privateer y destrozaremos todas sus rutas comerciales. –En el rostro de Cayo apareció una sonrisa depredadora–. ¡Reduciremos su comercio a la nada!

No dijo nada más. Tras palmear dos veces, inmediatamente, Aurelio entró en la sala.

–Señor...

–Haz llegar a los jefes de las familias el aviso... Esta misma tarde todos los Pregadi están convocados a una asamblea.

XI.

–Habrá guerra...

–¿Guerra?

Galla dejó de tejer. Lili, su madre, le había enseñado a ella y a Licinia a usar el telar cuando eran muy pequeñas, pero ella era la única que seguía haciéndolo todavía. Cuando tras horas y días lograba tejer una fina tela, se sentía satisfecha e, incluso, feliz. El telar sería un objeto antiguo o incluso arcaico, la ciudad disponía de varias tejedurías donde modernas máquinas fabricaban telas de gran calidad, pero ella lo necesitaba para encontrar la paz que muchas veces le faltaba. Rodeada de comodidades, de sirvientes atentos a satisfacer todas sus necesidades, el telar era el único objeto que le permitía sentirse útil... donde todo lo que obtenía se debía a su trabajo y no a ser la hija del Dux.

–¿Estás segura?

–Completamente...

Los ojos de Licinia brillaban con expectación. Parecía emocionada. Desde que había comenzado a entrenar con Aulo, su gusto por las armas y por todo lo que tenía que ver con la Cernide había aumentado hasta el punto de que, como todos los soldados, siempre llevaba encima una daga. Le habría gustado acompañarla para poder espiar a Aulo a gusto, pero había temido que, por su culpa, alguien descubriese la nueva afición de su hermana y su padre se lo prohibiese o, lo que era peor, que se hiciese todavía más evidente lo que sentía por el General.

–Pero...

Se levantó del telar y comenzó a recorrer la habitación nerviosa. Galla sabía muy bien lo que eso significaba. Aulo se iría lejos...

La idea de no volver a verlo durante días y semanas...

Saber que estaría en peligro...

La sensación de impotencia...

El vacío en el estómago...

El miedo a perderlo...

Se detuvo y entonces notó el tacto de una mano en su espalda. Ariadna ya estaba a su lado. No necesitó decirle nada. Ella sabía... Ella comprendía las emociones que estaba sintiendo.

Su apoyo silencioso la ayudó a controlarse, pero fue por poco tiempo.

Se pasó la mano por la frente. Ya no podía esperar más. Necesitaba hacer algo... empujarlo a sus brazos de alguna manera... Después él estaría lejos pero... todo sería distinto.

Ella sería su Vitadantis.

Y él sería suyo...

Solo la idea le provocó un escalofrío.

La idea estaba bien, pero... ¿Cómo?

—Se lo acabo de escuchar a nuestro padre... —Su hermana Licinia, ajena a la desesperación que la estaba embargando, seguía explicando su descubrimiento.

—¿No tienes miedo de que algún día te pille?

Ariadna ya no salía huyendo cada vez que veía un vampiro, pero no podía evitar sentirse intimidada por los machos de su raza. Galla la había enseñado a tejer y, aunque no compartía su afición con ella, la acompañaba en silencio mientras se sentaba ante el telar.

Galla sonrió a su amiga. Sabía que tanto ella como Licinia eran como unas hermanas para ella y Lili una segunda madre, pero no podía olvidar todo lo que había vivido mientras crecía en Baste. Allí los humanos no eran más que mercancías. Mano de obra esclava, carne que vender y comprar y sangre siempre a disposición de los señores de la ciudad. Su padre había muerto trabajando para los vampiros. Pero sus desgracias no se habían acabado ahí, vampiros habían sido los que habían drenado la sangre de su madre, su hermana y su compañero hasta la muerte. Ariadna no se había resignado ante ello y se había cobrado la vida del principal consejero del Dux de Baste. Galla no conocía todos los detalles, pero el dolor no había abandonado a su amiga

aún después de tantos años y el terror ante los vampiros, tampoco.

Cayo era el poderoso Dux y la forma en la que Licinia ignoraba sus instrucciones o lo desafiaba, siempre sorprendía a Ariadna. Todos en Nastea trataban con respeto a la humana, casi con reverencia, porque ella era la que había matado al mayor traidor de Nastea, Cornelio Minor. Su padre se había encargado de hacérselo saber a toda la ciudad; pero, aun así, no podía evitar sentirse aterrorizada en presencia del Dux. ¿Cómo no lo iba a hacer? Ari le había confesado que no creía que nunca lo superase. Era un terror demasiado arraigado en sus entrañas.

—¿No tienes miedo de que algún día te pille? —Ariadna repitió la pregunta.

—Es mi padre... ¿Qué me va a hacer? —Le guiñó un ojo—. Y además, no creo que nunca lo descubra.

—Pero aun así... no está bien.

—Mientras no lo sepa...

Galla observó a su hermana con envidia. Era completamente diferente a ella. Sabía lo que quería y estaba dispuesta a todo para lograrlo. No le importaba luchar con uñas y dientes para conseguir sus objetivos.

Había querido salir del Palacio y, a pesar de todo y de todos, lo había hecho y... lo seguía haciendo.

Había querido conocer qué se extendía más allá de las murallas de la ciudad y, ella estaba segura, lo había hecho.

Había querido conocer a Alarico, el hermano del Dux de Tapares que visitaba cada mes Nastea, y, por supuesto, hablaba con él prácticamente durante cada una de sus visitas.

Había querido aprender a combatir y había convencido a Aulo para que la entrenase.

Había querido disponer de una daga y, bajo su túnica, Galla podía adivinar su forma.

Su hermana siempre tenía lo que quería... y para ello no dudaba en utilizar todos los medios a su alcance.

¡Eran tan diferentes!

No se parecían ni en el color de ojos, Licinia era pelirroja y ella rubia. Ni en el de los ojos,

verdes Licinia y marrón verdosos ella. Ni, por supuesto, en la forma de ser.

¿Por qué no podía ser un poco más como ella?

La respuesta a su pregunta vino a su mente recordando unas palabras de su madre. Desde muy pequeña había admirado el coraje de su hermana y, con nueve años, le había confesado cuánto la envidiaba por ello.

«Cariño... menos mal que hay una sola Licinia en Nastea... La Tierra no está preparada para dos Licinias».

«¿Crees eso de verdad, mamá? ».

«La Tierra colapsaría bajo tanta energía».

El recuerdo de las palabras de su madre le hizo sonreír.

No era igual que ella y no podía pretender serlo, pero...

Repentinamente una pregunta asaltó su mente.

¿Qué haría Licinia en su caso?

¿Qué haría si estuviese segura de que el vampiro al que amaba sentía lo mismo por ella?

¿Qué alocada estrategia llevaría a cabo para convencerlo de que ya no era una niña?

¿Cómo lograría que la reclamara como suya?

Suspiró. Conocía la respuesta.

Su decidida hermana haría algo inesperado, impulsivo... y completamente descabellado. Algo que ella nunca haría, en ningún caso y bajo ningún concepto, pero que seguro que a Licinia le parecería perfectamente razonable.

Quizás eso era lo que debía hacer.

—¿Qué ocurre, Galla? —Ariadna la miró con cariño mientras Licinia aplaudía feliz a su alrededor ante la perspectiva de una guerra.

Ari la entendía... Su hermana nunca había mostrado ningún interés por nadie, pero Ariadna... Ella tampoco podía estar cerca de su compañero, porque un vampiro se lo había arrebatado.

¿La entendía?

Aunque le gustaba pensar que era así, en realidad, Ari al menos había tenido a su compañero durante un tiempo. Ella sin embargo...

Respiró hondo... Ella nunca lo había tenido.

Solo había compartido con él algunos instantes robados; palabras al vuelo, juegos de niños y sonrisas furtivas.

No, él nunca la había abrazado como lo haría un compañero, ni había probado sus labios, ni... había compartido con él todas esas cosas que hacían los amantes.

Quizás había llegado la hora de tenerlo.

–Te ocurre algo, estoy segura –Ariadna, a su lado, insistió.

–Nada... simplemente... –Se volvió a sentar en el telar, necesitaba tejer, mientras lo hacía se tranquilizaba y necesitaba hacerlo. Lo necesitaba para lograr reunir el valor para llevar a cabo su plan.

No tenía otra opción.

Solo así él comprendería que ya no era una niña.

Solo así él sería suyo.

Y ella, suya.

XII.

Por fin habría guerra y aunque su misión se limitase a aniquilar las rutas comerciales de Baste y acabar con los salteadores a los que su Dux había amparado, los Privateer, ya era un gran cambio para él.

Aulo amaba la Cernide, la acción, la adrenalina de la batalla y el compañerismo de los soldados. Durante los periodos de paz, languidecía. Él era un guerrero, un arma bien entrenada, no un cortesano cuya vida giraba alrededor de las intrigas políticas y las luchas de poder entre las diferentes Gens.

En Nastea, dedicaba su tiempo a las reuniones del Minor Consiglio, entrenar con sus soldados, repasar estrategias y poco más. Sabía que era muy afortunado. Vivía en una suntuosa casa que solo podría ser descrita como un palacio, decenas de sirvientes lo atendían, disponía de un copioso harén pendiente de todos sus deseos y disfrutaba del prestigio y la fortuna derivadas de su victorias militares. Allá donde iba todos lo conocían, querían disfrutar de su compañía o escuchar sus palabras. Era muy agradable, pero no era lo que él necesitaba.

Las comodidades lo atrofiaban, los aduladores le molestaban y la inactividad acababa con la poca paciencia que tenía. Incluso el harén lo aburría. Sí, disfrutaba de las hembras y la sangre, pero... cada vez necesitaba más variedad. Se cansaba de ver las mismas caras y disfrutar de los mismos cuerpos. A pesar de todos sus esfuerzos, el aburrimiento muy pronto lo dominaba.

Tras la asamblea de los Pregadi que habían aprobado por aclamación la declaración de guerra se sentía, al fin, contento.

En el amplio salón del trono, los jefes de las Gens de la ciudad, vestidos con las togas rojas ceremoniales, habían escuchado a su Dux con atención.

–Baste ataca a nuestras caravanas, roba nuestros productos y además... ¡Presume de ello!

Las exclamaciones de horror e ira habían dominado la amplia sala antes de que el Dux volviera a hablar.

–¿Aceptaremos este ultraje sin hacer nada?

–¡No!

–¡De ninguna manera!

–¿Cómo han osado?

Los gritos se habían sucedido y el Dux, como siempre, había esperado pacientemente a que la indignación creciese hasta que los dominase. Cayo sabía cómo manipular a los Pregadi para conseguir hacer lo que deseaba y que ellos creyesen que había sido idea suya. Sería el todopoderoso Dux, pero sabía que no podía ejercer como tal contra la voluntad de las familias de vampiros más importantes de la ciudad.

Cuando el Dux, al fin se había levantado de su trono, todos se habían callado expectantes.

–Aquí y ahora os digo... Si quieren guerra... ¡Guerra tendrán!

Y su declaración, aclamada por todos los Pregadi, había sido música para sus oídos. Ya estaba harto de la inactividad... ya estaba harto de las comodidades de la ciudad y... sobre todo... estaba harto de tener que contenerse.

Los últimos días habían sido un infierno. En especial... la propuesta de Alarico había provocado que le hirviese la sangre.

¿Entregar a Galla a un extranjero?

Apretó los puños tratando de tranquilizarse mientras cruzaba la puerta de su casa. Su suntuoso palacio bordeaba el Foro, el centro de Nastea. Ter, el mayordomo, al verlo llegar se situó a su lado. No necesitó prestar mucha atención al humano para saber que en cuanto lo había visto se había puesto nervioso. No le extrañó. Todavía recordaría lo que había ocurrido la última vez que había llegado alterado. Dos habitaciones clausuradas a la espera de reparación explicaban el comportamiento de su leal servidor.

Su reacción le había sorprendido hasta a él... Algo había nublado su mente cuando se había

imaginado una Nastea sin Galla.

Su Principessa era una flor delicada. No permitiría que cayese en las garras de Eurico. Ella era perfecta. Una criatura que no pertenecía a aquel mundo... ni a ningún otro, en realidad. Ningún vampiro se merecía aquella hermosa criatura y menos que ningún otro el maldito Dux de Tapares.

Prefería no pensar demasiado en ello.

Sabía que los años iban pasando y más tarde o más temprano se uniría a alguien, pero esperaba que fuera dentro de mucho tiempo. ¿Cincuenta o cien años serían demasiados? Todavía era una niña. Dieciocho años no eran nada por mucho que Lili decretase lo contrario.

En el atrio dudó hacia donde ir... Las habitaciones del harén a su derecha le tentaron; pero, cuando tras asomarse vio los mismos rostros, se frenó en seco.

Necesitaba algo más... novedad... algo diferente.

Al día siguiente se iba así que prefirió girar en dirección a la biblioteca. La Cernide era un ejército bien entrenado listo para entrar en combate en cualquier momento. Las legiones en las que se organizaba, siempre disponían de lo necesario para poder intervenir de forma inmediata. Partiría con tres legiones y dejaría otras tres protegiendo la ciudad. Era la estrategia más segura y, además, confiaba en que no precisaría de más soldados para completar su misión. Se sentó ante la mesa que dominaba la habitación. Necesitaba repasar la información que le había proporcionado Cneo.

—Los líderes de los Privateer de Baste son Gannacus y Sexto.

—¿Se trata de humanos?

—No, son vampiros... Renegados de ciudades que han decidido vivir asaltando las caravanas de comerciantes y a los que la oferta de Baste les resultó lo suficientemente tentadora como para aceptarla.

—¿Son dos bandas distintas?

—No... son hermanos gemelos... Dirigen un grupo muy numeroso de vampiros que no respetan ninguna regla ni responden ante ninguna autoridad que no sea la de sus líderes.

Vampiros sin honor... ladrones al fin y al cabo, Aulo negó en silencio.

—¿De qué número estamos hablando?

—Mis informadores estiman que alrededor de doscientos o trescientos... pero no lo sabemos con precisión. Conocen muy bien el terreno donde se mueven y nunca atacan de frente, utilizan la guerra de guerrillas.

—¿Guerra de guerrillas? ¿Esconderse y aparecer fugazmente para atacar? ¿Y son vampiros? — Los vampiros preferían la lucha en campo abierto y cuerpo a cuerpo. ¿Qué era eso de utilizar la estrategia de la guerra de guerrillas? Era del todo inaceptable.

—No pelean como vampiros, sino como ladrones.

—Que es lo que son...

—Exacto.

—No me imagino qué aliciente puede tener vivir así.

—No sabría decirte, pero... me consta que al amparo de los desfiladeros y las cordilleras rocosas se esconden numerosos salteadores dispuestos a robar a los mercaderes.

—Me extraña que no ataquen a las tribus de los humanos. —Aulo sentía un profundo respeto por alguna de ellas como la de los Vagaris. En más de una ocasión había recurrido a ellos en alguna situación apurada.

—No tienen nada que les pueda generar beneficio. Si lo hubiese... No dudes de que ya les habrían despojado de todo lo que tenían.

—¿Cómo los encontraré? ¿Cómo descubriré dónde se esconden esos ladrones cuando no están celebrando victorias en Baste?

—Son muy escurridizos y es muy difícil localizarlos, pero... —pareció dudar— hay alguien que te puede ayudar.

—¿De quién se trata?

Cneo lo miró fijamente antes de responderle. ¿Por qué parecía estar decidiendo qué hacer?

—Debes reunirte con Leif el afortunado y ganarte su confianza. Él te ayudará a encontrarlos.

—¿Leif el afortunado? —Nunca había escuchado ese nombre—. ¿Dónde está ese Leif?

–En los Montes de Doletto... Allí hay un asentamiento donde unas decenas de vampiros han establecido una comunidad.

–¿Una comunidad? ¿Son también renegados?

–No, son vampiros que no quieren someterse a la autoridad de un Dux. Se llaman a sí mismos Libertos.

–¿Y por qué ese Leif me hará caso?

Cneo sacó de debajo de su toga un extraño colgante. Se trataba de una aguamarina. Aulo lo observó sin comprender.

–Lleva esto contigo y, cuando lo encuentres, enséñaselo. –Dejó sobre su mano el colgante.

–¿Esto? ¿Se trata de un colgante mágico? –Se burló un instante hasta que descubrió como la cara de su amigo se ensombrecía.

–No, este colgante perteneció a mi padre... –Los ojos de Cneo se llenaron de tristeza durante un instante.

–¿De tu padre?

–Sí... –Tragó saliva antes de continuar-. Hubo un tiempo en que Leif se llamaba Cneo Minor. Él era... es mi tío.

–Tu tío... –La declaración de Cneo lo pilló de improviso.

–Sí y sabe que si alguien se presenta ante él con este colgante debe ayudarlo.

–¿Por qué?

–Porque se lo debe a su familia.

Aulo estudió el colgante... Recordaba vagamente haber escuchado en su juventud la historia sobre un miembro de la familia de los Cneos que había renunciado a vivir en la ciudad... Lo que no se imaginaba era que se trataba del hermano del padre de su amigo.

Era normal, tras tantos años su recuerdo se había transformado en algo lejano cuyos detalles ya se habían olvidado... Volvió a pensar en su Principessa. Si ella se iba, al igual que lo había hecho el tío de Cneo, muy pronto no sería más que un recuerdo... una historia que contar. Nastea

no podía renunciar a ella. Licinia sería la heredera de Nastea, pero Galla era su luz...

Miró por la ventana, ya era de noche... pero afuera, tras las paredes del Palacio del Dux que podía ver desde allí, estaba Galla y, aunque el sol ya se hubiera escondido, ella iluminaba la ciudad.

Los golpes en la puerta desviaron su atención. Ter, su mayordomo, irrumpió en la biblioteca.
–Tenemos visita.

Cuando escuchó las palabras lo miró desconcertado... ¿Quién...?

No acabó la frase. Algo llamó su atención tras su mayordomo.

Sonrió mientras entrecerraba sus ojos de depredador.

Sí, necesitaba algo diferente... una novedad.

XIII.

Sabía que Ari y Licinia no estaban de acuerdo con lo que había decidido hacer, pero la ayudaron. Eran muy conscientes de lo que sentía por él y que estaba desesperada por que le hiciese caso... por que se fijase en ella... por que dejase de verla como una niña delicada e intocable... por que le diese una oportunidad, al fin y al cabo, de demostrarle que estaban hechos el uno para el otro.

¿Cómo no lo iban a hacer si la habían ayudado siempre antes?

¿Cómo no iban a hacer todo lo posible por ella si siempre habían estado ahí para apoyarla?

¿Cómo no iban a acompañarla en el momento más decisivo de su vida?

No podía recordar las veces que la habían ayudado... que habían evitado que pareciese una niña asustada cuando él estaba cerca.

Cuando lo veía y se quedaba en blanco, incapaz de hacer otra cosa que sonreír y mirarlo embobada.

—Galla está muy contenta de verte... No ha dejado de repetirme toda la tarde las ganas que tenía de volver a hablar contigo... ¿Verdad?

Licinia estaba allí para darle la voz que se había quedado atascada en su garganta y proporcionarle una excusa para tener su atención.

Durante la fiesta de su cumpleaños, cuando le había dado un beso en la mejilla y ella había estado a punto de perder pie.

—Galla se siente emocionada... Para ella es un honor poder contar con la presencia del gran General de Nastea en su cumpleaños... ¿Verdad?

Ari, superando sus miedos, había corrido a su lado para sujetarla y evitar que cayese

fulminada por su cercanía.

Cada vez que Aulo aparecía y se ponía en evidencia mirándolo embobada a la vista de todos.

–¡Galla! ¿Has visto lo bonitas que están hoy las flores?

–¿Estás pensando en el intrincado tapiz que estás tejiendo, Galla?

–Galla, ¿te has fijado en la hermosa puesta de sol?

Ari o Linicia, la que tuviera más cerca, acudían inmediatamente en su ayuda para que su enamoramiento no se volviese demasiado evidente.

Sin ellas no habría podido evitar que sus padres hubieran descubierto su secreto... Un secreto que muchos sabían, pero que todos callaban. Galla no ignoraba que Aurelio, el segundo de Aulo, lo sabía. Era imposible que no lo supiese si Vera, su Vitadantis, había sido su confidente hasta que se había unido a él. Mientras que Tito y Cneo y Marcia, su compañera, estaba segura de que se lo imaginaban... Más de una vez le habían dedicado miradas alentadoras cuando su nerviosismo se hacía evidente cuando Aulo aparecía.

–Galla... ¿Y si cambias de opinión?

Licinia, a su lado, la miró con preocupación. Había nacido solo un minuto antes que ella, pero tenía muy claro que era su hermana mayor, su protectora, su escudero... Sonrió para sí. Era muy impulsiva cuando tomaba una decisión, pero siempre se mostraba mucho más comedida respecto a ella. Como si quisiera evitarle cualquier sufrimiento innecesario. Pero vivir era arriesgarse... y su hermana tendría que acostumbrarse a verla asumir riesgos.

Al menos aquel riesgo.

–No lo haré. De eso estoy segura.

Ari la tomó de la mano. Había permanecido en silencio mientras se vestía. Observando cada uno de sus pequeños movimientos con atención, mientras Linicia no paraba de expresar sus reparos en voz alta.

–Es muy apresurado... ¿No deberías pensarlo durante más tiempo?

–¿Apresurado? ¡Llevo soñando con esto toda mi vida!

Licinia lo sabía mejor que nadie. ¿Cómo podía decirle algo así?

Si creía que su respuesta iba a agotar sus objeciones, estaba muy equivocada. No le sorprendió.

–Quizás no esté en casa...

–Tiene que preparar la partida. ¿Dónde va a estar sino?

Su hermana era incansable. Ella lo sabía mejor que nadie.

–No tienes experiencia... –Dejó la frase en el aire. No necesitaba acabarla para saber a qué se refería–. ¿No tienes miedo?

–Es Aulo... No tengo ningún miedo.

¡Menuda mentira! Estaba completamente aterrorizada. Se ajustó la túnica transparente. Su tela estaba hecha de un paño blanco como la leche. Había tardado meses en tejela en su telar, pero había merecido la pena. No había nada más hermoso... ni más revelador.

Ariadna le acercó el antifaz. Con el pelo suelto, ella que siempre lo llevaba recogido en un moño, y parte de su rostro cubierto, nadie adivinaría que se trataba de una de las hijas del Dux.

–¡Estás preciosa!

Se miró en el espejo y sonrió nerviosa. Su cuerpo se adivinaba con claridad bajo la tela transparente. Al verse, sus nervios desaparecieron y se sintió poderosa. Una adulta que iba a buscar lo que quería, lo único que deseaba en el mundo... lo único que había ansiado desde que tenía uso de razón.

Licinia no dijo nada, solo la observó en silencio mientras le daba la palla. Con ella, cubrió su cuerpo y su cabeza.

Ya estaba lista.

Había planeado vestir aquella ropa cuando se uniese a Aulo y, por eso, la había tejido para tenerla lista para su cumpleaños. Desgraciadamente, el General no había mostrado ningún interés en ella durante la fiesta de su cumpleaños e, incluso, la había abandonado antes de tiempo.

–¿Mujeres nuevas? –Tito no había dudado en susurrarle la pregunta cuando se despedía.

La mirada llena de lujuria con la que le había respondido Aulo le había destrozado el

corazón. Cualquier otro no se habría dado cuenta del intercambio, pero Aulo era todo su mundo, así que ella sí lo había escuchado y visto todo. Había sido el cumpleaños más triste de su vida.

Negó con la cabeza. No se regodearía en los malos recuerdos. Había tomado una decisión. No esperaría por él. Ella misma tomaría las riendas. Iría directamente a por lo quería. ¡Tenía dieciocho años! Si quería que él la viese como una adulta, debía comportarse como tal.

Había soñado que sería diferente. Que él se daría cuenta antes de que ella era para él, pero había comprendido que era imposible que eso ocurriera así que lo iba a hacer de otra forma.

Su reacción ante la oferta de Tapares, la había convencido de que su secreta esperanza de que no le fuera indiferente, era algo más que un sueño. Ahora iba a dar un paso más... el más valiente de su vida.

—¿La nota?

La voz se le quebró. El valor que le había infundido verse en el espejo ya se había ido. Miró a su alrededor, sabía que cuando volviese a aquella habitación, para bien o para mal, su vida habría cambiado.

—Aquí la tienes. —Licina la sujeto un instante antes de soltarla—. Pero prométeme que te quitarás el antifaz antes de hacer algo de lo que te arrepientas.

—Te lo prometo...

—Galla, es muy importante... Tengo miedo que...

—¿Has escrito lo que te pedí? —La interrumpió, no quería escuchar más sus reparos. Tenía miedo de flaquear en su decisión. Sabía que si lo hacía nunca más reuniría el valor para hacerlo y que se arrepentiría toda la vida por ello.

—Sabes que sí... —Licina la miró fijamente y, por primera vez en su vida, Galla vio algo en el rostro de su hermana que le sorprendió. Estaba temblando.

—No te preocupes por mí... Esto es lo que quiero. Es lo único que debes saber.

Licina se lanzó a sus brazos y durante un largo instante se abrazaron.

—Suerte, Galla... —fue lo único que le susurró cuando se separaron.

Ariadna no tardó en tomar su lugar. A diferencia de Licinia, que no había parado de poner pegas a todo su plan, ella se había mantenido en silencio, pendiente de ayudarla mientras se vestía y de animarla cuando parecía decaída. Ariadna era su confidente y sabía lo que suponía ese paso para ella y el valor que había tenido que reunir para darlo.

–Espero que consigas lo que buscas...

–Yo también.

Prefería no pensar en la posibilidad de no lograrlo... ¡No lo haría! Triunfaría. Era la única opción que contemplaba.

–Quiero que sepas que te admiro...

XIV.

Estudió la nota con atención.

«Un presente para el General antes de la batalla».

Sin dejar de mirarla, se dirigió a su mayordomo.

–Ter... puedes irte...

Galla tembló bajo la palla mientras Aulo la observaba de arriba abajo.

–Cariño... déjame verte.

Durante unos segundos, Galla pensó en salir huyendo, pero el General fue más rápido. Un instante después le había quitado la palla dejando a la vista su túnica transparente. Cuando observó cómo se le dilataban las pupilas y se deleitaba en su desnudez se sintió de nuevo poderosa...

Durante unos minutos permaneció congelado sin apartar su mirada de su figura. Sus ojos recorrieron su cuerpo casi desnudo con lentitud, regodeándose en cada uno de sus pequeños detalles. Y al observar como sus ojos brillaban con codicia y su rostro se llenaba de deseo se sintió más que poderosa; una reina ante su súbdito. Sabía lo que estaba viendo y se sintió feliz porque él fuera el primero que veía su cuerpo. Siempre había deseado que fuese así y solo por eso, ya merecía la pena haber tomado una decisión tan arriesgada.

–El más hermoso de los regalos... –musitó entre dientes... aunque Galla intuyó la presencia de un par de colmillos. Había logrado alterar al General. Cada vez se sentía más segura, casi eufórica.

–¿No quieres quitarte el antifaz, cariño?

Pero no tan eufórica como para desvelar su rostro... No cuando no sabía cómo reaccionaría... ¿O quizás el problema era que sabía demasiado bien cómo iba a reaccionar?

No podía correr ningún riesgo... Era el momento más importante de su vida, el momento de la verdad. Solo se quitaría el antifaz cuando supiera que no había vuelta atrás, que Aulo, al fin, admitía que sentía lo mismo que ella.

Así que, simplemente, negó con la cabeza y Aulo le sonrió.

–Eres tímida... y preciosa... –Alargó la mano y rozó su rostro.

Fue un gesto sutil, una ligera caricia que lo cambió todo. Cuando era niña, alguna vez había tomado su mano para acompañarla o, ya de mayor, la había tocado por casualidad al pasar junto a ella; pero aquella vez, por primera vez, la había acariciado porque la deseaba, porque codiciaba su contacto, porque necesitaba hacerlo.

Inmediatamente y aunque no podía verse, Galla supo que su piel, donde su mano la había rozado, había enrojecido como si su toque la hubiese despertado de su letargo. No solo fue su piel, todo su cuerpo pareció comenzar a vibrar tras su ligera caricia. ¿Cómo había podido vivir hasta entonces sin que la tocara?

Las pupilas del vampiro se dilataron y Galla supo sin ninguna duda que él también estaba afectado.

–¿Tampoco me dirás nada?

Galla volvió a negar con la cabeza. Había planeado no pronunciar ni una sola palabra antes de desvelar su identidad, sospechaba que la reconocería inmediatamente; pero, aunque hubiera querido, habría sido incapaz. Estaba demasiado conmovida por su cercanía. Por la forma en la que la miraba o hablaba con ella. Ese no era el Aulo que había conocido toda su vida, era mucho mejor... mucho más irresistible... mucho más suyo.

–Eres la cosita más deliciosa que he visto en mi vida.

Tomó su mano y la besó... y notó como su cerebro parecía perder la capacidad de razonar mientras un escalofrío recorría su espalda hasta hacerla tiritar.

–Tu piel está fría... ¡Estás temblando! –Era una vampiro, su cuerpo siempre estaba frío, pero no la había reconocido como tal. ¿Cómo lo iba a hacer? Creería que era una humana más. Ese era su plan—. Déjame que te haga entrar en calor.

Cuando se agachó ante ella, Galla contuvo la respiración. ¿Qué estaba haciendo?

Al notar sus dedos ascendiendo desde sus tobillos hasta alcanzar sus rodillas y luego sus muslos, ahogó un grito. A los dedos siguieron sus labios que, lentamente derramaron pequeños besos a lo largo de un camino sinuoso que acabó entre sus piernas.

La forma en la que comenzó a besar su mismo centro le impidió articular palabra... Solo fue capaz de gemir y suspirar con deleite ante sus atenciones. Si no la hubiera sujetado con los brazos, habría caído al suelo... cuando notó su ávida lengua recorriendo sus pliegues...

No reconoció lo que le estaba ocurriendo a su cuerpo. Lo que Aulo estaba provocando a su sexo. Algo comenzó a palpar entre sus piernas, un ruido sordo y profundo que fue creciendo hasta arrasarla... hasta llevarse por delante a la vieja Galla.

Creyó que se iba a morir, pero revivió entre sus brazos y comprendió que nunca volvería a ser la misma. Su primer orgasmo la alcanzó como una revelación, su cuerpo siempre pertenecería a Aulo...

Pero no se detuvo ahí... el General que dirigía sus tropas en la batalla hasta derrotar a sus enemigos, sabía muy bien como asediar su cuerpo hasta la victoria.

Y cuando la desnudó entre caricias y susurros se sintió no una reina sino una emperatriz.

Y cuando devoró su boca y recorrió su cuerpo con sus manos, sus labios y sus dientes comprendió que su cuerpo solo estaba vivo bajo su contacto.

Y cuando arrancó sus siguientes orgasmos supo que la había llevado al paraíso.

Y cuando la reclinó sobre el triclinio ya se había olvidado de su antifaz, su promesa y hasta de su mismo nombre.

Y cuando de un solo empujón se enterró en ella, en medio del punzante dolor y la satisfacción que sentía porque él, como en todo lo demás, fuera el primero, no pudo evitarlo... No pudo evitar llamarlo... decir su nombre... reclamarlo como suyo.

–Aulo... ¡Aulo!

Y entonces... todo terminó.

XV.

—Aulo... ¡Aulo!

Se detuvo...

Cuando había visto el cuerpo de aquella hermosa criatura, como se sonrojaban sus mejillas al acariciarlas, sus labios perfectos... había sentido la urgente necesidad de adorar su cuerpo.

En toda su vida, nunca se había arrodillado ante una mujer, pero aquella noche lo había hecho por aquella desconocida que alguien, seguramente el jefe de alguna de las familias más prominentes de la ciudad, le había enviado a su casa. Las mujeres siempre se arrodillaban ante él, eran ellas las que se afanaban para que alcanzase su propio placer. Lo tomaban profundamente con su boca o se restregaban contra su cuerpo tratando de despertar su lujuria. Él solo tenía que disfrutar sin preocuparse de nada más.

Sin embargo, cuando había besado su mano y la había notado fría... Cuando había percibido como tiritaba había sentido la urgente necesidad de complacerla, de hacerla entrar en calor, de que su cuerpo ardiese como había comenzado a arder el suyo ante su cercanía.

Cuando había arrancado su primer orgasmo todo su ser había gritado con orgullo y cuando lo había vuelto a hacer una y otra vez se había sentido el vampiro más poderoso.

Pero... su voz... Esa voz... y eso que había sentido al enterrarse profundamente en su cuerpo...

¿Era virgen?

¿Le habían regalado una virgen?

¿Nadie había tocado a aquella criatura perfecta?

Si él lo hubiera sabido habría sido más cuidadoso.

Si ella se lo hubiera dicho.

Si él lo hubiera imaginado.

A duras penas se contuvo de comenzar a moverse como todo su cuerpo, hasta sus mismas entrañas, le exigía, pero él sabía que no debía hacer... Tenía que intentar aliviar su dolor... permitirle que se acomodara a él... antes de reclamarla como deseaba hacer.

Nunca había sentido algo así al enterrarse en una mujer. Se sentía completo... se sentía feliz... se sentía en paz... pero a la vez dolorosamente necesitado de ella.

En la neblina de deseo en la que amenazaba con ahogarse, lo supo. Ella era suya, había ido a su casa a entregarse a él y todo su ser le exigía marcarla, morder su cuello y probar su sangre... y no dejar que nadie más que él volviera a tocarla.

Eso haría, la encerraría en su casa y no dejaría que nadie la viese. Era y sería siempre irrevocablemente suya.

Su aroma lo estaba volviendo loco, sus labios, su cuerpo... ¿Por qué seguía tan frío?

—¡Aulo!

Su voz... de nuevo esa voz resonó y, repentinamente, se quedó congelado.

¿De qué la conocía?

¿Por qué de repente sentía que algo iba mal?

¿Por qué sabía que esa voz lo cambiaba todo?

Y... en medio de la lujuria que sentía por aquella hermosa criatura se abrieron paso los recuerdos...

Conocía esa voz... desde siempre. La había escuchado cambiar, crecer y volverse ligeramente más grave.

Esa voz pertenecía a...

Era imposible.

Observó con atención el rostro de la mujer entre cuyas piernas se había enterrado... Sus cabellos rubios, sus ojos marrones ligeramente verdosos, sus mejillas, sus...

No podía ser...

Incapaz de creerlo retiró su antifaz y la vio... su Principessa... su Galla... La criatura más

preciosa de Nastea estaba tumbada en su triclinio y él... acababa de hacerla suya.

—¡No! —La miró horrorizado. De un salto se alejó de ella. ¿Qué había hecho? Se pasó las manos por la cabeza tratando de recuperar el control sobre su cuerpo.

—Aulo... yo...

Estudió sus ojos, vio la mancha de sangre en el triclinio, testimonio de que había sido el primero y se odió por ello.

Él no se la merecía...

Nadie se la merecía...

La maravillosa Galla, su Principessa, la gema más preciosa de Nastea había venido a él... y la había tomado como un animal.

Si lo hubiese sabido... ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Se sintió avergonzado.

Se sintió culpable.

Se sintió sucio.

Pero sobre todo sintió asco de sí mismo, de lo que había hecho, de lo que le había hecho...

—Galla... —Apenas logró mirarla—. ¿Por qué?

—Lo siento...

Las palabras de su Principessa se le clavaron en el corazón como el más afilado de los cuchillos.

No podía ser verdad lo que acababa de ocurrir. Incapaz de decir nada observó cómo recogía sus cosas y se iba.

¿Qué iba a decirle?

¿Qué podía decirle?

¿Cómo si quiera iba a poder mirarla a los ojos después de lo que acababa de hacerle a la criatura más hermosa de la Tierra?

Antes de poder recuperarse, Galla había cruzado la puerta dejando su antifaz olvidado en el suelo. Sin acabar de comprender lo que acababa de ocurrir, se agachó y lo recogió.

Inmediatamente, un par de humanas irrumpieron en la biblioteca.

¿Qué hacían allí?

Sabían perfectamente que aquella habitación era sagrada. Un lugar al que tenían prohibida la entrada. Cuando alguna mujer se incorporaba al harén, era lo primero que su mayordomo les explicaba.

Repentinamente comprendió lo que había pasado. Supuso que habrían estado espiándolo... como siempre hacían... mientras estaba con Galla.

Se maldijo.

Lo que había compartido con ella era algo sagrado que nadie debía haber presenciado jamás.

Algo que no debía haber ocurrido jamás.

Algo que le perseguiría hasta el fin de sus días.

Su Principessa se merecía mucho más.

Se merecía a un príncipe no a un malnacido que se enterraba en ella sin ninguna delicadeza en una casa que compartía con dos docenas de humanas complacientes.

—No te preocupes, Aulo, yo sé lo que necesitas.

—Una mujer de verdad.

XVI.

Todo había ido demasiado bien. Tenía que haberse dado cuenta de que no podía ser tan fácil... Pero cuando, después de que la llevase una y otra vez al orgasmo, se había enterrado en ella no había podido evitar la punzada de dolor y se le había escapado su nombre... No pudo evitar llamarlo... reclamarlo como suyo.

Después de eso, todo había cambiado.

Aulo, en un primer momento, había parecido no haberla oído; pero, cuando volvió a llamarlo, se había quedado congelado... hasta que había retirado su antifaz y... todo había cambiado. A partir de ese momento, se había comportado como si lo que habían compartido hasta entonces no hubiese significado nada.

—¡No!

El horror que llenó su rostro, la forma en la que se separó de ella, la sensación de abandono que la asaltó después de que sus cuerpos dejaron de estar unidos...

—Aulo... yo...

Cuando observó su rostro descompuesto, sus ojos llenos de espanto que apenas la miraban, su expresión enfadada y sus labios fruncidos... lo supo.

Le daba asco...

Todo lo que se había imaginado, el interés que había adivinado al escucharlo oponerse a la oferta de Tapares de una forma tan vehemente... no había sido más que una fantasía, la de una niña estúpida.

Él no la quería... nunca la había querido y nunca la querría.

El dolor se instaló en sus entrañas y supo que debía huir, lo más rápido, lo más lejos del

vampiro que la acababa de rechazar... que acababa de romperle el corazón de forma irremediable.

–Galla... –Le resultaba tan repulsiva que ni siquiera era capaz de mirarla–. ¿Por qué?

–Lo siento...

Era lo único que le podía decir; porque, a pesar del dolor desgarrador que sufría, no podía evitar lamentar haberle puesto en una situación tan desagradable.

Si no fuese la hija de su Dux, seguramente la estaría echando a patadas; pero, en cambio, estaba tratando por todos los medios de contenerse. Su gesto crispado y su mirada huidiza eran prueba de ello.

¿Por qué no se había quitado el antifaz antes...?

Licinia se lo había hecho prometer; pero, como en todo lo demás, se había empeñado en ignorar todos los consejos, todas las señales que le tenían que haber indicado que se estaba equivocando. No había escuchado a Ariadna, que había cuestionado sus suposiciones sobre el comportamiento de Aulo. No había hecho caso de los reparos de Licinia, que había tratado de hacerla entrar en razón.

¿Lo que había ocurrido en su cumpleaños no había sido suficiente prueba de que Aulo no estaba interesado en ella? ¡Se había ido a la primera oportunidad para disfrutar de las mujeres de su harén!

Había sido todo culpa suya. Ella se lo había buscado como la niña tonta y consentida que era.

Cuando había abandonado el Palacio de su padre sabía que no volvería siendo la misma persona. Lo que no esperaba era que volviese con el corazón destrozado. Había perdido la inocencia, no porque Aulo se hubiera enterrado entre sus piernas, sino porque había perdido la esperanza en que los sueños se podían hacer realidad.

¡Pobre niña estúpida!

Dolorida... muy consciente de la sangre todavía fresca en su sexo, recogió sus cosas y a trompicones abandonó la biblioteca tratando de no mirarlo, de no volver a ver la expresión de su

cara, de no leer el asco en sus ojos.

Al hacerlo, se encontró con un par de mujeres desnudas que, agazapadas, esperaban del otro lado de la puerta. Apenas se dignaron en mirarla. No le extrañó, sus cuerpos magníficos eran una prueba silenciosa del tipo de compañías que prefería el General. Cuerpos jugosos, de caderas y pechos generosos, de mujeres que sabían cómo complacerlo... Nada que ver con lo que le podía ofrecer una niña carente de experiencia.

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Todavía no se había alejado de la puerta, cuando escuchó las voces femeninas tras ella. Las mujeres del harén ya estaban entreteniéndolo a su señor.

—No te preocupes, Aulo, yo sé lo que necesitas.

—Una mujer de verdad.

¿Por qué había esperado que fuera diferente?

Había sido una idiota que se había imaginado cosas y ahora tenía que asumir las consecuencias de sus actos.

Repentinamente fue consciente de que su humillación no había sido más que el comienzo.

¿Qué ocurriría si alguien descubría lo que había hecho?

Las mujeres que la habían visto podían contarlo y, en una ciudad como Nastea donde los cotilleos corrían de boca en boca, muy pronto todos lo sabrían.

Negó con la cabeza. No creía que la hubiesen reconocido. Cubierta con la palla y con el pelo suelto... esperaba que su identidad hubiese pasado inadvertida.

Quién sí la había reconocido era Aulo... ¿Se lo contaría a sus padres?

Si lo hacía, asumiría las consecuencias. Aulo, el General, el vampiro al que había amado toda su vida no la quería ni nunca la querría. No tenía sentido seguir engañándose. Llorando y al amparo de la noche cruzó el Foro cubierta con la palla. Su vida se había acabado.

XVII.

Debía partir. La Cernide estaba esperándolo, pero tenía que hablar con ella. Debía hacerlo a toda costa. De madrugada, cuando el sol comenzaba a iluminar con timidez la ciudad, se había presentado en el palacio del Dux.

La noche la había pasado en vela. Tras llamar a su mayordomo se había deshecho de las dos mujeres que habían irrumpido en su biblioteca. Sus instrucciones habían sido claras, no quería volver a verlas en su casa jamás. Se negó a escuchar sus disculpas, habían osado espiarlo mientras estaba con su Principessa, ¿cómo iba a perdonarlas si él no se podía perdonar a sí mismo por haber permitido que ocurriese algo así?

Tras despedir a Ter... todo había vuelto a su cabeza y se había sentido derrotado. Durante horas había permanecido en silencio, sentado en el suelo junto a su triclinio, con el antifaz en una mano y los ojos fijos en la mancha de sangre que nunca eliminaría de su tapizado. Era la evidencia inapelable de lo que había ocurrido.

Su Principessa había acudido a su casa a entregarse a él y lo único que había obtenido a cambio había sido su crudo deseo... La había desnudado sin miramientos y se había enterrado en ella sin más. Ella había gritado su nombre en medio del dolor que le había provocado al arrebatarse su virginidad... comprendió demasiado tarde, y su grito le perseguiría toda la vida.

La primera vez de su Principessa había sido con un bruto que ni siquiera se había asegurado de honrar su elección... que lo hubiese elegido a él... por encima de todos los demás.

¡Y había considerado a Eurico un patán que no la trataría como merecía! El Dux de Tapares seguro que no se habría comportado así con ella.

¿Cómo no se había dado cuenta de que era ella?

¿No había notado su cuerpo frío, a diferencia del de las cálidas humanas?

¿Su hermoso cabello rubio, su sonrisa, sus mejillas sonrosadas no tenían que haberle dado pistas de quién era?

Negó con la cabeza, hasta que una vocecita en su interior le susurró el pequeño secreto que se negaba a admitir en voz alta. Cuando la había visto, cuando había creído que era una humana, un presente de alguna de las Gens, lo había aceptado de buen grado porque se parecía a ella, a su Principessa.

Si casi había enloquecido de una lujuria para él desconocida, se había debido a que su cuerpo la había reconocido.

Ahogó un grito. La verdad era demasiado difícil de admitir... ¿Cuánto tiempo hacía que su cuerpo la deseaba?

Cerró los ojos. No lo admitiría nunca, porque lo que había hecho había sido un crimen. Había tocado su cuerpo, se había bebido sus gemidos y se había sumergido en su calor... él... Un vampiro que no merecía ni una de sus miradas.

Ya de madrugada, cuando las preguntas y las respuestas que no quería escuchar dejaron de resonar en su cabeza, se dio cuenta de que se le estaba olvidando lo más importante. Galla se había ido a la carrera, seguramente dolorida, y ni siquiera le había preguntado cómo estaba.

—¡Maldito imbécil!

Galla nunca había estado con nadie y sabía que para las hembras humanas no era sencillo adaptarse a su tamaño... así que para su Principessa no creía que hubiese sido diferente...

¿Cómo lo iba a ser si ni siquiera se había asegurado de hacérselo más fácil?

Una nueva retahíla de preguntas se instaló en su cabeza mientras la culpa lo devoraba aún más.

¿Cómo la había dejado ir sin una palabra?

¿Había cruzado el Foro desnuda y sola?

¿Le habría ocurrido algo?

Así que había ido a buscarla. Debía hablar con ella. Intentar comprender lo que había ocurrido...

Todas las puertas se abrieron a su paso. El General de Nastea hacía una última visita a su Dux antes de su partida. Su visita no llamó la atención.

—¿A quién buscas?

A la puerta de su alcoba se encontró con Licinia. Tras entrenarla durante meses había descubierto muchas cosas sobre ella. Sabía que era una luchadora, alguien que no se rendía con facilidad, una criatura valiente cuyo fuego interior nadie apagaría jamás. A pesar de que había seguido órdenes de su Dux, disfrutaba secretamente de entrenarla porque peleaba por lo que quería hasta su último aliento... Por desgracia, hasta que no vio su rostro cuando la encontró allí, no fue consciente de hasta qué punto era cierto.

—Tengo que hablar con Galla... Yo...

—¿Tú?

—Ayer...

No encontró las palabras que estaba buscando. ¿Qué podía decirle? El orgulloso General se sintió indefenso ante la mirada de la hermana de su Principessa.

—Dime, Aulo... ¿Qué tienes que contarme de ayer? —La ira en sus ojos era palpable. Si se la hubiese encontrado en el campo de batalla habría temido seriamente por su vida.

—Ella... Ella se presentó en mi casa y yo...

—Y tú pasaste un rato con ella... ¿Verdad?

—En realidad...

—¿Te lo pasaste bien, Aulo?

—Yo... —No había querido pensar en lo que había sentido cuando había estado con ella. Era demasiado pronto. No quería hacer frente a eso también. Era todo demasiado complicado y no estaba preparado para ello.

—¿No tienes nada que decir?

—No sé qué podría decir...

–La verdad, por ejemplo... que te divertiste con ella... –Sus palabras sonaban como un insulto–. Y cuando te cansaste, la rechazaste sin más...

–¿Rechazarla?

¿La había rechazado? Repasó mentalmente lo que había ocurrido. No la había rechazado. Simplemente, se había apartado de ella... y le había preguntado por qué se había entregado a él. ¿Verdad?

¿Podía haber interpretado eso como un rechazo?

¡Imbécil! Por supuesto que sí.

¿Por qué no la había abrazado?

¿Por qué no lo había aclarado con ella?

¿Por qué no había hecho algo, lo que fuera, para reconfortarla?

El glorioso General habría vencido en innumerables batallas, pero si su encuentro con Galla hubiera sido una, habría sido derrotado estrepitosamente. No podía haberlo hecho peor.

–¿Acaso ya no lo recuerdas? –Licinia negó con la cabeza–. No me extraña... Estarías bebido...

–¡Eso no es cierto!

–O dominado por la lujuria y ansioso por follarte a todas las mujeres de tu harén.

–¿Cómo? –¿Qué quería decir son eso?

–Mi ingenua hermana no sería suficiente para el fogoso guerrero y necesitaría completar la noche con un par de mujeres complacientes.

–¿De qué estás hablando? –¿Un par de mujeres? Se le hizo un nudo en el estómago, no creía que fuera una coincidencia que ese fuera el número de mujeres que se habían colado en su biblioteca tras su marcha.

–Ella se cruzó con tus otras mujeres.

–¡No tenían que estar allí!

–¿No? Pues las escuchó mientras te consolaban...

¿Las había escuchado? ¿Qué podía haber escuchado? Él las había echado en cuanto habían

entrado en su biblioteca.

–¡No las toqué!

–Igual que con mi hermana. En cuanto la reconociste, tampoco la tocaste a ella.

–Fue una sorpresa. Yo no sabía...

–¿No sabías? –Le dedicó una mirada llena de desprecio–. Siempre te había admirado, Aulo. Eres un glorioso guerrero. Por eso te pedí que me enseñases a pelear.

–Y yo te agradezco que...

Licinia no le dejó acabar.

–Pero te has comportado como un bastardo con mi hermana.

–Yo...

–A guerrear se aprende, pero un hijo de puta nace... Si no la querías, lo entiendo, pero... ¿por qué la trataste como lo hiciste?

No había nada que pudiese decirle para explicarse, porque no tenía ninguna explicación para lo que había hecho. La necesidad de hablar con su Principessa se volvió insoportable.

–Por favor... déjame entrar.

–¿Para qué?

–Quiero hablar con ella, explicarme, asegurarme de que está bien. Se fue muy rápido y yo...

–¿Se fue muy rápido? No tenía que haber ido en primer lugar. –El rostro de Licinia se llenó de culpabilidad.

–Yo... –Intentó avanzar, pero Licinia se lo impidió. Podía haber peleado, era mucho más alto que ella, pero leyó en sus ojos que no se lo permitiría aunque perdiese la vida en ello.

–¡Vete! No eres bienvenido. Nunca creí que pudieses hacerle tanto daño.

Aulo se pasó la mano por la cabeza. La había dañado. Había dañado a su Principessa. No creía que nunca se recuperase, que nunca se perdonase por lo que le había hecho...

«*La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?*». Él sabía muy bien por qué estaba triste.

–Ella vino a mí y yo... –Y él lo había hecho todo mal. Era imposible haberse equivocado más.

–Ahórrate las explicaciones.

–Pero... necesito hablar con ella...

–¿De qué? Creo que sobran las palabras. Ya os lo habéis dicho todo.

–Licina, por favor. –Aulo no estaba acostumbrado a rogar, pero lo hizo sin dudar.

–Lárgate. Tienes una guerra que ganar. Al fin y al cabo es lo único que te importa, ¿verdad?

–No es así... –¿No lo era? Hasta la noche anterior sabía la respuesta a esa pregunta con seguridad, pero ahora... ahora no sabía casi nada.

–Galla es muy joven... encontrará su camino y tú no estarás en él.

Las palabras de Licinia lo noquearon.

–Pero...

–Adiós General. Suerte... –Licina cerró los ojos y pronunció la frase ceremonial. Aquella que se reservaba para los soldados que partían a la batalla–. «Que solo la sangre de los enemigos sea derramada».

Aulo escuchó sus palabras y supo que se debía ir.

Quizás era lo mejor... que pasase el tiempo y, poco a poco, todo volviese a la normalidad.

Mientras abandonaba el Palacio se convenció de ello. Todo había sido una niñería... Seguramente en pocos días Galla recuperaría su brillo y, a su regreso, podrían recuperar la relación que tenían antes de aquella noche infernal.

«Encontrará su camino y tú no estarás en él».

Sí, estaría en él... solo necesitaba darle un poco de tiempo.

Confió en ello.

Aulo nunca había sido más idiota.

XVIII.

—**No** sabemos qué le ocurre. Parece un virus, pero no podríamos asegurarlo.

Cayo y Lili se miraron preocupados.

¿Qué había ocurrido?

Un día su hija estaba feliz y llena de vida. Su tiempo transcurría entre el telar, el jardín del Palacio y las innumerables fiestas a las que era invitada y... al siguiente... Al día siguiente se negaba a abandonar la cama y a alimentarse o a hacer nada que no fuera mirar a algún punto en la pared de su alcoba.

—¿Un virus puede durar tanto? —Lili miró a los sanadores tratando de encontrar un sentido a lo que le estaban explicando. Llevaba así ya varios días y no parecía que fuese a mejorar la situación.

—¿Y un virus puede afectar a un vampiro? No es una débil humana... —Lili lo fulminó con la mirada y Cayo intentó arreglarlo dirigiéndose a Ariadna—. Por supuesto no lo digo por ti, Ariadna. Simplemente es que todos sabemos que los cuerpos de los humanos son más propensos a caer enfermos.

—Dux... —A Ariadna le costaba dirigirse a Cayo con familiaridad—. No tiene por qué disculparse... ¡Es más! Comparto su punto de vista...

—Eres muy amable... —Lili se unió a su compañero—. Espero que disculpes a Cayo, pero estamos muy preocupados.

—No hay nada que disculpar, de hecho... —Se retorció las manos. Había prometido a su amiga guardar su secreto—. De hecho, no entiendo por qué no me habrá afectado a mí también.

Cayo la observó un instante, antes de girarse hacia Licinia que parecía más callada de lo normal.

–¿Tú no sabrás qué es lo que le ocurre a tu hermana?

Su habitualmente extrovertida hija negó lentamente con la cabeza como si le costase responder.

–No, papá... No tengo ni idea de a qué se debe...

Cuando Cayo descubrió una mirada entre Licinia y Ariadna entrecerró los ojos. ¿Su hija le estaría mintiendo? ¿Sería posible? ¿Por qué lo haría?

Durante un largo instante la observó con más atención hasta que comprendió que era imposible. Las ojeras bajo los ojos de su hija lo convencieron de que era una sospecha infundada. Si Licinia supiera lo que le ocurría a su hermana, lo diría sin dudar para intentar curarla. Sus tres hijas se amaban profundamente... y Caya y Licinia, siendo gemelas, estaban muy unidas. Siempre las había visto como una pareja indestructible... Se ayudaban, se apoyaban... y se protegían.

La presencia continua de Licinia junto a su hermana enferma era prueba de ello. Galla estaría en cama, pero Licinia también estaba recluida junto a ella.

Los problemas se acumulaban. Acababan de iniciar una guerra para acabar con el comercio de Baste y sus salteadores a sueldo, los malditos Privateer, y encima su querida hija enfermaba.

Si la guerra no salía bien... si Aulo fracasaba...

Suspiró... Eso era imposible. Su General volvería a casa con una victoria. De todos los miembros del Minor Consiglio era a quien estaba más unido. Al igual que era quién más se preocupaba por su querida hija Galla.

Al menos él no tenía que verla en el estado de postración absoluta que se encontraba. Su amigo se volvería loco si la veía así...

¿Cómo la llamaba? Su Principessa... Entrenaría a Licinia y haría carantoñas a la pequeña Atia, pero Aulo sentía debilidad por Galla.

Lili, a su lado, tomó la mano de Galla y, a través de los pensamientos que compartían, Cayo

notó cómo trataba de comprender qué ocurría. Llevaba en cama una semana. Permanecía en silencio sin ganas de levantarse con la mirada perdida y una infinita tristeza grabada en su rostro.

–Mi niña... ¿Qué te ha pasado?

Los días se habían sucedido, pero nada la había sacado de su estado.

–Galla, por favor, tienes que intentarlo... –le había suplicado su madre.

–No puedes permanecer aquí todo el día... Tienes que levantarte... Ya han florecido los rosales. –La intentaba convencer su padre.

–Galla, ¿qué ocurre? –Incluso Vera la visitó y trató de convencerla para que abandonase la cama. Aurelio, su compañero, se había ido a la guerra y estaba sola con su pequeño hijo, pero Galla era una de sus amigas más cercanas.

Licinia y Ariadna eran las únicas que no insistían en que abandonase su estado de postración.

Sin separarse de su lado ni por un instante, lamentaban en silencio no haberle impedido cometer la locura que la había arrastrado a aquel estado.

–No debimos dejarla...

–¿Teníamos alguna opción?

Ellas sabían.

Ellas entendían.

Y ellas comprendían que Galla bastante hacía con seguir respirando sin hundirse en la más negra desesperación.

Por eso Licinia no se lo había contado a sus padres. El daño ya estaba hecho y solo aumentaría su dolor el que sus padres lo supiesen. Su hermana les había rogado a ambas la misma noche que había regresado de la casa del General que mantuviesen su secreto y ellas le habían jurado que así lo harían. Era lo único que podían hacer por ella... y era tan poco...

La culpa por lo que le había ocurrido a su hermana ya le pesaba demasiado como para

hundirla aún más.

¿Estaría haciendo lo correcto?

XIX.

Aulo, vestido con una vulgar túnica y cubierto con un manto, entró en la carpa con paso seguro.

Cuando la puerta se cerró tras él, tuvo que entrecerrar los ojos; el humo era tan denso que le costaba respirar. Tratando de simular indiferencia avanzó un par de pasos hasta que se acostumbró al ambiente enrarecido y, al fin, pudo estudiar el lugar donde se encontraba.

Habían llegado a las estribaciones de los Montes de Doletto en pocas jornadas; pero, una vez allí, decidió dejar a la Cernide atrás. Para encontrar al pariente de Cneo, no creía que la presencia del ejército de Nastea fuera la mejor opción. Si los vampiros que vivían en aquel asentamiento, los Libertos, no querían someterse a la autoridad de un Dux, seguramente no recibirían de buen grado a la Cernide. Necesitaba su colaboración, no generar su rechazo.

Así que, sin perder un instante, y con la única compañía de Aurelio, habían tomado un aerodeslizador para llegar al poblado. Aulo lo había preparado antes de partir. Había eliminado de él cualquier señal o logotipo que pudiera identificar su procedencia. No quería generar suspicacias. Tenía que localizar a Leif y después convencerlo para que los ayudase... y la aguamarina que llevaba colgada a su cuello no creía que fuese demasiado útil para ello.

Después de media hora de ascensión y cuando ya comenzaba a dudar de la información que habían recabado los espías de Cneo, al fin, ante ellos apareció el poblado. Se trataba de un amplio valle situado entre las montañas repleto de carpas de forma cónica. Entre ellas un enjambre de vampiros y humanos se ocupaban de sus quehaceres.

Su súbita aparición no llamó su atención. Parecían estar acostumbrados a los extraños y tampoco tuvieron ningún problema para indicarles dónde podían encontrar a Leif. Al preguntar, le habían señalado la carpa más grande y hacia allí se habían dirigido sin dudar.

–Quédate aquí... Alguien debe cuidar del aerodeslizador. No me gusta cómo lo están mirando. –Señaló a su alrededor. Nadie parecía haberse fijado en ellos, pero sí en su vehículo. Varios vampiros lo estudiaban de forma calculadora... No hacía falta ser un adivino para saber que intentarían robarlo al primer descuido.

–Pero...

Aurelio miró a su alrededor. Su segundo no confiaba en todos aquellos Libertos. El hecho de que hubieran elegido vivir fuera de las ciudades, le parecía inaudito.

–No te preocupes... –Había tratado de tranquilizarlo.

–Esto no me gusta...

Aulo le había sonreído con expresión relajada mientras señalaba a su túnica y el neutralizador que escondía debajo.

–Estaré bien.

O al menos lo intentaría, porque no lo estaba. Nada parecía en su sitio desde que había salido de Nastea... desde que Galla se había presentado en su casa... desde que la había tomado sobre su triclinio.

Debía haber hablado con ella antes de irse, cada día era más consciente de ello. Aclarar las cosas, explicarle su comportamiento y, entonces, se habría quedado tranquilo, pero Licinia se lo había impedido...

«Mentiroso», negó con la cabeza. Licinia le había hecho un favor porque si la hubiese visto... ¿Qué le habría dicho? No había palabras para expresar su mala conciencia...

¿O la habría reñido? Sí, eso era probable. ¿Por qué había hecho aquella niñería de hacerse pasar por quién no era?

«*La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?*». Confiaba en que su Principessa estuviera bien y, a su regreso, todo volviese a la normalidad.

Suspiró mientras tocaba el antifaz atado al cinturón de su túnica. Ese del que había sido incapaz de separarse desde que Galla se lo había dejado en su casa

«Estaré bien», eso era lo que le había dicho a Aurelio, pero tardaría tiempo en volver a

estarlo... Ahora solo se debía centrar en completar su misión y para ello debía encontrar dentro de aquella carpa llena de humo al pariente de Cneo.

Cuando notó la tela del antifaz entre sus dedos, torció el gesto. En vez del neutralizador... estaba buscando un antifaz. ¿Qué le pasaba?

Negó con la cabeza mientras trataba de concentrarse. ¡Era un guerrero! Y tenía una misión... una en la que fallar no era una opción...

Tratando de controlarse, volvió a estudiar el interior de la carpa con gesto distraído. Estaba rodeado de vampiros tumbados en triclinios mientras bebían, charlaban o jugaban a las cartas. A su alrededor, decenas de mujeres semidesnudas les ofrecían su sangre y su cuerpo para que se sirviesen. Los gemidos se confundían con las risotadas y los gritos... No sabía si se trataba de una orgía o una reunión de negocios...

¿Cómo reconocería a Leif?

Con paso firme se acercó a una especie de barra situada en un extremo y pidió un vaso de vino. Inmediatamente, una mujer casi desnuda se acercó a él contoneándose.

–Forastero... ¿Qué te ha traído por aquí?

–Negocios... –Los que quería hacer con el tío de Cneo.

–¿No tienes hambre? –Se apartó el pelo con gesto insinuante para que pudiese ver su cuello—. Mi cuerpo es complaciente y mi sangre, muy sabrosa. Por cien ducados puedes disfrutar de ambos.

Aulo observó su voluptuoso cuerpo y olió su sangre... Sus ojos verdes rasgados brillaban con picardía en un rostro hecho para la lujuria. Sus cabellos negros caían en cascada hasta la estrecha cintura y sus pechos parecían estar gritándole para que les prestase atención.

Aulo respondió a su presencia como siempre que tenía cerca a una mujer hermosa. Se pasó la lengua por los labios... y le guiñó un ojo... Antes de que comprendiera que algo en él no iba bien. Su cuerpo no se encendió ante su cercanía... Su pulso no se aceleró, el hambre no lo dominó... y el ansia por disfrutar de su cuerpo no hizo que su polla cobrase vida.

Cerró los ojos y vio el cuerpo desnudo de Galla. La idea de tocar a aquella desconocida... de

repente... se volvió insoportable. El viejo Aulo habría combinado el placer con el deber, pero aquel Aulo... aquel solo podía pensar en alejarse de aquella mujer cuya cercanía su cuerpo rechazaba.

—En otro momento quizás... —mintió; en ningún momento... Por suerte, una idea cruzó su cabeza...—. ¿Querías beber conmigo?

La mujer lo miró sorprendida un instante antes de que en su rostro se dibujase una sonrisa curiosa.

—Por supuesto, forastero, aunque ese servicio te costará más.

Aulo no pudo evitar sonreírle. No la tocaría, estaba seguro de ello, pero acaba de darse cuenta de que su cuerpo no era su mayor atractivo. El ingenio brillaba en sus hermosos ojos.

—¿De qué servicio hablas?

—Si no has venido aquí buscando carne ni sangre... entonces buscas información... y eso es mucho más caro.

—¿Soy tan transparente?

—Más de lo que crees.

Aulo estuvo a punto de que se le desencajara la mandíbula. En otra ocasión tendría que aprender a disimular mejor, pensó...

—¿A quién buscas?

Bebió un trago de vino antes de responderle... y a punto estuvo de escupirlo. En su vida había probado un vino tan malo. Miró de reojo al camarero que pareció ignorarlo. Aquel malnacido le había vendido vinagre por vino.

¿La mujer, al igual que el camarero, también intentaría engañarlo? ¿Podía fiarse de ella? No conocía la respuesta a esa pregunta, pero sí sabía que tenía poco que perder.

—A Leif... Leif el afortunado. —Sus ojos verdes se abrieron de improviso llenos de sorpresa—. ¿Lo conoces?

—No... Yo...

Ella tampoco sabía disimular muy bien. Desgraciadamente, cuando notó un neutralizador

apoyado en su espalda comprendió que quizás tenía que haber prestado más atención a su espalda y menos a aquella hermosa mujer.

–Forastero... ¿Quién eres y qué has venido a buscar aquí?

La mujer no perdió el tiempo y se alejó de él sin despedirse. A su alrededor, que alguien estuviera encañonándolo no provocó ningún revuelo. Supuso que no sería nada extraño que algo así ocurriera. Estaba solo y tendría que resolver aquello solo...

Tratando de ganar tiempo se giró lentamente. Cuando lo hizo y vio a un vampiro de pelo negro, ojos grises y expresión calculadora. No pudo evitar sonreír...

–¿Qué te hace tanta gracia?

Aulo no había llegado a ser el poderoso General de Nastea por no correr riesgos...

Antes de que el extraño que lo apuntaba con el neutralizador se diese cuenta de lo que estaba haciendo, se había arrancado la cadena que tenía al cuello, en cuyo extremo brillaba una aguamarina.

–Creo que esto responde a tu pregunta. –Aulo la dejó colgando a la altura de los ojos del desconocido tan parecido a Cneo, a pesar de su ropa ajada.

Aulo observó como el rostro del extraño cambiaba, reflejando todo tipo de sentimientos; sorpresa, dolor, ira, alegría, miedo... Sin dejar de mirarla, parpadeó varias veces antes de bajar el neutralizador mientras alargaba la mano para rozar la aguamarina.

Era como si, de repente, hubiese caído en un letargo. Tras la sucesión de emociones, Aulo pudo leer en sus ojos aquella que lo dominaba todo, que se había llevado todas las demás; melancolía.

–¿Mi familia...? –Aulo fue el único que escuchó su pregunta solo susurrada.

–Bien... Tu sobrino tiene dos hijos.

–¿Dos?

–Sí, fuertes y sanos...

Una sonrisa se fue abriendo poco a poco en el rostro de Leif, hasta que la melancolía desapareció por completo.

–Entonces... ¡Debemos celebrarlo! ¡Más vino! Pero del bueno... –Le guiñó un ojo a Aulo mientras veía como el encargado rebuscaba entre las botellas–. Vacía tu copa, este bribón tiene la mala costumbre de aprovecharse de los forasteros.

–No me había dado cuenta... –Vació la copa inmediatamente. En Nastea lo habrían metido en la cárcel por vender un vino tan malo.

Una vez que el camarero llenó sus copas, Leif se giró hacia él para ofrecérsela.

–¿Cómo te llamas?

–Aulo.

Las pupilas de los ojos de Leif se dilataron y de nuevo la melancolía se asomó a ellos... pero solo fue un instante, antes de que una enorme sonrisa apareciese en su boca.

El General tuvo la sensación de que aquel vampiro era todo un misterio.

XX.

–**Mi** hermano no va a esperar indefinidamente. Necesita una respuesta y la necesita ya...

Las palabras de Alarico aun resonaban en la pequeña sala donde el Minor Consiglio, a excepción de Aulo que hacía días que había partido, permanecía reunido tras su última visita. Hacía un mes que el hermano de Eurico se había presentado ante ellos para sorprenderles proponiendo una unión entre el Dux de Tapares y Galla... y aún no le habían respondido.

–No entregaré a mi hija a Eurico –afirmó con vehemencia Cayo, antes de repetir lo que ya había escuchado a Aulo–. No convertiré a mi hija en moneda de cambio.

–Entonces... ¿le responderemos eso? –Cneo lo miró fijamente esperando una confirmación que tardó en llegar.

–No lo sé...

–Siempre me toca a mí decir en voz alta lo que todos sabéis, pero es necesario que tengamos en cuenta... –Tito los miró antes de seguir–. Debemos ser cautelosos con la respuesta que le damos, si queremos tener alguna oportunidad de afianzar nuestra alianza.

–Comprendo lo que dices, Tito... pero es que lo único de lo que estoy seguro ahora mismo es de que no sacrificaré la felicidad de Galla por el bien de Nastea.

–En eso estamos todos de acuerdo... –Cneo asintió.

–No quiero eso para mi hija... –insistió Cayo– y, sobre todo, mi Vitadantis tampoco lo quiere.

Tito y Cneo se miraron. Lili era una fuerza de la naturaleza. La declaración de Cayo sobre que su Vitadantis no quería esa unión seguro que era quedarse corto. Tratándose de ella, seguramente organizaría una barricada en el Palacio del Dux antes de permitirlo... pero es que, además, tampoco era el momento.

Galla llevaba más de dos semanas enferma y no encontraban un remedio para lo que le ocurría. Parecía haber caído en una especie de parálisis de la que no lograba recuperarse. Lo sabían de primera mano; Marcia, su Vitadantis, había acompañado a Lili durante todos aquellos días. Era lo único que había podido hacer por ella, hacerle compañía mientras asistía desesperada a como su hija languidecía postrada en una cama.

Cayo había mantenido en secreto la situación de su hija durante todos esos días. No quería que los Pregadi especulasen sobre la naturaleza de su enfermedad, ni que el resto de ciudades creyesen que Nastea había perdido el favor de los dioses y, por eso, habían condenado a la enfermedad a una de las hijas de su Dux.

No había sido fácil y se habían tenido que inventar todo tipo de excusas para explicar su ausencia en las fiestas de las Gens. Finalmente, Ariadna, la humana a la que la ciudad debía tanto, había ideado una solución. Ella era la que estaba enferma y Galla la estaba cuidando tan solícitamente que no se separaba ni un instante de su cama.

—Es lo más fácil. —Con voz temblorosa se había dirigido a él cuando buscaba una solución con Licinia ante las continuas preguntas de las Gens—. No pienso separarme de Galla así que no pueden saber si es cierto y como humana, a la aristocracia de la ciudad no le sorprenderá que haya enfermado...

Las palabras de la joven lo habían sorprendido. Siempre se mostraba aterrorizada en su presencia a pesar de que hacía todo lo posible por no asustarla así que debía haber recurrido a todo su valor para atreverse a interrumpirlo mientras hablaba con Licinia. Al leer su resolución en los ojos, comprendió lo que ya le había asegurado su Vitadantis; quería profundamente a su hija. Galla era muy afortunada.

—¿No te importa lo que opinen de ti?

—Yo... —Seguía temblando. Callo le sonrió para intentar tranquilizarla, aunque sabía que no serviría de nada—. ¿Por qué habría de hacerlo?

Callo la miró sorprendido como si fuera la primera vez que la veía. Aquella humana era mucho más que una chiquilla asustada. Lo había demostrado cuando había eliminado a Cornelio

y lo estaba haciendo de nuevo. Aurelio siempre hablaba de ella con admiración, pero él no había podido evitar pensar que lo que había hecho en Baste había sido fruto de la casualidad o de un momento afortunado. ¡Qué equivocado había estado!

–Nastea estaba en deuda contigo, pero ahora soy yo el que lo está... Gracias.

A partir de entonces las cosas habían sido más sencillas... aunque se avecinaban complicaciones en forma de un aluvión de ofertas de uniones para su hija. Cuando las Gens descubrieron que Galla, la hija del Dux, estaba cuidando a una humana enferma, aunque fuese una con la que Nastea tenía una deuda impagable, las expresiones de admiración se habían sucedido de forma imparable.

–Galla es tan amable.

–¡Una criatura tan bondadosa!

–Los dioses sabrán recompensar su sacrificio.

Cuando todo pasase, que pasaría... Cayo no concebía la posibilidad de que su querida hija no se recuperase; el número de pretendientes iba a crecer exponencialmente. Ya lidiaría con ello después. Ahora su prioridad era que Galla mejorase y retomase su vida.

Sus hijas eran su orgullo y el de la ciudad. El símbolo de una Nastea invencible; la ciudad más importante de la Tierra.

Gracias a su treta, nadie conocía la verdad. Por eso Alarico, en su última visita, no había preguntado por su salud y, de nuevo, había insistido en la unión. Si lo supiese... quizás habría dirigido su oferta hacia Atia sabiendo que Licinia era su primogénita y heredera. Su niña de tres años estaba jugando alegre en el jardín. Esperaba poder mantenerla alejada de la atención del mundo durante unos cuantos años más. Se contentaba con lograr que fueran tantos años como los que habían disfrutado sus hijas mayores.

–Afortunadamente, Alarico no sabe que Galla está enferma. –Tito dijo en voz alta lo que Cayo estaba pensando.

El Dux se pasó la mano por la cabeza. Durante su vida nunca había sufrido la enfermedad.

En las numerosas batallas en las que había participado antes de convertirse en Dux, había recibido golpes, quemaduras y cortes. Nada que durase demasiado o que no fuese más que una ligera molestia. Ver a su hija enferma le resultaba intolerable.

Demasiado tarde había comprendido lo afortunado que había sido mientras sus hijas habían crecido sanas y fuertes. No había valorado lo que tenía hasta que lo había perdido.

–Galla no mejora... y ya no sabemos qué más hacer. –Se pasaba los días hablando con los sanadores y tratando de animar a Lili. Desgraciadamente, cada vez le costaba más mantener el optimismo.

–Al menos cuando ve a Marcio y Manio o nuestro sobrino Aurelio Minor parece animarse un poco... –Tito pensó en voz alta.

Aurelio Minor era el hijo de la hermana de su Vitadantis. Estaba muy unido a Marcio y Manio, los hijos que compartía con Cneo; los primeros de la Gens Marcia, la que habían creado con su Vitadantis. No era muy común que dos vampiros compartiesen compañera, pero Cayo había comprobado que ocurría cada cierto tiempo. Era la forma en la que se creaban nuevas Gens, nuevas familias de vampiros.

–Lo mismo ocurre con Atia –explicó Cayo. Su pequeña tenía tres años.

–Los niños parecen animarla, aunque sea por poco tiempo.

–Al verlos, incluso se sienta en la cama y habla con ellos... pero es solo un espejismo –se lamentó el Dux–. Cuando se van cae en la misma melancolía.

–He hecho cultivos y analizado su sangre y no he encontrado nada –le confesó Cneo. Como Taumaturgo, además de al espionaje, dedicaba su tiempo a la ciencia y la tecnología así que cuando los sanadores se habían quedado sin ideas habían recurrido a él–. Nos enfrentamos a un enemigo que no conocemos.

Marcia, su compañera, y él habían repetido los análisis al menos un par de veces y los resultados siempre habían sido los mismos; no habían encontrado nada anormal. No entendía qué era lo que estaba ocurriendo.

Cayo se cubrió la cara. Ver a su hija enferma, tumbada en la cama y sin alimentarse... Ya no

recordaba cuántas veces tanto él como Lili le habían ofrecido su sangre... para que ella la rechazase una y otra vez. Siempre habían alimentado a sus hijas, no querían que nadie más lo hiciese. Cuando se uniesen a sus compañeros eso cambiaría; pero, de momento, era su privilegio.

–Creedme si os digo que estoy desesperado.

Observar a su compañera angustiada y a sus otras dos hijas preocupadas... era más de lo que podía soportar. ¡Benditos los tiempos en los que algún Cornelio era la fuente de todos sus problemas!

–Necesitamos ganar tiempo antes de responder a Alarico. –Tito rompió el silencio que se había hecho en la sala tras recordar la enfermedad de Galla. A Cayo no le engañó, su amigo estaba intentando entretenerlo.

–Primero necesito... Necesito que mi hija mejore... Alarico puede esperar.

–Sí... pero ¿para qué? ¿Vas a cambiar de opinión? ¿Enviarás a Galla lejos? –Cneo conocía la respuesta a esa pregunta. Todos los que estaban allí la conocían.

–Si estuviera aquí Aulo amenazaría con arrancarte la cabeza ante esa pregunta. –Una sonrisa sin alegría se abrió paso en el rostro del Dux.

–Eso es cierto... ¡Cómo se puso cuando Alarico explicó la oferta de Tapares!

–Creía que nos iba a pegar... –En el rostro de Cneo apareció una ligera sonrisa.

Las sonrisas dieron paso a la melancolía.

–Lo echo de menos –confesó Cayo.

–Pero él no creo que lo haga... –Cneo aprovechó para ponerlos al tanto de las novedades que sus espías le habían enviado esa misma mañana—. Está demasiado ocupado acabando con los salteadores... Esos malditos Privateer no saben lo que les espera.

–Lo siguiente serán las rutas comerciales de Baste. –Tito se unió a las explicaciones de Cneo.

–Espero que evite nuevos ataques. –Cayo no sabía qué haría si eso también se torcía.

–No obstante, no es una solución definitiva. –Todos asintieron en silencio ante las palabras de Cneo—. Lo único definitivo sería acabar con Baste y su Dux.

–Pero para eso... Para eso necesitamos una alianza fuerte con Tapares. –Tito siempre se fijaba en lo más importante.

Se hizo el silencio de nuevo.

–Y para eso... Para eso necesitamos darle una respuesta a Alarico. –Cneo se rascó la cabeza.

–Encontrar la forma de reforzar la alianza sin que Galla se tenga que unir a Eurico.

–¡Como si eso fuera sencillo! –Cayo se levantó de un salto y comenzó recorrer la sala.

–Así que mientras encontramos una propuesta alternativa...

–Tenemos que ganar un tiempo sin el que nos estamos quedando.

Los tres se miraron. Un mes era demasiado tiempo... ¿Cuánto tardaría Eurico en hartarse de esperar?

–Alarico parecía molesto... y lo comprendo. –Tito lo había observado con atención.

–Corremos el riesgo de que Dux de Tapares se sienta insultado.

Cayo negó con la cabeza. Se estaban quedando sin tiempo y sin opciones... mientras él solo podía pensar en su hija.

–Pues lo único que podemos hacer es esperar un poco más... y ver si se nos ocurre algo...

Se volvieron a mirar. Esa era su única opción; esperar... un milagro.

XXI.

Aulo observó la caravana con ojo crítico.

—¿Estás seguro?

—Confía en mí... Vendrán.

—Pero...

—¡Ya lo sabes! Tengo poderes...

—¿Otra vez me vienes con esas? —Desde que lo conocía no se había cansado de repetirle lo mismo.

—Y además... —Le guiñó un ojo—. He hecho correr la voz...

—Han pasado varios días.

—¿No me crees? —No esperó a que le respondiera. Seguramente sabía la respuesta—. Tengo mis contactos.

—Y poderes... ¿Verdad?

—Veo que vas aprendiendo... —Al Liberto se le escapó una carcajada.

Tras encontrarlo en el salón, así llamaban a la carpa donde Leif primero lo había encañonado y después lo había invitado a beber, el tío de Cneo se había ofrecido a ayudarlo sin hacer preguntas.

—Hay una cosa que no comprendo... —Nada más preguntar por él, ya lo tenía a su espalda amenazándolo. O había tenido mucha suerte o de alguna forma sabía que iba a ir a buscarlo—. ¿Qué te hizo desconfiar de mí? ¿Qué te hizo sospechar que no era lo que parecía?

—Ningún vampiro rechaza a Venus... Aunque no tenga hambre... de sangre o hembras.

—Pero...

–Tú la has visto... Podría hacerse inmensamente rica en cualquier ciudad, pero prefiere vivir entre los Libertos. Todos la conocemos... y codiciamos.

–Pero... ¿cómo...?

–Venus solo se ofrece a aquellos que le gustan. Fue un honor que te eligiese y algo muy extraño que la rechazases. La única explicación era que tu hambre y tu cuerpo ya estuviesen satisfechos o comprometidos con una Vitadantis.

¿Comprometidos? ¿Vitadantis? Aulo se negó a entender lo que le estaba diciendo. No estaba preparado para ello. Sus motivos para rechazar a aquella mujer solo le incumbían a él.

–¿Y eso que tiene que ver?

–Los Libertos, los vampiros que hemos decidido vivir fuera de las ciudades, es raro que dispongamos de mujeres como ella –trató de explicarle–. Aquí no hay Oblatios ni harenes...

–Así que...

–Así que tenías que venir de una ciudad... –Le sonrió. Leif sonreía con facilidad. Aulo sospechó que era su manera de esconder lo que realmente pasaba por su cabeza.

–Comprendo...

–Pero... Pero a lo mejor te estoy mintiendo...

–¿Cómo?

–A lo mejor simplemente supe que venías de una ciudad porque tengo poderes. –Le guiñó un ojo. Esa sería la primera vez que le escuchaba decir algo así... la primera de muchas.

–¡No me tomes el pelo!

–Y tú no seas tan aburrido...

–¡No trates de escaquearte! Todavía no me lo has explicado todo... ¿Por qué me encañonaste?

–¡Eso es fácil! –Le guiñó un ojo–. Debía asegurarme de que no me estuvieses buscando para matarme.

–¿Debería tener algún motivo para ello?

Leif lo miró fijamente antes de responder.

–Quizás muchos más de los que crees. –Esta vez la sonrisa se transformó en carcajada.

–Pero tu sobrino confía en que nos ayudes.

–Mi sobrino sabe bien que puede contar conmigo.

Leif le había preguntado por su familia y había escuchado complacido que Cneo había encontrado a su Vitadantis y ya tenía dos hijos. El hecho de que la compartiese con otro vampiro lo había sorprendido.

–¿Comparte a su Vitadantis con el jefe de la familia de los Titos? –Parecía incapaz de creerlo–. Nunca creí que dos vampiros compartiesen la misma compañera.

–Sí, el Dux descubrió que ha ocurrido varias veces en el pasado...

–Debe haber sido complicado para ellos...

–Lo fue, pero una vez que el Dux consultó los viejos registros del Libro Dorado y descubrió que esa era la forma en la que se creaban nuevas Gens, encontraron la forma de sobrellevarlo...

–El Libro Dorado... –Leif paladeó las palabras. Se notaba que hacía mucho tiempo que no escuchaba hablar de él–. El libro donde el Dux de Nastea registra el nombre de los vampiros de la ciudad...

–¡Exacto! Tito y Cneo, junto a su Vitadantis, han dado inicio a la Gens de los Marcios... en honor al nombre de su compañera; Marcia.

Leif parpadeó varias veces al escucharlo. Como si fuese incapaz de asimilar lo que acababa de oír. Aulo comprendió que, a pesar de haber abandonado la ciudad y sus costumbres, le debía resultar tan difícil de asimilar como le había ocurrido a él cuando Cayo se lo había explicado.

El interés que vio en el rostro de Leif por todo lo que tenía que ver con Nastea, impulsó a Aulo a preguntarle por qué se había ido de la ciudad, pero Leif había esquivado sus preguntas. Lo había hecho fácilmente, recordándole a Aulo por qué estaba allí.

–Y yo me pregunto... –Bajó la voz hasta volverse un susurro–. ¿A qué se debe que el General de Nastea necesite de mi ayuda?

–¿Cómo sabes?

–Conocí a tu padre... Él también era el General y... viendo tus brazos... –Algunos de sus

numerosos tatuajes eran visibles—. No tengo ninguna duda de que eres un digno hijo de tu padre.

Cayo dudó. ¿Podía fiarse de aquel desconocido? Cneo confiaba en él, pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo había visto. Quizás ya no era el mismo vampiro. Quizás ya no era de fiar...

Al observar su sonrisa burlona, tomó una decisión. Si Cneo confiaba en él, no le quedaba otro remedio que correr el riesgo. Al menos, le caía bien... y le había invitado a un buen vino. Ya era un comienzo.

Tras explicarle para qué lo necesitaba. El Liberto no había tardado en encontrar la solución.

—Dame un ducado y te ayudaré.

—¿Cómo?

—¿El General de Nastea no tiene un ducado? —Meneó la cabeza entre risas—. Por lo que yo recuerdo era una ciudad muy rica, pero quizás todo haya cambiado.

Aulo observó a Leif un instante antes de rebuscar en su túnica y dárselo. El Liberto observó con interés la moneda antes de guardarla.

—Disfrazas a tus soldados, yo te ayudaré.

—¿Disfrazar? —Aulo lo miró sin comprender.

—Hazles pasar por una caravana y haré correr la voz de que transportan todo tipo de joyas. Lo demás será asunto tuyo.

—Pero... nosotros somos orgullosos soldados de Nastea, ¿cómo vamos a hacer algo así? No sería honorable...

—Si quieres cazar a un ladrón, actúa como un ladrón... —Le volvió a guiñar un ojo mientras sonreía—. La honorabilidad vas a tener que dejarla a un lado si quieres pillarlos.

Eso era lo que habían hecho; pero los salteadores, Gannacus y Sexto, no parecían tener prisa por aparecer. Ya había pasado casi una semana. Desde las colinas vigilaban con el resto de su ejército el avance de la caravana que habían simulado, pero los Privateers les eran esquivos.

—¿Y si la asaltan otros salteadores? Nosotros solo queremos acabar con los que trabajan para

Baste.

Leif lo miró con fijeza con una expresión risueña en su rostro. ¿Cuánta de aquella alegría era real? No lo sabía con claridad, pero estaba convencido de que era una máscara detrás de la que se escondía.

–Confía en mí... Vendrán.

–¿Por qué estás tan seguro?

–Existe cierta jerarquía entre los salteadores y Gannacus y Sexto se han ganado su derecho a ser los únicos que ataquen a las caravanas de Nastea.

Aulo entrecerró los ojos. Había algo que no entendía.

–¿Cómo sabes tanto de salteadores? ¿Cómo te las has arreglado para estar seguro de que la noticia sobre esta caravana ha llegado a los oídos adecuados? ¡Y no me digas que es porque tienes poderes!

–¡No pensaba decirte tal cosa! –Lo miró con expresión falsamente ofendida–. ¿Para qué lo iba a hacer cuando tus preguntas son fáciles de responder? Sé todo eso porque yo he sido salteador durante mucho tiempo.

Aulo lo miró fijamente. ¿Le estaba ayudando un ladrón?

–¿Lo has sido o lo eres?

–Esa pregunta no la pienso responder.

No tuvo tiempo de insistir. De repente, de la nada se levantó una tormenta de arena y a su amparo, los salteadores aparecieron. Un instante después, se había desatado el infierno.

Aulo, con el neutralizador en la mano, había corrido hacia ellos seguido de cerca por Aurelio y el resto de los soldados. El camino que hasta entonces había serpenteado la caravana, se había transformado en un campo de batalla.

La sangre, la adrenalina, el furor de la batalla, la estrategia, los compañeros, la violencia, la Cernide... Al fin Aulo tenía todo lo que necesitaba, para lo que vivía, lo que tanto había añorado cuando estaba en Nastea.

Mientras había estado esperando ese momento, había pensado que eso era lo que necesitaba

para olvidarse de lo que había ocurrido con Galla, pero muy pronto se dio cuenta de que no era así. No habían terminado de reducir a los asaltantes y ya era consciente de lo evidente. Todo era igual, pero todo era diferente. Notaba una extraña sensación en sus entrañas. Una que ni siquiera la escaramuza que acababa de vivir lograba diluir.

Había ganado. Los salteadores que habían atacado a la caravana yacían en el campo de batalla, pero no era suficiente.

Leif no se unió a ellos hasta que todos los salteadores yacían muertos sobre la arena del desierto. Aulo no se dio cuenta hasta entonces de que el Liberto se había mantenido apartado. Con indiferencia se paseó entre los cadáveres mientras revisaba los cuerpos que yacían en el suelo.

—¿No te gustan las batallas?

—No me gustan las que no son mías. —Apenas desvió la atención hacia él. Parecía ensimismado observando uno de los rostros de los cadáveres.

—Pero... esta batalla es por tu ciudad... por el lugar donde vive tu familia.

—Tengo familia, siempre la tendré, pero hace tiempo que elegí no tener ciudad.

—¿Por qué?

Se detuvo un instante para sonreírle antes de continuar estudiando los cadáveres.

—No nos conocemos tanto como para que te lo explique. ¿Crees que solo tú tienes secretos?

Volvió a mirarle para guiñarle un ojo y Aulo tuvo la repentina sensación de que Leif estaba hablando de su Principessa. No fue consciente de lo que hacía hasta que no rozó el antifaz que tenía atado al cinturón de su túnica. Cuando se dio cuenta, meneó la cabeza confundido. Era imposible que supiera algo sobre lo que había ocurrido.

—No creo que...

—Yo tampoco creo que debamos hablar de ello... sin embargo... creo que te interesará saber que Gannacus y Sexto han escapado. —Leif estaba ahora mirando a su alrededor con gesto concentrado.

–¿Qué...?

–Conozco a esos dos cabrones... y no están entre estos cuerpos. –Sacó unos binoculares de debajo de su túnica–. Sospecho que... esa polvareda que se ve hacia el este... Son ellos escabulléndose.

Leif le ofreció los binoculares y pudo comprobar lo que le decía.

–¿Cómo hacen esas... tormentas de arena? –Al amparo de una habían aparecido y usando otra estaban escabulléndose. No podía ser una casualidad.

–¿Crees que solo Nastea cuenta con tecnología?

–No todas las ciudades cuentan con tu sobrino.

–Sí, pero los salteadores cuentan conmigo... y mis poderes. –Ahogó una carcajada.

Su respuesta le dejó sin habla.

XXII.

Llevaba casi tres semanas en cama, incapaz de procesar lo que había ocurrido. Se sentía avergonzada; una niña estúpida que había querido ver en el comportamiento de Aulo algo que en realidad no existía.

¿Cómo no se había dado cuenta de que le daba asco?

¿Por qué había estado tan ciega?

¿Qué la había empujado a lanzarse a sus brazos sin más?

Se había comportado como una niña consentida que cree que puede conseguir todo lo que quiere con solo estirar la mano y tomarlo.

No podía seguir así. Se lo había dicho su madre.

—Galla... cariño... tienes que levantarte.

Si ella supiera lo que había ocurrido... pero se sentía demasiado avergonzada para decírselo. Además, si se lo contaba, su padre lo sabría y no quería que Aulo sufriese las consecuencias de su estupidez. La única responsable era ella. Lo había entendido todo mal y ahora debía afrontar sola las consecuencias.

—Yo... no me encuentro con fuerzas...

Se lo había rogado su padre.

—Por favor, levántate... y aliméntate... Si no lo haces cada día vas a estar más débil.

Su padre, ignorando sus muchas responsabilidades, la visitaba prácticamente cada hora para comprobar que seguía en el mismo sitio, incapaz de abandonar la cama... Galla no ignoraba la

preocupación que dominaba su rostro y se sentía cada vez más culpable. No solo se había comportado de una forma totalmente inapropiada para la hija de un Dux, sino que ahora lo alejaba de sus quehaceres como todopoderoso señor de Nastea. ¿Qué dirían los jefes de las Gens si descubrían lo que había hecho?

–Yo... no me merezco tu preocupación...

Se lo había repetido Vera.

Su amiga, ahora estaba muy ocupada con el pequeño Aurelio Minor, pero había volado a su lado en cuanto se había enterado de lo que ocurría. Ella sí sabía... Sabía lo que sentía por Aulo y no necesitó de muchas explicaciones para comprender la situación.

–Galla, debes seguir con tu vida. Estoy segura de que hay alguien ahí para ti, pero si sigues en cama no lo encontrarás.

Negó con la cabeza. No había nadie para ella porque su corazón era tozudo y, a pesar de todo, no quería a nadie más.

–Yo... no encuentro un motivo...

Insistía en ello cada día Licinia.

–Galla, mándalo a la mierda... No se merece nada mejor.

Su hermana no conocía todos los humillantes detalles. Solo sabía que la había rechazado. Si lo llegaba a descubrir, Licinia era capaz de degollar a Aulo mientras dormía.

Lo peor de todo era que tenía la sensación de que su hermana se sentía responsable de lo que había ocurrido. De alguna forma creía que había sido culpa suya que ella hubiese tomado la decisión de entregarse a Aulo. No podía dejar de comportarse como su hermana mayor... por unos minutos.

–Yo... soy la única culpable.

Y por supuesto... Ariadna, su confidente, aprovechaba cada oportunidad que tenía para

recordárselo.

La única que conocía todos los vergonzosos detalles era Ari. A ella sí se los había contado porque sabía que no la juzgaría. Para ella era Galla no el orgullo de Nastea... Para ella era un alma afín que también había perdido a aquel que amaba.

–Galla, lo intentaste, lo diste todo para tenerlo y debes sentirte satisfecha por ello...

–¿Satisfecha? ¿De qué me puedo sentir satisfecha?

–De haber luchado por él. De haber peleado para que fuese tuyo...

–¡Mira de lo poco que me ha servido! –Se cubrió la cara entre lágrimas.

Ari tomó sus manos y la obligó a mirarla.

–¡Sí! Luchaste y perdiste, pero... en eso consiste vivir.

–Vivir es demasiado duro.

–Hacerse adulto consiste en descubrir eso, Galla.

–Preferiría seguir siendo una niña.

Cuando venían a verla los hijos de Marcia o Vera y su hermana, la pequeña Atia, eran los únicos momentos en que se sentía animada. Los observaba con atención, añorando la niña que había sido.

–Pero no lo eres y no puedes comportarte como tal. No puedes esconderte en esta cama como una niña asustada. La vida sigue... Tu vida sigue y si no sales ahí fuera no descubrirás las cosas maravillosas que te esperan.

–No sé si quiero descubrirlas...

–Sí lo sabes... porque seguro que serán mejores.

En el rostro de Galla apareció una sonrisa sin alegría.

–Eso espero...

–¿Eso esperas? Estoy completamente segura de ello.

–Ari...

–¡Olvídate de Aulo! Luchaste y perdiste... ¡Debes seguir adelante! Tienes que levantarte, tienes que alimentarte... ¡Te daré mi sangre si es necesario!

–No, Ari... –Galla sabía lo que significaba ese ofrecimiento. Su amiga, aun viviendo en Baste, había logrado que ningún vampiro tomase su sangre. Esa había sido una de las escasas victorias que había conseguido mientras había vivido allí. El único consuelo que había tenido... además de cobrarse la vida del vampiro que había asesinado a su compañero y a su hermana.

Se abrazaron y, por primera vez desde la noche que volvió llorando de la casa de Aulo, el dolor que sentía en las entrañas se aligeró.

–¿Cómo lo hiciste tú? –Susurró a su oído–. ¿Cómo lograste seguir adelante?

Ariadna se separó de ella para tomar su mano antes de sonreírle.

–Con la ayuda de una buena amiga.

–Pero yo no soy tan fuerte como tú... No soy tan lista ni tan decidida.

–¡No digas eso! Eres mucho más lista y decidida que yo... y, estoy segura, también mucho más fuerte.

–No me mientas... Tú te enfrentaste al vampiro que había hecho tanto daño a los tuyos.

–No te confundas, Galla, yo solo me defendí.

–Pero...

–Tienes que encontrar la forma de seguir adelante. Toda tu familia, tus amigos... Todos están preocupados por ti... Debes hacerlo por ellos... al igual que yo lo hice por los míos, aunque ya estuvieran muertos.

Cuando Ariadna la dejó sola, al fin, tomó una decisión.

Ya no era una niña. La noche que había estado con Aulo había perdido su virginidad, pero también había dejado atrás la infancia. Era una adulta y se comportaría como tal.

Seguiría adelante, pero ya no era la misma... así que no podía seguir viviendo la vida que había conocido hasta entonces ni cometiendo los mismos errores. Se prometió a sí misma que no permitiría que nadie volviese a romperle el corazón.

XXIII.

Un nuevo escondite, una nueva madriguera, una nueva escaramuza... pero Aulo no lograba sentirse satisfecho. La molesta sensación que le acompañaba no se borraba de su cabeza.

Quizás se debía a que los salteadores eran escurridizos o a que Leif era una presencia intrigante; pero por primera vez en su vida, la guerra no le proporcionaba satisfacción ni paz.

Solo cuando llegaba la noche y se recluía en su tienda de campaña, unos versos volvían a su cabeza y todo parecía volver a encajar... solo durante un instante... un breve instante de felicidad.

«¡Ay! La pobre princesa de la boca de rosa...».

A la mañana siguiente todo parecía volver a comenzar de nuevo. Y la insatisfacción no le abandonaba en todo el día.

Leif parecía saberlo todo de los salteadores y no dudó en indicarle donde podía encontrar a Gannacus y Sexto con lo que quedaba de su banda.

–Debes ir hacia el este... Allí se levanta un macizo rocoso repleto de cuevas.

Y hacia allí se habían dirigido con rapidez, tratando de pillar a sus presas por sorpresa. Con la ayuda de sistemas de radar y de detección de ondas térmicas e infrarrojos sacaban a las ratas de sus madrigueras, pero nunca encontraban a sus líderes. Seguían esquivando sus avances.

–¿Te fías de él? –Aurelio siempre se mantenía alerta cuando estaba cerca. Por algún motivo parecía ajeno a su evidente encanto.

–Es el tío de Cneo...

Aulo se había visto obligado a explicárselo. Si no, lo habría ejecutado en la primera ocasión que hubiera tenido. Para el serio y formal Aurelio, Leif era un traidor que no merecía seguir con vida. No cabía en su cabeza la posibilidad de que alguien abandonara su ciudad. Lo consideraba

algo peor que la traición.

–Pero ha renunciado a su nombre y a su ciudad. No es de fiar.

–Cneo sí se fía de él.

–Hace mucho tiempo que no lo ve. Puede haber cambiado... Puede estar llevándonos a una trampa. –Aurelio repitió en voz alta los mismos temores que le habían asaltado a él cuando lo había conocido.

–Hasta ahora no lo ha hecho, sino que nos está ayudando. Además, no tenemos más opciones.

Aurelio había aceptado sus explicaciones a regañadientes... No le extrañaba. A él también le costaba fiarse de un vampiro que había admitido haber sido un salteador y haber desarrollado sistemas para facilitar los ataques que sufrían los mercaderes. Afortunadamente, esos dos últimos detalles se los guardó para sí... No sabía lo que haría Aurelio si lo descubría... o más bien lo sabía perfectamente.

Ambos se mantenían atentos a los movimientos de Leif y el Liberto... simulaba no ser consciente de ello o más bien, importarle entre poco y nada. Desde que habían llegado al macizo rocoso, no se separaba de sus binoculares. Con ellos estudiaba incansablemente cada una de sus aristas, los pequeños recodos, las sombras y los claros en busca de los Privateer.

Un día, Aulo, mientras Aurelio organizaba a la Cernide para pasar la noche, no se pudo contener más y volvió a hacerle la pregunta que le estaba rondando.

–¿Por qué te fuiste de Nastea?

–Esa es una buena pregunta... –Como siempre, estaba utilizando sus binoculares; pero, estaba vez, estaba saltando entre las rocas seguido de cerca por Aulo. De repente una extraña sonrisa apareció en su rostro. Una que el General no supo interpretar—. Creo que te dejé claro que no te pienso contestar.

–Pero...

–¿Nadie te ha dicho que eres muy curioso? Me recuerdas a alguien que conocí hace tiempo... –Su voz se llenó de algo que a Aulo le costó interpretar. ¿Tristeza? ¿Dolor? No, estuvo

seguro, era melancolía—. Que conocí en otra vida.

—¿De quién estás hablando?

Leif no le contestó. Repentinamente, dio un salto y soltó los binoculares para empuñar su neutralizador.

—Tenemos visita.

Antes de que Aulo pudiese comprender lo que le acababa de decir, un gigante pelirrojo de más de dos metros y medio venía corriendo hacia él.

¿De dónde había salido? El General tuvo el tiempo justo de girarse antes de que el extraño cayese sobre él y comenzase a lanzarle puñetazos.

Al protegerse, el neutralizador de Aulo salió disparado entre las rocas junto al antifaz que llevaba en el cinturón de su túnica. Algo en su interior se removió al ver como la exquisita prenda se desprendía de su cuerpo... ¿Cómo era posible que eso le preocupase más que el estar desarmado? No tuvo tiempo de analizar su reacción. El desconocido era mucho más grande, mucho más fuerte y, por tanto, mucho más poderoso físicamente que él.

A duras penas, intentó repelerlo, pero fue imposible. La andanada de golpes proseguía mientras trataba de mantener la calma. Más de una vez, en el campo de entrenamiento, había sido sorprendido por un enemigo que lo superaba en fuerza física. En esos casos había que bloquear el dolor y buscar alguna forma de contrarrestar su superioridad, así que, sobreponiéndose a la paliza, buscó una solución.

Lo que distinguía a un buen soldado de un magnífico soldado era la capacidad para no entrar en pánico ante lo inesperado y, sobreponiéndose a ello, encontrar una solución cuando nadie podía encontrarla. Le gustaba improvisar, por eso él era el mejor. Así que improvisó. Alargó la mano bajo la túnica hasta que encontró lo que buscaba y esperó.

Tras decenas de golpes el cansancio hizo mella en el gigante... Mientras un exceso de confianza comenzaba a dominarlo hasta el punto de que dejó de proteger su costado...

Fue ese el momento que estaba esperando... Con un rápido movimiento, hizo aparecer su daga, la que todo soldado de la Cernide siempre llevaba encima, y se la clavó al gigante en el

costado. El desconocido se detuvo solo un instante, como si no le hubiera hecho daño, antes de reanudar sus puñetazos. Pero Aulo aprovechó ese momento para zafarse de él y pegarle una patada entre las piernas. No sería un golpe elegante, pero siempre era efectivo. Antes de que el extraño se recuperase, había recogido el neutralizador y le disparaba.

No tuvo ninguna oportunidad, un instante después estaba en el suelo sin vida.

Inmediatamente, el General recogió el antifaz antes de girarse hacia Leif mientras trataba de recuperar el aliento. Cuando lo ató de nuevo a su cinturón se sintió aliviado. Si el Liberto fue consciente de su movimiento, no dijo nada. Aurelio, a su espalda, se acercaba corriendo preocupado. Seguramente había visto el ataque desde su posición, a los pies del macizo rocoso, y acudía en su ayuda.

—¿Cuándo pensabas ayudarme? —Le preguntó mientras se limpiaba la sangre que chorreaba de su cara

—No creía que el glorioso General de Nastea me necesitase.

Durante un instante, Aulo sospechó que le estaba tomando el pelo, pero al verlo de nuevo estudiando algún punto en el horizonte con ayuda de sus binoculares no supo qué pensar.

—Aulo... —Aurelio lo miró preocupado cuando llegó a su lado.

—Estoy bien... aunque no con su ayuda... —Dirigió una mirada ceñuda a Leif que lo ignoró.

—¿Quién era este? —Aurelio señaló el cuerpo sin vida en el suelo.

—Sexto —respondió el Liberto sin mirar—. No le gustaban las armas, confiaba demasiado en sus puños...

—No me extraña... —Aurelio echó una ojeada al rostro y al cuerpo de su General.

—Y siempre le dije que esa iba a ser su perdición...

Aulo y Aurelio se miraron sorprendidos.

—¿Tanto lo conocías? —Aulo fue el que hizo la pregunta en voz alta.

Leif no tuvo tiempo de responder. Un grito llamó su atención. Se trataba de un aullido agudo y punzante. Un grito de un dolor profundo y demoledor.

—Gannacus se retira hacia Baste —explicó Leif sin despegarse de los binoculares.

—¿Gannacus? —Aulo lo miró confundido.

—¿Por qué grita? —Aurelio se unió al General en sus preguntas.

—Porque sabe que su hermano está muerto... —El Liberto negó con la cabeza.

—Vayamos tras él...

—No lo alcanzaréis. Vais a tener que conformaros con haber destruido su banda y haber matado a su hermano, pero...

—¿Pero?

—No parará hasta vengarse.

—¿De ti?

Leif bajó los binoculares antes de sonreírles.

—¿De mí? ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque nos has ayudado.

—Esto son negocios, no es nada personal.

—¿Negocios?

—Sí, si hay dinero de por medio todos nos respetamos... —Su sonrisa se amplió.

—¿El dinero? —Aulo lo miró confundido hasta que recordó algo...—. Por eso el ducado...

—Exacto... —Volvió a guiñarle un ojo. Lo hacía tantas veces que Aulo estaba comenzando a pensar que se trataba de un tic.

—Un precio muy bajo.

—El que yo os pedí. —Señaló a Aulo con el dedo—. El que tú me pagaste en el salón delante de todos.

—Donde todos nos vieron... —El General comprendió que todo lo que hacía Leif era por un buen motivo. —¡Va a ser verdad que tienes poderes!

—¿Ahora te das cuenta? —Ahogó una carcajada—. ¿No creerías que entre los Libertos no existen normas? Siempre las hay.

Por primera vez Aulo sonrió a Leif. El tío de Cneo era tan brillante como su sobrino. Su marcha de Nastea había sido una gran pérdida para la ciudad. Su curiosidad por descubrir por

qué lo había hecho aumentó.

No pudo preguntárselo de nuevo. Leif interrumpió sus pensamientos.

–Vas a tener que proteger tus espaldas... Gannacus es muy rencoroso. –Lo estaba mirando fijamente.

–¡Es solo un ladrón!

–Sí, pero es muy peligroso y contigo tiene algo personal. –Repentinamente su gesto se ensombreció. Aulo no estaba seguro de haberlo visto así antes—. Has matado a su hermano. Nunca te perdonará.

XXIV.

–**Quiero** que aceptes el ofrecimiento de Eurico. Quiero unirme a él. Quiero dejar Nastea e irme a Tapares.

No había una manera sencilla de decirlo, así que buscó a sus padres al anochecer para hacer su anuncio.

Después de la enfermedad... Después de que Aulo le partiese el corazón, había tardado un par de días en aventurarse fuera de su habitación y pasear por el jardín del Palacio. No se sentía débil. Sus padres se habían turnado para alimentarla y, una vez que su sangre había corrido por sus venas, su cuerpo se había recuperado. Había tardado dos días en comunicarles su decisión porque sabía que, una vez lo hiciera, no habría marcha atrás y quería despedirse en paz de los rincones de su infancia.

Primero había hablado con Licinia sobre lo que había decidido. Su hermana no había estado de acuerdo. Había protestado y había intentado por todos los medios que cambiase de opinión.

–No me puedo creer que Aulo te eche de tu propia ciudad. No me puedo creer que le permitas que te haga eso.

–No lo he mencionado en ningún momento. ¿Por qué crees que quiero aceptar el ofrecimiento de Tapares por su culpa?

–¿Crees que soy idiota? Quieres alejarte de él para no volver a verlo. Se lo diré a nuestros padres, ellos...

Licinia la conocía demasiado bien así que no tenía sentido negarlo. Lo que le preocupó fue su amenaza de contárselo a sus padres. No quería ni imaginarse lo que podía pasar si eso ocurría. Además de la vergüenza y la humillación que le supondría, no estaba segura de cómo se lo tomarían y no quería exponer a Aulo a las consecuencias de sus malas decisiones.

–¡Ni se te ocurra! No volveré a hablarte si lo haces...

–¡Me da igual! Si así consigo que te quedes... habrá merecido la pena.

–No me puedo creer que estés dispuesta a traicionarme de esa manera.

–La traición sería no contárselo.

–Me juraste que mantendrías mi secreto. Me juraste que no les dirías nada...

–Porque creí que así te ayudaba, pero si ahora decides huir...

–¡No estoy huyendo! Solo me quiero ir.

–Pero si hablo con papá... Como Dux podrá hacer algo y si Aulo no está en Nastea... Si nunca vuelve...

–¿Sabes lo que dices? Me iré igual porque no puedo seguir aquí donde todo me recuerda a él. ¿No lo comprendes?

–Sí lo comprendo. Te comprendo demasiado bien. –Licina la señaló con el dedo con gesto acusador–. No quieres pelear.

–¿Pelear? –No podía creer que le hubiese dicho eso–. ¡Claro que peleé! Pero perdí... Lo he perdido... y quiero seguir adelante.

–¡Estás siendo una cobarde!

–¡No te atrevas a juzgarme! Es mi decisión y si me quieres, la respetarás.

–¿Tú decisión? Más bien evitas enfrentarte a las consecuencias de tus decisiones. –Sus ojos se llenaron de ira.

–¿Cómo me dices eso? Afrontaré las consecuencias de mis actos como yo quiera. Tú no puedes decidir por mí. Yo siempre he respetado las decisiones que tú tomabas, aunque no me gustasen. ¿Por qué no puedes hacer tú lo mismo?

–No puedo hacerlo si creo que estás cometiendo un enorme error. Si lo hubiese hecho antes... –El rostro de Licinia se llenó de arrepentimiento–. Si te hubiera impedido ir a casa de Aulo, nada de esto habría ocurrido. Yo...

Licina no pudo acabar la frase. Incapaz de contenerse se echó las manos a la cara mientras comenzaba a llorar.

Galla, sorprendida, la abrazó intentando consolarla, pero no parecía posible. Gruesas lágrimas de sangre recorrían sus mejillas. Galla no recordaba la última vez que había visto a su hermana llorar. Licinia no lloraba, solo peleaba y si lo estaba haciendo era porque se sentía derrotada. No tuvo falta de explicárselo a su hermana. Galla lo sabía.

–Perdóname, Galla. Perdona todo lo que te he dicho. Sé que tienes razón, pero es que... no sé qué voy a hacer sin ti.

–Lici... estarás bien... Siempre estás tramando algo. No conozco a nadie más fuerte que tú. –Intentó animarla... Necesitaba que su hermana estuviera bien–. ¡No me engañas! Lo que pasa es que quieres que me quede para que te haga más tatuajes...

Cuando había logrado convencer a Aulo para que la entrenase, Licinia había tomado prestada la máquina de tatuar de su padre y le había pedido a su hermana que le tatuase la fecha. Galla se había resistido a hacerlo, nunca había hecho nada parecido; pero había insistido tanto que, al final, había cedido. El resultado estaba encima de su omoplato.

–Galla... –Su hermana estaba tratando de no seguir llorando.

–Además, pienso comunicarme contigo siempre que pueda. Alarico te traerá mis mensajes. ¡Estoy segura!

–Pobre de ese idiota como no lo haga.

Afortunadamente, con Ariadna, todo había sido más fácil. Ella la había entendido.

–Yo también tuve que alejarme. –Había huido de Baste tras vengar la muerte de su hermana y su compañero para escapar de las represalias, pero también para superar su duelo tras perderlos–. Si me hubiera quedado en la misma casa, en el mismo lugar... Me habría vuelto loca.

–¿Me acompañarás? –Seguramente era una egoísta, pero esperaba que su amiga la acompañase, al menos al principio, para no sentirse tan sola–. ¿Vendrás conmigo a Tapares?

Su amiga no había tardado ni un segundo en responderle.

–Por supuesto. Cuenta conmigo.

–Maldita sea... –había rezongado Licinia–. Me vais a dejar sola.

–Como si tú nos necesitases para algo... –Le sonrió sin alegría Galla.

Explicarlo a sus padres iba a ser algo más complicado como estaba viendo. Ambos se miraron cuando repitió su declaración.

–Deseo unirme a Eurico e instalarme en Tapares. Deseo ser útil a mi ciudad.

–¡Cómo! –Su madre casi pegó un grito.

Galla había encontrado a sus padres en la amplia habitación que hacía las veces de sala de estar. Cuando había entrado se había encontrado a su madre tejiendo en su telar y a su padre ojeando el visor... Se imaginó que estudiando los avances del gran General. Prefirió no pensar mucho en ello... No pensar mucho en el vampiro que le había roto el corazón irremediablemente. No iba a cambiar su decisión. Cuando terminó su frase, ambos habían dejado lo que estaban haciendo y la estaban mirando con incredulidad.

–Sé qué oferta ha hecho Tapares y quiero ser útil a mi ciudad.

–¡Esto no puede ser cierto! –Su madre se tapó la boca con la mano intentando asumir lo que acaba de escuchar.

–Mamá, papá... ya sé que es algo inesperado, pero he pensado mucho sobre ello y creo que es lo mejor.

–Es culpa tuya... –Lili se giró hacia Cayo que se había quedado congelado, incapaz de reaccionar a la declaración de su hija—. Tú se lo contaste.

–Eso no es así... –Cayo la miró desconcertado—. En ningún momento le dije nada...

–No, mamá, ni él ni Tito ni Cneo ni... –Dudó, le costaba decir su nombre en voz alta, pero era necesario—. Aulo... Ninguno de ellos me dijo nada... simplemente lo sé y quiero que aceptes la oferta.

–¡Eso es imposible! No puedes irte... –Su madre negó con la cabeza.

–Es mi decisión. Y sé que ayudará a la ciudad. Afianzará nuestra alianza con Tapares.

–¿La alianza con Tapares?–El rostro de su madre se ensombreció, mientras se giraba hacia Cayo con gesto acusador—. De alguna forma se lo has contado.

El Dux, tras el primer momento de estupor, había centrado toda su atención en su hija a la que no había dejado de mirar fijamente. Era como si estuviese intentando procesar lo que estaba escuchando.

–No, mamá... Ya te he dicho que no ha sido nadie... Simplemente...

–¿Licina? –La pregunta de su padre sonó más como una afirmación.

Galla mantuvo la mirada de su padre durante un instante... antes de darse por vencida.

–Sí... –No quería comprometer a su hermana, pero no tenía otro remedio.

Sus padres se miraron de una forma extraña, la comprensión brillando en sus ojos antes de que, de nuevo, fijaron su atención en su hija.

–Pero Galla... –Lili estaba como loca. Había dejado el telar donde trabajaba y se movía de un lado a otro de la habitación, mientras Cayo, que continuaba en su sitio la seguía mirando fijamente–. ¿No comprendes lo que supone que te unas a alguien que no conoces?

–Lo comprendo. No soy una niña. –No cedería. Era su única salida y no permitiría que sus padres la convenciesen de lo contrario.

–¿Por qué te quieres ir? Ya sé que desde que nació Atia... –La voz de su madre se llenó de culpabilidad–. Quizás te hemos descuidado un poco, pero...

–Mamá, esto no tiene que ver con Atia... Sois unos padres estupendos. ¡Los mejores!

–¡No te puedes ir! Te queremos Galla... Te queremos más que a nuestra propia vida.–Lili se acercó a ella y la abrazó desesperada.

–Lo sé... pero debo... Yo debo hacerlo... –La voz de Galla tembló. Sus padres eran una parte esencial de su vida, pero debía seguir adelante y era la única forma que tenía de hacerlo.

–¿Debes? –Lili se separó de su hija al escuchar la pregunta de Cayo.

–Yo... no puedo seguir aquí, en Nastea.

–¿Te ha molestado alguien? –Cayo se levantó y avanzó hacia ella con expresión severa. La sospecha brillaba en sus ojos–. ¿Te has enfadado con alguien?

–Simplemente...

–Dime la verdad... por favor –Su madre la tomó de la mano.

Miró a sus padres. Se merecían saber la verdad, aunque fuera en parte. Quizás así no insistirían y, sobre todo, no se sentirían culpables. Antes de hablar, respiró hondo.

–Alguien me rompió el corazón y necesito alejarme. –Lo dijo de un tirón. De la única forma que era capaz de hacerlo sin volver a romperse en mil pedazos. Había logrado recomponerse una vez, pero no estaba segura de lograrlo de nuevo.

–¡Cómo! –Esta vez fue el turno de Cayo de gritar–. Dime un nombre y acabaré con él ahora mismo.

–¿Quién ha podido romper el corazón de mi hija? –Lili estaba indignada. Había comenzado a gritar de nuevo–. ¡Malditos vampiros!

–Lo mataré... Juro que lo haré... –Cayo estaba furioso. Galla nunca lo había visto en ese estado.

–Si crees que te voy a dejar a ti hacerlo solo...

–Lo haremos juntos entonces.

Galla vio cómo se tomaban de las manos. El ligero roce logró calmarlos. Siempre los había visto tan enamorados... Durante un instante de su vida había creído que ella también tendría eso, pero ahora sabía que sería imposible. Tendría que conformarse y seguir adelante. Por mucho que les doliese a sus padres o a su hermana, era lo que había decidido hacer y lo haría.

–¡Basta!

Al escucharla, Lili y Cayo se giraron hacia su hija que los miraba fijamente con expresión resuelta.

–Papá, mamá, sé que me queréis, pero ya tengo dieciocho años. No me podéis proteger del mundo.

–¿Por qué no?

La pregunta de Cayo casi la hizo llorar, pero debía ser fuerte. Su padre, el todopoderoso Dux, quería acabar con cualquier dolor que la pudiese alcanzar. El problema era que ya lo había hecho y había acabado con su corazón.

–Porque ya no soy una niña y tomé decisiones... con las que ahora tengo que vivir.

–Dame un nombre...

–¡No os voy a dar ningún nombre! –Los interrumpió—. Me iré a Tapares y me uniré a Eurico.

–Pero...

–Papá, mamá... os quiero con todo mi corazón, siempre lo haré, pero he tomado una decisión y quiero que la respetéis.

Cayo y Lili observaron su gesto resuelto y su mirada decidida.... y no fueron capaces de articular palabra. Sin mirarse, se tomaron de la mano. En ese momento supieron que no había nada que ellos pudiesen hacer. Por primera vez no vieron en Galla a una niña sino a una adulta.

Su hija se iba a ir.

XXV.

No tenía sentido tratar de atrapar a Gannacus. Tras los muros de Baste, estaba fuera de su alcance.

—¡Maldita sea! Esa rata... ¿Cómo se nos ha podido escapar? —Aulo se movía furioso de un lado a otro de su tienda de campaña. Nada parecía ir del todo bien. Nada lo satisfacía por completo. Algo en el fondo de su cabeza no le dejaba pensar con claridad. Un runrún permanente le recordaba que algo no iba bien. Algo con nombre... su Principessa. Su recuerdo cada vez lo asaltaba con más fuerza.

Al principio, cuando llegaba la noche y unos versos volvían a su cabeza, lograba obtener cierta paz; pero con el paso de los días, ni siquiera eso lo tranquilizaba. Muy al contrario, sus noches se habían vuelto una pesadilla en la que Galla dominaba todos sus pensamientos.

Cuando trataba de analizar con Aurelio los resultados del día, solo podía pensar en qué estaría haciendo su Principessa a esa misma hora. ¿Se acordaría de él?

¡Idiota! Le había hecho daño. Licinia se lo había dicho... Esperaba que hubiese recuperado su alegría y tuviese sus días repletos de fiestas, aunque... la idea de que estuviera rodeada de vampiros... pretendientes ansiosos de sus atenciones... le ponía furioso...

Cuando planeaba los siguientes movimientos de la Cernide, solo podía pensar en qué haría cuando volviese a Nastea. ¿Se comportaría como si nada hubiese pasado? ¿Habría olvidado ya lo que habían compartido? Al fin y al cabo no había sido más que una niñería que había llevado demasiado lejos... Por algún motivo, esa posibilidad no acababa de convencerle.

¿O por el contrario trataría de aclarar las cosas con él? No... eso no era muy probable... Seguramente no querría volver a hablarle. ¿Para qué lo iba a hacer? La había rechazado...

Cuando dormía, sus sueños estaban repletos de sus recuerdos... de lo que habían vivido en

su biblioteca. Por algún motivo, ya no recordaba a la pequeña que había visto crecer... sino a la adulta por la que había enloquecido; el sabor de sus labios, la suavidad de su piel, el aroma de su excitación, el sonido de sus gemidos... El tiempo y la distancia, en vez de enfriar su recuerdo, parecía intensificarlo. No sabía qué le ocurría, pero cada vez le costaba más seguir adelante...

¿Qué había sido del glorioso General que vivía para la batalla?

—Estás exagerando...

Las palabras de Leif pillaron desprevenido a Aulo cuya mente, como siempre, ya estaba muy lejos, con su Principessa... mientras su mano acariciaba un trozo de tela atado al cinturón de su túnica.

Aulo se giró hacia Leif que, junto a Aurelio, lo observaban con gesto curioso. Inmediatamente bajó la mano y trató de recordar de qué estaban hablando. En la tienda del General se hizo el silencio. Acababan de recibir un informe de los espías de Cneo. Gannacus se había refugiado en Baste y, junto a Aurelio, se lamentaban porque el Privateer se les había escapado.

—¿Exagerando? Yo no creo que...

—Llevas media hora quejándote amargamente de la huida de Gannacus, cuando eso carece de importancia... Al pobre Aurelio ya casi le sangran los oídos. —El segundo del General entrecerró los ojos en su dirección con expresión contrariada, pero el Liberto lo ignoró—. ¡Eres un melodramático! ¿Por qué será que no me sorprende?

—¿A qué te refieres? —Aulo nunca sabía cómo interpretar las palabras de Leif. Tenía la secreta impresión de que muchas veces se burlaba de él... A menudo eran pequeñas bromas o comentarios... Daba la impresión de que sabía algo de suprema importancia que él ignoraba... No se arriesgó a pedirle que se explicase. Se podía imaginar su respuesta. «Es que tengo poderes».

—Algún día te lo explicaré... pero no será hoy... —Le guiñó un ojo. Aulo estaba empezando a cansarse de su forma de hablar llena de secretos y frases a medias.

–¿Por qué...?

No pudo terminar su pregunta, el tío de Cneo lo interrumpió.

–Gannacus nunca se olvidará de que tú acabaste con su hermano... pero sin él y buena parte de los vampiros de su banda tardará mucho tiempo en recuperarse, si es que lo hace –le explicó el Liberto–. No habrás acabado con él, pero sí con su capacidad para atacar a las caravanas de Nastea.

Aulo lo miró fijamente valorando sus palabras... hasta que se fijó en Aurelio. Había enrojecido visiblemente. El General miró a su segundo. ¿Qué le ocurría? Cuando lo escuchó, comprendió cuál era el motivo de su incomodidad.

–Eso... Eso es verdad. –A Aurelio pareció molestarle estar de acuerdo con Leif.

–¡Estás de acuerdo conmigo! Voy a ponerme a llorar de la emoción... –Avanzó un par de pasos en su dirección mientras abría los brazos–. Ven, Aurelio, dame un besito ahora que somos amigos...

Aurelio lo fulminó con la mirada antes de que se pudiese acercar a él.

–¡No se te ocurrirá!

–No temas... No me gustan los vampiros grandes y aterradores. –Leif estalló en carcajadas.

Aurelio pareció darse por vencido y no pudo evitar que se le escapase una sonrisa ante las palabras del Liberto. A su segundo siempre le había gustado que todos le considerasen grande y aterrador... Todos menos su Vitadantis... El General los observó con atención. ¿Qué se había perdido? Parecía que el encanto de Leif estaba comenzando a surtir efecto también en su segundo.

–Espero que tengáis razón...

–Confía en Aurelio... –Leif sonrió a su segundo cuyos ojos brillaron–. Él es de fiar y está de acuerdo.

–Si es así... Si los Privateer ya no son un problema... –Aulo se giró hacia la enorme pantalla que hacía las veces de mesa–. Ahora tenemos que pasar a nuestro segundo objetivo.

–¿Qué es?

El tío de Cneo observó el mapa que aparecía en la pantalla. Aulo, cuando lo había conocido, solo le había explicado que quería acabar con los Privateer. No sabía si se podía fiar de él y había considerado que era lo más prudente, pero ahora...

–Vamos a destrozar las rutas comerciales de Baste.

–¿Las rutas comerciales?

El General estudió el mapa mientras Aurelio y Leif se situaban a su lado.

–Cneo nos ha proporcionado sus recorridos exactos... –Repentinamente levantó la cabeza y fijó su atención en Leif–. Creo que esto ya lo podemos hacer sin tu ayuda... Si quieres...

–¡No quiero! –Le sonrió–. Me pagaste... ¿Recuerdas? Y mientras sigas con esta campaña, te ayudaré en todo lo que pueda.

Aulo se giró hacia él. Nadie conocía mejor a los salteadores porque él lo había sido... así que probablemente tampoco nadie sabía mejor como acabar con el comercio de Baste. Su ayuda podía serles muy útil.

–Cneo se sentirá muy orgulloso...

–No es su orgullo lo que me impulsa a ayudarlos...

Otra vez Leif había dicho algo que no comprendía... ¿Por qué siempre parecía que había algo más en todas sus palabras?

–¿Entonces...? –No tuvo tiempo de aclararlo. Como siempre, el Liberto lo evitó.

–¿Qué quieres decir con destrozar?

–Queremos que Baste se quede sin comercio; que no pueda vender, pero que tampoco pueda comprar. –Fue Aurelio quien le respondió. Aulo comprendió que Leif se había ganado su confianza.

–Bien... pues hagámoslo...

Y eso fue lo que hicieron. Gracias a Cneo disponían de toda la información necesaria para conocer las ubicaciones de las rutas que seguían los mercaderes de Baste; pero Leif sabía cómo inutilizarlas, como lograr que jamás volvieran a poder transitar por ellas.

–Conozco mi oficio muy bien... –les había explicado.

–¿Tu oficio de ladrón? –Aurelio ya confiaría en él, pero no se molestaba en disimular lo que opinaba sobre cómo vivía. Seguía considerándolo un vampiro sin honor. Y eso parecía divertir a Leif enormemente.

–Eso lo has dicho tú... –Le guiñó un ojo-. No yo.

A Aulo cada vez le costaba más comprender por qué un vampiro de una de las principales Gens de Nastea, la ciudad más poderosa de la Tierra, había renunciado a todo para convertirse en un ladrón... o algo peor y, aparentemente, estaba satisfecho.

–¿Qué quieres decirnos, Leif? –Aulo ya había comenzado a entender cómo se explicaba.

–Rocas.

–¿Cómo?

–Si quieres acabar con las caravanas; pero, además, provocar que Baste tenga problemas de abastecimiento a largo plazo porque se quede sin rutas comerciales, debes destruir los caminos que utilizan.

Aulo analizó sus palabras. Tenía razón. Baste no poseía terrenos cultivables, ni piedras preciosas, ni demasiada mano de obra. Aurelio, su segundo, lo sabía muy bien. Se había infiltrado en la ciudad durante un tiempo y, a su vuelta, había descrito con todo lujo de detalles lo que había visto allí.

Baste vivía únicamente de lo que importaba y, para ello, necesitaba dinero que obtenía con los intercambios comerciales. Su único recurso conocido era un tipo de pizarra que abundaba en el subsuelo de la ciudad. Era un material muy resistente. La muralla y buena parte de los edificios de la ciudad estaban contruidos con él. Gracias a su venta, Baste obtenía los recursos necesarios para adquirir todo lo que necesitaba.

–Las caravanas utilizan vías de comunicación que, de alguna forma, pasan a ser de su propiedad. Si desaparecen esos caminos...

–No podrán volver a utilizarlos –terminó Aurelio.

Cada ciudad tenía sus propios caminos, senderos más bien, que atravesaban el enorme

desierto salpicado de montañas y desfiladeros que constituía la superficie de la Tierra. Rara vez los mercaderes de una ciudad usaban los caminos de otra, pero si eso ocurría solía ser motivo de guerra.

–Los mercaderes son reemplazables, pero los caminos no.

–Y cuando hablas de rocas... –comenzó Aulo.

–Me refiero a que debéis colocar obstáculos que anulen de por vida los caminos de los que disponen los mercaderes de Baste.

Y a eso se dedicaron con ahínco. No necesitaban destruirlos por completo, buena parte de su trazado discurría por el desierto. Solo tenían que elegir algunos puntos concretos, cuellos de botella, lugares donde un macizo de rocas o alguna montaña cercana permitiese que, con la ayuda de explosivos, se cubriese de escombros que inutilizasen su uso a largo plazo.

Lo único que tenían que hacer después era vigilar que no intentasen moverlas. Baste y su Dux no eran tan valientes ni tan poderosos como para trasladar parte de su ejército fuera de su ciudad para arreglar las vías de comunicación. Si lo hacían, se arriesgaban a que Nastea los invadiese.

La solución que les había sugerido Leif no podía ser más inteligente.

Tras estudiar las rutas en profundidad, no les costó localizar los lugares más idóneos para lo que querían hacer. Eso les permitió ejecutar su plan en poco tiempo. Por fortuna, solo en muy pocos caminos no encontraron rocas cerca. En esos casos la Cernide tuvo que encargarse de transportarlas para lograr su objetivo.

Mientras destruían las rutas, también interceptaron varias caravanas de Baste y requisaron los productos que transportaban. En pocas semanas, habían desmantelado todas las rutas comerciales de Baste.

Cada día, destruían, asaltaban y requisaban, pero cada noche Aulo estaba más nervioso. Algo en su cabeza le decía que le necesitaba más. Durante cientos de años había vivido para la guerra; pero, por primera vez, la guerra no le parecía suficiente.

Llegó un punto en que apenas dormía, nunca sonreía y siempre estaba malhumorado. Viéndolo entre sus soldados, nadie habría supuesto que la guerra fuera su vida.

—¿Qué te ocurre?

Aurelio, su segundo, tras observarlo durante semanas al fin le hizo la pregunta que estaba temiendo escuchar. Fuera de la tienda, un poco alejados de sus soldados, observaban el anochecer tras un día especialmente provechoso.

¿Qué le podía responder?

Que tras estar con Galla su recuerdo llenaba su mente.

Que se sentía culpable.

Que no comprendía qué había ocurrido.

Que necesitaba tocar su antifaz cada vez con más frecuencia...

No... No podía responderle nada de eso, porque no entendía muy bien qué podía significar.

—Yo... quizás...

Aurelio miró al General y entrecerró los ojos. Cada día se comunicaba con su Vitadantis y sabía que algo había ocurrido con Galla...

—¿Galla?

Escuchar su nombre en voz alta provocó que su cuerpo se pusiese repentinamente tenso.

—No sé qué me ocurre. Solo es que...

—No me corresponde a mí contar los secretos que atesora mi Vitadantis, pero... deberías hablar con Galla a la vuelta.

Sí, debería hacerlo. Necesitaba hacerlo. Tenía que hacerlo.

Apostado tras unas rocas, como siempre pendiente de todo y de todos... Leif sonrió con melancolía. Él sí lo entendía. Él sí entendía lo que le ocurría a Aulo.

XXVI.

—**Nastea** tiene una respuesta...

Alarico miró al Dux con atención. Tras casi dos meses de espera y cuando su hermano ya estaba a punto de perder la paciencia, parecía que al fin iban a obtener una respuesta a su ofrecimiento. No entendía la tardanza. Los beneficios que podían obtener ambas ciudades si salía adelante su propuesta eran evidentes. Sabía que en un primer momento podían aparecer ciertas reticencias porque su oferta les había pillado de improviso, Eurico y él se habían asegurado de que así fuera, pero no habían esperado que todo se retrasase tanto.

Cneo, el Taumaturgo de Nastea disponía de una amplia red de espías cuyas ramificaciones, estaba seguro, se extendían hasta Tapares, así que la propuesta que habían llevado a Nastea solo la habían discutido Eurico y él. Había sido la única forma que habían encontrado de asegurarse de que no hubiera filtraciones. Para que su plan tuviese éxito, habían considerado esencial el factor sorpresa. Creían que, tras el desconcierto inicial, sería su aliado para obtener un resultado positivo. La idea era deslumbrarlos con las ventajas que podían obtener si aceptaban su propuesta para que así les fuese imposible rechazarla.

No habían podido haberse equivocado más. Dos meses era mucho tiempo... ¿Por qué a Cayo le costaba tanto desprenderse de una de sus hijas? Tenía tres... Galla, Atia y... Licinia.

Trató de borrar de su cabeza el rostro de la pelirroja, indómita y mordaz Licinia, aunque esos ojos verdes... no dejaban de acecharlo en sus sueños. Desde que sabía que era la primogénita del Dux de Nastea había tratado de olvidarla, pero le estaba costando... Su belleza, su carácter combativo... le tenían fascinado.

Había hablado con ella en varias ocasiones. La primera vez su encuentro había sido casual; pero, desde entonces, la hija del Dux había desarrollado una gran habilidad para sorprenderlo

cuando visitaba el Palacio de su padre de incógnito. ¿O él había hecho todo lo posible porque lo descubriese? No respondería a esa pregunta ni aunque su hermano el Dux de Tapares se la hiciera.

Durante meses disfrutó de su lengua afilada y sus ojos inteligentes; pero, por desgracia, todo había cambiado en una de sus últimas visitas. Pocos sabían que se escondía dentro de las alfombras que los mercaderes llevaban al Palacio del Dux y, por eso, pudo escuchar una conversación a media voz que le hizo adivinar que Licinia era la heredera de Nastea. Tras su descubrimiento comprendió que estaba fuera de su alcance. Nunca permitirían que Licinia tontease con un extranjero... no digamos que se uniera... aunque fuera un aliado. Si no hubiera sido así... la oferta de Tapares habría sido otra... una en la que él habría entrado en la ecuación.

El vampiro al que se uniese sería muy afortunado... Desgraciadamente, no sería él. Licinia pertenecía a Nastea, al igual que él pertenecía a Tapares y a su hermano. Eurico necesitaba tener a alguien de su absoluta confianza a su lado y él era ese alguien. Su lealtad estaba con su ciudad y nunca haría nada que la pusiese en duda... Pero eso no significaba que no lamentase que Licinia hubiese nacido antes que su hermana.

Sin embargo, Galla.... ¿El Dux Nastea no podía permitir que se uniese a su hermano? Eurico era agradable y, aunque lo negaría delante de él, bastante guapo. Las humanas nunca se habían quejado de sus atenciones. Siempre se habían ofrecido a él de forma entusiasta, incluso antes de convertirse en Dux. Además era un vampiro de honor, alguien que honraría a la hija del Dux de Nastea toda su vida.

No había riesgo de que encontrase a su Vitadantis. Su Gens era muy poco numerosa porque muy pocos conseguían encontrar a sus compañeras. Tenían muchos hijos para la media, en su caso eran tres hermanos, y cada generación solo uno de ellos encontraba su compañera. Su padre lo había hecho después de cientos de años y su hermano menor la había encontrado el año anterior así que era imposible que ni él ni Eurico la encontraran.

Él ya lo había asumido, su harén era variado y numeroso, aunque últimamente estaba repleto de pelirrojas, y Eurico... su hermano esperaba la respuesta del Dux de Nastea.

Contuvo la respiración mientras Cayo alargaba su respuesta. ¡Había tanto en juego! Si Nastea aceptaba la oferta, ninguna ciudad atacaría a Tapares en mucho tiempo.

¿Quién iba a ser tan temerario sabiendo que Nastea acudiría en su ayuda?

Que Tapares también adquiriese ese compromiso a la inversa, no le preocupaba. En todo caso, y jamás lo diría en voz alta, la ciudad menos poderosa era Tapares así que sería quien tendría mucho más que ganar.

¿Por qué habían tardado tanto en decidirse?

—Mi Vitadantis y yo... —Lili, a diferencia de otras reuniones con el Minor Consiglio a las que había asistido Alarico, estaba presente dada su naturaleza. No parecía contenta; pero, al menos, estaba tranquila. Tras ellos, Tito y Cneo se mantenían expectantes—. Hemos transmitido tu propuesta a nuestra hija Galla y esta... esta la ha aceptado.

Alarico ahogó un grito de triunfo con un repentino ataque de tos...

—Mi hermano estará encantado de...

Cayo levantó la mano para hacerle callar. Alarico entrecerró los ojos. ¿Qué ocurría?

—Tenemos condiciones.

—¿Condiciones? —¿De qué estaba hablando? Era muy sencillo. Galla viajaba a Tapares, allí conocía a su hermano, Eurico hacía su magia y...

—Cuando te presentaste aquí y expusiste la oferta de Tapares, insististe en que estabais dispuestos a proporcionarnos todas las garantías que considerásemos necesarias para aceptar la oferta. —Cayo lo miró fijamente. El Dux de Nastea era una figura imponente y cuando fijaba su atención en alguien, resultaba aterrador... pero él era Alarico y no se dejaba intimidar fácilmente.

—Es cierto, pero... —No podía confesar que nunca había esperado que eso se transformase en que Nastea pusiese condiciones... Alarico se dio cuenta que habían sido demasiado optimistas.

—Nuestras hijas son nuestro mayor tesoro y no entregaremos a una de ellas a la ligera.

—Tapares no espera nada distinto. Eurico es un vampiro honorable, el Dux de una poderosa ciudad. —¿Qué estaban insinuando? Alarico los miró ofendido—. Nunca trataría de forma

indecorosa a Galla...

–Sí, pero Tapares está lejos... –Fue Lili, la Vitadantis del Dux, la que esta vez habló-. Y queremos que Galla no se quede sin opciones.

¿Qué quería decir con eso? Alarico nunca había hablado con la madre de Licinia, pero sabía que era una fuerza de la naturaleza. Lili velaba por su hija, por su familia, por su Dux y por Nastea. Si Galla se parecía a ella, su hermano sería muy afortunado.

–¿Qué condiciones proponéis? –Disponía de la ilimitada confianza de su hermano y no podían esperar más. Baste era una amenaza cada vez más real, así que se preparó para valorarlas y aceptarlas o no en nombre de su hermano.

–Galla dispondrá de cuatro lunas para cambiar de idea.

–¿Qué queréis decir con cambiar de idea?

–Si durante las primeras cuatro lunas mi hija decide que no quiere unirse a Eurico, podrá volver a Nastea sin ningún tipo de impedimento. –Cayo pronunció las palabras como una sentencia. Dejaba claro que no era algo negociable.

–¿Cuatro lunas? –Eso eran casi cuatro meses. Era mucho tiempo... pero toda una vida, la que permanecerían unidos Eurico y Galla, era mucho más.

–El tiempo suficiente para que decida si unirse a Eurico es lo que desea –explicó Lili.

Alarico la miró fijamente antes de hablar.

–No creo que... mi hermano tenga ningún problema en aceptar esa condición...

–Nos complace escuchar tu respuesta –declaró Cayo con solemnidad antes de que Lili tomara la palabras. Alarico dio un respingo. ¿Había más?

–Galla irá a Tapares junto a una de sus amigas. Ariadna, una humana de su absoluta confianza la acompañará y deberá ser tratada como si fuera una de mis hijas.

–Comprendo... –Alarico, como Eurico, sabía muy bien quién era Ariadna. Cornelio, el vampiro que había matado, también había conspirado contra Tapares mientras había sido el Consiglierio del Dux de Baste-. Tapares tiene en alta estima a la humana que acabó con la vida del último Cornelio...

–Entonces creo que no habrá ningún problema –especuló Lili.

–En efecto. Nos sentiremos muy honrados con su presencia. –Esta vez no esperó a que lo pillaran por sorpresa–. ¿Alguna condición más?

–Eurico deberá dejar una prenda en Nastea durante esas cuatro lunas.

–¿Una prenda?

–Una garantía de que mi hija podrá regresar si cambia de opinión.

–¿No es suficiente con nuestra palabra?

–No cuando se trata de una de mis hijas –explicó Lili.

Alarico se revolvió, pero no tuvo otro remedio que asentir en silencio. Necesitaban aquella unión.

–¿Qué sugerís?

Lili y Cayo se miraron antes de responder.

–Tú... Tú serás la prenda.

–¿Yo?

–Deberás permanecer en Nastea hasta que pasen esas cuatro lunas.

Alarico entrecerró los ojos.

XXVII.

La carroza discurría lentamente. Las calles de Tapares se habían engalanado para recibir a la compañera de su Dux y ninguno de sus habitantes se había querido perder su llegada. Los gritos y aplausos llenaban el aire de buenos presagios. Tapares había hecho una oferta a Nastea que esta había aceptado con gusto.

El orgullo de Nastea, una de las hijas de su Dux, Galla, se uniría al Dux de Tapares y forjarían una alianza inquebrantable. Galla, junto a sus hermanas, eran las primeras hembras que nacían de su raza, una rareza bendecida por los dioses. Tapares era muy afortunada al obtener a una de ellas para su Dux.

Desde su trono, con sus cabellos rubios ondeando al viento, que llevaba sueltos para la ocasión, y escoltada por la guardia personal de Eurico avanzaba entre los vítores, los confetis y la alegría. Galla miraba alrededor sorprendida y, en la mayor parte de las ocasiones, sobrepasada por las muestras de alegría que la rodeaban mientras trataba de sobreponerse al calor asfixiante. Suspiró, tendría que acostumbrarse al clima, la cúpula de su ciudad de origen la había mantenido a salvo de las temperaturas extremas, pero eso ya no volvería a ser así. Afortunadamente, no estaba sola, a su lado estaba Ariadna... su amiga más cercana, su confidente y, en aquella ciudad, su único apoyo.

Tras hablar con sus padres todo se había sucedido muy deprisa.

Durante una semana habían intentado disuadirla, encontrar la manera de que cambiara de opinión, pero había sido inútil.

—Galla, piensa en que estarás lejos de Nastea...

Como si pudiese seguir viviendo en un lugar donde todo le recordaba a Aulo.

–Te unirás a un vampiro que ni siquiera conoces...

Como si eso le preocupase después de que la rechazase el amor de su vida. ¡Al menos no estaría sola!

–Dejarás atrás a tu familia, a tus amigos, a tu gente...

Como si eso no fuese lo que necesitaba hacer para olvidar a Aulo.

Sus padres no sabían que lo que ellos consideraban como motivos para que cambiase de opinión, en realidad la animaban a persistir en su resolución. Así que sus palabras no sirvieron de nada. Había tomado una decisión y, finalmente, habían tenido que aceptarla.

Después, su padre, el todopoderoso Dux de Nastea, había convocado a Alarico al Palacio. Junto a su madre, Tito y Cneo lo habían recibido en la pequeña sala donde siempre se reunía el Minor Consiglio. No había estado presente en esa reunión, pero se imaginaba que había sido tensa. Desgraciadamente, tras la conversación con sus padres en la que les había anunciado que aceptaba la oferta de Tapares, habían tapado la ranura desde la que Licinia espiaba esas reuniones, por lo que ni siquiera su hermana se enteró de lo que se había tratado en ella. Lo único que supo fue que Eurico había aceptado las condiciones que le había impuesto Nastea para aceptar su oferta y se había convocado a los Pregadi.

En esa reunión sí había estado presente. Vestida con una túnica ceremonial brocada en oro, con sus dedos cubiertos de diamantes y rubíes había escuchado la oferta oficial de Tapares junto a sus hermanas. Alarico, en nombre de Eurico, había hincado la rodilla ante el trono del Dux y su Vitadantis y había hecho su petición.

–El Dux de Tapares solicita el enorme honor de unirse a Galla, el orgullo de Nastea...

Los Pregadi enmudecieron al escuchar las palabras de aquel extranjero; pero, muy pronto, se elevaron murmullos airados. ¿Cómo osaba solicitar algo así? Sus miradas interrogativas escrutaron los rostros del Dux y su Vitadantis para posarse finalmente en los de sus principales consejeros, Tito y Cneo, que permanecían de pie tras ellos.

Era un ultraje, un atrevimiento imperdonable, una falta de respeto por la que debían pagar.

Las hijas de su Dux eran intocables, una rareza de valor incalculable... Su lugar estaba en Nastea.

Por eso, cuando el Dux se levantó del trono y bajó los tres peldaños que le separaban de Alarico volvieron a enmudecer. Creyeron que lo apuñalaría por su desvergüenza. Una acción así significaría la guerra con Tapares y el recuerdo de los cientos de años de enfrentamientos entre ambas ciudades estaba todavía muy vivo en su memoria.

Los Pregadi no ignoraban que, además, el General de la Cernide estaba lejos... cumpliendo el encargo de la ciudad de hacer pagar a Baste por atacar a sus caravanas de mercaderes. A pesar de todo, respaldarían a su Dux.

¿Cómo Tapares proponía algo así?

El salón del trono se llenó de murmullos de sorpresa cuando observaron cómo, al llegar a su lado, en vez de apuñalarlo, el Dux lo tomaba del brazo y le sonreía. Un instante después lo había levantado y, una vez cara a cara, le daba su respuesta.

–Me es muy grato poder concederos vuestra petición.

Los Pregadi se miraron sin comprender hasta que su Dux se dirigió a ellos formalmente.

–¡Gens de Nastea! Este es un gran día... Tras cientos de años, ha llegado el momento. El del comienzo de una alianza inquebrantable entre Tapares y nuestra ciudad. Una alianza que asegurará nuestro bienestar y prosperidad en los años venideros...

El Dux, como siempre que hacía algún anuncio importante, esperó hasta que sus palabras calasen entre los Pregadi. Bienestar y prosperidad, esa era la clave, y no se equivocaba. Si Tapares era una aliada... podían dedicar toda su atención a Baste.

–Una alianza de sangre, la de mi segunda hija –se escuchó una exclamación entre los reunidos, Cayo acababa de señalar a Licinia como su primogénita– y la del Dux de Tapares.

Las palabras del Dux provocaron el apoyo eufórico de los jefes de las Gens de la ciudad. No ignoraban lo que significaba. El poder de Nastea se multiplicaba con esa alianza y eso suponía más riqueza e influencia.

Alarico inmediatamente se giró hacia Galla y, tras recibir una mirada aprobatoria del Dux, se

acercó a ella y le ofreció una daga.

–Esta es la daga del Dux de Tapares. Con la que fue ungido como Dux, con la que luchó y venció. La prueba de su compromiso y devoción por vos.

Galla le dedicó una pequeña sonrisa nerviosa antes de alargar la mano y, con gesto vacilante, tomar la daga de sus manos.

En ese momento los Pregadi enloquecieron. Eurico había sido un vampiro honorable que había enviado a través de su hermano su posesión más preciada. Los vampiros eran soldados que vivían para la guerra. Ningún vampiro se separaba de su daga y si lo hacía era para lanzar un poderoso mensaje.

Al ver la daga en manos de la hija de su Dux, todos se convencieron de que aquella unión estaba repleta de buenos augurios.

Pocos días después había abandonado Nastea.

Mientras avanzaba por las calles de Tapares, con la daga de Eurico en sus manos, a la vista de todos, todavía tenía en la cabeza su última conversación con sus padres a las puertas de Nastea.

–Tienes cuatro lunas. Si no estás segura, por favor, vuelve.

Su madre a duras penas había contenido las lágrimas, mientras en el rostro de su padre nunca había visto una expresión más grave y Atia, a pesar de su edad, la había mirado con unos enormes ojos llenos de tristeza.

Licinia no había estado más contenta que ellos.

–Ese imbécil... –No se atrevió a decir el nombre de Aulo en voz alta. No quería arriesgarse a que sus padres la oyesen. Se lo había prometido a su hermana y cumpliría su promesa–. Por su culpa te vas.

–La culpa fue solo mía. Por favor, no le guardes rencor por eso. Me enfadaría si dejases de entrenar con él. –Le susurró las últimas palabras.

–No te preocupes, no lo pienso hacer... pero eso no significa que lo perdone. Nunca podré

hacerlo porque te he perdido por su culpa.

–Tú nunca me vas a perder... Aunque esté lejos, siempre estaremos juntas de alguna forma...

Vera también había ido a despedirla. Incluso Tito y Cneo y Marcia la habían acompañado en su adiós. La muchedumbre se había arremolinado a su alrededor cuando había cruzado sus puertas y había puesto rumbo a su nuevo hogar.

Respiró hondo. No volvería a Nastea. Su futuro ahora estaba en Tapares con su Dux. Su corazón estaba muerto, pero Alarico le había asegurado que su hermano la trataría con consideración.

–Mi hermano es un vampiro de honor y se siente muy honrado porque lo hayas aceptado. No ignora que si te hubieras negado tus padres nunca lo habrían consentido.

Volvió a mirar alrededor. Todo Tapares estaba allí para ella.

–Galla, debes estar contenta. Ya te quieren.

Negó con la cabeza al escuchar las palabras de Ari tras ella. Desgraciadamente no le servían de consuelo, porque en aquel momento se había dado cuenta de que ya nunca más volvería a ser Galla. Ahora sería la compañera del Dux de la ciudad de los antepasados, de la ciudad de Tapares.

Atrás había dejado a su familia. Sintió como se le encogía un poco más el corazón. Aulo ya no estaba en él y al echarlo se lo había llevado casi entero. Esperaba encontrar algún trocito para Eurico.

XXVIII.

Las tropas avanzaban entre los vítores de los vampiros y los humanos de Nastea que agradecían el esfuerzo que su ejército. La Cernide, como siempre, había regresado de nuevo victoriosa a su ciudad. Gracias a su sacrificio se habían asegurado las rutas comerciales y se había lanzado un mensaje de advertencia a Baste. Una victoria, el honor de recorrer sus calles entre las aclamaciones de sus ciudadanos, era lo menos que podían dedicarles.

En su aerodeslizador Aulo encabezaba el desfile seguido muy de cerca por su segundo, Aurelio, cuya mirada sentía fija a su espalda. No sabía cómo habría logrado sostener aquella campaña sin su constante presencia. Leif le habría ayudado a localizar sus objetivos y a poner en práctica la estrategia más adecuada, pero Aurelio había estado allí para animarle a seguir cuando a cada paso se sentía más inseguro y desorientado.

Nunca había estado tan nervioso ni se había sentido más insatisfecho como durante las semanas que había permanecido lejos de Nastea. Incluso allí, encabezando el desfile de la victoria no acababa de encontrarse a gusto... Algo le faltaba, una sensación pertinaz en su cerebro provocaba que nada le dejase satisfecho, que supiese que algo no estaba bien.

Intentó concentrarse en lo que pasaba a su alrededor, muy consciente del antifaz bajo su toga, mientras, como era costumbre, un humano le susurraba al oído las palabras ceremoniales:

–Recuerda... No eres el Dux.

Una y otra vez debía repetir la misma frase, era su única misión. Un recuerdo constante de que, aunque aquel día, era el centro de las miradas y de la admiración de Nastea, el Dux seguía siendo su amo y señor.

El desfile de la victoria siempre seguía el mismo ritual. Una vez la Cernide acababa su

misión, permanecía acampada a las puertas de Nastea mientras un enviado de su General, en este caso Aurelio, se presentaba ante el Dux para solicitar permiso para atravesar sus puertas. El Dux escuchaba su petición y, si el resultado de la misión había sido satisfactorio, una vez consultados los Pregadi, concedía o no la celebración de la victoria.

—¿Qué me traes? —La voz del Dux resonó en el amplio salón del trono, donde la opulencia de la ciudad se hacía evidente en cada uno de sus rincones.

—Una victoria. —Aurelio, con la cabeza agachada y su rodilla derecha hincada en el suelo, tenía los brazos extendidos y sobre ellos reposaba la daga de su General. Solo unos días antes, otro vampiro, esta vez extranjero, había ofrecido la daga de su señor en el mismo salón... pero aquello era muy diferente. Aurelio estaba siguiendo un ritual ancestral; el ritual de la Cernide ante la victoria. Los años, siglos y milenios pasarían, pero solo había una forma correcta de hacer las cosas. Era un inmenso honor que el General le encargase aquella tarea y la cumplía con puntilloso detalle.

Cayo se puso de pie y se dirigió a los Pregadi allí reunidos.

—Nuestra Cernide ha vuelto victoriosa... ¿Se merece nuestro agradecimiento?

No tuvo que esperar mucho tiempo. Los Pregadi respondieron con una sola voz. ¿Cómo no lo iban a hacer? Las noticias de su éxito habían llegado a la ciudad mucho antes que sus tropas y todos se felicitaban por su eficacia.

—¡Sí... lo merece!

Cayo sonrió complacido y se giró hacia Aurelio que permanecía todavía en la misma posición.

—Soldado, vuelve con tu General y transmítele que su ciudad lo recibirá como se merece.

Una vez el enviado daba su respuesta, la Cernide podía entrar en la ciudad. En primer lugar, recorría los barrios de los humanos, los más alejados del centro. A continuación, atravesaba aquellos donde residía la aristocracia vampírica. Y finalmente, llegaba al Foro y al palacio del

Dux; el centro de la ciudad, su destino.

Desde su trono en el Foro, con todos los Pregadi contemplando la ceremonia, el Dux observó la llegada de su General. Aulo había regresado victorioso. ¿Cómo sino? Su ejército era poderoso y su General un gran estratega. Baste sería su siguiente objetivo... Cada vez estaba más cerca. Con paso rápido y expresión sumisa, Aulo dejó atrás el aerodeslizador y, como antes había hecho su segundo, hincó la rodilla ante su señor.

–Dux... Os traigo la victoria.

Esas eran las palabras ceremoniales. Las que debía repetir cada General en el momento de la victoria. Aulo era un amigo fiel, al igual que Cneo y Tito que, como siempre, permanecían a su espalda, Cayo no tenía que mirar, sabía que estarían observándolo todo con gesto complacido.

–Con placer acepto la victoria que me traes –recitó la fórmula antes de incorporarse y acercarse a él para abrazarlo. Con los brazos extendidos, el tatuaje en el antebrazo del Dux se hizo evidente al compararlo con el del General. Todos podían ver una luna roja, al igual que la tenían Tito y Cneo, como símbolo de que compartían mucho más que una amistad–. Aulo, viejo amigo.

El General suspiró apenas conteniendo su nerviosismo. No habían pasado mucho más de dos meses, pero nunca había estado más ansioso por volver a Nastea. Por volver a su hogar. Por volver a ver a Galla. Por hablar con ella. Por aclarar el enorme lío que sentía en su cabeza.

Cayo lo observó un instante con gesto interrogante. Aulo sabía que quienes lo conocían notaban que algo iba mal, pero aquel no era el momento ni el lugar.

Tras el Dux, vio los rostros de Tito y Cneo. El rostro de Cneo le hizo recordar a su tío y lo que le había dicho cuando se habían separado.

–No hace falta que me digas nada... –En medio del mar de arena, con la Cernide preparada para partir, Aulo se había acercado a él con intención de agradecerle todo lo que había hecho. Leif se le adelantó.

–Pero... sin ti no habríamos podido lograrlo.

–Ya lo sé. –Le sonrió con aire satisfecho–. Pero lo he hecho con gusto.

–La modestia no es una de tus virtudes. –Aulo estuvo a punto de echarse a reír.

–Será porque la modestia está sobrevalorada...

–Aun así, gracias...

Leif rebuscó bajo su túnica hasta encontrar una cadena y en su extremo un colgante. La aguamarina brilló bajo el sol implacable que abrasaba la Tierra.

Aulo lo miró desconcertado al reconocerla.

–Es tuyo. Cneo me lo dio para ti.

–Joven Aulo –Las palabras de Leif lo sorprendieron. Debía ser mucho mayor que él, pero no había pensado en ello hasta entonces–. Como ya has visto... hasta el más afamado General necesita a veces que lo ayuden.

–No comprendo...

–En la hora de nuestra despedida, voy a contarte aquello que deseas saber porque espero que te sea de ayuda.

–¿A qué te refieres?

–Me has preguntado por qué me fui de Nastea y este colgante tiene la respuesta.

–No entiendo...

–Hubo una época en que yo era como tú... –Su expresión habitualmente risueña se ensombreció–. Arrogante, seguro de mí mismo, con decenas de mujeres en mi harén... Todos me conocían y admiraban en Nastea.

–¿Qué ocurrió?

–Algo impensable. –Sonrió; pero, esta vez, su sonrisa carecía de alegría.

–Una mujer robó mi corazón...

Aulo se quedó repentinamente callado. ¿De qué estaba hablando? ¿Por qué se lo contaba? ¿Por qué eso le iba a ayudar?

–Callas y lo entiendo. Yo también tardé en aceptarlo...

–No sé...

–Joven Aulo... –Parecía que le había cogido gusto a llamarlo así–. Sabes más de lo que dices... pero no lo quieres reconocer. Ten cuidado, porque por culpa de eso, por no querer reconocerlo, la perdí.

–¿La perdiste?

–Cuando me di cuenta de quién era ella para mí, le ofrecí este colgante como testimonio de mi amor... Pero era demasiado tarde.

–¿Qué pasó?

–Ella había sido reclamada como Vitadantis por otro vampiro.

–Pero si era la Vitadantis de otro no podía ser la tuya. Cualquier vampiro lo sabe...

–Cualquier vampiro lo sabe; pero mi corazón y mis entrañas no entendían de eso.

La repentina seriedad con la que acompañó sus palabras dejó a Aulo sin aliento. Se dio cuenta de que, como había sospechado, todo el encanto, las sonrisas y los guiños con los que acompañaba sus palabras no eran otra cosa que un disfraz, una forma de esconder quién realmente era. Un vampiro que había perdido a la mujer que amaba y había intentado seguir adelante.

–La idea de saber que ella vivía en Nastea con otro, que los podía encontrar en el Foro o en cualquier otro sitio...

–Lo siento... No tenía ni idea.

Leif se pasó la mano por la frente antes de continuar.

–Comprendí que no podía seguir en Nastea, así que decidí irme. –Su mirada estaba llena de melancolía... una que, a pesar de sus esfuerzos, Aulo ya había visto en su rostro antes–. Había oído hablar de los Libertos y una noche me fui. Tras de mí dejé la aguamarina. Fue el regalo que le hice a mi hermano, el padre de tu amigo. Le dije que si en el futuro, me necesitaba, me la enviase.

–¿Por qué Leif el afortunado?

–Esa pregunta es fácil. Me lo puse yo mismo. Estaba harto de que todo Nastea me llamase el pobre Cneo así que decidí que, en adelante, todos me conocerían como Leif el afortunado.

–¿Pero Leif?

–¿Aun no te has dado cuenta? Leif al revés es fiel... porque yo siempre me he mantenido fiel a quienes he amado...

–Como tu familia.

Leif le sonrió enigmáticamente antes de responder.

–Por ejemplo.

Ya estaba otra vez con sus frases a medias.

–Lo que no entiendo es por qué crees que lo que me cuentas me puede ayudar.

–Asegúrate de no cometer mis mismos errores; porque, si no lo haces, corres el riesgo de pagarlos el resto de tu vida. –Dejó el colgante en su mano–. Dáselo cuando la vuelvas a ver...

Y, sin decir nada más, se dio media vuelta y se fue.

El General se quedó mudo por un instante mientras el rostro de Galla dominaba su mente. ¿Quería que le diese la aguamarina a su Principessa?

No había mencionado su nombre. Era imposible que él supiese o siquiera imaginase... salvo que tuviese... ¿poderes?

¿En serio estaba pensando eso?

Negó con la cabeza. Lo que Leif tenía era el poder de desconcertarlo. Seguro que sus palabras habían sido elegidas al azar. Además, se convenció, en todo caso su Principessa solo era alguien muy querido para él...

¿Amor? ¿Vitadantis? Era imposible.

Cerró los ojos tratando de librarse de las palabras de Leif mientras notaba la aguamarina colgada a su cuello. Ahora debía reunirse con el Minor Consiglio e informar a su Dux de todos los pequeños detalles de la campaña.

Miró a Tito y Cneo a su lado. Sus amigos... junto a Aurelio toda su familia... pero faltaba alguien y esperaba hablar con ella pronto. Cuando lo hiciera podría recuperar la calma.

Confiaba en ello; pero, como en tantas otras cosas, se equivocó.

XXIX.

El palacio de Eurico no era como el de sus padres. En Tapares los edificios eran muy altos, rascacielos de más de treinta pisos y sus habitantes vivían hacinados en altura. Mientras, en Nastea casi todos los edificios eran de planta baja.

Observándolos, Galla llegó a la conclusión de que a los ciudadanos de su nueva patria les gustaba que su ciudad creciese hacia arriba a diferencia de en Nastea donde era justo al contrario. Comprendió que en Tapares trataban de vivir lo más cerca del cielo y, por eso, el palacio de su Dux debía ser el más alto. Cuando, desde su carroza, descubrió su imponente envergadura, intuyó que mucho más de cincuenta metros, supo que era allí hacia donde se dirigía y, desde ese momento, no pudo dejar de admirarlo.

El edificio brillaba bajo el sol abrasador. Cientos de espejos adornaban su fachada y centelleaban como si se tratase de las facetas de un diamante.

Su madre le había explicado que había estado allí en una ocasión, pero en una situación muy diferente a la que estaba viviendo ella ese día.

—El anterior Dux me secuestró y tu padre tuvo que acudir a rescatarme.

—Nunca me lo habías contado... No me quiero ni imaginar el miedo que debiste pasar.

—Eso ya es el pasado, pero es importante que sepas que, aunque sea muy diferente a Nastea, no por ello no es un lugar hermoso.

Cerró los ojos, durante horas su madre le había descrito lo que podía esperar de Tapares y, al fin, lo estaba comprobando con sus propios ojos. Tenía razón, era un lugar hermoso y el Palacio de su Dux, impresionante. Cuando, al fin lo alcanzó, el silencio se instaló a su alrededor. Ante

ella descubrió unas escalinatas blancas de mármol, relucientes bajo el sol abrasador y, arriba del todo, unas puertas en las que un vampiro la miraba con intensidad.

Eurico, no tuvo ninguna duda sobre que debía ser él, al notar su desconcierto, no dudó en salvar rápidamente la distancia que los separaba. Al verlo, le llamaron su atención sus cabellos negros, sus ojos marrones y su porte elegante. Definitivamente se parecía mucho a su hermano, pero el Dux era bastante más alto.

–Señora, me siento muy honrado con vuestra presencia... –Sus ojos brillaron de una forma extraña cuando recorrieron su rostro y el de Ariadna que había enmudecido a su espalda.

–Señor... el honor es mío... –Ceremoniosamente, le devolvió la daga que Alarico le había entregado. Eurico le hizo un gesto con la cabeza y se la colocó a la cintura con rapidez.

Tras el intercambio, el público estalló en nuevos vítores de júbilo. Supuso que los habitantes de Tapares habían contenido la respiración a la espera de ver como su Dux recibía a su compañera.

–Permitidme... –Galla, tras fijarse en la mano que le ofrecía, la tomó con timidez. Cuando notó su contacto, de alguna forma se relajó y así, sin soltarse ni un momento, subieron por las escaleras hasta traspasar la puerta.

Galla miró rápidamente por encima del hombro, tratando de asegurarse de que Ariadna la siguiese, pero no tuvo motivo de qué preocuparse. Un par de guardias la habían ayudado a abandonar la carroza y la seguía muy de cerca.

–No temáis... –le susurró Eurico—. Vuestra amiga será tratada con la misma estima que a vos.

Rápidamente, Eurico la condujo al salón del trono donde, uno a uno, todos los jefes de las familias de vampiros de la ciudad le presentaron sus respetos.

Galla se sorprendió al descubrir la belleza del interior del edificio. En especial, le llamó la atención el mármol de los suelos, los hermosos tapices que colgaban de las paredes y los elaborados artesonados de los techos.

Junto al trono de Eurico, habían situado otro para ella, y desde allí fue desde donde recibió a

cada uno de los jefes de las Gens de vampiros de Tapares. Galla había asistido a varias asambleas de Pregadi en su ciudad y le sorprendieron sus atuendos ceremoniales, no usaban el rojo como en Nastea sino el azul, y su menor número.

Eurico, siempre atento, le susurró una explicación que no había pedido en voz alta.

–La población de Tapares es la mitad que la de Nastea.

–Comprendo...

–Nuestro reducido número no es una ventaja; pero en este caso, tras vuestro largo viaje, estoy seguro de que agradeceréis que sea así.

¿Lo agradecía? Más bien no... pero decidió no sacarlo de su error. Según iban pasando y su número reduciéndose, Galla se sentía cada vez más nerviosa. Afortunadamente, Ariadna estaba muy cerca, tras ella, aunque tampoco parecía más tranquila. Un par de veces la había mirado de reojo y le había llamado la atención la tensión que su rostro reflejaba.

Galla había reflexionado mucho sobre lo que Eurico esperaría cuando se quedasen a solas. Si había aceptado ser su compañera y unirse a ella... Eso significaba que probablemente exigiría que compartiesen cama... y no se sentía preparada para ello.

Al menos tenía cierta experiencia, había concluido, pero la idea de estar con alguien más... tras Aulo... todavía se le hacía muy difícil... aunque el hecho de que Eurico fuera atractivo aliviaba un poco la situación.

–Si no te gusta... mándalo a la mierda... –le había dicho Licinia.

–Si te toca sin tu permiso, córtale la mano... –le había aconsejado su madre.

–Si intenta forzarte a hacer algo que no quieres, vuelve de inmediato –le había sugerido Vera.

–Si te hace sufrir de cualquier manera, invadiré Tapares y le arrancaré la piel a tiras a su Dux –había afirmado su padre mientras a su espalda Tito y Cneo asentían vigorosamente.

Solo Ariadna se había mostrado convencida de que nada de eso ocurriría.

–Alarico te ha asegurado que su hermano se comportará de forma honorable. No tienes nada que temer.

Pero todo habían sido palabras y suposiciones y en el salón del trono, cuando al fin se quedaron solos, comprendió que había llegado el momento de la verdad. ¿Querría consumir su unión? No estaba segura... No creía que...

—Señora... —La cálida voz de Eurico la sorprendió, mientras inclinaba su cabeza hacia ella y besaba su mano—. Ahora soy yo quien debe despedirse.

—¿Cómo? —Su voz sonó estrangulada. ¿De qué estaba hablando? ¿Lo habría entendido mal?

—No soy tan estúpido como para ignorar lo difícil que debe ser esto para vos... así que me retiro.

—Yo... —Galla miró a ambos lados. ¿A dónde iba?

—Hasta que no nos conozcamos, pasaré mi tiempo en la residencia de mi hermano Alarico. Como él no está en Tapares...

Galla enrojeció ligeramente. Alarico estaba en Nastea como garantía de que ella pudiese cambiar de opinión si así lo deseaba durante las primeras cuatro lunas. Cuando sus padres se lo habían explicado, había supuesto que esa condición molestaría a Eurico; pero, por su forma de comportarse, comprendió que no era así.

—Él me habló muy bien de vos...

—Mi hermano es muy generoso, espero estar a la altura de sus descripciones...

—Sin duda alguna, hoy os habéis comportado como un vampiro honorable.

—Jamás exigiré de vos algo que no estéis dispuesta a proporcionar de buen grado.

—Gracias... —Logró articular finalmente.

—No hay nada que agradecer.

—Siento que vuestro hermano... que Alarico haya tenido que quedarse en Nastea... —Licina le había explicado que ambos hermanos estaban muy unidos. Alarico era el consejero más cercano de su Dux. Eurico debía echarlo de menos.

—No hay nada que sentir.

La forma en la que volvió a responder a su disculpa le hizo sonreír. Eurico era tan ceremonioso, cortés y amable... Se podía llegar a acostumbrar a él. Era mucho mejor de lo que

había supuesto.

–Pero... –Galla tuvo la repentina necesidad de aclarar que esa condición no había sido idea suya, pero Eurico la interrumpió.

–Si yo hubiera sido el Dux de Nastea no me habría conformado solo con mi hermano. Probablemente habría pedido en prenda a toda mi familia, porque creedme... Yo he salido ganando con el intercambio.

Galla se quedó muda. ¿Se podía ser más galante? No tuvo tiempo de decir nada más.

–Felices sueños, Galla... Mañana a primera hora estaré aquí y podremos hablar. –Eurico desvió su mirada hacia Ariadna que parecía congelada a su lado

¿Por qué la palabra hablar había sonado tan sensual?

Prefirió no pensar en ello. Cuando lo vio desaparecer, dejó escapar el aire que, no se había dado cuenta, había estado conteniendo. Había pasado el primer día... a partir de ahora esperaba que todo fuese más fácil.

Eurico era un vampiro de honor, su hermano no le había mentado.

XXX.

–**No** sabes cuánto me alegra tenerte de vuelta.

Todos se miraron. El Minor Consiglio estaba de nuevo reunido al completo. Tras las felicitaciones de los Pregadi, que habían mostrado su satisfacción por el resultado de la campaña, al fin se habían escapado a las habitaciones privadas del Dux.

–Has hecho un buen trabajo –Tito se unió a las felicitaciones del Dux.

–Nuestros espías afirman que Cian está furioso, así que puedes estar muy satisfecho –Cneo le sonrió.

–El mérito no fue solo de la Cernide... Sin Leif no lo habríamos conseguido.

–¿Cómo está? –La sonrisa del Taumaturgo se amplió al escuchar el nombre de su tío.

–Muy bien. Es un vampiro extraordinario.

Cayo y Tito lo miraron sin comprender.

–¿Quién es ese Leif?

–El hermano menor de mi padre... –explicó Cneo–. No muchos se acuerdan ya de él, pero en mi familia siempre hemos sabido que podíamos contar con él.

–¡Ahora lo recuerdo! Se llamaba Cneo Minor antes de irse... –El Dux se pasó la mano por la frente tratando de recordar–. Ya me parecía que me sonaba ese nombre...

–Abandonó la ciudad hace años... –Tito también lo recordaba.

–Sí, yo era un niño cuando se fue.

–Se montó un buen jaleo cuando decidió irse... Fue una verdadera lástima. Mi padre lo recordaba a menudo –confesó Cayo.

–Es muy inteligente. Sin duda fue una pérdida importante para la ciudad. A mí me fue de gran ayuda. Sin él y sus buenas ideas no habríamos tenido éxito.

–Creo que se había unido a los Libertos. –Cayo seguía recordando.

–Sí, sigue con ellos. –Evitó explicarles lo que le había confesado. No necesitaban saber que había sido salteador. ¿O lo seguía siendo? Con él se había comportado de forma honorable y no tenía por qué darles más detalles. Solo se los daría a Cneo si se lo preguntaba. Se había mantenido fiel a su familia y eso era lo único importante.

–Me envió recuerdos para ti. –Señaló a Cneo–. Se alegró mucho cuando le conté que junto a Tito habías encontrado a tu Vitadantis y teníais dos hijos.

–Siempre fue un vampiro leal a la familia.

–Él fue quien nos sugirió como tender una emboscada a los Privateer y qué estrategia seguir para eliminar sus rutas comerciales.

–Lástima que no te haya acompañado de vuelta a la ciudad para poder agradecerle su ayuda en persona.

–¡No! Mi tío renunció a la ciudad hace mucho tiempo y es imposible que vuelva a ella... a pesar de que han pasado muchos años y todo ha cambiado desde su partida. Supongo que le sería imposible adaptarse otra vez a vivir bajo la autoridad de un Dux.

–Mientras estuve con él, me di cuenta que Leif ha desarrollado sus propias lealtades ajenas a cualquier ciudad; pero entre todas ellas, la más fuerte es la de que guarda a su familia. Debes estar orgulloso de tu tío, Cneo.

–Gracias, Aulo. A mi padre le habría gustado escuchar tus palabras. Él nunca dudó de que su hermano siempre nos sería fiel.

–¡Lástima que aun con su ayuda, Gannacus se nos haya escapado! –Se quejó el General.

Si no se conociese lo suficiente, habría pensado que el malestar que le acompañaba se debía a eso, pero él sabía que había algo más... Algo que tenía nombre; Galla. ¿Dónde estaría? No la había visto en el salón del trono... Licinia sí había estado allí, lo que le extrañó. ¿Ya la habría declarado Cayo su heredera? El gesto distante que le había dedicado la hija del Dux no había sido muy halagüeño. Seguramente, su opinión sobre él no había mejorado, pero no le preocupó. Lo que le importaba era su Principessa.

–Ahora, nuestro siguiente paso será atacar Baste.

La frase de Cayo sorprendió a Aulo que los miró a todos sin comprender. Antes de irse habían hablado a menudo de ello, pero siempre lo habían descartado debido a los riesgos que acarreaba. ¿Qué había cambiado?

La molesta sensación que le asaltaba cada vez con más frecuencia se acentuó. Necesitaba hablar urgentemente con Galla y arreglar las cosas... Tras su última conversación con Leif la necesidad se había vuelto acuciante. Tenía que comprobar que lo que sentía, la desazón que lo dominaba, no era más que su mala conciencia por la forma en la que la había tomado sobre el triclinio y todo lo que había ocurrido después. Deslizó su mano bajo su toga y tocó su antifaz... su sensación se apaciguó.

–¿No será muy arriesgado? –Especuló.

A su alrededor todos se miraron hasta que, finalmente, Cayo se aclaró la voz para hablar. Aulo estudió sus rostros. ¿Por qué lo miraban con gesto preocupado?

–En tu ausencia ha habido novedades.

Aulo sintió como se le aceleraba el corazón. Tuvo la impresión de que no le iban a gustar las novedades.

–¿Qué novedades?

–Hemos establecido una firme alianza con Tapares.

–¿Cómo?

A su alrededor se hizo el silencio y Aulo empezó a verlo todo rojo.

–Galla me pidió que concertara su unión con Eurico.

Se levantó de un salto. De verlo todo rojo pasó a verse rodeado de enemigos que, en su ausencia, habían hecho lo impensable.

–¡No! ¡Es imposible! –No podía ser. Lo debía estar entendiendo mal. Antes de irse habían hablado de ello y...

–Aulo, ella insistió y no pudimos hacer nada para disuadirla. Es una adulta y tiene derecho a elegir por sí misma... –Cayo intentó explicarse.

–¿Adulta? –Su Principessa, su Galla... Notó como se contraía su corazón y comenzó a gritar-. ¡Cómo has hecho eso!

Al ver como avanzaba hacia el Dux apretando los puños de forma amenazadora, Tito y Cneo se interpusieron entre ellos.

–Aulo... debes tranquilizarte...

–¿Tranquilizarme? –Lo estaban mirando como si estuviese loco. ¿No comprendían lo que habían hecho? La ira comenzó a bullir en su interior.

–Ella se fue contenta...

Las palabras de Tito y Cneo provocaron que aumentara su rabia.

–¿Contenta? La entregasteis a un extranjero... lejos de Nastea... lejos de los suyos... –Lejos de él y sus brazos... ¿Qué brazos? Ahora ya la rodearían los brazos de otro vampiro que la llamaría suya-. ¡No puede ser! ¡La cambiaste por una alianza!

–¿Cómo te atreves? –El furor llenó los ojos del Dux que también comenzó a gritar-. ¡Es mi hija... por supuesto que no la cambié por una maldita alianza!

–¿No? –Lo señaló con el dedo. Ante él ya no veía a su Dux, el todopoderoso señor de Nastea al que había jurado lealtad. No veía a su amigo, el hermano con el que había crecido y peleado. Solo veía al vampiro que había arrebatado a Galla, a su Principessa, de su lado-. ¡Mientes!

Al escuchar los gritos, Licinia y Lili seguidas de cerca por Aurelio irrumpieron en la pequeña sala. Su aparición no pasó inadvertida a Aulo que se acercó a ellas en un par de zancadas.

–¿Cómo lo has permitido? –Señaló a Lili que lo miraba sorprendida sin comprender de qué estaba hablando-. ¿Cómo permitiste que Galla se fuera?

Licinia no dejó responder a su madre, de un salto se colocó frente a él.

–¡Cómo te atreves! He callado demasiado, pero no lo haré más... –Estaba fuera de sí-. ¿Cómo te atreves a acusar a mi madre si tú eres el responsable de que ella se haya ido?

Y cuando Aulo escuchó su pregunta, de repente, lo sintió en su corazón... lo supo... fue como si la molesta sensación que le había perseguido desde que había estado con Galla cobrara

vida...

Notó como el velo caía... Fue como si un hechizo que hubiese nublado su cabeza desapareciese de repente y todo encajase.

Siempre lo había sabido, la pequeña Galla que se agarraba con su manita a su dedo, la niña con la que recogía flores, su Principessa que evocaba el poema del libro de los antiguos...

La vergüenza por cómo se había comportado cuando se había presentado en su casa lo golpeó... dejándolo malherido como nunca le había ocurrido antes en el campo de batalla.

¿Qué había hecho?

¿Qué le había hecho?

El dolor que debió sentir cuando él la había rechazado lo alcanzó.

Y la necesidad de tenerla lo enloqueció.

«No la verás,

pero ella estará ahí.

No la querrás,

pero la probarás.

¡Qué los dioses se apiaden de ti!

Porque por ella enloquecerás».

La premonición de su madre cobró vida.

Ella era suya.

Ella era su Vitadantis.

Él había sido el mayor estúpido.

Y ahora, tras perderla, lo supo... había enloquecido.

XXXI.

—¿**Me** acompañarán a conocer Tapares, por favor?

La pregunta de Eurico le hizo sonreír. El Dux de Tapares parecía cualquier cosa menos un Dux.

No se imaginaba a su padre pidiendo algo por favor. No es que su padre fuera un maleducado prepotente, aunque su madre les había confesado alguna vez a sus hijas que con ella lo había sido cuando lo había conocido, pero estaba acostumbrado a mandar. Y lo que era más importante, estaba acostumbrado a que lo obedeciesen sin rechistar. Solo toleraba que le llevasen la contraria sus amigos, los vampiros que formaban el Minor Consiglio, su Vitadantis y sus hijas... y, desde luego, no en público. Cuando su padre entraba en modo Dux, como a su madre le gustaba señalar, no se podía razonar con él.

En el poco tiempo que lo conocía había observado que su comportamiento no lo reservaba solo para ella o Ariadna. Siempre se dirigía a sus sirvientes con un por favor, como si no se tratase de su Dux. Nunca se alteraba cuando se producían tardanzas o, incluso, cometían algún error. Eso le gustó. Adoraba a su padre, pero comprendía que ella se podía tomar ciertas licencias con él que no permitía al resto y la posibilidad de que Eurico, como Dux, se comportase de forma prepotente con ella la había preocupado. Afortunadamente, ahora veía que era un temor infundado. También en eso la había sorprendido.

Al darse cuenta, tuvo la suficiente confianza para hacerle una petición.

—¿Podríais tutearnos? Siento que si no, Ariadna y yo vamos a hacerlo sin querer y no creo que fuera apropiado.

—Por supuesto... Galla y Ariadna. —Las miró complacido y Galla admiró sus bellas facciones—. ¿Vendréis conmigo a visitar Tapares?

El día anterior, tras tantas emociones, no había podido prestar mucha atención a su aspecto. Por fortuna, una vez más tranquila, durante su recorrido por Tapares admiró sus hermosos cabellos negros que enmarcaban un rostro lleno de vivacidad donde sus ojos marrones parecían estar siempre en guardia; pendientes de todo y de todos.

Visitar los restos de los antepasados, al fin y al cabo, Tapares era conocida como la ciudad de los antepasados, no le gustó demasiado, pero intentó disimular.

Su madre, mucho antes de que Alarico presentase su propuesta, ya les había explicado a ella y Licinia que la ciudad vecina estaba muy equivocada sobre el origen de los restos de los que tanto presumían. Cuando habían concertado su unión con Eurico, había insistido en ello.

—Obsérvalos con atención, pero no te creas las explicaciones que te den. Pertenecen a un mundo que ya no existe. Un mundo que destruyeron los humanos con sus guerras.

—¿Los humanos?

—Sí. La mayoría de los vampiros los desprecian, pero antes de que fueran los dueños de la Tierra los humanos eran sus amos y señores.

—¿Entonces a quién pertenecen esos restos?

—Pertenecen al antiguo mundo de los humanos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, como ya te he repetido a ti y a tu hermana muchas veces, yo pertenecía a ese mundo...

—¿Y cómo llegaste aquí? ¿Cómo...?

—Nunca he sabido muy bien cómo, de alguna forma, viajé en el tiempo desde ese pasado tan remoto hasta aquí...

—Para encontrar a papá...

—Supongo que sí. Me imagino que tenía que ser así. Solo hay una vitadantis para cada vampiro así que yo tenía que viajar en el tiempo para que él me encontrase... para que vosotras nacieseis.

—A lo mejor por eso nosotras somos las primeras hembras nacidas en nuestra raza... Porque

somos tus hijas y tú eres muy especial...

–¿Tú crees? –Le sonrió—. Más bien creo que lo que tenemos tu padre y yo es especial...

–Sí que lo es... –Cualquiera que los viese juntos sabía lo profundamente unidos que estaban.

–Galla, te deseo de todo corazón que también encuentres la manera de tener algo especial con Eurico.

Galla había evitado explicarle que era imposible porque su corazón estaba muerto. Simplemente se limitó a escuchar a su madre describiendo los diferentes restos que había observado en Tapares y que sus habitantes estaban empeñados en adjudicar a sus antepasados vampiros.

Incluso, estudiaron su aspecto a través de los visores. Su madre había encargado a los espías de Cneo que le enviasen fotos detalladas de cada uno de ellos.

–¿Qué crees que es esto? –Cuando su madre señaló un misterioso objeto redondo no supo qué responder.

–No sé... ¿Una especie de corona?

–En Tapares creen que es un colador, pero en realidad es una canasta de baloncesto... un antiguo juego de los humanos.

Balón... cesto... ¿A quién se le podía ocurrir algo así? Desde luego debía estar muy aburrido.

–¿Y esto? –El siguiente objeto era aún más extraño; un palo encima de un sombrero.

–¿Un gorro?

–¡No! Es un desatascador de tuberías.

Desatascador... pues desatascaría cabezas.

–¿Qué te parece esto? –El objeto de piedra tenía un aspecto insólito.

–No sé qué responder. ¡Qué cosa más rara! ¿Una antena de comunicación?

–Más bien una cruz... Un símbolo religioso para los antiguos humanos.

¿Religioso? ¿Era la forma que tenían los humanos de indicarles a sus dioses donde estaban? Eran muy poco poderosos si no lo podían descubrir por sí mismos.

Así había continuado durante horas hasta que su madre había quedado satisfecha con sus enseñanzas. Cuando terminó, le hizo una advertencia.

–Pero recuerda; es un secreto.

–¿Por qué no puedo...?

–Porque no te creerían. Los vampiros son orgullosos y no quieren reconocer que no son tan importantes.

Así que Galla, mientras avanzaba por la ciudad bajo la atenta mirada de los curiosos que se agolpaban alrededor de la guardia que la escoltaba a ella, Ariadna y su Dux, observaba los restos asintiendo en silencio, pero con el secreto convencimiento de que estaban equivocados respecto a su origen.

–No necesitan saberlo... –Había insistido su madre–. No necesitan saber cuál es su origen real, pero yo sí necesito que tú lo sepas... porque eres mi hija.

Por eso cuando Eurico, mientras contemplaban una enorme estructura de piedra de aspecto derruido mencionó a su madre, ahogó un grito.

–Quizás tu madre te haya hablado de este sitio.

Miró alrededor hasta que lo reconoció. ¿Cómo lo había llamado su madre? Acueducto, ese era su nombre. Según le había explicado, lo habían construido los humanos para transportar agua, pero los vampiros de Tapares se referían a él como una estructura que llevaba sangre a la ciudad. Su madre se había reído mucho describiéndolo... y explicándole como había logrado que se desplomase en el momento adecuado.

–No... –Prefirió mentir. No podía saltarse la promesa había hecho.

–Hace muchos años, tu madre estuvo aquí, en esta misma explanada. Yo estaba entre el público observando. El anterior Dux de Tapares... estaba trastornado y la había secuestrado. ¡Algo imperdonable! Los dioses lo castigaron destruyendo esto. –Señaló hacia las piedras.

–Comprendo. –Lo comprendía demasiado bien.

–Pero... ¿sabes una cosa? Yo siempre he sospechado que tu madre tuvo algo que ver con

ello. De alguna forma se comunicó con los dioses y logró que ellos nos enviasen una señal. –La miró de forma enigmática.

–¿Tú crees?

–Estoy convencido. ¿Sabes por qué? Porque, un tiempo después dio a luz a tres hembras, las primeras nacidas en nuestra raza. Y eso solo puede significar que su conexión con los dioses es poderosa...

–Es... Es posible. –No sabía muy bien qué decirle.

–Pero lo más importante de todo aquello fue que... gracias a su intervención nos libramos del anterior Dux y yo le sucedí.

Afortunadamente, muy pronto dejaron atrás los restos del acueducto y Galla se sintió más tranquila aunque fue por poco tiempo. En seguida se comenzó a preocupar por su amiga.

A lo largo de su excursión. Ariadna había caminado tras ellos con rostro meditabundo y sin decir una palabra. ¿Qué le ocurría? Eurico era muy amable porque, a pesar de que era una humana, trataba de incluirla en la conversación. Desgraciadamente no estaba teniendo mucho éxito con sus esfuerzos. Cuando cruzaron el Foro de vuelta al Palacio, siguió insistiendo.

–¿No os gusta el Foro de Tapares?

–No sabría decirte... –Galla miró alrededor. Se trataba de una explanada cuadrangular ligeramente enterrada respecto a las calles que la rodeaban. Había que descender tres escalones para alcanzarla.

–¿Y tú, Ariadna? –Se giró y clavó sus ojos en ella–. ¿Qué te parece?

–No sé... –Galla observó cómo su amiga enrojecía visiblemente mientras evitaba mirarlo. Los vampiros macho siempre la habían atemorizado, pero nunca la había visto enrojecer de esa manera.

Eurico simuló no darse cuenta de su reacción y siguió hablando.

–¿Os habéis fijado en las tres columnas que adornan su centro? Seguro que os gustan.

Galla se acercó acompañada de Ariadna hasta las... columnas. No tardó en reconocerlas...

se trataba de unos extraños objetos que los humanos, le había explicado su madre, usaban para apagar incendios. ¿Por qué deberían gustarle? Eurico tuvo que explicarle el motivo.

–¿Estas? –Galla señaló los extintores con cuidado de no tocarlos demasiado. Su madre algo le había explicado sobre sus anillas.

–Sí, son rojas... el color de Nastea.

Galla entrecerró los ojos... sí, rojas como las togas ceremoniales de los Pregadi de su... antigua ciudad.

Se giró hacia su amiga justo en el momento en el que Eurico rozaba el brazo de la humana tratando de llamar su atención.

–¿Cuál es tu color favorito, Ariadna? –¿Eurico se la estaba comiendo con los ojos? No tuvo tiempo de comprobarlo.

Su amiga no le respondió. Se limitó a apartar su brazo como si el contacto del vampiro le quemase mientras lo miraba como un animalillo asustado. Un instante después había salido corriendo en dirección al Palacio sin ni siquiera despedirse.

–Ariadna no es muy comunicativa... –Le susurró tras verla desaparecer en el interior del Palacio.

–Desconfía de los vampiros. –Ariadna no permitiría que criticase a su amiga.

–Pues su mejor amiga lo es...

–Ariadna tiene buenos motivos para hacerlo, créeme. Supongo que sabes que nació y vivió mucho tiempo en Baste.

Eurico miró en la dirección por donde se había ido y apretó la mandíbula contrariado. Todos sabían la situación en la que vivían los humanos en esa ciudad.

–En efecto, mi hermano me informó sobre quién era...

–Ella acabó con Cornelio...

Sus ojos brillaron de una forma extraña antes de dirigir de nuevo su atención hacia Galla.

–¡Me parece increíble! Ella parece tan... –Pareció no ser capaz de encontrar las palabras adecuadas para acabar la frase.

–Ha sufrido mucho...

–No necesitas explicarme nada más. Trataré de convencerla de que no todos somos iguales.

Galla sonrió complacida. Eurico era mucho mejor de lo que había supuesto... Tras sus dudas y temores iniciales se dio cuenta de una cosa. Le gustaba...

Tras lo que le había ocurrido con Aulo... ¿podía pedir más?

XXXII.

–**¡No!** –Aulo cayó de rodillas en el suelo, tratando de asumir lo que acababa de descubrir–. ¡No puede ser!

–¿No puede ser? ¿Qué esperabas que hiciese? –Licinia escupió las palabras.

–Mi Principessa... –Los versos volvieron a su boca–. *¡Ay! La pobre princesa de la boca de rosa*

Cayo y Lili lo miraron sin comprender mientras Tito y Cneo no sabía muy bien qué hacer.

Aulo rebuscó bajo su toga y se llevó el antifaz a la nariz donde aspiró profundamente... Sí, Galla era su Vitadantis. ¿Cómo había estado tan ciego? Tenía que encontrarla. Tenía que traerla de vuelta. Tenía que enterrarse en ella. Tenía que...

–Estuvo en cama durante días incapaz de superar tu rechazo.

–¿Cómo? –La declaración de Licinia llamó la atención de Lili y Cayo que, repentinamente se miraron intentando descifrarla.

–Si yo hubiera sabido... –¿Cómo había sido tan estúpido? Su cuerpo siempre lo había sabido. Por eso le había asaltado una sensación de incomodidad en cuanto se había separado de ella. Por eso no había encontrado paz en el campo de batalla. Por eso el ofrecimiento de la humana que había conocido entre los Libertos le había resultado repulsivo. Por eso...

–Ahora está con Eurico... Seguro que él la trata como merece.

Las últimas palabras de Licinia lo golpearon.

La idea de que su Principessa fuera de otro. Que otro vampiro acariciase su hermosa piel o arrancase sus gemidos provocó que enloqueciese.

–¡Eso es imposible! ¿Cómo habéis hecho algo así? –La ira volvió a dominarlo y, de un salto, se incorporó antes de girarse hacia Lili y Cayo que todavía no terminaban de comprender de lo

que estaban hablando—. ¿Habéis sacrificado a vuestra propia hija?

—No, Cayo... —Tito trató de hacerle comprender su error.

—Eso no fue así... —añadió Cneo a su lado.

—¿Qué tengo que comprender? ¡Galla es mía! —Fue lo último que dijo antes de lanzarse sobre Cayo.

Afortunadamente, Aurelio junto a Tito y Cneo lo contuvieron.

—Licinia... ¿Por qué le dices esas cosas a Aulo? —Lili observaba desconcertada la discusión entre su hija y el General... hasta que, de repente, su gesto se ensombreció—. ¡No puede ser!

—¡Idiota! Nunca había estado con nadie... y lo sabes... ¿Crees que se hubiera entregado a ti si no te amase?—Licinia ignoró las palabras de su madre y miró al General con desprecio—. Galla te ha amado toda su vida; pero, al fin, te ha olvidado. Ella pertenece ahora a Tapares, es la compañera de su Dux.

—¿Tú?

La pregunta de Cayo resonó en la sala como una bofetada. Parecía que acababa de comprender lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Su mirada se endureció y sus puños se apretaron a ambos lados de su cuerpo mientras comenzaba a avanzar hacia donde Tito, Cneo y Aurelio lo retenían con dificultad.

—¿Tú rompiste el corazón de mi hija?

Aulo se quedó congelado antes de volver a dejarse caer en el suelo mientras apretaba con más fuerza el antifaz... su antifaz, lo único que tenía de su Vitadantis, su Principessa, su Galla.

¿Había hecho eso? ¿Había roto el corazón de su pequeña Principessa?

Cuando, antes de irse, había ido al Palacio a intentar hablar con ella, Licinia le había dicho que le había hecho daño, pero él había creído que se le pasaría pronto...

¡Qué equivocado había estado!

¿Cómo había pensado que había sido una niñería?

¿Por qué se había ido sin hablar con ella, sin tranquilizarla, sin prometerle que volvería a por ella y lo aclararían todo?

Sí, sabía que nunca había estado con nadie antes que él. La sangre en su triclinio lo demostraba.

¿Cuánto valor habría tenido que reunir Galla para presentarse en su casa?

¿Cuánto lo habría amado para hacer algo así?

¿Cómo había podido equivocarse tanto con ella?

—Aulo seguro que tiene una buena explicación para eso... —Tito, como siempre, intentó serenar el ambiente.

—Estuvo en cama durante más de dos semanas... pero, cuando se recuperó, la tristeza no la abandonó. —Lili se cubrió el rostro con las manos mientras se dejaba caer sobre el triclinio más cercano—. Nunca la había visto tan triste... Mi pequeña Galla... ¿Por qué no me lo contó?

—Mamá, Galla no quería perjudicar a Aulo. Si de mí hubiera dependido... —La mirada que dirigió a Aulo dejaba claro lo que habría hecho en ese caso—. Pero ella es... Ella es así.

Cayo comenzó a resoplar y, al verlo, Tito y Cneo dejaron a Aulo con Aurelio y lo rodearon tratando de calmarlo.

—¿Tú lo sabías y no me dijiste nada? —Lili señaló a Licinia de forma acusadora cuando bajó las manos de su rostro.

—Mamá... si te lo hubiera dicho, papá se habría enterado —trató de justificarse.

—Y yo hubiera acabado con la vida de este cabrón arrogante... —Cayo entrecerró los ojos y se lanzó sobre Aulo—. Pero no es tarde para eso.

Tito y Cneo trataron de sujetarlo, pero por algo era el Dux. Los derribó antes de pegarle un puñetazo a Aulo que no hizo nada por defenderse.

El General sintió que era lo que se merecía. Un puñetazo era demasiado poco, se merecía morir por haberle hecho daño a una criatura tan perfecta, tan maravillosa, tan hermosa como su Principessa, su Galla, su Vitadantis... Se sentía demasiado avergonzado.

—¡No! —Licinia se lanzó sobre él—. Galla no querría esto. Ella lo ha amado toda su vida... y no querría que lo castigaseis por rechazarla.

—¡Maldita sea! —Callo, a duras penas, logró controlarse. No veía ante él a su compañero de

armas, su General, su amigo... solo veía al responsable del dolor de su hija—. ¿Toda su vida?

—Mamá, papá... —Licinia miró a sus padres—. Sois unos padres maravillosos, pero... habéis estado ciegos...

En el suelo, con la mirada baja y el remordimiento devorándole, las palabras de Licinia resonaron en sus oídos. Su Principessa había estado enamorada de él toda su vida...

Él sí que había estado ciego...

¿Por qué había tardado tanto tiempo en darse cuenta de lo que significaba para él?

Repasó las últimas veces que había estado cerca de Galla. Como había hablado de su harén sin ningún rubor, como la había ignorado en su fiesta de cumpleaños ansioso por disfrutar de las nuevas mujeres que había incorporado a su harén tras la última Oblatio...

Las palabras de la premonición de su madre sobre su Vitadantis volvieron a su cabeza.

«No la verás,

pero ella estará ahí.

No la querrás,

pero la probarás.

¡Qué los dioses se apiaden de ti!

Porque por ella enloquecerás».

Nunca había creído en ellas. Siempre había vivido como si fuera algo ajeno a él. Las Vitadantis solo concernían a los demás.

Callo tenía razón, había sido un cabrón arrogante, por eso no había reconocido a Galla.

Las palabras de Leif resonaron en sus oídos mientras la aguamarina colgando de su cuello parecía haber aumentado de peso para llamar su atención...

«Una mujer robó mi corazón... Yo también tardé en aceptarlo... Cuando me di cuenta de quién era ella para mí... Era demasiado tarde... Ella había sido reclamada como Vitadantis por otro vampiro».

El tío de Cneo le había dicho que lo que iba a contarle le ayudaría. ¿Cómo habría sabido...?
No tenía sentido intentar averiguarlo. No le pasaría lo mismo que a él.

Aulo supo lo que tenía que hacer.

Lucharía por ella y empezaría reconociendo en voz alta lo que su cuerpo le estaba gritando.

A duras penas y con la ayuda de Aurelio se puso de pie.

—Galla es mi Vitadantis y aunque me lleve el resto de mi vida haré todo lo posible para que me perdone... para que me perdonéis todos y pueda recuperarla.

XXXIII.

En su biblioteca, allí donde guardaba sus libros, aquellos que había atesorado a lo largo de su vida, donde se escondía cuando quería pensar o descansar de las mujeres y la guerra... Allí donde siempre había sido feliz... su mirada quedó atrapada en el triclinio.

Incapaz de apartar sus ojos de él, se acercó con paso vacilante. Inmediatamente, una mancha marrón en la tapicería llamó su atención. Respiró hondo, después de tantos días, su olor todavía estaba allí...

Al percibirlo, lo que había vivido entre aquellas cuatro paredes la noche antes de su partida lo golpeó con una fuerza que provocó que sus piernas comenzasen a temblar hasta obligarlo a sentarse en el suelo.

Su Galla, su Principessa, su compañera, su Vitadantis... su comportamiento, su falta de delicadeza, las palabras que no había pronunciado, sus ojos llorosos, su grito ahogado al hundirse en ella sin la más mínima consideración y... su huida, la forma en la que había recogido sus cosas incapaz de mirarlo... ¡Todo volvió a su cabeza en un instante!

Ahogó un grito mientras se llevaba las manos a la cabeza. Lo había hecho todo mal. No podía haber sido más idiota. No había podido tratarla peor.

La culpa lo dominó y se maldijo, pero no era suficiente... Necesitaba hacerse daño, deseaba sentir dolor para, de alguna forma, compensar todo lo que le había hecho a la criatura más preciosa de la Tierra.

Siempre había sabido que era hermosa, cariñosa, única, demasiado buena... Era perfecta, por eso había jurado protegerla y... ¿qué le había hecho?

Prefirió no recordarlo. Lo peor era que sabía que aquella desconocida que se había

presentado en su casa había despertado como nunca nadie antes su lujuria porque se parecía a su Principessa.

Y él, el poderoso General de Nastea, había estado ignorándola durante años porque había decidido que no estaba hecho para tener Vitadantis.

Y él, el invencible General, había emprendido su última misión sin ni siquiera hablar con ella porque había considerado lo que había ocurrido como una niñería.

Y ahora él, el vampiro más estúpido de toda Nastea, no podía hacer nada más que intentar encontrar la forma de recuperarla.

–Galla... –Su voz sonaba como un lamento, uno que recordaría toda su vida.

Nadie la merecía y él menos que nadie. Y sin embargo allí la había tenido, allí la había hecho suya para después rechazarla y no mover ni un solo dedo cuando se había ido.

No podía seguir en aquella habitación ni por un instante más. No podía soportar el recuerdo de lo que había hecho... No creía que pudiese llegar a perdonarse jamás.

Con paso rápido, abandonó la biblioteca con un portazo.

–Aulo... estás de vuelta...

–¿No tienes hambre?

–Estoy ansiosa por que me folles...

Del otro lado le esperaban las mujeres de su harén y, al verlas, al notar su contacto cuando se acercaron a él para ofrecerle sus cuerpos jugosos... el asco lo dominó. Sintió como todo su ser rechazaba su proximidad. No tocaría a ninguna otra hembra, a ninguna mujer en su vida... Su piel solo anhelaba a su Principessa y tocar a cualquier otra... le resultaba sencillamente insoportable aunque ya hubieran pasado muchas semanas desde la última vez que se había alimentado.

Incapaz de moverse, rodeado de todas aquellas mujeres cuya compañía no hacía tanto tiempo le había resultado apetecible, al fin comprendió a sus amigos. Para ellos no era un sacrificio estar solo con su Vitadantis. Una vez que habían respirado su aroma, habían besado sus labios o se habían hundido en su calor... todas las demás les resultaban repulsivas. Solo quería a

Galla, estar con Galla, tocar a Galla. Rodeado de las mujeres de su harén su desesperación por ella aumentó.

Entre gritos, ordenó a Ter, su mayordomo, que se deshiciera de su harén. Las mujeres lo miraron confundidas; pero, muy pronto, desaparecieron de su vista mientras trataba de recuperarse.

¡Cómo cambiaban las cosas! ¡Cómo cada una adquiría su verdadera importancia!

Esa misma mañana, había recorrido las calles de Nastea victorioso... y ahora... cuando todavía la noche no había dejado paso al siguiente amanecer, nunca se había sentido más derrotado.

Atrás, en el Palacio del Dux, había dejado al que siempre había considerado su hermano. Cayo lo había mirado con una fiereza que solo le había visto dedicar a sus enemigos en el campo de batalla. No creía que pudiese llegar a perdonarlo nunca, porque no creía que él pudiese perdonarse a sí mismo jamás.

–No vuelvas hasta que te llame... Si te vuelvo a ver antes, te mataré. –Eso fue lo último que le dijo antes de girarse y acercarse a Lili que, a su lado, había comenzado a llorar mientras Licinia trataba de consolarla.

Tito y Cneo junto a Aurelio, no habían perdido el tiempo y lo habían sacado rápidamente del Palacio. Juntos, lo habían acompañado hasta su casa. Sus hermanos apenas habían pronunciado una palabra durante todo el trayecto.

–Intentaremos calmarlos, pero están demasiado dolidos.

–¿Qué ocurrió entre vosotros?

¿Qué podía responderles?

¿Que todo era cierto?

¿Qué la había rechazado?

¿Qué hasta que había escuchado las palabras de Licinia no se había dado cuenta de la magnitud de su error?

¿Qué acababa de comprender que Galla era su Vitadantis?

¿Qué prefería que Cayo lo matase antes de vivir sin ella?

Se sentó en el suelo del atrio de su opulenta mansión, con su espalda apoyada en la pared, el antifaz de Galla en una de sus manos, y, por primera vez en su vida, lloró.

No lo había hecho cuando había perdido a compañeros de armas en la batalla.

Ni siquiera cuando su padre murió y asistió impotente a como su madre le seguía poco después...

Aquella vez era diferente.

Lágrimas de sangre recorrieron sus mejillas de forma incontrolable mientras se regodeaba en la culpa, la pena y la desesperación. Y allí permaneció durante horas hasta que notó una mano en su espalda y abrió los ojos.

Aurelio estaba allí.

—¿Lo sabías? —La pregunta brotó sola de sus labios.

—Vera... no me lo dijo, pero lo pude leer en su mente.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no me correspondía a mí decírtelo.

—¡La he perdido!

—Mi General no puede darse por vencido tan rápidamente

—Pero ella... ella no podrá perdonarme. ¡Yo no lo haría!

—Pero tú no eres Galla.

XXXIV.

Los días se sucedían lentamente. Poco a poco, Galla se sentía más a gusto en Tapares. El calor ya no le molestaba, los altos edificios no le sorprendían y Eurico se había transformado en una presencia reconfortante.

Lentamente el profundo dolor que la había acompañado tras ser rechazada por Aulo se convirtió en algo lejano aunque presente... hasta parecerse demasiado a una especie de nostalgia; la nostalgia por lo que pudo haber sido y no fue.

Por desgracia, Ariadna no parecía sentirse igual y, muy pronto, se convirtió en la principal preocupación de Galla. No comprendía muy bien lo que le ocurría. Cada día estaba más taciturna y retraída como si algo le molestase más allá de lo tolerable. Llegó un punto en el que apenas salía de sus habitaciones. Como Eurico le había prometido, su amiga disfrutaba de la misma consideración que ella misma. Una docena de doncellas la atendían día y noche y, al igual que ella, tenía a su entera disposición una alcoba, un par de salones e, incluso, un enorme balcón desde el que podía contemplar las mejores vistas de la ciudad. Muy pronto descubrieron que las habitaciones de ambas estaban comunicadas a través de una puerta oculta. Las doncellas les explicaron que el anterior Dux había ordenado construir decenas de esas puertas y que, muchas de ellas, ni siquiera sabían con exactitud qué habitaciones conectaban. Galla no pudo evitar pensar en Licinia. ¡Lo que habría disfrutado tratando de encontrarlas!

Desgraciadamente, ni siquiera la mención de Licinia animó a su amiga. Nada parecía complacerle y solo al anochecer se veía con ánimos para aventurarse fuera de ellas.

—¿Qué te ocurre? ¿Quieres volver a Nastea? —Al final de la tercera semana de su estancia allí, Galla se atrevió a hacerle una pregunta cuya respuesta no estaba muy segura de querer

conocer.

—No... yo... a pesar de todo, prefiero estar aquí... —Su rostro confundido la sorprendió.
¿Qué le ocurría?

—¿A pesar de todo? ¿A qué te refieres?

—Es una forma de hablar... —La miró nerviosa—. A pesar del cambio... Tapares es tan diferente a Nastea.

—¡Eso es cierto! Pero el que sean diferentes no tiene por qué ser malo.

—No... No digo que sea malo... simplemente...

—Simplemente prefieres Nastea, ¿verdad? —No esperó a que le respondiese—. Pues que sepas que el Dux, Eurico, pregunta cada día por ti...

La mención del nombre del Dux de Tapares la sobresaltó.

—¿Por mí?

—Sí... es muy amable y parece muy preocupado por que estés cómoda. —Galla sospechaba que a Ariadna, Eurico no le gustaba. No le extrañaba. ¿Cómo le iban a gustar los vampiros después de lo que le había ocurrido en Baste? Si ella hubiera sido un vampiro macho, tampoco le gustaría.

—No tiene por qué preocuparse. Mis habitaciones son magníficas y las doncellas no pueden ser más atentas.

—Me ha preguntado por tu vida en varias ocasiones... —Cada día hablaban sobre ella. Eurico parecía fascinado por cualquier pequeño detalle que le pudiese contar sobre sobre Ariadna. Intentando que su amiga lo viese con buenos ojos, se decidió a decírselo.

—No creo que mi vida sea demasiado importante. Solo soy una mujer insignificante frente a un gran Dux. ¿Por qué habría de preocuparse por mí? —Su rostro se llenó de algo que Galla no supo interpretar. ¿Impotencia? ¿Fastidio? ¿Ironía?

—Estás siendo injusta con él. Quería saber cómo te habías adaptado a Nastea tras tu llegada de Baste.

—¿Baste? —Su rostro se llenó de dolor.

Tras su llegada de Nastea, varios jefes de las principales Gens de la ciudad habían parado a Ariadna por la calle mientras paseaba con ella para interrogarle sobre cómo había logrado acabar con Cornelio. Cuando había observado su cara horrorizada, la había llevado de regreso al Palacio y, tras hablar con su padre, no se había vuelto a repetir el incidente. Ariadna prefería no hablar de ello. Aquel día había sido uno de los peores días de su vida... Una vida repleta de días malos y todos ellos relacionados con vampiros.

—No temas, no le he dicho nada... Él sabe lo que hiciste en Baste antes de huir. Todo Nastea y Tapares lo saben; Cornelio era su enemigo común, así que no necesita saber nada más. Yo solo le he contado vaguedades, pero me pareció muy atento por su parte.

—¿Atento o cotilla?

—Vuelves a ser injusta. Hace lo que haría cualquier anfitrión cuando su invitada desaparece. ¿Eres consciente de que no has vuelto a acompañarnos en nuestras excursiones tras la primera semana? Si te soy sincera, yo también me pregunto qué ocurre.

—Yo... prefiero que sea así.

—¿Tan poco te gusta Tapares que prefieres no salir de su Palacio?

—No es eso... —Se retorció las manos nerviosa. A Galla le recordó a la vieja Ariadna, la que había conocido recién llegada de Baste cuando todavía estaba demasiado aterrada y dolida—. Es que creo que debéis estar solos para conoceros mejor. No quiero molestar.

—¡Tú nunca molestas!

—Sí lo haría si estuviera con vosotros. ¿Para qué me necesitáis? Tenéis que pasar tiempo juntos... sin nadie más.

En eso Galla no pudo llevarle la contraria...

Tenía que pasar tiempo a solas con él... o, al menos, con él y la guardia personal que los acompañaba a todos lados y... conocerse.

Así que se conocieron.

Eurico era un Dux atento a las necesidades de sus ciudadanos fueran humanos o vampiros. Parecía no tener ningún problema en escuchar las peticiones o sugerencias de cualquiera de ellos

en cualquier momento... aunque a veces fueran contradictorios.

–Dux, necesitamos edificios más altos... para disfrutar de las vistas.

–¿No sería mejor limitar la altura de los edificios? Los dioses pueden pensar que los estamos desafiando y castigarnos por ello.

–Me gustaría que dispusiéramos de más fuentes... su sonido me calma.

–¡Dux! Todas esas fuentes son un desperdicio de agua. ¡Hay que ponerle remedio!

–¡No puedo con este calor! Necesitamos un nuevo sistema de aire acondicionado...

–¡Qué temperatura más agradable! No entiendo por qué insisten en instalar climatización.

A todos los escuchaba con atención y deferencia; aunque, en ocasiones, Galla había descubierto en su rostro el asomo de una sonrisa.

En esos momentos, Galla veía al vampiro detrás del Dux... Alguien realmente atractivo. ¿Por qué no sonreía apenas? En todo el tiempo que habían pasado juntos y muy pronto llegarían a la primera luna, nunca lo había visto sonreír. Era como si siempre estuviera bajo control, pendiente de elegir todas y cada una de las palabras que usaba o los gestos que hacía.

Un día, cuando Eurico la acompañaba de vuelta al palacio, se atrevió a preguntarle el porqué de su comportamiento.

–Galla, tu padre nació siendo el hijo de un Dux. Sabiendo que le sucedería, pero yo... mi familia nunca fue especialmente importante en Tapares.

–¿Cómo...?

–Nos costó mucha sangre llegar hasta aquí y, por ello, siento que es mi deber con mi Gens hacer todo lo posible para ser digno de mi ciudad y de mi pueblo.

–Mi padre me contó que te nombraron Dux hace dieciocho años... ¿Todavía no puedes... relajarte un poco?

–No, Galla, debo afianzar mi posición cada día. Y así deberá ser durante todo el resto de mi vida. Si tengo suerte, mi hijo... cuando nuestro hijo me suceda, él sí podrá relajarse. Yo debo

luchar porque él lo tenga un poco más fácil.

Las palabras de Eurico la conmovieron y se sintió más cercana a él.

Ariadna tenía razón. Estando a solas con él había comenzado a conocerlo y, lo que descubrió, le gustó. Por eso, cuando pasó la primera luna y Eurico la tomó de la cintura y la besó... no se sintió molesta... ni perturbada...

¿Eso no debería haberla aliviado?

Su único temor al aceptarlo había sido que le resultase repulsivo o no le gustase de alguna manera, pero no era así. Su beso era prueba de ello.

El problema era que no había sentido nada...

Nada comparable ni remotamente a lo que había sentido con Aulo...

Y cuando vio los ojos de Eurico tras besarla... Unos ojos que la miraban con la misma atención con la que miraba a los ciudadanos que lo paraban para hablar con él, lo supo...

Siempre la trataría con respeto y velaría porque fuese feliz, porque eso era lo que debía hacer.

Pero también supo que estaba dispuesto a cualquier cosa por su ciudad, incluso a unirse a alguien a quien nunca amaría.

XXXV.

Aulo llevaba más de una semana recluido en su casa y estaba a punto de volverse loco... si no lo estaba ya. Al fin y al cabo... ¿No era lo que había predicho su madre?

«No la verás,
pero ella estará ahí.
No la querrás,
pero la probarás.
¡Qué los dioses se apiaden de ti!
Porque por ella enloquecerás».

Y él sabía que ya había enloquecido.

Tito y Cneo lo habían visitado cada día. Sus amigos lo habían mantenido al tanto de lo que estaba ocurriendo; pero, sobre todo, le habían recordado que, a pesar de la necesidad imperiosa que tenía de ir tras Galla, no debía salir de su casa. No, si quería conservar su vida.

—Es demasiado pronto... —Tito, como siempre, era el más cauteloso—. A Cayo le está costando mucho trabajo asumirlo...

—Pero, yo necesito hablar con ella. Necesito tratar de arreglar las cosas.

—Primero tienes que arreglar las cosas aquí. Cayo... —le había explicado Cneo— y Lili están demasiado enfadados.

—Tú no estabas aquí todos aquellos días en los que Galla no quería salir de su cama ni alimentarse. Pensamos que la perdíamos.

No, no había estado allí... Tito solo estaba diciendo en voz alta lo que ya sabía. Si lo hubiera

hecho... Si hubiera hecho todo de otra forma, tendría a Galla en su vida. Pero no podía haberlo hecho peor.

–Y después, cuando se curó, no era la misma.

–Su decisión de aceptar a Eurico... terminó de romper el corazón de Cayo y Lili.

–Nosotros no sabíamos que todo esto tenía que ver con su enamoramiento por ti...

–¿Vosotros lo sabíais?

Tito y Cneo se miraron.

–Creíamos que tú lo sabías.

–Era bastante evidente.

Aulo negó en silencio. El General cuya intuición le hacía adivinar el siguiente movimiento de sus enemigos, había estado ciego ante Galla.

–Pero... ¿Cuánto tendré que esperar?

Tito y Cneo se miraron de nuevo antes de hablar.

–No lo sabemos... Solo sabemos que Cayo está tan enfadado que... necesita muy poco para hacer algo de lo que más tarde se arrepentiría, pero que ya no tendría remedio.

Durante aquellos aciagos días solo Aurelio había sido una presencia constante a su lado. En su estado enloquecido él fue su único consuelo.

La desesperación al comprender el dolor que había causado a su Vitadantis. La necesidad de ir tras ella e intentar recuperarla. El temor a no volver a contar con la confianza de quien era más que su Dux, un hermano...

Todo se mezclaba en su cabeza hasta el punto de no poder pensar con claridad. Sus días eran una sucesión de recuerdos que le hacían comprender la envergadura de su error. Se agolpaban en su cabeza hasta acabar con cualquier atisbo de esperanza.

No veía de qué forma Galla... o Aulo, Lili y Licinia podrían perdonarlo...

No podía dormir, no se alimentaba y llegó un punto en que mantenerse con vida se volvió una tortura. Se pasaba las horas sentado a la puerta de su biblioteca con el antifaz entre sus

manos y la única compañía de Aurelio.

–Tu compañera te estará echando de menos... Tu pequeño hijo... –En uno de los escasos momentos de lucidez se dio cuenta de lo que Aurelio estaba sacrificando para permanecer a su lado.

–Tú eres mi General y Vera lo entiende. Y en cuanto a Aurelio Minor... –Su rostro se suavizó. Amaba profundamente a su familia—. Es muy pequeño y tengo toda mi vida para ver cómo crece.

–Es un sacrificio demasiado grande... –Ahora lo entendía. Había estado ciego ante tantas cosas—. ¿Cómo Vera lo va a entender?

–¿Recuerdas? Tú estuviste para mí...

–Esto es distinto...

–No lo es... Aunque no lo creas, fue Vera quien me dijo que estuviera contigo. Ella me recordó lo que habías hecho por mí –le confesó– y ahora lo menos que puedo hacer es estar para ti...

–Pero...

–Además así me aseguro que no hagas ninguna locura.

–¿Alguna locura? Como si a alguien le importara... No creo que nadie me echase de menos. –Galla lo odiaba, Licinia y Lili también y Cayo quería matarlo. Al menos Tito y Cneo no lo miraban con desprecio, solo con preocupación.

–¡Qué equivocado estás! La Cernide te necesita, Nastea te necesita... incluso el Dux te necesita, aunque ahora le cueste reconocerlo... ¡Todos te necesitamos!

–Pero yo necesito hablar con Galla... volver a verla... –Sentir su tacto, borrar la tristeza que había visto en su rostro la última vez que habían estado juntos, confesarle que no podía vivir sin ella, hacerla jadear una y otra vez de placer hasta que olvidase todo el dolor que le había provocado y, finalmente, hundirse en ella hasta que nada ni nadie pusiese en duda que su Principessa era suya—. Yo...

–Galla está en Tapares con Eurico y eso... –Aurelio negó con la cabeza apesadumbrado.

Aulo se dio cuenta de que él sabía muy bien por lo que estaba pasando y lo difícil que estaba siendo para él—. Eso, de momento, no lo puedes cambiar.

Y eso, precisamente, era con lo que no podía vivir. Lo que lo atormentaba.

La idea de que ese macho, Eurico, tuviera a su Vitadantis, a su Principessa. Que él estuviese besándola o probándola...

Su cabeza le mostraba imágenes muy precisas de ellos juntos y... cuando el dolor ya era insoportable, sabía cómo terminar de destrozarlo.

¡Al menos él no le haría daño!

¡Al menos él sería muy consciente de lo afortunado que era!

¡Al menos él la trataría como se merecía!

Aurelio tenía razón. Si no hubiera estado a su lado, la comprensión de todo lo que había hecho, de todo lo que estaba ocurriendo, probablemente le habría llevado a quitarse la vida.

No le extrañaba que Leif hubiese abandonado Nastea y renunciado a su nombre... Lo que estaba viviendo era insoportable.

Afortunadamente, al octavo día, se presentó en su casa una legión de la Cernide con un mensaje. El Dux lo reclamaba en su Palacio.

—No, Aurelio, esto debo hacerlo yo solo.

Su segundo se había empeñado en acompañarlo, pero había trances por los que solo él debía pasar y enfrentarse a su Dux era uno de ellos.

Cuando entró en el salón del trono y vio los rostros de Cayo y Lili comprendió que no iba a ser fácil.

—Lo siento... —Nunca había sido más sincero. Cayó de rodillas y buscó bajo su toga el antifaz de Galla. Era lo único que tenía de ella. Su posesión más preciada. No se merecía más que la muerte y, allí arrodillado, fue lo que esperó. Que Cayo, el padre de Galla, tomara su daga y rebanase su cuello.

–Aulo has sido mi amigo más cercano... el General siempre victorioso de mis ejércitos... mi súbdito más leal... –La voz del Dux estaba llena de tristeza.

–Ha sido un honor para mí haber estado a tu lado tanto tiempo. –Necesitaba decirlo en voz alta.

–Lo que descubrí... Lo que le hiciste a mi querida hija... –Su voz se endureció–. Durante estos días la ira apenas me ha dejado pensar con claridad.

–Yo... –No supo qué decirle... Cómo expresar en palabras lo culpable que se sentía.

–Pero, finalmente, tras escuchar a Licinia, a Vera y... a Tito y Cneo...

El silencio se hizo en la enorme sala... Los pasos de Cayo bajando de su trono llegaron a sus oídos y se mantuvo quieto, esperando sentir el frío del acero antes de clavarse en su carne, mientras apretaba con más fuerza la tela del antifaz. No se merecía nada mejor.

–Hemos comprendido que el dolor que debes sentir ante lo que ha ocurrido... debe ser al menos tan intenso como el que sentimos Lili y yo.

Aulo apretó los labios. Galla sería su hija... pero para él era todo su mundo.

–Y también hemos descubierto que ignorabas que mi hija te amaba y que era ella quien había ido a tu casa... –Al todopoderoso Dux se le entrecortó la voz.

Al menos, pensó Aulo, su amigo había descubierto la verdad. Lástima que a él no le sirviese de consuelo.

–Por todo eso hemos concluido que... ninguna falta ha sido cometida y, por tanto, ninguna falta debe ser excusada...

Aulo levantó la cabeza al escuchar sus últimas palabras. Al hacerlo, descubrió que Cayo estaba a su lado y le ofrecía la mano para ayudarlo a levantarse. La esperanza floreció en su interior.

–Cayo... yo...

El Dux levantó la mano para hacerle callar.

–Pero no puedo perdonarte el que le hayas hecho daño a mi hija y, es por eso, que te debo imponer un castigo...

Una vez de pie, se miraron fijamente. En los ojos del Dux había reproche, pero algo más...

¿Confianza?

—¿Cuál es mi sentencia?

—Acudirás a Tapares y traerás de vuelta a Galla... —La voz de Lili resonó en el salón.

—No regreses si no lo haces con ella... —añadió Cayo—. Cuando la traigas, espero encontrar la forma de perdonarte.

XXXVI.

Aulo entró en su casa como un tornado. Antes de partir, debía recoger todo lo que necesitaba; un par de neutralizadores, su daga ceremonial, ropa, visores, binoculares... Iría a en su aerodeslizador a Tapares y volvería con Galla, aunque fuese lo último que hiciese. Hablaría con ella y la convencería para que regresase a su lado. No se la merecía, nadie en realidad se merecía a su Principessa, pero dedicaría toda su vida a hacerse digno de ella. Esperaba que una vida fuera suficiente para lograrlo.

¿Y si no la convencía? ¿Y si no lograba recuperarla? ¿Y si no le perdonaba?

La posibilidad lo congeló un instante... pero siguió adelante. Si eso ocurría, se lo tendría bien merecido. Nadie mejor que él sabía todas las razones que podía tener Galla para no perdonarle; todas las veces que, a sabiendas o no, la había herido irremediablemente. Durante la semana de penitencia que había pasado encerrado en su casa las había repasado.

Galla tenía motivos de sobra para rechazarlo; pero esperaba que su Principessa, la criatura más bondadosa que había conocido en su vida, pudiese, de alguna forma, perdonarlo. Si no era así, solo pensarlo provocó que sus entrañas se revolviesen, cumpliría la misión que le había encomendado su Dux, la pena que le había impuesto. La traería de vuelta a Nastea. La convencería costase lo que costase. Si no lograba que lo aceptase como compañero, actuaría como General y la devolvería a Nastea. Ese era su lugar, no en una ciudad extranjera lejos de su familia.

Si no lo perdonaba...

Si no lo aceptaba...

Si fracasaba... al menos la traería a casa. Ya encontraría la forma de quitarse de en medio, porque lo que sabía era que él no podría vivir sin ella. No después de saber que era su Vitadantis. Se lanzaría a una misión suicida... Aurelio lo había hecho, ¿por qué no él?

Cuando salió de su casa se encontró un obstáculo con el que no contaba. Lo esperaba Licinia. No pudo evitar mirarla avergonzado.

¿Habría venido a reñirlo?

¿Quizás a recordarle el daño que le había hecho a su hermana?

¿Querría asegurarse de que iba a cumplir su pena?

Contuvo la respiración mientras la hermana de Galla lo miraba enfadada, pero algo en su rostro había cambiado. Sus ojos lo miraban airados, pero había algo más... Algo que reconoció inmediatamente porque también lo había visto en su imagen reflejada en una de las cristaleras de su casa mientras se preparaba para partir. Los ojos de Licinia estaban llenos de ansiedad.

—Solo te pido una cosa... —Puso su mano sobre su pecho. Aulo notó como temblaban—. Estos días sin Galla... Mis padres y yo, incluso la pequeña Atia, no podemos seguir sin ella. Tráela de vuelta. Trae a mi hermana a casa, por favor.

—Licinia, tienes mi palabra.

Y supo que lo lograría aunque fuese lo último que hiciese.

Sin perder un instante, cruzó las calles con rapidez. Todos se apartaban a su paso. Los murmullos desconcertados de vampiros y humanos llegaban a sus oídos. Seguramente se preguntarían qué se traía entre manos su General.

Sonrió para sí. No sabían la verdad. Si se hubieran fijado más en él sabrían que no quedaba nada del glorioso y arrogante Aulo que poco más de una semana antes había recorrido sus calles celebrando su última victoria.

La gloria no servía de nada, si sus campañas como General hubiese sido menos gloriosas, quizás no se habría creído que podía vivir sin Vitadantis.

La arrogancia había sido un estorbo que le había llevado a ignorar a Galla y lo que su cuerpo

sentía por ella.

La victoria de la que había disfrutado no era nada si no podía compartirla con la única criatura importante en su vida.

¡Cuántas cosas había aprendido en poco más de una semana!

Lástima que no las hubiese comprendido antes.

¡Hasta Leif le había advertido!

¡Qué ciego había estado!

¡Y qué estúpido!

Afortunadamente, tras su entrevista con el Dux, tenía algo que hacer, una importante misión que cumplir donde esperaba mostrar a Galla lo que había aprendido. ¡La más importante de su vida!

Cuando tomó el aerodeslizador en las puertas de la ciudad, descubrió que no estaba solo. De pie, junto a la puerta férreamente custodiada había una figura conocida. Una que no había esperado encontrarse.

¿Estaba esperándolo? No podía ser.

—¿Aurelio?

—He escuchado que te vas de la ciudad.

—Pero...

—Soy tu segundo, ¿recuerdas?

—Esto no tiene que ver contigo, esto...

—Si creías que te iba a dejar solo... Estabas muy equivocado.

—No tienes ninguna obligación...

—Ya sé que no tengo que hacerlo, pero quiero hacerlo.

XXXVII.

Tras besarse, Galla había escuchado a Eurico toda la noche. No sentían nada el uno por el otro; pero, al menos, ya eran amigos.

–Aun disponemos de tres lunas para decidir qué hacer... Tu padre fue muy precavido.

Ya había cambiado la luna una vez desde que había llegado a Tapares. Galla apenas había sido consciente de que ya llevaba un mes allí. Echaba de menos su ciudad y a los suyos, a menudo se acordaba de lo que había dejado atrás... pero la alternativa... Seguir viviendo en el lugar donde había sufrido el mayor desengaño de su vida, arriesgarse a volver a ver... a Aulo.

–Yo... no cambiaré de idea –le explicó–. No puedo volver a Nastea...

Las palabras de Galla sorprendieron a Eurico. Habría jurado que en sus ojos había aparecido un destello de desilusión.

–Nunca he estado en Nastea, pero mi hermano siempre la describe como una ciudad muy hermosa...

–Y lo es... pero... simplemente no puedo...

–Tiene que haber una razón... aunque comprendo que a lo mejor no me la quieres contar.

Galla miró a Eurico. Podía no decirle la verdad, pero necesitó hacerlo. Se merecía conocer los motivos por los que estaba allí.

–Alguien me rompió el corazón en Nastea.

–¡Eso es imposible! –Sus ojos se llenaron de sorpresa.

La reacción de Eurico le hizo sonreír.

–Créeme... sí que lo es. Estuve postrada en cama varios días intentando recuperarme –le confesó. No tenía sentido esconderlo. Había apostado todo por un amor que no había sido correspondido. No se avergonzaría de haber luchado por lo que quería. ¡Lástima que solo le

hubiera provocado dolor!

–¿Quién podría rechazarte?

–No entiendo la pregunta.

–La hija del Dux, el orgullo de Nastea, hermosa, inteligente, culta... ¡No lo entiendo!

Galla le sonrió sin alegría.

–Me miras con muy buenos ojos... pero no todos me ven igual.

Eurico la cogió de la mano antes de mirarla fijamente.

–Que un idiota te haya rechazado no quiere decir que en el futuro puedas volver a enamorarte... aunque no sea de mí.

–No lo comprendes... Lo amaba desde que era una niña. Era todo mi mundo... Mi corazón no creo que nunca se reponga.

–No sé cómo tomarme tus palabras. –Entrecerró los ojos y la miró con exagerado fastidio. ¿Eurico estaba bromeando con ella?–. Ahora sé por qué aceptaste mi propuesta...

–Tienes razón, quizás no fuera el mejor motivo, pero... –Galla esperaba no haber metido la pata confesándole la verdad–. ¿Y tú?

–¿Yo?

–¿Por qué hiciste esa oferta a mi padre?

La volvió a mirar fijamente.

–He de confesar... –Se aclaró la voz con gesto teatral–. He de confesar que mis motivos no son mucho mejores...

–Lo dudo, seguro que son mejores que los míos... –Solo los buenos amigos podían estar haciéndose esas confidencias.

–Pues cuando te los cuente... no sé si cambiarás de idea.

–Déjame adivinar... ¿Por el bien de tu ciudad?

–¿Cómo lo has adivinado? –Su rostro se llenó de sorpresa.

–Intuición femenina... –ahogó una carcajada.

–¿Ves como no me equivocaba? Bella e inteligente... El idiota que te rechazó seguro que ya

se ha arrepentido de haberlo hecho.

Galla negó con la cabeza.

–Estoy segura de que no se arrepentirá...

A la mañana siguiente, mientras explicaba a Ariadna su conversación con Eurico, el Dux apareció ante ellas sin previo aviso. Normalmente no las visitaba hasta media mañana, pero aquel día estaba allí a primera hora.

Se habían presentado ante las puertas de Tapares un par de extranjeros pidiendo audiencia con su Dux. Así que, sin perder tiempo, Eurico había acudido a su palacio con una sonrisa en la boca y un plan en la cabeza.

–Sospecho que ya conozco el nombre del vampiro que te rompió el corazón.

–Eso es imposible... –¿Cómo iba a saberlo? ¿Alarico lo habría descubierto y le habría enviado un mensaje? ¿Quizás en vez de Alarico había sido alguno de los espías que, no dudaba, tenía en Nastea?

–¿Es quizás su nombre Aulo, el invencible General de Nastea? –Fue lo único que le dijo mientras la conducía al salón del trono.

–¿Cómo...?

Cuando ocupó su lugar junto a Eurico y vio aparecer a Aulo, su corazón se detuvo.

¿Qué hacía allí?

XXXVIII.

–**General...** ¿a qué debemos su presencia en Tapares? –Eurico tomó de la mano a Galla que, a su lado, no podía dejar de mirar a Aulo.

¿Qué hacía allí?

¿Por qué tenía un aspecto tan demacrado?

¿Había venido acompañado solo por Aurelio que permanecía a su lado?

¿Dónde había dejado a la Cernide?

¿Por qué la miraba fijamente?

Cuando había abandonado Nastea, sabía que Aulo estaba muy cerca de completar su misión. Seguramente ya habría celebrado su victoria y habría disfrutado de decenas de mujeres complacientes... ¿No debería estar encerrado en su casa rodeado de las hermosas mujeres de su harén?

El viejo dolor en su pecho la asaltó provocando que su estómago se contrajese. Respiró hondo tratando de dominarse. Ahora ella pertenecía a otro... o, al menos, se había comprometido a intentarlo. Después de la conversación que había sostenido con Eurico, no estaba muy segura de conseguirlo, pero eso no tenía por qué saberlo el General. Al menos ya eran amigos... y a partir de ahí construirían su relación. ¿Verdad? Intentó convencerse de ello.

No permitiría que la presencia allí de Aulo, el vampiro que muy pronto olvidaría, la afectase... No se fijaría en la forma en la que estudiaba su rostro ni en cómo su mirada se había ensombrecido cuando Eurico la había tomado de la mano. Otra cosa era que intentase adivinar por qué estaba allí. Era inteligente, eso le había recordado Eurico, era normal que se hiciese preguntas.

–He venido a hablar con Galla a solas.

Al escuchar su declaración, estuvo a punto de ahogar un grito. ¿Qué quería decirle? La mirada que le dirigió después de hablar la desconcertó. Parecía llena de desasosiego, incluso ansiedad. Nunca lo había visto así. Aulo siempre había sido el arrogante General de la Cernide y, sin embargo, en aquel salón del trono solo veía a un vampiro nervioso e inseguro.

—¿Galla? —Eurico a su lado se tensó. Galla ya lo conocía lo suficiente como para saber que las palabras de Aulo no le habían gustado.

—Ese es su nombre. —La voz de Aulo retumbó en el salón casi vacío mientras permanecía de pie con los brazos cruzados y con expresión fiera. Los guardias del Dux se giraron hacia él mientras Aurelio lo miraba incómodo.

Aulo estaba siendo muy poco respetuoso con Eurico. Estaba hablando con el Dux de Tapares, estaba en su salón del trono, rodeado de su guardia personal... ¿Qué le ocurría? ¿Por qué se comportaba así?

—¡Eres un insolente! —Con la mano libre, pegó un manotazo en el reposabrazos de su opulento sillón—. Es de mi compañera de quien estás hablando.

Dio un respingo y miró a Eurico que le guiñó un ojo a escondidas. Desde su posición, Galla observó cómo los guardias del Dux entrecerraban los ojos y, lentamente, apuntaban sus armas en dirección al extranjero que había alterado a su amo y señor.

Volvió a preguntarse a qué se debía su petición. Hablar con ella... ¿para qué?

Ya se habían dicho todo...

Ya lo habían aclarado todo...

Él lo había hecho sin posibilidad de error.

La respuesta de Eurico pareció molestar a Aulo que apretó los puños de forma visible. Parecía estar tratando de dominarse para no lanzarse sobre Eurico. Al Dux, a su lado, pareció divertirse su reacción y no dudó en acercarla más a él. Su movimiento provocó que Aulo resoplase de forma evidente.

—Para mí siempre será la hija de mi Dux... —Su voz atronó en el salón mientras, a su lado, Aurelio lo miraba con preocupación—. El orgullo de Nastea.

¿A qué venía eso? Ella se había ido y había renunciado a Nastea. De repente una idea cruzó su mente. Quizás había ocurrido algo...

–Ya no pertenece a Nastea si no a Tapares. –La mirada de Eurico se endureció aún más.

Galla miró a ambos. Si no intervenía, aquella situación iba a acabar mal y, a lo mejor, Aulo traía un mensaje de sus padres... Tomó una decisión.

–Eurico...

–Sí, querida... –El Dux le sonrió afectuosamente mientras besaba su mano.

Un ruido extraño se escuchó en el salón. Galla miró sorprendida a Aulo, ¿había gruñido? El General siempre había sido un vampiro atento y cortés, nunca lo había visto así... y la forma en la que, a su lado, lo estaba mirando Aurelio le confirmaba que él pensaba lo mismo.

–Hablaré con él a solas...

–¿A solas? –Eurico entrecerró los ojos.

–Yo me quedaré con ellos. –Ariadna se adelantó y Eurico la miró fijamente de una manera extraña. El Dux no parecía muy complacido por su intervención, pero Galla agradeció que su amiga, como siempre, estuviese allí para ayudarla cuando las cosas se ponían difíciles.

–Y yo también... –Aurelio se unió a Ariadna.

–Aulo seguramente trae un mensaje de mi familia... –Galla se giró hacia Eurico. Necesitaba descubrir de qué se trataba. ¿Estaría su joven hermana enferma? ¿Quizás sus padres o Licinia? Necesitaba saberlo...

–¿Tú crees?

–Debe ser algo importante... –Galla se revolvió nerviosa—. Ha hecho un largo viaje desde Nastea como para irse sin entregarlo.

–Pero eso no le excusa de comportarse de forma inapropiada con el señor de la ciudad de Tapares.

–Eso es cierto, pero... quizás se debe a que es algo urgente. Discúlpalo, por favor.

–Si tú me lo pides... –Volvió a besar su mano y un nuevo gruñido retumbó en el salón. Galla no tuvo falta de girarse para conocer su procedencia. A su lado, Eurico pareció complacido.

¿Estaba provocando a Aulo a propósito? ¿Y por qué a Aulo parecían molestarle las expresiones de afecto de Eurico? No sabía qué pensar—. ¿Puedo fiarme de él?

La pregunta de Eurico provocó que Aulo todavía se pusiera más tenso. A duras penas parecía contenerse sin saltar sobre el Dux de Tapares. Sin la constante presencia de Aurelio a su lado, seguramente lo habría hecho.

—Es el General de mi padre. Estoy segura de que no hará nada que me moleste.

—La pregunta es... ¿Hará algo que me moleste a mí? —Estudió a Aulo con atención con expresión divertida mientras este parecía a punto de lanzarse sobre él.

—Estoy segura de que Aulo no osará molestaros... —añadió Ariadna tratando de ayudar.

Eurico volvió a mirarla fijamente y la humana tuvo que apartar la vista. Galla se dio cuenta por primera vez de cuál podía ser el motivo por el que Ari evitaba acompañarlos en sus excursiones. Eurico la ponía nerviosa y, a juzgar por como la miraba, no podía culparla.

—¿Estás segura? —Besó de nuevo su mano y Aulo ahogó otro gruñido que ignoró.

—Sí... completamente.

—Me fiaré de vuestro buen juicio...

—Gracias...

—Bien... entonces si es lo que deseas, me retiro... pero... Aulo... —Se giró hacia el General—.

No oses molestar a mi compañera.

XXXIX.

En el amplio salón del trono se hizo el silencio. En cuanto Eurico desapareció, inmediatamente, todos los guardias salieron tras él.

Aurelio miró a Ariadna y un instante después se habían retirado a un extremo del amplio salón tratando de brindarles un poco de privacidad.

Durante todo ese tiempo, Galla y Aulo se miraron, cada uno de ellos congelado en su sitio, sin saber muy bien qué hacer o qué decir.

Repentinamente, Galla fue consciente de que se acababan de quedar solos. Aunque Ariadna y Aurelio estaban cerca, les habían dado la espalda y, estaba segura, no se girarían en un buen rato. Al comprender que, inevitablemente, tendría que hablar con Aulo, de repente, se sintió insegura.

En otros tiempos, se habría sentido feliz de tenerlo solo para ella; pero eso ya era un recuerdo lejano. No habían pasado ni tres meses, pero tenía la sensación de que había pasado una eternidad. Ya no era la misma criatura confiada e ingenua que había acudido a su casa. Estaban lejos de Nastea y ahora era la compañera de un Dux. Había decidido tomar las riendas de su vida, buscar su camino, seguir adelante... pero mientras estaba allí sentada comprendió que, aun así, su presencia seguía afectándola.

Tras revolverse en su trono, observó como Aulo se acercaba con paso rápido, como el orgulloso General que era.

¿Qué había venido a buscar allí?

No quería volver a sufrir y verlo allí, tenerlo tan cerca, hacía que todo volviera a su mente... dejando su maltrecho corazón en carne viva. Por eso había aceptado a Eurico, para no tener que pasar por esto.

¿Por qué tenía que volver a verlo?

La había rechazado. Tras entregarse a él, en cuanto había descubierto con quién estaba, la había mirado con asco e, inmediatamente, se había alejado de ella.

¿Por qué había venido a Tapares?

Su harén repleto de mujeres estaba en Nastea, ¿qué quería de ella?

—Mi Principessa... —Su voz provocó que su sangre ardiese en sus venas. Sonaba extraña... muy diferente a cuando la saludaba en el jardín del Dux—. He venido a buscarte.

Galla parpadeó un par de veces tratando de recuperarse. Todavía recordaba lo mucho que le gustaba que él tuviera un nombre especial para ella. Durante años había creído que era una prueba de que no le era indiferente.

¡Qué ciega había estado!

Cuando la alcanzó y estiró la mano para tocarla, se apartó.

No quería que su piel la rozase.

No quería que estuviera allí.

No quería tenerlo cerca.

¿Qué le había dicho?

«He venido a buscarte».

¿Para qué? ¿Por qué? ¿De qué iba todo aquello?

—No.

—¿No? —La miró desconcertado. Parecía sorprendido por su reacción. Como si hubiese esperado que su sola presencia hubiera provocado que ella se lanzase a sus brazos. ¿Qué se habría creído?

—Me has escuchado perfectamente. No me toques. —Lo miró fijamente. No tenía tiempo para tonterías. Solo quería escuchar el mensaje que le habían enviado—. ¡No se te ocurra hacerlo!

Aulo la miró confundido. Parecía incapaz de entender el significado de sus palabras.

—¡No tengo todo el día! Eurico me espera. ¿Qué mensaje has venido a traerme?

Los ojos de Aulo se llenaron de ira cuando escuchó el nombre de Eurico, pero logró

tranquilizarse antes de hablar.

–Me he dado cuenta... –Pareció dudar, como si le costase hablar con ella sin tocarla–. He descubierto lo importante que eres para mí y he venido a buscarte para llevarte de vuelta a Nastea.

Sus palabras la golpearon como un latigazo. Hacía unos meses le daba asco, pero ahora ya no... así que había decidido que debía irse con él. ¿Estaba hablando en serio?

–¿Eso es todo? –¿Quería que volviese con él a Nastea después de lo que había ocurrido entre ellos? ¿Creía que era una niña idiota que hacía todo lo que quería?

–¿Todo? No entiendo... –La incompreensión que leyó en su rostro, provocó que su ira aumentase. Aulo, el brillante General, no comprendía cuál era el problema. Había decidido que la quería a su lado, así que ella tenía que sentirse encantada y salir corriendo tras él.

–Yo tampoco entiendo mucho, la verdad. ¿De repente te has dado cuenta de lo importante que soy para ti?

–Sí, Galla...

–¿Y cuándo has descubierto eso? ¿Entre la quinta y la sexta mujer de tu harén? –Cerró los ojos y revivió el recuerdo de cómo la había rechazado para, a continuación, disfrutar de las mujeres de su harén. Apenas había salido por la puerta de su biblioteca cuando ya un par de mujeres estaban consolándolo–. ¿O tras alguna de tus victorias?

Aulo se quedó congelado mirándola.

–Galla... soy yo, Aulo...

–Refréscame la memoria... ¿Aulo el glorioso General de Nastea que me rechazó tras entregarme a él con todo mi corazón? –Su voz tembló y a punto estuvo de ponerse a llorar, pero fue más fuerte. No se merecía sus lágrimas ni su dolor. Ya había tenido bastante de ambos.

–Yo... –Pareció buscar las palabras–. Siento mucho haberte hecho daño, pero... tienes que saber que... te quiero...

–¿Ahora me quieres? ¿Para qué? ¿Para compartirme con tu harén? ¿Para...?

–¡Por favor, mírame! –Aulo se arrodilló a su lado desesperado–. Sé que lo he hecho muy

mal, pero he descubierto que eres mi Vitadantis y he venido a buscarte.

—¿Tu Vitadantis? —Esa sí que era buena. ¿Desde cuándo un vampiro no reconocía a su Vitadantis nada más conocerla? Aurelio había reconocido a Vera la primera vez que la había visto todavía siendo una niña y Aulo... ¿Él no la había reconocido ni siquiera tras enterrarse en ella? Se sintió abochornada al recordarlo... ¿A quién quería engañar?

—Sí... Principessa tú eres la única para mí... mi compañera, mi todo...

—¡Qué apropiado! Me uno a Eurico y ahora descubres que soy tu Vitadantis... Lástima que no te hubieses dado cuenta antes.

—Principessa... yo...

—Cuando me presenté en tu casa... cuando te esperaba en el jardín del Palacio para tener un instante contigo... cada vez que trataba de decirte algo... en mi fiesta de cumpleaños... cuando te sonreía... —Cerró los ojos, no quería volver a revivirlo. No quería volver a ser esa criatura enamorada que solo vivía para verlo, para estar con él aunque fuera durante un breve instante. Era demasiado doloroso.

—Estaba ciego... ¡Lo siento!

—Sentirlo no me sirve de nada.

—Pero es la verdad.

—¿La verdad? No sé de qué verdad me hablas... —Lo que le decía no podía ser cierto. No podía haberse dado cuenta de repente que era su Vitadantis. Era todo demasiado conveniente. No quería volver a arriesgarse a pasar por lo mismo, a sufrir lo mismo, a exponerse al mismo desengaño. Se había prometido a sí misma que no permitiría que nadie volviese a romperle el corazón. Otra vez no sobreviviría—. Ahora estoy bien aquí con Eurico... ¡Vuelve a Nastea!

—¡Eurico! —Pareció escupir el nombre del Dux—. Ese vampiro no se merece ni respirar el aire que tú respiras.

—¡Es mi compañero!

—¿Tu compañero? —Se levantó de un salto—. ¡Tu compañero soy yo!

—¡Eso es mentira! He aceptado a Eurico y no cambiaré de opinión.

–Eso ya lo veremos. –Se cernió sobre ella–. ¡Eres mi Vitadantis! ¡Debes volver conmigo!

–¡Jamás lo haré!

–¡No me iré sin ti!

Aulo alargó la mano y la agarró del brazo justo en el momento en el que Eurico aparecía por la puerta.

–¿Cómo te atreves?

Antes de darse cuenta, los guardias lo rodeaban mientras Ariadna y Aurelio, que se habían acercado al escuchar la discusión, los observaban impotentes.

–¡Es mi Vitadantis! –Aulo rodeado de soldados que lo apuntaban con sus picas eléctricas, fue incapaz de moverse.

–¡No pasa nada! –Galla se levantó de un salto y corrió hacia Eurico. La ira que leyó en sus ojos le convenció de que debía tranquilizarlo. Estaba furiosa con Aulo, pero estaban en Tapares y no quería que Eurico le hiciese algo que después lamentara.

–Sí que pasa. Este extranjero se ha atrevido a ponerte la mano encima y ahora te llama su Vitadantis.

–¡Porque es lo que es! –Aulo miraba a Eurico furioso.

–Ha sido un malentendido... –Galla ignoró las palabras de Aulo mientras intentaba calmar a Eurico, pero muy pronto se dio cuenta de que iba a ser imposible–. Ya se iba.

–¿Ya se iba? ¿Quién se ha creído que es? ¡Exijo una satisfacción!

–No entiendo. –Lo miró desconcertada.

–Un duelo.

XL.

–**¿Un** duelo? –Galla repitió las palabras de Eurico incapaz de comprender de qué estaba hablando.

–¡Su comportamiento ha sido un ultraje para Tapares! –La cara de Eurico no dejaba lugar a dudas sobre su decisión.

–Pero... No ha sido más que un malentendido... –Insistió. Mientras trataba de procesar lo que acababa de ocurrir, Galla intentó razonar con el Dux.

¿Por qué de repente era tan intransigente? ¿Dónde había quedado el vampiro amable que había considerado su amigo?

Era cierto que Aulo se había presentado ante el Dux de Tapares sin mostrar el debido respeto, pero tampoco había hecho nada especialmente grave. Había insistido en que regresara... y había dicho que era su Vitadantis... pero ella le había dejado claro que no se iría. Eurico no tenía motivo para enfadarse de esa manera.

Repentinamente, al recordar las palabras que le acababa de decir Aulo, su corazón se saltó un latido. ¿Y si había sido sincero? ¿Y si... la quería? No podía ser, no podía haberse dado cuenta después de tanto tiempo.

–¿Un malentendido? Si no llego a interrumpirlo, te habría arrastrado por todo el Palacio... ¡Es inaceptable! Con su comportamiento me ha ofendido gravemente. Exijo una satisfacción... un duelo a muerte.

¿A muerte? Eso significaba que alguno de los dos moriría.

¿Qué pasaría si Eurico moría?

Pero... lo más importante... ¿Qué haría si moría Aulo? El vampiro al que había amado toda su vida...

¿Al que seguía amando? Se había jurado que no volvería a caer en lo mismo. Que no permitiría que le volviesen a romper el corazón. Pero... él le había pedido perdón. ¿Y si...?

–Es la hija de mi Dux. Pertenece a Nastea. –Aulo interrumpió sus pensamientos.

–Habrá nacido en Nastea, pero ahora me pertenece a mí.

¿A qué venía aquella discusión sobre a qué o quién pertenecía? Ella se pertenecía a sí misma... Galla estaba a punto de protestar cuando todo cambió y la realidad la golpeó.

–¡Ella es mi Vitadantis! –El General, a pesar de estar rodeado por guardias, miró con gesto desafiante a Eurico–. Su padre me ha encargado que la lleve de vuelta...

Galla parpadeó varias veces y la débil esperanza que había prendido muy en el fondo de su corazón cuando había escuchado las palabras de Aulo, se esfumó. Esa era la explicación. Le habían encargado traerla de vuelta y como buen soldado se había propuesto cumplir la misión que le habían encomendado. Por eso estaba allí. Todo lo demás, sus palabras... no eran más que una cuidada estrategia para convencerla.

Con seguridad, su padre habría averiguado que él era el vampiro del que había estado enamorada toda su vida y le habría ordenado confesarle un amor que no sentía y unirse a ella, reclamándola como su Vitadantis. ¿Cómo lo habría averiguado? ¿Su hermana habría traicionado su confianza?

¡Qué importancia tenía! Aulo era un soldado entrenado para cumplir las órdenes que se le daban y, en este caso, seguro que habían sido claras.

«Tráela de vuelta y para ello haz lo que tengas que hacer. Te ama, no creo que te sea demasiado difícil convencerla».

Podía escuchar las palabras de su padre en su cabeza. Estaba segura de que pensaba que era lo mejor para ella, pero ya no era una niña a la que debía proteger y cuidar... No podía intentar arreglar todos sus problemas... evitarle cualquier dolor, ejerciendo su autoridad como todopoderoso Dux.

Entendía perfectamente a su padre, pero... ¿qué disculpa tenía Aulo? Obedecía a su señor, pero no por eso podía comportarse como un vampiro sin honor. ¿No debería haberse negado a

obedecerlo? Haberle explicado que no le gustaba, que no quería mentirle, que no se merecía que la engañase... Podía haber buscado cualquier excusa, pero no lo había hecho. Se había presentado en Tapares y la había intentado engañar de la manera más burda.

Sintió como la furia recorría sus venas. ¡Estaba harta de que Aulo la tratase como una niña estúpida!

—¿De vuelta? ¡No lo haré! —¿Cómo había dudado? Casi la había convencido. ¿No había sido suficiente con que la hubiese rechazado tras entregarse a él? ¿Por qué era tan idiota? De nuevo había sido una niña ingenua y crédula. No le extrañaba que la trataran como tal. Eso se tenía que acabar. ¡Estaba harta! ¡No lo volvería a permitir!—. Ya no soy una niña. ¡No necesito que nadie me lleve de vuelta a ningún sitio!

—Galla... —Aulo susurró su nombre, pero ya era demasiado tarde. Había abandonado el salón del trono seguida por Ariadna.

—Eres muy osado... —Eurico lo miró de arriba abajo mientras se avanzaba hasta situarse frente a él—. Venir aquí a ofenderme... ¿Tu señor quiere guerra?

—No... esto solo tiene que ver conmigo. —Aurelio, a su lado, tenía una mirada sombría.

Eurico lo observó con atención intentando calibrar su sinceridad.

—¿No has dicho que tu Dux te encargó llevarla de vuelta?

—Cuando le expliqué que era mi Vitadantis... Cuando le confesé lo que había habido entre nosotros, la forma en la que le había hecho daño... Se enfureció y me hizo prometer que no volvería a Nastea si no era con ella.

—Comprendo...—rumió las palabras—. Decidiste venir aquí y abusando de mi confianza, llevarte a Galla.

—¡Eso no es así! —Protestó—. Galla es mi Vitadantis, tengo derecho a reclamarla. Es una norma inmutable que todo vampiro respeta.

—Lo es, pero eso no te autoriza a molestarla desafiando mi autoridad.

—Nunca pretendí hacer tal cosa.

–Estás muy lejos de Nastea... Aquí en Tapares las afrentas se dirimen en un duelo y, al haber ofendido a mi compañera, tiene que ser a muerte. Mi honor exige una satisfacción.

XLI.

–**Aulo** es un soldado y está aquí para cumplir un encargo de mi padre...

–¿Tu padre?

–El General obedece a su Dux ciegamente. Haría cualquier cosa que le encomendase... – Aunque fuera superar su repulsión por ella y acudir a Tapares a declararle un amor que no sentía. ¿Cómo había estado enamorada toda su vida de alguien capaz de hacer algo así? ¡Qué ciega había estado!

–Pero... –Eurico la miró fijamente con expresión furiosa–. ¿Estás segura de lo que estás diciendo?

–Sí... –Por desgracia lo estaba.

–¿Estás diciéndome que quiere que rompamos nuestro compromiso y que Aulo te lleve de vuelta a Nastea?

–Escuchaste a su General igual que yo... –Su voz se llenó de un dolor que no fue capaz de disimular.

Eurico la miró un instante con la comprensión brillando en su rostro... pero fue un instante, inmediatamente el gesto enfadado se impuso y el Dux que era tomó el control sobre su expresión.

–¡Es inaceptable! –Pegó un puñetazo en la mesa junto a la que se encontraba. Parecía estar conteniéndose a duras penas de no ir a buscar a Aulo–. Tenemos un acuerdo y no puede cambiar ahora de opinión sin más. Tú eres la única que puede tomar esa decisión. Tapares no puede tolerar un comportamiento así.

Eurico se mostraba inflexible. Galla había pedido a los guardias que la condujesen a la residencia de Alarico, donde se había reunido con él intentando que cambiase de opinión y no se

batiese en duelo con Aulo.

No quería que se peleasen y menos que uno de ellos muriese. Eurico era un buen Dux, un líder de su ciudad y alguien al que le tenía aprecio y Aulo... sobre él prefería no analizar lo que sentía en ese momento por él... ¿Rabia? ¿Tristeza? ¿Dolor? En todo caso no quería que ninguno se batiese a muerte por ella.

–Tú y yo hemos hablado y sabes que no va a haber nada entre nosotros –intentó razonar con él–. No creo que este movimiento de mi padre tengas que verlo como un ultraje.

–Una cosa es lo que hayamos hablado tú y yo que a nadie más incumbe y otra cosa es que tu padre envíe a un extraño a mi ciudad... a mi palacio con la intención de robarte delante de mis ojos... –La ira brillaba en los ojos de Eurico.

–Pero... no ha tratado de, como dices, robarme... Solo quería...

–Quería llevarte con él quisieras o no... ¿Por qué si no te había cogido del brazo? –La señaló con el dedo.

Galla se llevó la mano al brazo sin ser muy consciente de ello. Todavía le cosquilleaba la piel allí donde la había tocado. Su contacto le había recordado todo lo que había sentido bajo sus caricias cuando había estado en su casa. Las sensaciones inundaron su mente y dominaron su cuerpo durante un instante... hasta que recordó todo lo que había venido después.

Cuando fue consciente, bajó la mano, mientras se odiaba por su debilidad. No podía permitir que Aulo todavía la afectase de esa manera. Seguramente era muy consciente de ello y, como General, había elaborado una estrategia basada en ello para cumplir su misión.

Se sintió la criatura más patética de la Tierra. Trató de evitar pensar en ello, estaba allí para poner fin a aquella locura del duelo.

–Comprendo que te hayas podido sentir ofendido, pero no entiendo por qué le das tanta importancia...

–Galla... –Eurico la observó y, repentinamente, su rostro se suavizó. En un par de zancadas se acercó a ella y la tomó de la mano–. Soy el Dux de Tapares. Mi pueblo confía en mí, por eso te ha recibido con los brazos abiertos. No van a aceptar que tu padre, después de haber aceptado

mi ofrecimiento, planee algo así. Mi liderazgo se vería seriamente afectado si no hago nada. Además, una ofensa a mí es una ofensa a mi ciudad. Las demás ciudades saben de nuestro compromiso y, muy pronto, descubrirán lo que ha hecho tu padre. En Tapares, como en el resto de las ciudades, hay decenas de espías con ojos y oídos siempre atentos a todo y a todos. ¿Qué crees que ocurrirá cuando lo descubran?

–Yo... no tengo ni idea...

–Si no hago nada al respecto, pensarán que soy débil. Un monigote al que tu padre puede faltar al respeto a su antojo... Y si yo soy débil, mi ciudad también lo es.

–Pero...

–El resto de las ciudades no tardarán en ver a Tapares como un objetivo, una ciudad a la que atacar. Si dejo pasar esto, si me comporto como si no tuviese importancia, estoy condenando a Tapares en el mejor de los casos a la guerra y en el peor a la destrucción y al olvido.

Las implicaciones de lo que había ocurrido en el salón del trono la dejaron anonadada. Nunca le había interesado la política y, por eso, en ningún momento se había imaginado todo lo que podía acarrear lo que acababa de ocurrir. A pesar de todo, tenía que intentarlo. Siempre se arrepentiría si no lo hacía.

–Déjalo ir –susurró–. Es lo único que te pido.

–No puedo hacerlo –negó con la cabeza con expresión severa–. Ha sido un ultraje. Aulo tiene conmigo una deuda de honor que exige una satisfacción.

Después de haber observado durante días a Eurico, lo comprendió. Quizás como vampiro podía aceptar lo que había hecho Aulo, pero como Dux... Como tal no podía dejar pasar algo así sin hacérselo pagar.

–Sí, su comportamiento ha sido inaceptable, pero... –No obstante, insistió. Quizás había otra forma de arreglarlo y que Aulo se fuese en paz. Siempre había otra opción... O eso creía ella.

–Pero lo sigues amando. ¿Verdad?

La frase de Eurico la golpeó como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago.

¿Lo amaba?

¿Podía amarlo?

¿Se merecía que lo siguiese amando?

A pesar de lo que le había hecho. A pesar de las mentiras que le había dicho... No estaba preparada para responder con sinceridad a su pregunta. No cuando todavía notaba el contacto de su piel en su brazo.

—Él me rechazó... y solo ha venido aquí para cumplir un encargo de mi padre. —Tomó aire antes de seguir—. Nunca me ha amado ni lo hará.

Eurico la miró fijamente durante un largo instante antes de hablar.

—No has respondido a mi pregunta. —En el rostro de Eurico apareció una expresión extraña, una que habría jurado que estaba llena de esperanza.

—No, no lo amo.

Nunca sus palabras sonaron más huecas... pero sabía que era lo correcto. Aulo no se merecía su amor. La había rechazado y, ahora, había ido a Tapares a llevársela recurriendo a los sentimientos que, para su absoluto bochorno, aun albergaba por él.

No lo amaba... y dentro de algún tiempo cuando lo dijese en voz alta a ella también le sonaría convincente.

Eurico no le dijo nada, solo la miró fijamente durante un largo instante, antes de girarse y salir de la sala donde se habían reunido con un portazo.

XLII.

Con las primeras horas de luz, la multitud se agolpaba alrededor del Foro. Aulo apenas se había fijado en su disposición cuando había llegado a Tapares. En Nastea estaba al mismo nivel que las calles de lo rodeaban, pero ahora comprendía la necesidad de que allí estuviera más bajo. Si en Tapares, como le había insinuado Eurico, los duelos eran habituales, qué mejor lugar que el Foro. Las escalinatas que lo rodeaban servirían de gradas improvisadas, se imaginó. Desde ellas todos los ciudadanos podrían ser testigos de los enfrentamientos.

¿Todos los ciudadanos? ¿Estarían allí todos? ¿Estaría Galla?

Aulo estudió las gradas con atención. Como si se tratase de un imán, sus ojos no tardaron en descubrir a Galla.

Su Principessa era la criatura más hermosa, brillaba con luz propia entre la ruidosa multitud que la rodeaba. Siempre lo había sabido, pero saberlo no era lo mismo que ser consciente de ello y eso lo había comprendido demasiado tarde. Ahora todo estaba perdido.

Esa misma madrugada, cuando todavía la luna brillaba en el cielo había perdido cualquier esperanza de recuperarla.

La mañana anterior, tras llegar a Tapares, se había presentado ante Eurico y, después de discutir con Galla, este le había exigido un duelo. Había logrado hablar con ella, le había dicho todo lo que sentía y lo mucho que se arrepentía de haberle hecho daño; pero, por desgracia, Galla no lo había creído. Sentada como una reina en su trono, se había limitado a rechazar sus palabras y a negarse a volver con él a Nastea. Había estado tan cerca... al alcance de sus manos... pero, a

la vez, tan lejos...

Aulo no podía culpar a Eurico por su reacción. Galla había aceptado unirse a él y, con seguridad, era muy consciente de lo afortunado que era. Así que lucharía con uñas y dientes por mantenerla a su lado

Si él hubiera hecho eso... si no hubiera estado tan ciego... si no hubiera sido tan arrogante, tan estúpido... ¡Un redomado idiota!

A pesar de que Eurico no lo había encerrado en una prisión, la lujosa habitación a la que lo habían conducido acompañado de Aurelio no le engañó. Un par de guardias custodiaban su entrada y estaba seguro de que al fondo del pasillo que conducía a su puerta, habría muchos más.

Necesitaba llegar a Galla... No había logrado que lo entendiese. Solo habían intercambiado unas pocas palabras y, seguramente, por eso lo había rechazado. No quería admitir, no podía hacerlo, que hubiera perdido su cariño, ese desesperado amor que la había llevado a su casa aquel aciago día.

Si le permitía explicarse... la convencería para que regresase con él, para que lo perdonase, para que comprendiese que la amaba... que no podía vivir sin ella a su lado.

El problema era que encerrado en su habitación no podía llegar a ella y eso lo estaba matando. Aurelio, a su lado, trataba de que mantuviese la esperanza, pero el tiempo corría en su contra.

Afortunadamente, cuando llegó la madrugada y la luna todavía dominaba el cielo su suerte pareció cambiar; uno de los espejos de su amplia habitación se movió. De repente, Galla estaba junto a él.

Al verla ante él, sintió como algo parecido a la esperanza florecía en su pecho, pero fue solo un espejismo que duró un breve instante.

—Galla, has venido...

Cuando intentó tomarla de la mano, ella no dudó en apartarse. Al ver su reacción se sintió derrotado. Era su Principessa, pero su mirada era la de una extraña. En sus ojos no había nada de la calidez que recordaba... de la que había notado resurgir cuando lo había descubierto en el

salón del trono.

–Aulo, tienes el tiempo justo.

–Debemos hablar...

–Ya hemos hablado. Ahora no hay tiempo para eso. –Volvió a esquivarlo cuando, de nuevo, trató de acercarse a ella.

–Pero...

Galla se negó a escucharlo.

–Del otro lado está Ariadna. –Señaló a su espalda. Tras el espejo era visible una especie de pasillo–. Ella os conducirá hasta la salida de Tapares. Os está esperando con dos mantos, dos capas con las que os podréis cubrir tú y Aurelio. Una vez embozados y aprovechando las pocas horas de oscuridad que todavía quedan, podréis huir.

¿Había venido a ayudarlo?

¿Le importaba lo suficiente como para desafiar a Eurico?

Quizás todo no estaba perdido...

Quizás...

–¿Vendrás conmigo?

Galla lo miró fijamente a los ojos y Aulo sintió una punzada en el corazón. Sus ojos estaban llenos de reproche e ira contenida. Sabía lo que le iba a responder antes de escucharla pronunciar las palabras.

–No, Aulo. Mi sitio ya no está en Nastea sino aquí junto a Eurico. –Su voz sonó segura. No había duda en ella, solo resolución–. No quiero volver. Quiero empezar una nueva vida en Tapares.

–Galla... te amo... vuelve conmigo. –Necesitaba encontrar las palabras... la forma de que ella volviera a amarlo... de que lo perdonase... de que lo aceptase como su compañero y se convirtiese en su Vitadantis. Necesitaba...

–¡No me mientas! Ya no soy una niña. Sé que no me amas, que nunca lo has hecho...

El dolor que vio en su rostro lo sobrecogió. Licinia le había dicho que le había roto el

corazón, pero hasta que no lo vio con sus propios ojos no fue consciente de la magnitud del daño que le había provocado.

–¡No es mentira! Te amo... Eres mi Vitadantis.

–No, Aulo... Hubo una vez... que creí que me amabas –le explicó-. Licinia, Ariadna y yo espiamos la reunión del Minor Consiglio y cuando vi cómo reaccionabas ante la oferta de Eurico de unirme a él, lo creí...

–¡Y era cierto! En ese momento no era consciente de ello, solo sabía que no podía soportar la idea de que te fueras y te unieras a otro... –¿Cómo podía recuperar su confianza? ¿Cómo podía convencerla de que era sincero? ¿Cómo podía recomponer su maltrecho corazón? Eran demasiadas preguntas y no conocía ninguna de las respuestas. Le había causado demasiado daño-. Yo...

–¡Basta! Me demostraste que no era así cuando me dejaste en el triclinio después de... – Ahogó un sollozo y Aulo se quedó congelado, incapaz de moverse... de encontrar la forma de consolarla-. Cuando descubriste que era yo quien se había entregado a ti.

–No sabía que eras tú y cuando lo descubrí me sentí culpable... –Incluso a él las palabras le sonaban ridículas-. Me sorprendí. Eso fue todo.

–¿Te sorprendiste...? –Su gesto se endureció. ¿Qué le había ocurrido a su Principessa? ¿Qué le había hecho?-. ¿Y necesitaste el consuelo de tu harén para superar tu sorpresa?

–¿De qué hablas?

–Escuché a tus mujeres –le acusó-. Lo hice.

–¿Mujeres? No he vuelto a tocar a ninguna después de haber estado contigo –negó con vehemencia-. No habría podido aunque hubiera querido. Solo pensar en estar con otra...

–¿Ya no te acuerdas? –Lo señaló con el dedo-. Cuando salía de tu biblioteca, destrozada tras tu rechazo... me crucé con dos mujeres de tu harén y escuché lo que te decían...

Aulo la miró sorprendido... y sintió como se desvanecía toda esperanza. Licinia se lo había dicho, le había explicado que Galla se había cruzado con dos mujeres de su harén, pero él había creído que sabía que no las había tocado. ¿Todo ese tiempo Galla había creído que la había

sustituido por ellas?

Si hubiese corrido tras ella cuando había abandonado su biblioteca...

Si al menos la hubiese acompañado...

Si hubiese sido el vampiro que Galla necesitaba, que merecía...

—No hice nada con ellas. Las rechacé... Por favor, ¡tienes que creerme! —Si tenía que rogar rogaría, pero no podía perderla.

—¿Por qué sigues mintiendo?

—No te estoy mintiendo. Mírame a los ojos, por favor, sabes que te estoy diciendo la verdad.

Galla ignoró su petición.

—Sé que eres un buen soldado, el mejor de mi padre y te ha encargado llevarme de vuelta a Nastea, pero no es necesario que sigas tratando de engañarme. ¡No volveré!

—Todo lo que te he dicho es verdad... —Se dejó caer de rodillas en el suelo. Su Principessa estaba demasiado dolida y él había sido un necio—. Te amo...

—No, Aulo... Simplemente, como muy bien me dijiste, solo estás obedeciendo a mi padre quien te ha ordenado llevarme de vuelta a Nastea.

—Estás equivocada... No dejé de pensar en ti durante toda mi campaña con la Cernide.

—¡Mientes!

—No miento, nunca te mentaría. Cuando regresé a Nastea solo quería hablar contigo. Al descubrir que te habías ido... que habías aceptado a Eurico, enloquecí. De repente comprendí que te amaba, que eras mi Vitadantis. Me di cuenta de que en realidad, de alguna forma, siempre lo había sabido... siempre había sabido que eras mi compañera, pero me había negado a aceptarlo porque era un imbécil arrogante.

—Ya basta, Aulo...

—Estoy diciéndote toda la verdad... Tus padres se pusieron furiosos cuando descubrieron lo que había habido entre nosotros. A duras penas me permitieron salir tras de ti. Antes de partir, tu padre me dijo que no volviese si no te traía de vuelta... y que cuando lo hiciese, intentaría perdonarme. Ellos te echan mucho de menos, Galla, pero yo... ¡Yo no puedo vivir sin ti! Por

favor, necesito que me creas.

Galla se negó a escucharlo. Simplemente se limitó a observarlo con los ojos entornados y, cuando terminó de hablar, se pasó una de las manos por la frente antes de despedirse.

–Se ha acabado todo. Ariadna te espera ahí fuera. Eurico se siente ofendido y quiere acabar con tu vida. Así que haz lo que quieras. Adiós.

Aulo vio como Galla daba media vuelta. Antes de verla desaparecer por la puerta escondida, supo que la había perdido.

–Galla, si no te tengo prefiero morir.

Solo habían pasado unas horas desde su conversación; pero, desde su posición en el Foro Aulo, no podía apartar los ojos de Galla. Solo les separaban unos metros, pero parecían millones de kilómetros.

*«¡Ay! La pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa».*

Murmuró el fragmento del poema que tantas veces había repetido en su memoria. Su Principessa quería cualquier cosa, salvo estar con él.

¿Cómo no había sido consciente de lo que era para él los cientos de veces que la había tenido a su lado?

Al final le había pasado lo mismo que a Leif, pero él nunca renunciaría a su ciudad, porque no se sentía con fuerza para seguir adelante.

Aurelio, a su lado, trató de animarlo. Él lo conocía, sabía lo que estaba pasando por su cabeza.

–No tengo ningún motivo para seguir... Por favor, dale el antifaz a Galla cuando todo esto pase. –Aulo se lo había entregado a Aurelio mientras se preparaba para el duelo. Era su posesión más preciada y quería que la tuviese la criatura más preciosa de la Tierra.

–Se lo darás tú... Debes pelear, General... Debes luchar por lo que es tuyo.

–Ese es el problema, Aurelio, que nunca fue mía, porque nunca fui consciente de lo que era para mí... porque no hay mayor ciego que el que no quiere ver.

Era el glorioso General de Nastea. Su intuición era infalible en el campo de batalla. Sus enemigos creían que podía adivinar con antelación sus movimientos y por eso nunca eran capaces de pillarlo de improviso... Pero respecto a Galla, había estado ciego sin remedio. Ni siquiera su legendaria capacidad para improvisar le salvaría esta vez, porque ya lo había perdido todo... porque todo había sido culpa suya.

–¡Estamos aquí para saldar una deuda de honor! –La voz de un extraño resonó en medio de la algarabía que lo rodeaba y comprendió que había llegado su hora. De repente se hizo el silencio. Aulo observó como un vampiro vestido con una toga azul se situaba en el centro del Foro junto a unas extrañas columnas rojas en las que hasta entonces no había reparado—. Un extranjero ha venido a Tapares a ofender a nuestro Dux y este exige una satisfacción.

Repentinamente, Aulo vio como Eurico, cubierto con un taparrabos, bajaba la escalinata y se situaba en medio del suelo empedrado.

Aulo no tardó en saltar tras él. No conocía cuáles eran las normas de ese tipo de peleas, pero los guardias que lo habían conducido hasta el Foro se lo habían explicado. Se trataba de una lucha cuerpo a cuerpo y casi sin ropa. Estaban prohibidas todas las armas. Eurico tampoco las necesitaría, pensó para sí Aulo.

–Extranjero... –La voz de Eurico resonó entre los altos edificios que bordeaban el Foro—. Me has ofendido, ¿te disculpas?

–Nunca. –Galla era su Vitadantis, aunque nunca sería suya... Prefería morir que reconocer lo contrario. Prefería dejarse matar que verla con otro. Eurico le estaba proporcionando una salida honrosa.

–Pues entonces morirás.

XLIII.

Eurico no perdió tiempo. En cuanto escuchó su respuesta, se lanzó sobre Aulo y lo derribó.

Aulo simplemente pareció dejarse hacer y no opuso resistencia. Eurico lo miró sorprendido al ver su reacción, pero no pareció importarle. Una vez en el suelo, lo pateó sin piedad. Muy pronto la sangre del General tiñó el empedrado.

Los gritos de victoria llenaron el aire mientras Galla, en un extremo del Foro, no apartaba los ojos de ambos.

¿Por qué no se defendía?

¿Por qué no devolvía los golpes?

¿Por qué permitía que Eurico lo destrozase?

Ella sabía, lo había escuchado e, incluso, lo había visto. Todos admiraban la forma en la que Aulo luchaba cuerpo a cuerpo. Era un contrincante temible y muy pocos se atrevían a enfrentarse a él.

Su padre se horrorizaría si supiese que sus hijas mayores en más de una ocasión habían espiado a los soldados en el campo de entrenamiento, pero ella no se había resistido a la tentación de comprobar su destreza con sus propios ojos.

Todavía recordaba la primera vez que lo había visto. No tenía más de dieciséis años, pero su cuerpo casi desnudo, sus músculos cincelados, sus brazos sudorosos por el esfuerzo... Siempre había estado enamorada de él, pero aquella vez fue la primera que sintió al deseo pulsando entre sus piernas.

Esta vez era distinto, parecía que no quería luchar...

¿Por qué no se había ido cuando ella le había dado la opción de hacerlo?

¿Por qué había insistido una y otra vez en repetirle las mismas mentiras?

«Todo lo que te he dicho es verdad... Te amo...».

Negó con la cabeza. Él podría negarlo, pero ella sabía que no era así. Solo se trataba de una estrategia destinada a un fin... hacerla volver. Su padre le había ordenado que le dijese todas aquellas mentiras, que la trajese de vuelta y que se uniese a ella. Y él, como el soldado disciplinado que era, lo había obedecido.

¿Verdad?

Los golpes se sucedían y los gritos también. A su alrededor los ciudadanos de Tapares mostraban su satisfacción ante el espectáculo. Se levantó de su sitio incapaz de mantenerse quieta. A su lado, Ariadna solo podía apoyarla en silencio.

Sus ojos lo buscaron ansiosos. Se fijó en su cuerpo malherido. Eurico lo iba a matar, era solo cuestión de tiempo. Fue consciente de ello y, repentinamente, una extraña sensación se adueñó de sus entrañas.

No le había mentado.

¿Qué le había dicho?

«Si no te tengo prefiero morir».

Y eso era exactamente lo que estaba haciendo; dejarse morir... permitir que Eurico acabase con él a golpes.

Eso quería decir que... ¿La amaba?

La amaba...

¡La amaba!

Una extraña energía la dominó.

De un salto, abandonó las gradas y corrió hacia Aulo seguida de cerca por Ariadna.

No le importó que todo Tapares la viera, ni que Eurico estuviese a su lado, ni la sangre que brotaba de cientos de cortes en su cuerpo... Un instante después estaba en el suelo abrazando a Aulo que respiraba de forma entrecortada.

—No... —Su voz sonó estrangulada, pero firme.

Aulo, al escucharla, apenas fue capaz de abrir los ojos mientras los gritos a su alrededor cesaban.

—¿Ga... lla? —El General tenía los ojos hinchados y varios cortes en el labio roto. Hilillos de sangre cubrían su rostro amoratado y el blanco de sus dientes estaba manchado con la arena que había soltado el suelo con cada impacto. En el cuello tenía un colgante enredado que había rasgado su piel. Sus piernas y sus brazos estaban cubiertos de heridas y su vientre estaba magullado y sangraba. Galla nunca lo había visto más malherido, pero tampoco más hermoso.

—No lo mates... —Dirigió una mirada suplicante a Eurico que, sudoroso, se acercó a ella.

—¿Por qué?

XLIV.

–Galla, ¿por qué? ¿Por qué no debo matarlo?

Tras agacharse a su lado, Eurico repitió la pregunta. A su alrededor, el público comenzó a murmurar primero y después gritar. La miraban furiosos... conscientes de que había corrido a socorrer al vampiro que había insultado a su Dux.

–Porque lo amo... y quiero romper nuestra unión. –Galla le respondió sin apartar los ojos de Aulo. Era tan hermoso... y era suyo—. Porque quiero volver a Nastea con él.

Los ojos del Dux brillaron de una forma extraña antes de susurrarle una petición al oído.

–Quizás puedas encontrar la forma de que mi pueblo lo entienda... una excusa para que pueda perdonarlo. Alguna forma de que los dioses nos envíen una señal

Galla lo miró sorprendida. ¿Qué le estaba pidiendo? De repente recordó una de sus primeras conversaciones con Eurico.

«Tu madre... De alguna forma se comunicó con los dioses y logró que ellos nos enviaran una señal».

La situación era muy apurada. Si no lo hacía, Eurico no tendría más remedio que matarlo. Podía escuchar a los ciudadanos de Tapares exigiendo justicia. El vampiro que era quizás podría perdonarlo; pero como Dux, se lo había explicado, tenía otras obligaciones.

Miró a su alrededor... Estaba en mitad del Foro, no había nada a su alcance... salvo las pequeñas columnas rojas... ¿Cómo había llamado su madre a aquellos objetos?

Una idea cruzó su cerebro. Era demasiado arriesgada, pero era la única opción que tenía. ¿Funcionaría?

Sin pensarlo demasiado, alargó la mano, tiró de la anilla y, tras encomendarse a todos los dioses, los de los vampiros y los de los antiguos humanos, presionó la maneta. ¡Todavía

funcionaban! Se habría puesto a gritar si no hubiera estado tan desesperada. Sin perder un instante, repitió la maniobra con los otros dos extintores. Un instante después el Foro se había cubierto de un espeso humo y todo Tapares había enmudecido.

–Gracias... –La voz de Eurico llegó en un susurro antes de alejarse de su lado y, tras levantar los brazos, dirigirse a los ciudadanos que contemplaban todo lo que estaba sucediendo entre el terror y la sorpresa.

–¡Tapares! –Eurico se dirigió a la multitud–. Los dioses han hablado...

Los murmullos asustados fueron su única respuesta. Lentamente, el polvo en suspensión comenzaba a asentarse.

–No quieren que acabe con la vida de este vampiro... por mucho que mi honor lo exija.

Galla apenas escuchaba las palabras de Eurico. Arrodillada de nuevo en la arena, con la cabeza de Aulo entre sus brazos, había comenzado a llorar. Su cuerpo estaba demasiado herido. Respiraba con dificultad y, a cada momento, parecía que iba a exhalar su último aliento. ¿Habría llegado demasiado tarde?

–Aulo, por favor... Aulo...

–Resiste... –Aurelio ya estaba a su lado y estudiaba sus heridas calibrando su gravedad.

–Te amo, Aulo... Siempre te he amado. No me dejes ahora. No te vayas... por favor.

–Mi... Prin... ci... pe... ssa... –La voz del General, aunque débil, provocó que la esperanza volviese a su pecho.

–¡Tapares! –Eurico seguía dirigiéndose a la multitud–. No mataré a ese vampiro, pero exijo una satisfacción. Soy el ofendido y decidiré cuál es el precio a pagar...

–Galla, debéis pagar un precio... –Eurico se giró hacia ella y, al oír su nombre, lo miró.

–¿Cómo? –Rebuscó en su cabeza una respuesta–. Las condiciones del acuerdo con mi padre...

–Esto no tiene nada que ver con nuestro compromiso... –Su rostro estaba lleno de resolución–. Conozco perfectamente las condiciones que exigió Nastea y por supuesto que las cumpliré.

–¿Entonces...?

–Aulo me ha ofendido y en mi ciudad eso exige que se pague un precio...

–Casi lo has matado a golpes... –bajó la voz– y te he dado una excusa para perdonarlo. ¿No es suficiente?

–Si Aulo sigue con vida no tengo la satisfacción que mi honor exige.

–Pero...

–Los dioses no quieren que lo mate, pero existe una deuda de honor que debe satisfacer.

–¡Está muy mal herido!

–Lo sé... –Eurico entrecerró los ojos–. Pero no debió venir a mi ciudad...

–¿Qué quieres?

Cuando Eurico escuchó su pregunta la miró fijamente un instante antes de girar la cabeza. Desde su posición Galla se quedó desconcertada cuando vio como fijaba su atención en Ariadna. Su amiga, ajena hasta ese momento a lo que estaban hablando, solo miraba a Aulo con expresión preocupada.

–Tu amiga debe quedarse en Tapares si quieres curar a Aulo y volver con él a Nastea – declaró en un tono de voz lo suficientemente alto para que Ariadna lo oyera.

–¿Cómo? –Galla no creía que fuese cierto lo que acababa de escuchar.

A su lado, Ariadna se cubrió la boca sorprendida. Había escuchado a Eurico. Asustada, trató de alejarse de él a trompicones mientras este la miraba con expresión lobuna.

–Alarico por ti y Ariadna por Aulo.

–¡Jamás! –Galla a duras penas entendía lo que Eurico acababa de decir.

–¡Eres un vampiro sin honor! –Aurelio se levantó de un salto y se situó delante de Ariadna protectoramente–. Ella no se ha ofrecido a ti en la Oblatio.

–Extranjero, ¡no me insultes! –Una expresión de horror apareció en el rostro del Dux.

–Tú eres quien ha propuesto que te entreguemos a Ariadna... –susurró Galla al comprender la propuesta de Eurico.

–¿Por quién me tomas? –Eurico la miró indignado–. No quiero que forme parte de mi

harén... Me deshice de él en cuanto aceptaste mi oferta... Quiero que se quede aquí como mi invitada.

–¡No puede ser! –Galla negó lentamente. ¿Por qué Eurico había hecho aquella petición? ¿Qué se le había escapado? Él había preguntado mucho por ella y siempre parecía mirarla de una forma extraña, pero...–. Es mi amiga... no puedo elegir por ella.

–Preguntémosle entonces a ella. –En el rostro de Eurico apareció una sonrisa... demasiado parecida a la de un depredador. Al verla, Galla se dio cuenta de que era la primera vez que lo veía sonreír.

Ariadna se quedó congelada cuando, de un par de zancadas, tuvo a Eurico a su lado.

–¿Salvarás al compañero de tu amiga?

La humana miró a unos y a otros y recordó lo que había sufrido cuando había perdido a su pareja. El dolor había sido insoportable, un compañero cruel que no le había dado un respiro.

Sin él, sin su hermana, sin sus padres... su vida estaba acabada. Baste la había destruido por completo. ¿Tenía algo que perder? Sin embargo, Galla...

No podía hacerle eso a Galla.

–Yo... –Se retorció las manos...

–No tienes que hacerlo. –Aurelio se giró hacia ella. Ariadna lo había ayudado en Baste. Sin ella no habría logrado salir con vida de allí. No podía dejarla en Tapares sin más...

–No dejaré a Galla sin su compañero... –Tomó una decisión–. Me quedaré aquí.

–¡No! –Galla protestó. ¿Cómo habían llegado a aquella situación? Cuando vio una sonrisa triunfal en el rostro de Eurico, tuvo la impresión de que su petición no había obedecido a un impulso–. Tiene que haber otra forma...

–No la hay, Galla. –Ariadna, ignorando a Eurico y Aurelio, caminó hacia su amiga, se arrodilló junto a ella y la besó–. Me quedaré en Tapares, me quedaré con Eurico.

XLV.

–¿Estás segura?

Eurico los había acompañado hasta la puerta de la ciudad. No había perdido de vista en ningún momento a Ariadna. Galla suspiró, ¿por qué parecía tan interesado en ella?

Desde que había aceptado quedarse en Tapares, se comportaba como si su amiga fuera el centro de todo su universo y no se separaba de ella, atento a todos sus movimientos y palabras.

Las cosas se habían sucedido muy deprisa. Eurico había declarado a voz en grito en el Foro que tras el mensaje de los dioses, con el compromiso de Ariadna de quedarse en Tapares obtenía la satisfacción que su honor exigía y la muchedumbre se había disuelto. Tras ello, había llamado a los sanadores que habían conducido a Aulo al Palacio donde lo habían atendido. Al día siguiente se habían dirigido hacia las puertas de la ciudad.

–¿Estás segura? –Galla repitió la pregunta.

–Sí... –Ariadna estaba tan desconcertada como ella. Miraba a uno y otro lado sin entender muy bien por qué el Dux parecía continuamente pendiente de ella—. No permitiré que pases por lo mismo que yo. Los vampiros de Baste me arrebataron a mi compañero y... no dejaré que tú lo pierdas también.

–Me preocupa que, de alguna forma, tras todos estos años, te sientas obligada a ello... –le confesó sus preocupaciones— que creas que estás en deuda conmigo o mi familia y por eso hayas aceptado.

–No temas... Sé muy bien lo que hago...

–Pero... tú... –Intentó asegurarse... Dejarle claro a Ariadna que entendería que cambiase de opinión. Su amiga la interrumpió.

–¿Lo amas?

Galla suspiró mientras percibía a Aulo muy presente pendiente de ella. No es que lo amase, era todo su mundo.

–Más de lo que puedo expresar.

–Pues eso es lo único importante... Sabes que te quiero como a una hermana, Galla, así que no permitiré que sufras la pérdida que yo sufrí...

–Pero... aquí no conoces a nadie. Estarás sola.

Miró tras de sí, donde Eurico simulaba estar hablando con los guardias mientras permanecía atento a la conversación que sostenían ambas amigas.

–Eso no me preocupa... –Le sonrió con timidez–. No es la primera vez que me veo sola en un lugar extraño...

Cuando Ariadna había llegado a Nastea cuatro años antes, tampoco conocía a nadie... Desde su llegada, apenas se habían separado. La idea de no verla cada día se le hacía muy difícil. Galla la tomó de la mano, consciente de que esa sería su última conversación en no sabía cuánto tiempo.

–Ari...

–La vez anterior, no me fue tan mal. ¡Hice una gran amiga!

A Galla le dieron ganas de ponerse a llorar.

–Y yo también... ¡No sé qué voy a hacer sin ti!

Se abrazaron y Galla tuvo la impresión de que tardarían mucho tiempo en volver a verse.

–Yo sí sé lo que vas a hacer. –Señaló tras Galla. Aulo estaba vigilándola a la puerta del aerodeslizador en cuyo interior ya les esperaba Aurelio–. Cuidar de tu compañero.

Galla negó con la cabeza. Los vampiros se recuperaban muy rápido de las heridas y con los incentivos adecuados aún más. Él no le preocupaba, pero... ¿qué le pasaría a Ariadna allí sola?

–Ariadna... me siento culpable... Yo...

–No le des más vueltas... –Intentó tranquilizarla. Era así de generosa–. Sé que suena extraño, pero me fío de él... me fío de Eurico a pesar de...

–¿A pesar de ser un vampiro?

–Sí.

–Esto no voy a dejarlo así. Hablaré con mi padre y volveré a por ti... Te lo prometo. –Volvió a abrazarla. A su espalda, escuchó la voz de Aulo llamándola.

–Vete... No lo alarguemos más.

Ella tampoco lo quería alargar, pero tenía que hablar con alguien más antes de irse. Ignorando a Aulo, se acercó a Eurico con paso rápido. Cuando lo alcanzó, ya la estaba esperando.

–Eres un tramposo... –Lo señaló con el dedo–. Lo planeaste todo. Estoy segura.

–¿Quién te lo ha dicho? ¿Los dioses? Tengo la impresión de que tienes muy buena relación con ellos. –Le guiñó un ojo. ¿Por qué parecía mucho más relajado desde que había renunciado a su unión?

–No te hagas el gracioso. No querías esta unión y la llegada de Aulo te facilitó las cosas.

–¿Tú crees? –El Eurico con el que estaba hablando era el vampiro de quien se había hecho amigo. Lejos quedaba el Dux intransigente que exigía una satisfacción por su honor dañado... Todo era muy extraño.

–Lo único que no entiendo es por qué tantos aspavientos, por qué el duelo, por qué Ariadna.

–Tengo mis motivos.

–Que no piensas explicar.

–Al igual que tú no explicas como sabías que las columnas emitían polvo...

Se miraron fijamente durante un instante. Galla no podía explicarle lo que le había contado su madre sobre los extintores y, al parecer, él tampoco podía explicarle sus motivos para retar a duelo a Aulo o para querer que Ariadna permaneciese en Tapares.

–No tengo nada más que decir. Lo único que quiero que sepas es que cuando propuse a tu padre nuestra unión lo hice de corazón... Tienes que creerme, Galla. Eres maravillosa y solo deseo que seas feliz.

No le estaba mintiendo. Ella lo sabía, pudo leerlo en sus ojos. Aprovechó ese momento de sinceridad para tratar de proteger a su amiga. Dejarla allí le iba a perseguir toda su vida.

–Prométeme que la cuidarás... –Necesitaba arrancarle una promesa, algo que le permitiese estar más tranquila–. Que no harás nada que la pueda molestar.

–Te puedo asegurar... –Sus ojos se llenaron de una repentina emoción–. Te juro que arriesgaría mi vida antes de permitir que a Ariadna le pasase algo.

No se dijeron más, se giró y volvió a abrazar a su amiga que había estado contemplando toda la escena. Finalmente, se dirigió hacia el aerodeslizador.

A su puerta, le esperaba Aulo que estudió su rostro tratando de asegurarse de que se encontraba bien. Su General parecía haber encontrado una nueva misión. Hacerla feliz. En cuanto la ayudó a entrar, se acercó a Eurico para despedirse de él.

Desde el aerodeslizador, Galla los observó con curiosidad. Resultaba extraño ver como aquellos dos imponentes vampiros, tras batirse en un duelo a muerte, eran capaces de despedirse con un ligero movimiento de cabezas.

Tardarían en llevarse bien, pero sospechaba que se parecían demasiado como para no lograrlo con el paso del tiempo. Eurico había obligado a Ariadna a quedarse en Tapares, pero tenía la sensación de que, a pesar de ello, era un vampiro honorable...

Una vez dentro, contempló como la imagen de Ariadna se hacía cada vez más y más pequeña mientras se alejaban.

Dio un respingo... ¿Eurico se había acercado a ella y estaba sonriéndole?

XLVI.

Es extraño cómo las cosas pueden cambiar en un instante.

Aulo estaba decidido a morir... Al comprender que había perdido a Galla, había decidido dejar que Eurico acabase con él...

El poderoso General no era tan valiente como Aurelio. Su segundo, cuando su Vitadantis lo había rechazado, había logrado seguir adelante. Tampoco era tan luchador como Tito, Cneo o el mismo Dux que habían peleado por recuperar a su compañera, aunque los hubiesen rechazado.

Él sabía que sus pecados habían sido demasiados como para que Galla le perdonase. Su Principessa era una criatura preciosa... que nunca se había merecido y que después de cómo se había comportado con ella aún se merecía menos. Galla debía tener un compañero que la adorase y que se asegurara de que el dolor nunca la alcanzase, no a un idiota arrogante que, en su ceguera, la había lastimado sin remedio.

El problema era que, aun siendo consciente de todo ello, no podía seguir viviendo sabiendo que pertenecía a otro, aunque supiese que la hacía feliz... Era demasiado egoísta.

«La idea de saber que ella vivía en Nastea con otro, que los podía encontrar en el Foro o en cualquier otro sitio... No podía seguir en Nastea».

Las palabras de Leif resonaron en su cabeza... Viviendo en Nastea él nunca los vería... pero eso no le consolaría. La única opción para él era la muerte y a ella se abrazó con entusiasmo.

En el Foro, con cada golpe de Eurico, cada puñetazo, cada patada... mientras la sangre manaba de su cuerpo... se sentía cada vez más contento, casi feliz. El dolor era un viejo amigo con el que había crecido y con el que, después de lo que le había hecho a la única criatura a la que amaba, disfrutaba... Le proporcionaba calma. Sentía que al menos estaba aliviando su culpa.

Por eso cuando, de repente, había escuchado la voz de Galla a su lado, había creído que ya

estaba muerto y los dioses lo habían perdonado...

—No...

Su aroma, su tacto, su voz... Si hubiera sabido que así era la muerte, se habría entregado a ella con gusto mucho antes.

—¿Ga... lla?

A través de los ojos hinchados se filtraba un hilo de luz. Su cerebro embotado distinguió una figura borrosa a su lado, sus frágiles manos alrededor de su cabeza lo acunaron en su regazo. Todo parecía demasiado real... ¿Habría perdido el conocimiento y sería un sueño?

—No lo mates...

La voz inconfundible de su Principessa parecía temblar... ¿o era su cuerpo el que lo hacía? Cuando escuchó la voz de Eurico a su lado... terminó por sentirse completamente desconcertado. Era incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo.

¿Los dioses iban a ser tan crueles de recordarle en sus últimos instantes de vida que el Dux de Tapares le había arrebatado lo que más quería?

¡No podía ser!

¿Qué estaba ocurriendo?

A su alrededor las voces conocidas y los gritos de la multitud se confundieron llenándolo todo de una densa neblina que amenazaba con engullirlo.

¿O era que el sol de repente se había nublado a su alrededor?

Le costaba respirar, le costaba pensar, le costaba ver... se preparó para morir, hasta que algo llegó a sus oídos, algo que sí consiguió descifrar.

—Te amo, Aulo... Siempre te he amado. No me dejes ahora. No te vayas... por favor.

¿Podía ser cierto? Escudriñó a su alrededor y, al fin, vio su hermoso rostro. ¡No era un sueño ni estaba muerto! Ella estaba allí con él. Era real, estaba a su lado y le había dicho que lo amaba.

—Mi... Prin... ci... pe... ssa...

La felicidad inundó su pecho, pero algo iba mal. Repentinamente se dio cuenta de que era demasiado tarde. La vida estaba abandonando su cuerpo... lo podía sentir en sus entrañas. Al

menos ella lo amaba, al menos podía irse en paz... al menos.

Cerró los ojos...

Y murió...

O eso pensó hasta que sintió una mano en su mejilla.

Escuchó voces a su lado.

Y unas hábiles manos recomponiendo su cuerpo.

Abrió los ojos... y la vio. Galla estaba junto a él mirándolo con ojos llorosos mientras un par de sanadores ayudados por Aurelio revisaban sus heridas.

—Galla...

—¡Has vuelto! —Sus ojos se llenaron de sorpresa y alivio. ¿Había una criatura más hermosa que ella? No la había ni la habría nunca.

—Mi hermosa Principessa... —Alargó la mano para tomar entre sus dedos uno de los mechones que se habían escapado de su moño... pero no pudo alcanzarlo.

El rostro de Galla se había transformado en un segundo y la ira había reemplazado a su expresión aliviada.

—¡Eres un imbécil! —Gritó a su lado—. ¿Por qué no luchaste? ¿Por qué te dejaste golpear de esa manera?

Estaba enfadada... y a juzgar por cómo lo miraba, estaba más que enfadada, furiosa... con él.

—¿Qué ha ocurrido? Yo... solo quería...

—¡No lo digas! —Apoyó sus manos en sus hombros y lo miró fijamente—. ¡Te amo! ¿Lo entiendes? Y no quiero volver a escucharte decir que te quieres morir... Si vuelves a comportarte como hiciste hoy frente a Eurico... Si vuelves a dejarte golpear de esa forma... ¡Nunca te perdonaré! Si lo haces... ¡Me moriré!

La felicidad llenó su pecho. Observó a su alrededor, debían estar en una de las habitaciones del palacio del Dux. De alguna forma debía haber aceptado que Galla era suya, pero lo más importante no era eso. No lo había soñado, Galla lo amaba... pero estaba furiosa... y más

preciosa que nunca.

–Galla, yo... te amo tanto... sin ti... –Trató de incorporarse de la cama y abrazarla, pero Aurelio y los sanadores le dedicaron una expresión furiosa. ¿Todo el mundo estaba enfadado con él? Comprobó sus heridas, más de una vez había estado bastante peor. Era un vampiro, se curaba rápido.

–¿No lo comprendes? Yo también te amo. Toda mi vida... siempre te he amado y si mueres... si tú mueres... –Los llantos la dominaron y no pudo seguir hablando.

Aulo, al ver las gruesas lágrimas de sangre recorriendo sus mejillas, decidió que ya era suficiente. Sin hacer caso de las quejas de los sanadores y de Aurelio se incorporó ignorando el dolor y la abrazó tratando de consolarla. Galla era suya... y no necesitaba nada más para curarse.

–¡Fuera!

Galla se escapó de su abrazo y, tras alejarse un par de pasos de la cama, lo miró sin comprender.

Cuando descubrió como su Principessa se sonrojaba al ver su cuerpo desnudo que las sábanas habían dejado al descubierto, estuvo a punto de ahogar una carcajada. Ni desfiles de la victoria, ni las felicitaciones del Dux, el anhelo en la mirada de Galla se acababa de convertir en el triunfo por el que siempre lucharía.

–Señor... –Aurelio protestó.

–Saca a todos de aquí ahora mismo. ¡Salid! –La mirada que dirigió a Aurelio convenció a su segundo de que debían abandonar la habitación inmediatamente. Un instante después, Aurelio cerraba la puerta con una sonrisa en la boca y dejando a Galla desconcertada.

–¿Aulo? –Galla lo miraba sin saber muy bien qué estaba ocurriendo.

–Principessa... –Tras abandonar la cama se dirigía hacia ella a trompicones.

–¡No debes caminar! –Lo miró preocupada-. ¡Ni salir de la cama!

–Eso que me decías... Necesito escucharlo otra vez... –Al ver su mirada cautelosa, decidió buscar la forma de convencerla-. Después volveré a la cama, lo prometo.

Galla lo observó fijamente. Aulo escondió una sonrisa. Su Principessa parecía tratar de

averiguar si estaba siendo sincero.

–Te amo, Aulo... He intentado olvidarte, pero no he podido... Cuando te vi aquí, creí que habías venido obedeciendo a mi padre, pero cuando te vi en la arena... dejándote morir... Yo...

–Los ojos amenazaron con llenarse de nuevo de lágrimas.

–Mi Principessa, todo ha sido culpa mía... –Estiró las manos y rodeó su cintura. Sus palabras eran toda la medicina que necesitaba. Era suya... su Vitadantis. No podía esperar para compartir su vida con ella toda la eternidad-. Te juro que dedicaré el resto de mi vida a compensarte por el dolor que te causé... ¿Podrás perdonarme?

Galla parpadeó varias veces tratando de evitar que se le escapasen las lágrimas.

–Ya te he perdonado...

Aulo no necesitó escuchar más. Un instante después la había tomado entre sus brazos... mientras Galla no dejaba de protestar.

–¡Las heridas!

–No hay heridas que me impidan llevarte entre mis brazos.

–¡Los vendajes!

–No necesito vendajes, ya no sangro.

–¡Los moratones!

–Tu cuerpo es tan dulce que me los curará.

–Me prometiste que volverías a la cama... ¡Me lo prometiste!

–Y yo siempre cumplo mis promesas... pero volveremos juntos...

Lentamente la llevó hasta la cama donde había despertado a una nueva vida, un nuevo futuro con su Principessa. Allí la depositó con reverencia. Cuando la había tenido en su casa, allá en Nastea, no sabía qué era ella... solo sabía que se parecía tanto a Galla que su cuerpo se había encendido de un deseo que no era consciente de albergar.

Esta vez se tomó su tiempo. Con lentitud, soltó su pelo y lo extendió sobre su almohada mientras depositaba lentos besos en los párpados de sus ojos, la punta de su nariz y los lóbulos de las orejas.

–Aulo.

La forma en la que pronunció su voz encendió aún más su cuerpo, pero no se apresuró.

Con desesperante lentitud, deslizó su túnica por sus brazos hasta dejar a la vista la piel de su cuello, sus clavículas y los dos riscos escarpados que coronaban sus pechos... No se había dado cuenta de lo que había añorado adorar los guijarros en los que se habían transformado sus pezones hasta que no los lamió una y otra vez. No había manjar más sabroso, ni sonido más dulce que el que emitía su Principessa bajo sus atenciones.

–Aulo...

Su voz se había transformado en un gemido y supo que moriría si no se perdía en su calor, pero no se apresuró.

Con manos temblorosas, se deshizo de su túnica. Sus labios se perdieron en su ombligo mientras sus manos exploraban sus piernas con deleite. Los gemidos de Galla llenaban la habitación y él solo podía seguir ascendiendo con su manos por sus piernas mientras regaba besos bajo su ombligo... hasta que se encontraron en ese bendito lugar... entre sus piernas.

Necesitaba probarla, besarla, lamerla... hundir sus dedos, chupar su montículo y hacerla gritar.

–¡Aulo!

Más alto, más fuerte, más duro...

–¡¡¡Aulo!!!

Hasta hacerla estallar una y otra vez... para hacerla olvidar el dolor que le había causado aquella primera vez... para marcarla como su Vitadantis... y para convencerse a sí mismo de que nunca jamás la volvería a perder.

Cuando se enterró en ella supo que había regresado a casa...

Su hogar no estaba en Nastea ni en el campo de batalla ni con la Cernide ni junto a sus hermanos aunque no fueran de sangre...

Su hogar estaba y siempre estaría entre las piernas de Galla, enterrado en su calor, en el vaivén de su cuerpo y en la sangre de su cuello en el que enterró sus colmillos cuando alcanzó su

liberación... mientras su compañera hacía lo mismo en su cuello.

El éxtasis se intensificó cuando conectó su mente con la de su compañera, su Vitatdantis... su Galla... El amor que su Principessa había reservado para él toda su vida llenó su mente y, al fin, comprendió que ella no era solo su hogar sino toda su vida...

«La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?».

—No, Aulo... —La voz de Galla lo sacó del trance de felicidad y puro placer en el que había caído—. Tu princesa, tu Principessa ya no está triste, porque te tiene a ti.

Y en la habitación del palacio del Dux de Tapares, Aulo tomó a Galla como desearía haber hecho su primera noche juntos y Galla comprendió que Aulo al fin era suyo.

Cuando a la mañana siguiente partieron, Aulo era otro vampiro. Las heridas ya estaban cerradas y apenas le molestaban. Sabía que cuando un vampiro se unía a su Vitandantis, de alguna forma su poder aumentaba, pero una cosa era escucharlo y otra experimentarlo por sí mismo.

Solo quería regresar lo más rápidamente posible a Nastea y encerrarse con Galla en su casa... Una noche no era suficiente, cien noches tampoco lo serían, una vida entera se le haría demasiado corta.

Aurelio, tras devolverle en silencio el antifaz de Galla, le había explicado el precio que debían pagar para dejarlo ir y se había enfurecido, pero no había nada que pudiese hacer. Su Principessa era su prioridad y Eurico había prometido que Ariadna sería su invitada.

A pesar de todo y aunque negaría haberlo reconocido, comprendía que como Dux no podía permitir que su comportamiento no tuviera un castigo. Que Ariadna fuera el precio a pagar podía ser injusto, pero encontraría la manera de liberarla... si es que quería. En el escaso tiempo que permanecieron en Tapares antes de partir, Aulo observó cómo se comportaba el Dux con ella y había reconocido los indicios.

—Eurico está interesado en Ariadna... —Mientras Galla se despedía había cuchicheado con su

segundo.

–Eso me parece a mí... pero aun así no son formas...

–Puede que tengas razón, pero yo no soy un ejemplo de buenas formas tratándose de mi Vitadantis...

Con Galla a su lado había puesto rumbo de vuelta a Nastea sintiéndose la criatura más afortunada de la Tierra. Poco a poco, durante el largo trayecto de vuelta, la necesidad de estar con ella se había vuelto imperiosa.

Si Aurelio no hubiese estado pilotando el aerodeslizador la hubiera tomado allí mismo. Le hervía la sangre al tenerla tan cerca y no poder hacerla suya una y otra vez.

Desgraciadamente, como había ocurrido el día anterior, en un instante todo volvió a cambiar.

Cuando comenzaba a caer la noche y atravesaban un desfiladero, el aerodeslizador chocó contra algún obstáculo invisible. El golpe los lanzó por los aires y, un momento después, estaban en medio de la nada rodeados de salteadores.

–Sabía que te encontraría...

Aulo no tuvo falta de preguntar para saber que el gigante pelirrojo que tenía ante él era Gannacus.

XLVII.

Aulo situó a Galla detrás de él mientras empuñaba el neutralizador, un par de metros por delante Aurelio permanecía inconsciente entre los restos de la cabina del aerodeslizador. Su respiración irregular le convenció de que seguía vivo, pero no sabía durante cuánto tiempo. De momento los salteadores parecían ignorar su presencia. Si no se recuperaba pronto acabarían con él allí mismo.

–Sabía que encontraría al General de Nastea...

–Gannacus, supongo... –Aulo trató de simular indiferencia mientras, con su mente, trataba de tranquilizar a Galla. Después de que ambos se mordiesen y probasen su sangre, sus mentes unidas les permitían comunicarse.

–Tenía muchas ganas de conocerte, sobre todo después de lo que le hiciste a mi hermano.

–Pues para mí es un inenarrable honor que al fin te hayas dignado a salir de tu madriguera. – El apenas imperceptible movimiento de los dedos de Aurelio llamó su atención, pero se obligó a no mirar en su dirección. Galla tras él tembló visiblemente.

–Sin tu ejército, no creo que te dure mucho esa arrogancia... –Avanzó un paso hacia él y Aulo se tensó. Tenía que ganar tiempo y buscar una salida. No iba a permitir que ninguno de aquellos vampiros se acercase a su Vitadantis. Galla era suya... y no permitiría que nadie la dañase.

–No te atrevas a acercarte...

–¿O me matarás? –Miró tras de sí, había dos docenas de salteadores bien armados–. No tienes nada que hacer y lo sabes.

–¡Aléjate! –Aulo acercó aún más a su espalda a Galla que estaba aterrorizada. Estudió las

paredes del desfiladero... Si pudiesen llegar a ellas... Le gustaba improvisar, era famoso por ello, pero cuando se trataba de la seguridad de Galla, no estaba seguro.

Gannacus miró tras él y una sonrisa cruel apareció en su rostro.

–No está solo... ¿Qué escondes ahí?

–Nada que sea de tu incumbencia. –Aulo escupió las palabras. Aquel renegado no se merecía mirar a su Vitadantis.

–Desde que asesinaste a mi hermano, todo lo tuyo es de mi incumbencia... –Le dedicó una sonrisa cruel.

–Tu hermano murió en una pelea justa.

–¿Justa? –Su rostro se ensombreció–. Eso lo decidiré yo.

–Él fue el que vino corriendo hacia mí mientras tú huías. –Quizás si lo ofendía, la rabia le haría cometer algún error.

–¡Cabrón de mierda! ¡Me las pagarás! –Avanzó otro par de pasos dejando atrás la cabina del aerodeslizador–. Aunque creo que será más agradable que la putita que escondes sea la primera que pague...

Aulo sintió cómo le hervía la sangre. Tenía que tranquilizarse, debía proteger a Galla... Encontrar la forma de alcanzar las paredes del desfiladero.

–Te tragarás tus palabras...

–Pues yo me pregunto si se tragará nuestras pollas.

–¡Bastardo!

No pudo añadir nada más. Ese fue el momento en el que Aurelio saltó de entre el fuselaje del aerodeslizador y comenzó a disparar. Gannacus y el resto de su banda, al ser sorprendidos por su espalda, desviaron su atención de Aulo y Galla.

Aulo no perdió el tiempo, tras coger a Galla en brazos, corrió hasta alcanzar las paredes del desfiladero y, una vez allí, las escaló a toda velocidad buscando un refugio, algún lugar donde esconderse.

Cuando dejó de escuchar los disparos comprendió que todo había acabado. ¿Aurelio estaría

muerto? Esperaba que no... pero no se hacía ilusiones.

En la estrecha cueva donde se resguardaron abrazó a Galla tratando de tranquilizarla. No la perdería... tenía que pensar en algo y tenía que hacerlo rápido.

No dejaba de ser irónico que ahora fuera Gannacus quien estuviera buscándolo en las cuevas. Esperaba que el salteador no contase con la ayuda de algún Leif.

XLVIII.

Aulo permaneció toda la noche despierto, pendiente de cada sonido y cada lejano eco. En medio de la oscuridad, en algún punto, Gannacus revisaba cada pequeño escondrijo, dentro de cada cueva y detrás de cada piedra. Los estaba buscando y, no se engañaba, solo era cuestión de tiempo que los encontrase.

Cuando él, acompañado de la Cernide, lo había estado cazando, el área donde podía esconderse era muy extensa. Además, era su territorio; lo conocía como la palma de su mano. Durante días habían tratado de encontrarle; pero, al fin, habían tenido que darse por vencidos y retirarse. Esta vez era muy distinto. Los lugares donde podían esconderse eran muy limitados. Aulo sabía que con la luz del día los encontrarían.

–No temas... vendrán a ayudarnos... –Le había repetido a Galla mientras la abrazaba... La mentira parecía serlo menos cuando la tenía entre sus brazos y trataba de escabullir de su mente inquisitiva la realidad que no quería que ella descubriese.

–Si estoy contigo, siempre me siento segura...

Escuchar esas palabras en su boca era lo único que necesitaba y con ellas se consoló hasta que las luces del amanecer comenzaron a iluminarlo todo. Tras una noche en vela, había tomado una decisión. La única que podía salvar a Galla. Con cuidado de no despertarla, dejó su neutralizador a su lado. Solo la miró un instante, el tiempo apremiaba. Trató de empaparse de ella; su rostro, sus labios, su hermosa piel, su aroma... Lo era todo para él y haría lo posible para que sobreviviese. Tras recuperarla, había esperado poder tener con ella una vida entera, pero se conformaría con los pocos instantes que habían compartido si, al menos, seguía con vida.

Sabía que las Vitadantis seguían a sus vampiros cuando ellos morían, pero cuando su unión

era muy reciente, podían salvarse. Confiaba en que este sería el caso. Debía hacerlo, porque no tenía otra opción.

Tras bloquear su mente para que Galla no descubriese lo que estaba haciendo se alejó. Esta vez fue incapaz de separarse de su antifaz. Necesitaba tenerlo cerca para recordarle que debía salvarla. Así que, con paso cauteloso, se deslizó fuera de la cueva y avanzó hacia el origen de los pasos que, desde media noche, había escuchado cada vez más cerca.

En poco tiempo alcanzó su objetivo.

—¡Mira quién ha salido de su agujero! —Gannacus lo miró de arriba abajo con expresión satisfecha mientras el resto de sus vampiros lo rodeaban.

Aulo no se molestó en mostrarse sorprendido. ¿Qué sentido tenía?

—Acabemos con esto... —Moriría contento si salvaba a Galla—. Ya me tienes, mátame de una vez.

—¿Por qué tanta prisa? —De un par de zancadas se situó junto a él con una sonrisa maliciosa dominando en su rostro.

—Simplemente no tiene sentido alargar esto...

—No estoy de acuerdo contigo... —Se paseó alrededor de él mientras se tensaba—. Creo que estás intentando birlarnos parte de la fiesta...

—No sé a qué te refieres... —Lo miró con expresión inocente. ¿Por qué no se podía contentar con su vida?

Aulo no vio venir el puñetazo. Él era alto, pero Gannacus le superaba en al menos un palmo de altura y, por lo que comprobó, además era muy rápido.

—¿Dónde está tu puta? Tú mataste a mi hermano así que yo haré lo mismo con ella... después de divertirnos. Será lo último que veas antes de morir.

En el suelo, Aulo vomitó sangre... Su golpe había sido certero, pero el dolor que le había provocado no era nada en comparación con el que sufriría si Gannacus cumplía su amenaza. No podía permitirlo. A tientas rozó el antifaz de Galla que siempre tenía entre su ropa. Tenía que lograr alejarlos de allí, encontrar la manera de que poner a salvo a Galla...

Estaba a punto de ponerse de pie cuando escuchó una voz que le resultaba familiar.

–¡Gannacus, viejo amigo!

Sus pies... su forma de andar... y su voz... ¿Leif? Trató de incorporarse para confirmarlo.

–¿Qué haces aquí? –Gannacus se giró hacia él y a su alrededor los salteadores lo miraron sorprendidos.

Leif avanzó entre ellos con paso seguro hasta situarse junto a Aulo al que ayudó a ponerse en pie.

–Tienes un aspecto horrible... –le susurró antes de girarse hacia el Privateer–. He venido a hacerte un favor.

–¿Un favor? ¿De qué estás hablando?

–Digamos que ahí fuera... –Señaló más allá del desfiladero–. Hay tres legiones de la Cernide de Nastea que se dirigen a paso ligero hacia aquí. Tienes solo unos minutos para largarte.

Gannacus entrecerró los ojos mientras en la cabeza de Aulo las ideas comenzaban a bullir a toda velocidad.

¿Legiones de la Cernide?

Solo podían abandonar Nastea con autorización de la asamblea de Pregadi y... solo él o Aurelio podían capitanearlas... Desde que Aulo había sido nombrado Dux, no había vuelto a dirigir personalmente a sus tropas. Ni Tito ni los jefes de las familias de la ciudad se lo permitían... Era demasiado peligroso. ¿Leif se estaba echando un farol?

Desgraciadamente, Gannacus llegó a la misma conclusión.

–Eres un mentiroso hijo de puta... No hay ninguna legión... ¡Te lo acabas de inventar! Estoy seguro.

Leif ni siquiera se inmutó al escuchar sus palabras.

–Puedes creer lo que quieras, pero...

Esta vez fue Leif el que recibió un puñetazo. La aparición del Liberto lo había puesto furioso... Aún más.

–¿Sabéis que os digo? –Aulo fue esta vez el que ayudó a incorporarse a Leif–. No voy a

esperar. Os voy a matar a los dos ahora mismo... Después ya me aseguraré de encontrar a tu putita...

Gannacus levantó el neutralizador y se dispuso a dispararles, pero fue lo último que hizo.

Aulo escuchó un grito en su cerebro...

«¡No!».

¿Galla?

Y ese fue el momento en el que un certero disparo derribó a Gannacus.

XLIX.

Un instante después se había desatado el caos en el estrecho desfiladero.

Repentinamente, al menos tres legiones de la Cernide se abatieron sobre el lugar donde Gannacus agonizaba en el suelo. Aulo ahogó un grito cuando reconoció quién las comandaba. Leif no había mentido, el mismo Dux había ido hasta allí a por ellos. Junto a él pudo distinguir a Aurelio, pero su preocupación estaba en otro sitio.

Sin perder tiempo buscó entre los riscos del desfiladero el origen del disparo y la voz en su cabeza. Trepó hasta él seguido de cerca por Leif que había tomado el neutralizador de Gannacus y se mantenía atento ante cualquier amenaza.

Cuando llegó, encontró a Galla agazapada tras una enorme roca. Con el neutralizador entre sus manos, no paraba de temblar.

—¡Mi Principessa! —La abrazó tratando de consolarla. Era increíble la puntería que había demostrado. ¿Cuándo había aprendido a utilizarlo?—. Me has salvado la vida.

Galla se revolvió en su abrazo como una fiera hasta separarse de él. Sus ojos rezumaban ira.

—¿Cómo te atreves?

Aulo la miró confundido. ¿Qué le pasaba? Era la segunda vez que la veía así. La vez anterior, había sido después de su duelo con Eurico.

—¡No vuelvas a hacerme algo así!

¿Por qué tenía la impresión de que estaba valorando dispararle con el neutralizador que todavía empuñaba?

—¡Te fuiste! —Le acusó—. Te fuiste y me dejaste sola... Creí que te había perdido.

Al fin lo entendió. Su Principessa no había comprendido por qué se había ido sin ella.

—Galla, era la única opción...

No pudo seguir hablando. Galla lo fulminó con la mirada.

–¿La única opción? ¡Eso fue lo que tú decidiste!

–Yo... valoré nuestras posibilidades y...

–¡No te atrevas a volver a decidir por mí! –Su voz temblaba de lo furiosa que estaba.

–Pero... –Aulo no había esperado que reaccionase así. Ni siquiera se lo había imaginado. Se quedó congelado.

–¡Prométeme que no lo volverás a hacer!

Volvió a abrir su mente a ella y lo percibió. El terror por perderlo casi había acabado con su cordura. De repente comprendió que ya no era solo Aulo, ahora eran dos compañeros unidos férreamente hasta la eternidad.

–Galla... –Cuando creía que ya era imposible, su amor por ella crecía aún más...

–¿Creías que no me sabría defender? Pues has de saber que sé utilizar el neutralizador... ¡Licinia me enseñó! Y tengo mucha mejor puntería que ella...

–¿No te habías dado cuenta ya de que soy un imbécil? –Alargó la mano y acarició su mejilla—. Lo siento, Galla... Estaba tan preocupado por mantenerte con vida...

–Si vivimos juntos, moriremos juntos... ¡Nada de volver a desaparecer!

Su Principessa era una guerrera, una luchadora temible dispuesta a todo por lo que quería, por defender a quien quería, por él... Era muy afortunado. Mucho más de lo que se merecía. No pudo evitar sonreírle.

–Te lo prometo, Galla.

Cuando volvió a abrazarla, esta vez no se resistió. Muy pronto, sus labios se encontraron y el fuego de la necesidad lo dominó. No había besos más dulces, ni cuerpo más acogedor, ni criatura más...

–¡General!

Aulo abrió los ojos... ¿Era la voz de Cayo la que escuchaba a su espalda? Se quedó congelado.

–Papá... –Su Vitadantis fue más rápida y, tras separarse de él, corrió rápidamente a sus

brazos—. ¡Estás aquí!

Aulo se giró para observar al Dux abrazando a su hija bajo la atenta mirada de Aurelio y Leif.

—¿No creerías que no iba a venir a buscarte? No sé cómo se lo habrá tomado Tito, pero supongo que a estas alturas ya le habrá dado un ataque. No podía dejarte sola y... —Miró a Aulo—. No podía abandonar a un viejo amigo a su suerte.

—¡Te he echado tanto de menos! Os he echado tanto de menos a ti, a mamá, a Licinia y a la pequeña Atia...

—No te preocupes... Ahora volveremos a Nastea y podrás verlas a todas.

—He roto mi unión con Eurico... Lo siento. Sé que era importante para...

—Lo único importante es que seas feliz. Nastea no necesita esa unión con Tapares.

—Pero...

—Encontraremos otra forma de afianzar nuestra alianza, no temas. —La tomó de la cintura para llevársela, pero Galla se separó de él.

—Papá... —Corrió hacia Aulo que la rodeó con sus brazos ignorando el gesto enfadado de su Dux. Aulo sería el todopoderoso Dux de Nastea, su amigo, su señor, su hermano; pero ella... Galla era su vida y cuanto primero se acostumbrase a ello, mucho mejor, porque él no pensaba ceder—. Quiero pedirte que perdones a Aulo. Sé que ya sabes lo que pasó, pero quiero que no le guardes ningún rencor por lo que ocurrió. Lo amo, nos hemos unido y ahora soy su Vitadantis.

—¿Estás segura?

—Sí, papa... completamente.

—Pero te hizo daño... —Su gesto se endureció—. Te fuiste por su culpa.

—Ya le he perdonado... ¡Papá, no puedo vivir sin él!

—Comprendo... —Cayo avanzó hacia Aulo que silenciosamente apartó a Galla de su lado—.

¿Amas a mi hija?

—La he amado desde que nació... aunque me di cuenta demasiado tarde... aunque no me la merezco... aunque sé que le hice daño...

–¿A qué estás dispuesto por ella?

–Estoy dispuesto a morir por ella.

–Bien... porque espero que vivas solo para y por ella. Si no lo haces... Si la dañas de cualquier forma... Te mataré con mis propias manos.

Ambos se miraron a los ojos un largo instante antes de tomarse de los antebrazos. Sus dos tatuajes idénticos uno encima del otro. El saludo de los soldados de la Cernide; pero, sobre todo, un juramento silencioso que ninguno de los dos rompería jamás.

Cuando se dio la vuelta, Cayo sonrió a su hija.

–Ve con él... –le susurró al oído para que solo ella pudiese escucharlo–. No podría desear un compañero mejor para ti, hija mía...

L.

Cuando llegaron a Nastea, Aulo todavía tenía a Galla entre sus brazos y una sonrisa en los labios.

La felicidad son momentos constituidos por pequeños y grandes detalles que hacen que todo parezca perfecto y él era completamente feliz.

Era feliz porque había recuperado a su Vitadantis y estaba a salvo.

Porque había recuperado la confianza de Cayo, su Dux; pero, sobre todo, su hermano.

Y también... porque había descubierto el secreto de Leif.

—Él avisó a Nastea de que Gannacus y una partida de salteadores iba tras de ti. Envió un mensaje a Cneo. —Le había explicado Aurelio antes de tomar el aerodeslizador que les conduciría a casa.

—¿Qué?

—Tras dispararles, mientras huía de ellos, me encontré con Cayo y la Cernide. Les acompañaba Leif. Él los estaba guiando hacia ti.

—¿Cómo pudo...? —Al escuchar a Aurelio se había girado hacia el Liberto que no había dudado en guiñarle un ojo mientras le sonreía con gesto travieso.

Tras acomodar a Galla en su interior, se acercó a él

—¿Tanto da de sí un ducado?

Su sonrisa se amplió y se transformó en algo distinto, algo que no supo descifrar.

—Joven Aulo, esto no ha sido por dinero... sino por tus ojos.

Ya estaba de nuevo Leif con sus frases misteriosas que no acababa de desentrañar.

—¿Mis ojos? Todo el mundo siempre me ha dicho que son iguales que los de mi madre...

Al escuchar sus palabras, el rostro de Leif se llenó de melancolía durante un breve instante,

uno que muy pronto supo esconder. Una idea cruzó la cabeza de Aulo. ¿Sería posible?

—Sí lo son, nunca lo dudes. Tienes los mismos ojos que la mujer a la que amaba y a la que siempre amaré.

—Tú... ¿Mi madre...?

—Ella ya no está, pero sí su hijo... y ya te dije una vez que yo siempre me he mantenido fiel a quienes he amado...

Aulo trató de procesar su confesión. Todas las frases a medias, las miradas extrañas... todo cobró sentido de repente. El General se quedó sin palabras. ¿Qué podía decirle?

Aurelio, a su lado, se rascó la cabeza antes de romper el incómodo silencio.

—Lo que yo no entiendo es cómo sabía dónde encontrarlos.

—Soy Leif el afortunado, siempre encuentro lo que busco... Y además... ¿tienes la aguamarina?

—¿La aguamarina? —Aulo apenas había sido consciente de que la llevaba al cuello desde que Leif se la había regalado—. ¿Qué tiene que ver?

—Tiene un nano geolocalizador incrustado. —Los ojos del Liberto se llenaron de picardía.

La declaración de Leif provocó las protestas de Aulo.

—¡Mentiroso! Por eso sabías de dónde venía cuando nos conocimos en el salón. ¡Y yo que me tragué tu explicación!

—¿La de que tengo poderes?

—¡Sobre todo esa!

—¿Cuál si no...?

—Espera... ¿Y le querías regalar a mi madre un colgante para saber siempre dónde estaba? —Negó con la cabeza. ¡El maldito tramposo! Comenzó a reír.

—En el amor y en la guerra todo vale... Yo tengo excusa, pero tú... —Simuló estar enfadado—. Prometiste que le regalarías la aguamarina a tu Vitadantis.

Señaló a Galla que los miraba con una sonrisa desde el interior del aerodeslizador.

—Yo no te lo llegué a prometer...

–Pues espero que ahora se la regales... Ya he anulado el geolocalizador. –Inclinó su cabeza en dirección a Galla antes de girarse hacia Aulo–. Eres muy afortunado de tenerla. ¿Lo sabes?

–Sí... –Miró a Galla. Aquella criatura preciosa era suya... Le costaba creerlo–. Lo sé.

–Si yo me hubiera unido a... tu madre. Si ella se hubiera convertido en mi Vitadantis. –Leif le miró fijamente a los ojos un instante–. Me habría sentido tan afortunado que... ¡lo habría gritado al mundo! Me habría asegurado de que todos lo supiesen... de que nadie se atreviese a negarlo.

Aulo lo comprendía demasiado bien.

–Ahora que ya te contado casi todos mis secretos... –Le sonrió–. Creo que es el momento de irme.

–¿Por qué no vuelves? El Dux está en deuda contigo... y Cneo te recibiría con los brazos abiertos.

–No, Aulo... No hay nada en Nastea para mí... salvo recuerdos que no quiero revivir.

–¿Cuándo te volveré a ver?

Leif no le respondió. Simplemente le dedicó una sonrisa enigmática antes de girarse y alejarse de él caminando.

–¡Gracias! Siempre estaré en deuda contigo y yo nunca olvido mis deudas.

Aulo esperó delante del aerodeslizador hasta que lo vio desaparecer en el mar de arena que los rodeaba.

Aulo buscó en el cuello de Galla el colgante. Su Vitadantis le había pedido que se lo pusiese en cuanto había arrancado el aerodeslizador.

Tras casi un par de días de viaje, al fin habían llegado a Nastea y, en poco tiempo, llegarían a su casa. Nunca había tenido tantas ganas de cruzar su puerta. La conversación con Leif le había dado mucho en qué pensar.

–General... deberíamos llevar a Galla al Palacio... –La voz de Aurelio interrumpió sus pensamientos.

–¡No! –Tenía que asegurarse de que nadie cuestionase que era suya.

–Aulo... quizás... Lili y Licinia...–Su segundo insistió.

–¡No! –Antes que nada Galla era su Vitadantis y necesitase que todos lo supiesen.

Galla lo miró desconcertada... y cuando el aerodeslizador se detuvo frente a la entrada de su casa y Aulo la cogió en brazos su confusión aumentó. No comprendía lo que le ocurría. Aunque sus mentes estaban conectadas, la de su compañero era un caos de deseo y determinación que no acababa de descifrar.

–Puedo andar...

–Ya lo sé... pero tengo prisa.

–¿Prisa?

Atravesó la puerta seguido de cerca por Aurelio que intentó calmar al mayordomo de su General. El pobre Ter se había llevado un susto de muerte al ver el estado en el que había aparecido el dueño de la casa.

–Quiero hacerte mía de una forma que todos sepan que me perteneces... que nos pertenecemos. Quiero que todos, incluso tus padres, lo sepan. No puedo convertirme en vampiresa, porque ya lo eres, pero quiero hacer algo que te señale como mi Vitadantis para que nunca te vuelvas a alejar de mí... Para que nadie se atreva a tratar de separarte de mi lado.

–Yo... ya soy tu Vitadantis...

–Lo sé, pero quiero hacer algo más.

–Pero...

No tuvo tiempo de terminar la frase, de repente estaban en su biblioteca y todos los recuerdos volvieron a la mente de Galla.

Incapaz de controlarlos, una lágrima de sangre se escapó por su mejilla.

Aulo, al observarla, tras depositarla sobre el triclinio donde la había tomado, se arrodilló a sus pies.

–Te juro, Galla, que dedicaré toda mi vida a conseguir que me perdones. Fui un estúpido, un

completo idiota. Me creía un General invencible que viviría toda su vida sin necesitar de una Vitadantis y por eso me negué a ver lo evidente. Que tú lo eras todo para mí.

–Aulo...

–Tú fuiste mucho más valiente que yo... y viniste aquí a entregarte a mí... Si yo hubiese sido un vampiro honorable habría reconocido la verdad y no te habría arrastrado a una situación en la que tu única salida fue aceptar esa unión... con Eurico.

–Yo...

–¿Me perdonarás?

–¡Ya lo he hecho!

–¿Serás oficialmente y delante del mundo mi Vitadantis?

–No deseo nada más.

–Me haces el vampiro más feliz de la Tierra, mi Principessa...

De nuevo la tomó entre sus brazos y un instante después estaban en su alcoba ante una imponente cama.

Tras depositarla sobre ella, Aulo la observó fijamente.

Galla, nerviosa, no pudo menos que morderse el labio insegura.

–No sé... Yo no sé qué debemos hacer para unirnos como tú quieres...

–Deberíamos preguntarle al Dux, pero... no creo que sea muy buena idea. –Le sonrió de una manera lobuna que provocó que a Galla se le escapara un gemido–. Así que... improvisaremos...

Algo por lo que él era famoso en el campo de batalla...

Le guiñó un ojo e... improvisaron.

LI.

Aulo la tomó entre sus brazos y la besó con desesperación antes de, tras coger la daga que siempre llevaba a la cintura, cortar su ropa.

–¡Me gustaba esa túnica! –Chilló entre risas.

–A mí también, pero me gustas más desnuda... –Estiró la mano y deshizo su moño–. Y con el pelo suelto...

Cuando la ropa estuvo hecha girones, se apartó de la cama. Galla observó como Aulo, antes de desnudarse, sacaba de su toga una prenda que le resultaba familiar.

–¡Mi antifaz! Tienes mi antifaz... Creí que lo había perdido. ¿Cómo...?

–Lo dejaste aquí... y yo lo conservé... –Rápidamente se desnudó–. Era todo lo que tenía de ti... y ahora me gusta llevarlo siempre conmigo, como mi amuleto.

A Galla se le secó la boca al ver su hermoso cuerpo. El cuerpo de un vampiro, de un soldado, el cuerpo de su compañero...

Apenas fue consciente del momento en el que Aulo sacaba un cofre de la mesita que había junto a la cama y, tras abrirlo, extraía un objeto que conocía bien.

–¡Es una máquina para tatuar! –Su padre disponía de una. Su hermana la había tomado prestada una vez para que le hiciese un tatuaje. ¿Para qué la quería Aulo?

–Vi el tatuaje de tu hermana y sé que se lo hiciste tú... Ahora quiero que grabes tu nombre en mi piel en un lugar donde todo el mundo lo pueda ver. Donde todos sepan que eres mi Vitadantis... –Su voz se entrecortó por la emoción–. Por favor, tatúa tu nombre en los dedos de mis manos...

Galla lo miró fijamente. Sabía que los tatuajes eran algo sagrado. Su padre a menudo les había contado a ella y Licinia la historia de cada uno de los que adornaban su piel. Cuanto más

visibles, más importantes eran... Su padre no tenía ninguno en sus manos. Ningún vampiro que ella conociese lo tenía. Si Aulo se grababa su nombre, equivaldría a gritarle a todos que era suya. Las palabras que había escuchado a Leif volvieron a su memoria. Ahora comprendía lo que había leído en la mente de Aulo.

–Lo haré... pero tú deberás hacer lo mismo por mí... en mis muñecas.

–¿En tus muñecas?

–Sobre mis venas, donde late mi pulso... donde puedes comprobar como mi corazón late por ti.

Desnudos, Galla tatuó cada una de las letras de su nombre, «G A L L A» en la primera falange de los dedos de su mano derecha y, después, «Mi Prin ci pe ssa», en las de su mano izquierda. En ningún momento Aulo dejó de observarla... con anhelo, con felicidad, con desesperada lujuria...

Cuando acabó, Aulo grabó su nombre en la muñeca izquierda de Galla, pero antes de comenzar con la derecha, lo detuvo.

–Aquí quiero que tatúes otra palabra... Quiero que pongas «SUYA».

–¿Estás segura?

–Completamente.

Aulo la miró un instante antes de continuar. La emoción era demasiado intensa. Cuando acabó, se miraron... sus nombres en sus cuerpos, su deseo en su piel y la lujuria dominándolo todo. Galla simplemente se tumbó en la cama y estiró los brazos.

–Aulo, ven a mí... –No supo si su petición la había hecho en voz alta o a través de sus mentes conectadas... Solo quería ahogarse en el deseo y la lujuria que se había apoderado de todo su ser.

–Siempre, Principessa, siempre iré a ti... –Tomó sus manos y besó sus muñecas, ahí donde había hecho los tatuajes. Galla era aún más hermosa, más preciosa... y era solo suya.

–Aulo... –Galla gimió su nombre bajo sus besos.

–Ahora estamos unidos... y todo el mundo lo sabrá –susurró a su oído mientras se situaba entre sus piernas–. Somos uno solo, tú y yo, por toda la eternidad.

No dijo nada más. Tras estirar sus brazos por encima de su cabeza, la besó con desesperación. Galla leyó en su mente su necesidad de devorarla, de saquear su boca hasta dejarla sin aliento, de batirse en duelo con su lengua, de arrastrarla con sus besos hasta una locura de deseo al que no dudó en acompañarlo con gusto.

Galla ahogó un gemido cuando, tras abandonar sus labios, dirigió su atención a los picos en sus pechos; sus pezones eran dos guijarros en su cuerpo tembloroso. Mientras la miraba a los ojos, los amamantó con entusiasmo y ella creyó que iba a morir... de placer y deseo.

–Aulo... Yo...

El General, supo lo que necesitaba y no dudó en proporcionárselo. De un solo empujón se enterró entre sus piernas.

Aulo acompañó su movimiento con un largo suspiro...

Había estado con cientos de mujeres.

Había leído en los libros de los antiguos descripciones sobre el paraíso.

Había disfrutado de innumerables victorias.

Pero nada se podía comparar con el exquisito placer del que disfrutaba cuando estaba profundamente enterrado en ella.

Era suya. Siempre lo había sido y siempre lo sería hasta la eternidad.

Cuando comenzó a moverse en su interior, lentamente al principio hasta que la locura le llevó a una interminable sucesión de estocadas... llegó un punto en el que supo que necesitaba más... y, tras desplegar los colmillos, mordió su cuello y su sangre inundó su mente, su alma y su corazón.

Cuando notó como Galla, conectada a su mente, hacía lo mismo en su cuello, escuchó unos gruñidos lejanos que hicieron que el suelo temblase. En Tapares Galla había temido dañarle si chupaba su sangre después de la pelea con Eurico así que apenas la había probado, pero ahora

era distinto. Estaba curado, estaban en Nastea y estaban a salvo.

Lo sabía, sabía que los gruñidos que escuchaba eran sus gemidos, los suyos y los de su Principessa, unidos en cuerpo y mente...

Y Aulo vio la devoción de Galla por él y supo que siempre había sido y sería suya.

Y Galla supo que él siempre había sido suyo aunque no había sido consciente de ello.

Y ambos supieron que tenían ante sí una vida entera.

En la puerta del Palacio, esperaban al Dux Lili y Licinia junto a la pequeña Atia. Cuando descendió del aerodeslizador, Lili se adelantó para interrogarlo.

—¿Dónde está Galla?

—Me imagino que en casa de Aulo.

—¿En casa de Aulo? ¿Cómo lo has permitido? —Lili lo miró fijamente con su rostro lleno de reproche.

—Es su compañera, mi Vita... No debemos interferir. —La tomó de la cintura tratando de aplacarla.

—¡De eso nada! —Protestó escabulléndose—. Ahora mismo vamos a ir a por ella. Llevo varias semanas sin verla... Una madre tiene derecho a ver a su hija.

—No, Lili... Aurelio no permitirá que entres en las habitaciones de su General...

—Tú puedes...

—¡De ninguna manera iré a espiar a Aulo mientras está con Galla! —La miró horrorizado.

—¡Es tu hija!

—Pero también es su Vitadantis y no hay nada más sagrado para un vampiro. Y si no lo sabes... creo que voy a tener que recordártelo.

Lili observó la sonrisa traviesa en el rostro de su compañero.

—¡Cayo! —Protestó cuando la cogió en brazos entre las risas de sus hijas—. ¿Qué haces?

–¿Tengo que explicártelo? –La miró con expresión risueña.

–¡Eres imposible! ¿No te preocupa Galla? ¿Cómo sabemos que estará bien?

Licina le respondió entre risas antes de que su padre se la llevase en dirección a su alcoba.

–Porque tiene al General de Nastea para cuidarla.

Epílogo.

–**Tras** el fiasco de la unión de Galla y Eurico... no sé en qué situación estamos con Tapares.

–Creo que no debemos preocuparnos. Sus misivas han seguido siendo cordiales. Tras su marcha, Alarico ha vuelto sin que nada haya cambiado.

–Pero no ha liberado a Ariadna... –Aulo trató de ser objetivo. Eurico no le gustaba. No porque le hubiera pegado una paliza sino porque había descubierto que había besado a su Vitadantis y, aunque sabía que todo había sido culpa suya, no podía dejar de arderle la sangre cuando recordaba lo que había visto en la mente de Galla–. Mi Vitadantis no para de quejarse.

Cayo entrecerró los ojos en dirección a Aulo. Ya lo había perdonado, pero todavía se hacía el duro. En el fondo le hacía gracia la forma en la que su hermano lo miraba con expresión culpable. El orgulloso General era un manojo de nervios con todo lo que tenía que ver con Galla. El Dux no podía estar más contento con la elección de su hija. Ver su nombre tatuado en los dedos de las manos de Aulo, le provocaba una especie de orgullo apenas disimulaba. ¿Por qué se habría tatuado también un antifaz en el dorso de la mano? Había cosas que un padre mejor no sabía... De lo que estaba seguro era de que era el mejor compañero... aunque Lili se quejase de que mantenía encerraba a Galla en su alcoba durante días. A Cayo no le gustaba pensar mucho en ello, pero se imaginaba lo que le ocurría a su amigo. Si no hubiera sido el Dux, él lo haría a menudo con su compañera.

–¿Tu Vitadantis? Será mi hija...

–No nos vamos a enfadar por eso... ¿Verdad? Ella es feliz y eso es lo importante –terció Tito como siempre atento a limar cualquier aspereza.

–Eurico tenía derecho a una satisfacción y Ariadna estuvo de acuerdo en quedarse. Hay poco

que podamos hacer. –Cayo había escuchado la petición de su hija para que intercediese por su amiga, pero ya le había explicado que no podía hacer nada.

–Ariadna es una mujer admirable. Nastea le debe mucho –sentenció Cneo.

–Todavía no entiendo por qué quería Eurico que se quedase allí. –Cayo se lo había preguntado numerosas veces.

–Pues yo me puedo hacer una ligera idea... –Aulo había visto como miraba a Ariadna.

No tuvo tiempo de añadir nada más. Se levantó de un salto y avanzó hacia la puerta justo antes de que apareciese Galla.

El General la tomó entre sus brazos para, tras besar sus muñecas, asaltar sus labios entre las quejas de Cayo.

–¿Es necesario que vea cada día como devoras a mi hija? –El Dux se cubrió la cara con las manos con expresión afectada entre las risas de Tito y Cneo–. Un padre tiene derecho a evitar ver algo así...

Tras Galla apareció Lili que lo tomó del brazo.

–La ama y la hace feliz. Salvo por esa costumbre suya de desaparecer con Galla durante días... ¿qué más podemos pedir?

–¿Un poco de discreción? –La besó.

–¡No seas quejica! Ojalá Licinia y Atia sean tan afortunadas.

–¡Licinia y Atia! No me lo recuerdes... ¡No sé si sobreviviré!

Licinia, tras su madre, miró a su hermana y suspiró. A ella también le gustaría ser tan afortunada; pero, como heredera del Dux, sabía que no tenía mucho margen de elección. Su padre ya le había sugerido la conveniencia de que se uniera a un vampiro perteneciente a alguna de las principales familias de Nastea, pero su maldito corazón no entendía qué era lo conveniente. Suspiró, ¿qué culpa tenía ella de que sintiese debilidad por los extranjeros?

Ariadna contempló la luna llena en la noche estrellada. Cuando había llegado con Galla a Tapares, había descubierto aquel balcón y, desde entonces, había acudido allí casi cada noche.

Situado en el piso más alto del palacio del Dux, la ciudad dormía a sus pies. Era el momento que aprovechaba para reflexionar sobre lo que había ocurrido a su alrededor. Galla hacía un par de días que se había ido y aquella era la primera noche que se escapaba a contemplar la luna. Sonrió sin alegría. ¿Reflexionar sobre lo que había ocurrido?

Más bien reflexionaba sobre lo que había hecho o dicho Eurico. El Dux se había hecho omnipresente a su lado. No podía dar un paso sin que él apareciese dispuesto a acompañarla o a invitarla a una nueva excursión.

Sin Galla, no podía huir a sus habitaciones y esperar allí a que pasaran los días. No podía ser tan maleducada; era su invitada.

–¡Mentirosa! –susurró al cielo nocturno.

Más bien no tenía la suficiente fuerza de voluntad para resistirse a sus atenciones.

De repente, escuchó un ruido a su espalda. Cuando se giró descubrió a Eurico y, rápidamente, se tensó.

–Creo... que me iré a acostar.

–No, por favor... Desde que llegaste te he observado a escondidas aquí cada noche... y ahora ya soy libre para venir a ti.

–¿De qué hablas?

Eurico respiró hondo mientras una sonrisa aparecía en su cara. Mientras había estado Galla, rara vez sonreía, pero ahora lo hacía sin parar. Ariadna no pudo menos que admirar como su rostro se transformaba cuando lo hacía.

–Soy tuyo, Ariadna... y tú lo sabes.

–No... eso no puede ser.

¡Muchas gracias por leer este libro!

Por favor, si tienes un momento, califícalo, no te lleva mucho tiempo y para mí es muy importante.

En este libro he incluido fragmentos de uno de mis poemas favoritos. Se trata de «Sonatina» del maravilloso poeta nicaragüense Rubén Darío perteneciente a su libro «Prosas profanas y otros poemas».

Os animo a leerlo. Aquí tenéis un enlace donde podéis hacerlo:

[Sonatina](#)

Cuando escribía este libro, los versos de este genial poeta volvían una y otra vez a mi cabeza y, por eso, me animé a incluirlos. Hay escritores con la capacidad de trascender más allá de su tiempo y Rubén Darío es, sin duda alguna, uno de ellos.

Cualquier Aulo de cualquier mundo futuro, estoy segura de que se sentiría fascinado por él.

Espero que hayáis disfrutado de este libro. Nos vemos en la siguiente entrega de «La posesión de los vampiros». ¡Les toca a Ariadna y Eurico!

Una historia de L. D. Hevia Viejo.

© 2024. Todos los derechos reservados. Safe Creative.

Esta es la cuarta parte de la saga “La posesión de los vampiros”. Si queréis estar al tanto de las novedades o comunicaros conmigo podéis visitar mi blog:

<https://ldheviaviejo.blogspot.com/>

O seguirme en las redes sociales:

Twitter: @HeviaViejo

Instagram: @ld_hevia_viejo

Threads: @ld_hevia_viejo

TikTok: @ld_hevia_viejo